IRVINE WELSH

Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo



Ésta es la primera colección de cuentos de Welsh desde aquel tremendo *Acid House* que cambió nuestra mirada sobre una época y una generación. En «Serpientes de cascabel», dos chicos y una chica, muy drogados y enrollados, vuelven del festival Burning Man en Nevada, y el coche se les para en medio del desierto. Y tampoco tienen cobertura en el móvil para pedir ayuda. Montan la tienda y se preparan a pasar la noche. Pero al conductor lo pica una cascabel en la parte del cuerpo que tenía en la mano mientras soñaba con la chica del triángulo. Teniendo en cuenta el lugar de la mordedura, pretende que sea ella quien lo salve chupándole el veneno, pero es su compañero quien se ofrece para el sacrificio. Y entonces llegan dos jóvenes hermanos mexicanos, homófobos, armados, y muy resentidos tras el fracaso de su sueño americano.

En el relato que da título al libro, Mickey es un expatriado inglés que tiene un bar en las Canarias, una exmujer que le hace la vida imposible en Inglaterra y una hija adolescente que llega de improviso. Y Mickey tendrá que hacer verdaderos juegos de prestidigitación con sus diferentes amantes, además de vigilar a dos presuntos gángsters que parecen estar planeando un golpe. A continuación, el lector se encontrará con unas chicas muy esnobs, muy Paris Hilton y muy malas, que se reúnen en un restaurante coreano de novísima cocina. A una de ellas le desaparece el perro y sospecha de su vecino, un enigmático coreano que es, precisamente, el chef del restaurante…

En «Miss Arizona», un joven realizador y guionista entrevista a Yolanda —una especie de terrorífica Gloria Swanson de *Sunset Boulevard*—, que fue la última esposa de un famoso realizador *indie* y maldito que él admira. Pero Miss Arizona tuvo varios maridos más, y le reserva algunas sorpresas al joven cineasta…

Y en «El reino de Fife», Welsh vuelve a su territorio, la Escocia profunda, con una historia de amor con sexo y drogas, y también mucho de comedia de enredos. Jenny es una princesa suburbana, aficionada a la equitación, con un padre que se ha hecho a sí mismo, también ha hecho mucho dinero, y ha adquirido en el camino una considerable fama de mafioso. Jason es un yóquey frustrado, campeón de futbolín e hijo de un proletario socialista muy iracundo.

«Un libro que da la impresión de un nuevo comienzo, y que traerá consigo una oleada de admiración por el autor, que a pesar de disfrutar de un enorme éxito comercial y de un impacto cultural muy superior al de la mayoría de los

escritores, aún no ha recibido de la crítica todo lo que merece» (Matt Thorne, *Literary Review*).

«Una de las mejores cosas que Welsh ha escrito en años: surreal, grotesco, brillante. “El reino de Fife” es como el *Gran Lebowsk*i de los hermanos Coen, sólo que con un futbolín en lugar de un bowling» (L. Mcllvanney, *The Guardian*).

«Y, sumado a todo lo que ya admiramos en él, Welsh se revela aquí como un escritor cómico brillante» (Hugo Barnacle, *The Times*).

«Irvine Welsh escribe tal como Hogarth dibujaba… Sus escabrosos relatos están próximos a la caricatura, pero son extremadamente vigorosos y excitantes» (Alastair Sooke, *The Telegraph*).

Irvine Welsh

Si te gustó la escuela, te encantará el trabajo

ePub r1.0
Titivillus 26.03.15

Título original: *If You Liked School, You’ll Love Work…*
Irvine Welsh, 2007
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Max Davis

Serpiente de cascabel

Hacía ya un rato que el aire acondicionado del Dodge Durango color plata se había ido a tomar por culo por averías del filtro y del refrigerador. En lugar de llenarse de agradable aire fresco, de forma inexplicable el vehículo empezó a llenarse de una tórrida polvareda desértica que les surcó caras y manos, ya llenas de sudor, mezclándose con las capas de mugre acumuladas anteriormente bajo el influjo de la ebriedad durante aquel fin de semana de delirio danzante. Les resecó todavía más las gargantas, muy deshidratadas por las drogas y el desierto, y les irritó los globos oculares, incapaces ya de lagrimear. No tuvieron más remedio que apagarlo.

La caminata desde el festival Burning Man había sido larga y el trayecto en coche por aquellas carreteras secundarias desérticas resultó traicionero. Estaban perdidos en aquella tormenta de polvo. A Eugene empezaba a dolerle el espinazo; su voluminoso cuerpo de *linebacker* se hallaba incómodo en el asiento. La polvareda que se le había acumulado en las manos, húmedas y viscosas, empezaba a convertirse en barro sobre el volante. Cada vez hacía más calor. Hinchó el pecho en un esfuerzo por llenarse los pulmones de aire caliente y viciado.

¡*El maldito Dodge de Scott! ¡65.325 kilómetros en el cuentakilómetros y no funciona ni el puto aire acondicionado*!

Mientras la tormenta arreciaba y el cielo se iba oscureciendo por momentos, Eugene se sentía acosado por su propia estupidez, como si ésta fuera un perro rabioso. El atajo no se había materializado, y hasta donde le llegaba la vista, no se veían por los alrededores compañeros de viaje de ninguna clase. Examinó su pálido reflejo en el espejo: llevaba su mugriento cabello recogido en una coleta y por su enorme frente chorreaban riachuelos de sudor. Cogió la vieja toalla blanca que tenía a un lado y se lo enjugó, alegrándose de que las gafas de sol no le dejasen verse los ojos. Fatigado hasta más allá del cansancio, siguió conduciendo mientras en su visión periférica aparecían demonios danzando lentamente. Un rayo iluminó el cielo fosforescente que tenía frente a él. No estaba en condiciones de conducir. De hecho, no estaba en condiciones de hacer nada, reflexionó con cierta sensación de arrepentimiento. Las drogas y la privación de sueño le habían sumido en un estado ligeramente psicótico que ahora incluso empezaba a aburrirle. Rezó para que se despejara pronto la oscuridad, tanto en el indómito entorno exterior como en su atribulado fuero interno.

Una idea recurrente le tenía negro: que Scott y Madeline tendrían que estar despiertos y turnándose con él al volante. Pero sabía que estaban embarcados en una trayectoria distinta a la suya, así que le había tocado la china a él. Mientras seguía conduciendo, desde sus entrañas empezó a subir una bilis rencorosa. El trueno retumbó en sus oídos en consonancia con una línea de bajo tinnitus que temió que ya no le abandonaría jamás.

Joder, qué asco.

Y Madeline. Dormida a su lado en el asiento del pasajero; se le iban los ojos hacia aquellas piernas, largas y desnudas, cuya morenez acentuaban unos churretones de

mugre sorprendentemente excitantes, dándole un aspecto guarro, pero guarro de verdad, y haciéndole pensar en una de esas luchadoras de barro golfas ya seca; se imaginó aquellas piernas, incluidos los vaqueros recortados, corriendo hacia él por un campo recién arado…, aquella larga cabellera, rizada y castaña, cayéndole en cascada sobre los hombros, saturados de polvareda desértica…, sucia…, cochina… corriendo hacia él…

Hace calor.

Joder, qué calor hace.

Eugene se miró la entrepierna. El abultamiento de sus pantalones de camuflaje cortos resultaba ya muy evidente. La tormenta había reducido la visibilidad y lo cierto es que no necesitaba distracciones añadidas. Ahora bien, la parte racional de su cerebro estaba en vías de desconexión y no paraba de volver la vista hacia la grata curva formada por los pechos de Madeline, insinuada a través de una camiseta marrón sin mangas.

Esta maldita zorra calientapollas lleva días vacilándome, y quién sabe si a Scott también. Te lanza miradas prolongadas y tentadoras, y en cuanto te aproximas más de la cuenta, ¡zas!, se convierte en la mujer de hielo.

Tras el festival habían optado por internarse en el desierto en coche para hacer un viaje con el yagé de contrabando que les había vendido un chamán peruano. Fue Madeline quien vio la carpa del Templo de la Luz Mística e insistió en que fueran a la ceremonia de curación chamánica que presentaba un tal Luis César Domínguez, sedicente místico peruano. A Eugene, que llevaba unas buenas dosis de éxtasis que le estaban quemando un agujero en el bolsillo y al que le fastidió perderse a un grupo de tecno alemán al que le habría apetecido ver, no le impresionaron tanto como a Madeline y Scott la proyección de diapositivas y la conferencia.

Cuando terminó esta última, Madeline le metió un folleto en la mano: «¡Aquí dice que el señor Domínguez pasó años formándose con los chamanes kallahuayas del nordeste del lago Titicaca, con los amautas de las islas andinas y con los ancianos Q’ero de la región de Cuzco, considerados los últimos descendientes de los incas!»

Eugene sacudió la cabeza, mientras a su alrededor la gente iba saliendo de la carpa. «De toda esa mierda yo no tengo ni idea», confesó. «¿Kallahuayas? ¿Ancianos Q’ero? No entiendo ni papa», dijo, encogiéndose de hombros.

A Madeline aquello no la impresionó. Hasta ese momento, Eugene tenía la sensación de que a ella le seducía bastante su fachada abiertamente cartas-sobre-la-mesa, estoy-orgulloso-de-ser-un-tontolculo. Resolvió adoptar una actitud más circunspecta en relación con su ignorancia a partir de entonces. Recordó el viejo adagio: más vale guardar silencio y dejar que la gente piense que eres imbécil que abrir la boca y confirmar dicha impresión.

A Scott le encantó aportar su granito de arena. Eugene casi había olvidado que siempre andaba leyendo y predicando toda aquella bazofia de la New Age. Le conocía desde hacía suficiente tiempo como para no hacerle caso cuando empezaba

con esa mierda. «Significa que es el Bill Gates del mal rollo», empezó Scott, calentando motores. «Significa que es uno de los principales maestros que comparten conocimiento ancestral oculto para despertar las capacidades curativas latentes de todos aquellos que están preparados.» Tenía la mirada desorbitada, y se le ponían los ojos grandes y espeluznantes. En aquella ocasión Eugene escuchó atentamente, pues se había dado cuenta de lo mucho que aquella bazofia impresionaba a Madeline. «Todo se basa en una antigua profecía andina que forma parte de la leyenda incaica del Pachacuti: la era en la que el mundo está del revés y surge una conciencia nueva.»

«Me apostaría algo a que el nota ese puede conseguirnos canela fina», admitió Eugene.

Y fue entonces cuando le entraron a Luis César Domínguez y el chamán les acompañó hasta su tienda de campaña y les vendió discretamente el yagé. Madeline y Scott quedaron encandilados al instante. Para Eugene, bajo aquellas prendas étnicas, Domínguez tenía de místico lo que un político ávido de votos o un agente inmobiliario.

Pero tenían el yagé.

El marco era perfecto; hacía una noche fresca y de cielo despejado; prepararon una hoguera sobre la arcilla roja y desplegaron la tienda de campaña de tamaño familiar y fácil instalación que habían compartido durante el festival. Scott y Madeline estaban emocionadísimos, mirando con expectación sus tazas, como si ya estuvieran colocados. Casi a su pesar, Eugene no pudo resistir la tentación de aguarles la fiesta. «Ese Domínguez no es más que un traficante con pretensiones. Tiene acceso a la mierda esa; la cosecha, la prepara y la convierte en elixir. Y va por ahí con ese espectáculo cutre de diapos a modo de presentación. ¡Joder, tío! Es lo que tendría que haber hecho yo la vez que me pillaron por trapichear con coca en un cagadero de Haight: ofrecerle al juez una presentación en PowerPoint y una disertación sobre energías y cómo conseguir lo que uno quiere», dijo riéndose, exhibiendo las fundas y coronas de sus enormes dientes, reparados a precio de costo tras un accidente que se produjo años atrás, durante un entrenamiento de fútbol americano. «Suponiendo, claro está, que esta mierda sea yagé», remató, forzando otra sonrisa al ver que Madeline le miraba con mala cara.

Cada taza contenía un brebaje de color cobrizo. Scott fue el primero en probar un poco; Eugene y Madeline siguieron su ejemplo. Tenía un sabor amargo y salado. Tomaron una segunda taza siguiendo las recomendaciones del chamán Domínguez, que les dijo que debería proporcionarles un viaje de tres o cuatro horas de duración. Después, en caso de que así lo desearan, podían tomar más.

El primero en acusar el impacto de la náusea fue Scott. Logró ponerse en pie tambaleándose y se acercó a una hilera de grandes rocas, donde empezó a potar. Eugene estaba a punto de gritarle «maricona» cuando le abrumó una sobrecogedora sensación de asco que pareció arrancar en los metatarsos. Muy pronto él, y después Madeline, fueron tambaleándose hasta el montón de rocas arrojando pequeñas

cantidades de un líquido intensamente cáustico entre espasmos convulsivos y desgarradores.

El chamán les había advertido de aquella sensación de náusea, pero desde luego no era agradable. El sabor del líquido era muchísimo más asqueroso al subir que al bajar; tan espantoso era que durante unos segundos todos ellos fueron presa de convulsiones febriles.

Acto seguido empezaron a apoderarse de ellos los efectos. A Scott y Madeline, risueños y eufóricos, comenzó a subirles. Sin embargo, a Eugene le decepcionó. Esperaba un viaje tremendo que en la práctica resultó bastante leve. Tomó otra taza y luego otra más. No se encontraba mal, pero saltaba a la vista que para Scott y Madeline se trataba del viaje más alucinante de toda su vida. En un intento de ver lo que veían ellos Eugene paseó la mirada en torno a la aridez del desierto. Se sentía como un golfillo andrajoso con la nariz pegada a la ventana de una opulenta mansión en cuyo interior transcurría una fiesta desbocada y decadente. Pese a aumentar la dosis del elixir hasta las seis tazas y notar que se le aceleraba el pulso, las enormes puertas de la mansión siguieron cerradas a cal y canto. ¿Por qué se había quedado fuera? No hacía tanto tiempo, Eugene había realizado tremendos y alucinógenos viajes de ácido con Scott, e incluso con Madeline. Sabía que los dos eran unos comeajos veteranos. Pero ellos tenían su juego de llaves. ¿Dónde estaba el suyo?

Mientras andaba sentado y se preguntaba qué hacer a continuación, Eugene oyó cómo Scott le recitaba algo a una Madeline boquiabierta, sentados el uno junto al otro con la mirada perdida en el cielo: «“Cuando el águila vuelva a volar junto al cóndor, reinará en las Américas una paz duradera que se extenderá por todo el mundo y unirá a la humanidad.” Son las palabras de los chamanes andinos que creen que vivimos en el Pachacuti, una época en la que hemos de sondear nuestro interior y conocernos más a fondo para sanar las heridas emocionales del pasado y utilizar el poder de esa curación para ayudar a su vez a curarse a otros.»

«¡Qué pasote!», exclamó Madeline con voz entrecortada. Señaló con el dedo hacia lo alto. «Fíjate qué cielo…»

Mientras ellos tomaban rumbo a otro plano astral, lo único que hizo Eugene fue cagar montones de mierda, depositada, junto con las potas, tras las rocas más próximas que había en aquel terreno pedregoso. Durante un rato escuchó la perorata de Scott sobre la actividad de purgación interior de la droga antes de tumbarse en el interior de la tienda para disfrutar de lo que habría de ser el letargo más dulce de su vida. Entretanto, Scott y Madeline alucinaron, festejaron y conversaron hasta el amanecer. Algo en el interior de Eugene se había resistido al viaje y eso le preocupaba. Recordó, no obstante, que durante la conferencia Domínguez había dicho que a menudo la droga le llevaba a uno a donde necesitaba ir. Eugene tenía que reconocer que su cuerpo, teniendo en cuenta toda la farlopa y la priva que se había metido últimamente, estaba pidiendo una limpieza a gritos. Desde que cortó con Lana, se había convertido en inquilino de varios bares de la zona de North Beach,

mientras la psicosis iba estrechando el cerco y las paredes de aquellos templos de liberación encogían hasta convertirlos en celdas de presidiario. Los demás bebedores y sus obsesiones eran sus carceleros. Le atiborraban la cabeza con sus estúpidos consejos. Necesitaba salir de la ciudad un poco, y Burning Man parecía el pretexto perfecto.

Fue idea de Scott. Madeline se apuntó con la prepotencia habitual en ella, pensó Eugene, aunque él acogió dicha posibilidad con entusiasmo. La estaba barajando como posible sustituta de Lana.

Eugene y Scott, amiguetes de la universidad, habían conocido a Madeline el último Halloween. Estaban tomando unas copas en Vesuvio's Bar cuando ella entró, acompañada por tres amigas, todas vestidas con disfraces de Storm, la de los *X-Men*: bodys de cuerpo entero negros muy ajustados, botas altas y pelucas rubio platino. Al principio todas le parecieron idénticas. Eugene tardó algún tiempo en reconocer en una de ellas a Candy, estudiante universitaria y antigua compañera de trabajo de una taberna de North Beach en la que él había trabajado tiempo atrás como barman.

Charlaron todos afablemente y tomaron unas copas más antes de acudir a reunirse con la multitud de juerguistas congregada en Castro. Eugene acabó hablando mucho con Madeline, pero al final se perdieron la pista entre la concurrencia. A medida que fue transcurriendo la noche, el ambiente de carnaval callejero degeneró en un clima de amargura. Un hombre fue apuñalado de muerte cuando una pequeña turba de jóvenes mexicanos, indignados ante lo que consideraban la apropiación ilegítima de la ancestral ceremonia del Día de los Muertos por parte de la comunidad gay de la ciudad, sembró el caos entre la multitud. Abundaron los empujones, los forcejeos y los gritos, y Eugene, que de todas formas estaba en pleno bajón chungo de coca, se dio por satisfecho con poder dar la noche por concluida y volver a casa.

No tenía por qué haberse preocupado. Después de aquella ocasión, no hizo sino toparse continuamente con Madeline. Al día siguiente la vio en Washington Square Park practicando taichi en solitario. Estaba sentado y leyendo el periódico. Ella le saludó con la mano y le costó un rato darse cuenta de que era una de las chicas Storm que habían estado en el bar la noche anterior. Al cabo de un rato ella se acercó y fueron a tomar un café, y a analizar con preocupación los sucesos de la noche. Un par de días después volvió a verla en la librería City Lights. Fueron a tomar una copa que no tardó en dar paso a unas cuantas más y de ahí a buscar algunos bares del barrio conocidos por ambos; acabaron en un local de la calle Grant. Pese a que Madeline llevaba poco tiempo en la ciudad (según ella, había venido desde Cleveland a finales del verano anterior), los dos eran clientes habituales de algunos de los mismos garitos y estaban asombrados de no haberse conocido antes. Tenían previsto ir a cenar un poco de sushi, pero de algún modo acabaron en un antro de Broadway, encajonado entre clubs de striptease y sex-shops plagados de neones. Eugene quedó impresionado por lo suelta que Madeline se movía por aquel lugar a pesar de ser la única mujer presente que no andaba descaradamente a la caza de clientes. Hablaron

de sexo entonces, pero en abstracto, pues él seguía demasiado deprimido por el tema de Lana para hacerle proposiciones.

Empezaron a quedar para salir los tres de forma asidua: Madeline, Eugene y Scott. Ya entonces a él le pareció muy extraña la costumbre que tenía ella de mimarles como si fueran maricones, comprándoles regalitos, tarjetas de cumpleaños y tal. Cuando Scott le comentó a Eugene lo de la excursión Burning Man, Madeline terció con un «¡Contad conmigo!» tan ferviente que hacer otra cosa habría sido un completo desaire.

Y mientras que a Eugene le había embelesado esa posibilidad, Scott parecía alicaído. Le gustaba llevar las riendas de lo que él denominaba «tiempo de colegueo». Rollos de colegio mayor, suponía Eugene.

Con todo, la incipiente relación con Madeline le desconcertaba. Eugene tenía veintiséis años y nunca había hecho amistad con una tía a la que no se hubiera cepillado. A veces se preguntaba si sería tortillera, pero de repente, como quien no quería la cosa, Madeline sacaba a colación a algún tío con el que había follado una vez. Lo sabía todo de ella y a la vez no sabía nada. En aquellos bares de North Beach, a veces Madeline le miraba con una descomunal ternura que a él le transmitía de forma inequívoca que albergaba por él una fervorosa pasión. Ella aún no había cumplido los veinte, y Eugene se preguntaba cuánta experiencia con los tíos tenía en realidad. En una ocasión, borrachos, se habían besado, aunque sin especial pasión; Eugene se había contenido, pues todavía tenía a Lana en la cabeza. Pero, al desvanecerse el fantasma de su antigua novia, los sentimientos de Eugene hacia Madeline se intensificaron de forma exponencial. A veces sentía que ella le deseaba, quizá de forma tan desesperada que si se dejaba llevar, se enamoraría perdidamente de él, sin reservas, y se entregaría a él por completo. Sería suya. Estaría en su poder. Para que hiciera con ella lo que quisiera, para hacerle daño. Y él quiso decirle: No soy de ésos. ¡No sé qué coño te habrán contado de Lana y de mí, pero no soy de ésos!

Pero lo cierto era que sólo le miraba así a ratos. En otros momentos le echaba unas miradas de aversión capaces de helar la sangre.

Así pues, Eugene no sabía a qué carta quedarse con Madeline. Jamás había conocido a una chica como ella. El motivo era que, a pesar de su conducta libertina y sus esporádicos aires bohemios, su complexión fuerte y atlética y sus manifiestas inclinaciones deportivas no dejaban indecisas a las chicas, a las que desde un primer momento tendía a atraer claramente o a repeler por completo. Pero Madeline representaba para él algo distinto, un enigma constante.

Después de aquella vez, Eugene sólo había intentado llegar más lejos en una ocasión, estando bebido. Intentó besarla de nuevo, esta vez con más intensidad, en una fiesta. En una cocina cochambrosa que iba encogiéndose a medida que tomaban más cerveza y más cocaína hasta que sus rostros se toparon en un campo de intensidad que les aisló del resto de la fiesta. Parecía el momento idóneo. Pero Madeline le apartó de un empujón implacable con la palma vuelta hacia arriba y le

dijo: «Que te quede claro, Eugene: tú y yo no follaremos nunca.»

Se despertó a la mañana siguiente, abatido y con una resaca demoledora. Sonó el teléfono. Era Madeline. Antes de que tuviera tiempo de disculparse, ella se le adelantó: «Siento muchísimo lo de anoche, Gene. Iba un poco pedo. Supongo que dije un montón de cosas que no sentía.»

«Vale, pero…»

«Oye, tengo que dormirla. Te llamo luego, cariño.» Y colgó.

Y aquel escueto mensaje bastó para borrar la desesperación de la mente de Eugene e infundirle nuevas esperanzas.

Sin embargo, la mayor parte de las veces que habían estado a solas, es decir sin que Scott estuviera presente, habían hablado de Lana. Era Madeline la que invariablemente la sacaba a colación, como si supiera que aquello trituraba la libido de Eugene por lo que a ella tocaba. Ella le escuchaba atentamente, con mirada ansiosa y desorbitada, estudiando todas y cada una de sus reacciones. Y Eugene tenía que reconocer que a Madeline se le daba muy bien escuchar. Pese a que empezó a sospechar que lo hacía sólo para instruirse a sí misma, se trataba de un rasgo muy bien acogido. Porque los demás, Scott incluido, sólo parecían hablar de sí mismos. Esperaban que olvidase que había renunciado a una prometedora carrera de jugador de fútbol para andar de parranda con Lana y que luego ella le había dejado plantado. Podían meterse sus consejos de mierda en el culo.

Menos mal que alguien le escuchaba.

Pero ahora él quería más. Mientras conducía por aquella polvorienta carretera desértica en plena tormenta, con el viento del exterior azotando la carrocería del Dodge Durango color plata insistentemente y asfixiándose lentamente con el aire caliente y viciado del interior, no se vislumbraba ninguna salida que indicase el camino a la civilización, ni siquiera en forma de gasolinera, a modo de puesto de avanzada vapuleado por los elementos. Lo único que Eugene tenía en la cabeza era: quiero más de Madeline.

Y mientras él luchaba contra el sopor inducido por su propio bajón, ella dormitaba profundamente, ajena a la tormenta que arreciaba en el exterior. Y podía confirmar, por los estrepitosos ronquidos procedentes de la parte de atrás, que Scott también estaba sumido en un estado de letargo.

Tuvo una visión febril de Madeline corriendo hacia él con el cuerpo embarrado. Ella intentaría esquivarle como un *quarterback*, pero él cogería impulso en su papel de defensa del lado fuerte, y al estilo de Willie McGinest la derribaría como un león a una débil gacela, y ambos se hundirían en el sucio lodo…

Fue como si su mano decidiera por él frotándole el extremo de la polla y enviándole sacudidas eléctricas al vientre y la entrepierna. Mientras el ritmo de su respiración se hacía más irregular, Eugene notó cómo el cuerpo se le tensaba y los ojos se le desorbitaban bajo las Ray-Ban. Tras aferrar el volante con un brazo mientras el otro se ocupaba de lo suyo, en su sesera achicharrada fueron estallando y

chisporroteando imágenes fabulosamente obscenas de Madeline, intensificando así la realidad, pacífica e inocente, de su presencia, dormida a su lado.

En la lejanía, el horizonte, aproximado por la calima, danzaba de forma intermitente entre remolinos de polvareda roja y negra. La carretera apenas se veía. Madeline estaba colocada mirando hacia él, con las rodillas recogidas contra el pecho. Ojalá se hubiera vuelto hacia el otro lado, pensó Eugene, así él habría podido mirarle el culo y meneársela sin riesgo de que abriera los ojos y le viera en el acto. No obstante, las posibilidades de que le pillara eran escasas, calculó con la frialdad de un insecto, porque estaría demasiado desorientada, tras el sueño reparador para recuperarse del bajón del yagé, para darse cuenta de inmediato de lo que estuviera haciendo él, y en cualquier caso lo hacía a través de los calzoncillos…

pero el bulto…

maldita sea esa puta zorra…

es calientapollas hasta dormida…, pero ahora nos estamos poniendo de lo más guarros en el barro este, sí, nena, de lo más guar…

De pronto Eugene oyó un chasquido seguido por un largo chirrido; su mano libre salió disparada desde la entrepierna al volante; fue como si se lo arrancasen de un tirón cuando el vehículo dio un bandazo a la izquierda y después, tratando de compensarlo, otro violento bandazo a la derecha. Al ser proyectada sobre su regazo, Madeline despertó de golpe. De no habérsele esfumado en el acto la erección, quizá ella la habría notado. Eugene parecía un hombre que había caído sobre su propia escopeta, provocando una demoledora descarga de temor contra su pecho.

El tiempo se dilató como en cámara lenta. Eugene se sintió primero irritado y después frustrado; todo se alejaba de él en barrena, fuera de su control. De pronto el coche dio una vuelta de campana, como si estuvieran en una atracción de feria, seguida por un impacto todopoderoso que les estremeció todos los huesos del cuerpo, hasta que se detuvieron entre la sensación de paz más hermosa que Eugene había conocido jamás.

No duró mucho. Oyó el chillido de desesperación, pero el ruido que se abría paso desde el interior de su propia cabeza era demasiado discordante para que pudiera concentrarse en la angustia de Madeline. Mantuvo los ojos cerrados mientras Madeline enmudecía, salvo por una respiración intensa, profunda y rítmica. Luego, desde la parte de atrás, oyó la voz de Scott, fatigada, con un tono de inquietud lindante con el aburrimiento: «Tío, qué cojones…, me has destrozado el puto coche, colega…» Y vaciló antes de añadir: «¿Tíos, estáis bien?…»

«Estoy sangrando…, ¡estoy sangrando!», gritó Madeline.

Eugene abrió los ojos. Madeline seguía incrustada en el asiento de delante. La miró de arriba abajo y después echó una ojeada a su propio cuerpo. Debajo del bíceps tenía un corte profundo del que manaba sangre oscura. «Tranquila, tía», dijo volviéndose hacia ella, «la sangre es mía. Me he abierto el puto brazo. Mira.» Y lo levantó para enseñárselo.

Madeline se sintió aliviada, pero entonces la invadió una sensación de culpa y de preocupación al ver la herida e hizo una mueca. «¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?»

«La puta tormenta de arena», dijo Eugene, sacudiendo la cabeza, «no se veía una mierda. ¿Estás bien, Scott?»

«Sí…, supongo», le oyó decir a sus espaldas, «pero el puto coche, colega», protestó.

Eugene le echó un vistazo a Scott. Aparentemente estaba bien, un poco desconcertado todo lo más. Al parecer, el Dodge había acabado ladeado. No tenía muy mala pinta. El parabrisas y las ventanas ni siquiera se habían hecho añicos. No obstante, una súbita y sorda oleada de temor sacudió de lleno a Eugene en el pecho y se inquietó ante la posibilidad, dramática pero real, de que una explosión provocada por una fuga en el depósito de gasolina los incinerase en vida. Intentó abrir la puerta de su lado, que cedió dos centímetros antes de atascarse en la tierra. Presa del pánico, se volvió hacia Madeline: «Más vale que salgamos de aquí. ¡Prueba con la tuya!»

Consciente de la tensión y de la sensación de urgencia que emanaba Eugene, Madeline no vaciló; cogió el picaporte y abrió la puerta a empujones. Eugene se fijó en ella mientras salía a gatas del coche, como un extraño pájaro, torpe y desgarbado, saliendo de un huevo agrietado. Era como si la hubieran despojado de todo sex-appeal. Quizá se tratara sólo de la volatilización de su propia libido, meditó mientras salía apresuradamente detrás de ella. Le siguió Scott, que cayó desde la parte trasera del vehículo sobre la arena y la pizarra, mirando a sus espaldas con nerviosismo mientras se incorporaba.

Soplaba con fuerza un viento ardiente que les azotaba los ojos con polvo y arena. Eugene se envolvió la toalla alrededor del brazo. Comprobaron el estado del coche como mejor pudieron. Seguro por fin de que no había ninguna fuga de gasolina y de que la posición del vehículo, aunque estuviera inclinado, era estable, Scott se metió debajo del coche. «El eje se ha ido a tomar por culo. Está partido limpiamente en dos», les informó con gesto malhumorado.

Volvieron a subir al Dodge, cerrando las puertas de golpe para dejar fuera la arena en suspensión.

Durante un rato, sentados en aquel incómodo ángulo y lanzándose miradas furtivas y abatidas, reinó el silencio. De pronto a Madeline se le iluminaron los ojos, y presa de una repentina inspiración propuso echar un vistazo a los teléfonos móviles. Scott, avergonzado, admitió que había perdido el suyo. Al de Eugene se le había agotado la batería y no podía cargarlo. Madeline probó con el suyo, pero no consiguió obtener señal. «¿Qué clase de compañía es esa con la que estás?», le preguntó Scott en tono de reproche.

«T-Mobile», respondió ella, a la defensiva. «¿Y qué me dices del que perdiste tú? ¿Qué clase de compañía es ésa?»

Más silencio. Entonces Scott le pasó desde la parte de atrás el pequeño botiquín de primeros auxilios y Madeline ayudó a Eugene a limpiarse y vendarse la herida. Por

suerte, era menos profunda de lo que parecía.

Eugene intentó determinar dónde estaban. Ya había desistido antes con el mapa: las secuelas del bajón y la fatiga habían convertido las líneas, los símbolos y los colores en un enorme e indescifrable dolor de cabeza. Eugene tenía un hermano menor autista, Danny, que hacía unos dibujos incomprensibles. En aquel momento las obras de Danny tenían más sentido que el índice geográfico que no tenía más remedio que consultar de nuevo. En lugar de tomar la interestatal 80 para atravesar la Sierra Nevada, habían viajado en dirección norte, saliendo de Black Rock City hasta llegar a la 395; después comenzaron a meterse por algunas de las carreteras secundarias para llegar al desierto de Nevada y tomar el yagé. Calculó que ahora estarían a unos trescientos y pico kilómetros al nordeste de Las Vegas. «Como el eje está jodido, supongo que tendremos que quedarnos aquí hasta que nos ayuden o se pase la tormenta y podamos telefonear o ponernos a buscar a alguien.»

Scott sacudió la cabeza a modo de negativa. «Joder, tío, yo quería ir a Las Vegas…»

Eugene miró a Madeline, que permaneció impertérrita, antes de mirar de nuevo a Scott. «Me temo que no va a ser posible, colega.»

«Y a mí tenían que venir a pintarme el apartamento», se quejó Madeline, apartándose del rostro unos mechones saturados de polvareda y sudor. «Tenía que dejarlo todo arreglado.»

Scott escudriñó a Eugene con aquellos enormes ojos marrones. Mientras sacudía la cabeza, preguntó en un tono de niño caprichoso: «¿Cómo coño conseguiste estrellarlo?»

Eugene respiró hondo y se esforzó por obligar a las palabras a llegar a su mandíbula, cada vez más tensa. «Creo que se llama fatiga, tío», respondió con sorna. «Si la memoria no me falla, la idea era *compartir* las tareas de conducción, ¿te acuerdas?» El sarcasmo de su tono fue en aumento. «Pero me temo que el bueno de Eugene tuvo que hacerlo todo él solito porque vosotros seguíais *missing.* ¡Es increíble que tengas el puto morro de quejarte! ¡Gilipollas!», saltó Eugene antes de bajar del coche dando un portazo. Scott miró a Madeline, quien esbozó una sonrisa tensa que se desvaneció cuando oyeron un ruido a sus espaldas. Era Eugene. Había abierto el maletero del Dodge y estaba sacando la tienda de campaña.

Mientras se afanaba con los mástiles de acero y fibra de cristal frente a los fuertes vientos, Eugene rogaba por que la tienda aguantara, y se sintió secretamente aliviado cuando Scott y Madeline aparecieron a su lado, pese a que, al acudir en su ayuda, le resultaría difícil perseverar en su mudo martirio. Trabajaron en silencio, montando el armazón y colocando el toldo impermeable antes de echar la lona por encima y tensar los vientos. Cogieron los sacos de dormir y sacaron algo de ropa del Dodge. En el momento en que terminaban de montar el campamento, la tormenta empezó a amainar.

«Me pregunto cuánto tiempo tendremos que quedarnos aquí», dijo Scott antes de

apresurarse a añadir, aun sabiendo que el comportamiento de Eugene había puesto de manifiesto que era poco sensato insistir: «Lo siento, colega, pero tengo que decirlo: llevo un mosqueo tremendo por lo del puto coche. Lo compré para el grupo. Le dije a mi viejo que aquello iba a ser mi puñetera fuente de ingresos y me dio en mano los veinte grandes. Es que me corroe. Si no lo digo, reviento.»

Eugene echó una mirada escrutadora a su viejo amigo de la universidad. Veía a un tipo delgado, enjuto y nervudo con el pelo cortado al rape y manos de mujer. Scott no había trabajado en toda su vida. Peor aún, meditó Eugene con cierta amargura, seguramente no lo haría jamás. Se limitaba a gandulear por ahí, aparcando su culo en las banquetas de diversos bares de North Beach y hablándole al número de personas cada vez más reducido dispuestas a escucharle lo de los grupos de música que pensaba formar mientras aguardaba el momento de poder echar mano del fondo fiduciario. Dado que sabía que en aquel momento no había nada que sacar en limpio soltándole un sermón, Eugene se tragó su ira. Además, estaba cansado. «Lo siento, tío. Yo me hago cargo. Tommy, el del garaje de Potrero Hill, lo arreglará.»

«Así que ahora nos quedamos aquí esperando, ¿no?»

Eugene, sentado con las piernas cruzadas, miró en torno a los parámetros de la tienda de campaña color naranja. «Oye, tío, me pareció que era lo mejor», dijo con un bostezo mientras notaba cómo su cuerpo se relajaba de nuevo, igual que antes de tomar el yagé. «Estoy reventado. Tengo que dormir un poco. Alguien pasará por aquí. Estamos en América», declaró con una sonrisa. Y añadió: «Siempre habrá alguien con ganas de venderte algo a menos de una milla.»

Scott y Madeline intercambiaron miradas rápidas, y el consenso acerca de que aquélla era la mejor opción posible fue instantáneo. Se acostaron en sus respectivos sacos de dormir. Seguro que alguien pasaría por allí, pensó Eugene. Calma. Reposo. Relax. Reponer fuerzas. A él le sonaba estupendo.

Lo primero que Alejandro compró al llegar a los Estados Unidos fue aquella vieja furgoneta Chevrolet del ochenta y dos. Le costó doscientos dólares, la mayor parte de los cuales se los había prestado su hermana Carmelita. Era un cacharro oxidado y desvencijado, pero él tenía talento para la mecánica y devolvió el vehículo a la vida con mimo y esmero. Sabía que con una furgoneta siempre se puede ganar dinero extra.

Estaba aguantando bien el tirón; el motor funcionaba muy bien mientras recorrían al ralentí una de las carreteras secundarias que atravesaba el desierto; él y su hermano pequeño Noé, que iba en el asiento del pasajero absorto en un libro de crucigramas.

Cuando se acordaba de su huida del hogar, Alejandro era incapaz de pensar en Phoenix, aunque ya llevaban casi tres años viviendo allí. Aquella ciudad sólo era el hogar de Carmelita, el lugar al que ella los arrastró.

Tampoco es que tuviese en mayor estima a su localidad natal, una vieja aldea de

pescadores situada al sur de Guaymas, en la Costa del Pacífico, que había sobrevivido (más aún, tratándose de una zona de Sonora tan pobre, incluso podría decirse que había prosperado) como centro de transportes. Estaba junto a la Autopista 15 y también era uno de los destinos de la ruta del tren costero. El núcleo urbano constaba de una serie de edificios mal conservados y de escasa altura construidos en la década de 1970. Se encontraba en la incongruente vecindad de una vieja aldea que había crecido en torno a un pequeño puerto que cada año albergaba un número menor de embarcaciones oxidadas.

Era gente sencilla, pensó Alejandro con frío rencor, necios que siguieron pescando durante años después de que ya no quedara nada que pescar. Algunos de los aldeanos apenas parecían haberse percatado de que se habían deslizado de la pobreza a la indigencia. Creían que los peces volverían. Cuando empezaron a pasar hambre, se trasladaron primero al norte, y después a los Estados Unidos.

Donde les había llevado Carmelita.

Aquella ciudad no tenía nada a su favor. Por la autopista se veían autobuses de lujo con aire acondicionado llenos de *norteamericanos**[1] ricachones que pasaban de largo, camino de las estribaciones de la Sierra Madre occidental y de los Álamos históricos, con su preciosa arquitectura colonial española. Aquellos turistas jamás se acercaban a su villa natal.

Cuando dejó la escuela, Alejandro se deslomó desempeñando tareas de ínfima categoría en un garaje y el taller anexo, propiedad de un *chilango** adinerado, agresivo y con mucha labia que se apellidaba Ordaz y había prometido formarle como mecánico. Dieciocho meses después, Alejandro seguía llenando los estantes del taller, limpiando el garaje y lavando coches. Aún no había cogido una llave inglesa una sola vez.

Alejandro se encaró con Ordaz al respecto. Su desenvuelto jefe urbanita simplemente se le rió a la cara. Cuando Alejandro se enfadó, la expresión del rostro de su patrón adoptó un cariz siniestro; le dijo al muchacho que recogiese sus cosas y se marchase.

De modo que no había nada que les atase a aquel lugar, salvo la tumba de su madre, que se encontraba en el viejo cementerio situado al pie de las colinas que dominaban la ciudad, y la prisión local, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia, donde estaba preso el desgraciado de su padre.

Fue Carmelita la que los convocó después de conseguir un empleo a través de una amiga que trabajaba en Phoenix. Una familia rica le ofreció trabajo después de ver el currículum vitae profesionalmente redactado y la fotografía sonriente que les envió, recordó Alejandro con asco.

Carmelita les encontró sitio donde vivir y a Alejandro le consiguió algunos trabajillos de jardinero y horticultor; además, matriculó a Noé en un colegio local. Ahora se dedicaban todos a limpiar lo que ensuciara el *güero*.* Cuidaban su jardín. Le regaban el césped. Atendían a sus niñatos mimados. Le servían la comida.

Y ella, puta asquerosa, hacía más todavía…

Para sus patronos era como si Alejandro fuera invisible. Salvo cuando había algún problema; entonces notaba cómo se posaban de forma instantánea sobre él las miradas acusadoras. Una vez una mujer llegó al extremo de culparle del robo de un artefacto que luego se supo que había perdido ella misma. No le pidieron disculpas, pese a que habían llamado a la policía y que ésta le había sometido a un interrogatorio agresivo. Pero sobre todo hacían como que no estaba cuando regaba y cuidaba los jardines bajo aquel sol abrasador e implacable para evitar que el desierto se adueñara de nuevo de ellos.

¿Qué respetaba aquella gente, los gringos? Cuando salían en la televisión, siempre decían que el trabajo duro, pero no tenían inconveniente en que sus mujeres se pasaran todo el día tumbadas junto a la piscina. Enviaban a sus hijos al colegio y luego a más colegios y también de viaje y de vacaciones. Ellos mismos se pasaban todo el tiempo metidos en aviones, hoteles y coches. ¿Dónde quedaba el trabajo?

Lo único que respetaban era el dinero, concluyó Alejandro. Eso y las armas de fuego. Después del Chevrolet, su segunda adquisición decisiva fue un revólver Smith & Wesson calibre 38. Se sentía más poderoso con él en el bolsillo, más digno de respeto. Si bien de una forma muy sutil, aquello le transformó; el gesto, la forma de caminar…

Porque ahora sí parecían fijarse en él. Aunque sólo fuera porque ahora, en vez de respetarle, le temían, era consciente de que ya no era invisible a sus ojos.

Alejandro atravesó la tormenta en su vieja furgoneta Chevrolet, irritado con su hermano adolescente, que, sentado junto a él, no paraba de intentar resolver aquellos ridículos crucigramas.

Noé era débil, reflexionó Alejandro. Se estaba convirtiendo en un *norteamericano*.* ¿Acabaría por convertirse en un asesino cobarde, como su padre? Quizá no. El chaval desprendía cierta bondad. Sin embargo, Alejandro recordaba que una vez su madre le dijo lo mismo de su padre, cuando le preguntó qué había visto en su papá. Era el hombre más encantador, le contó su madre. Pero Alejandro había comprobado cómo el alcohol envilecía y corrompía aquella decencia y aquel encanto. Lo experimentó en carne propia la vez que se emborrachó: cuando dio de puñetazos, golpeó con el taco de billar y trató de estrangular a aquel *hombre** que le insultó en el bar. Miró de nuevo a Noé. ¿Acaso no le había enseñado su padre el viejo refrán *La puerca más flaca es la primera que rompe el chiquero*?*

Era como si lo viera en ese mismo instante: el imbécil de su padre, con aquella expresión afligida, aquella mirada triste y furtiva y el brillo de la calva tras la pantalla de cristal de la cárcel. A pesar de la insistencia de Carmelita, Alejandro sólo había ido a visitar a su padre una vez, para insultar y maldecir a aquel ser patético y desgraciado y para verle, encogido de miedo en su traje gris de presidiario, con sus lustrosos ojos de rata llenos de lágrimas.

Y después estaba Carmelita. Que pariera unos críos propios a los que mangonear

y mimar. Él, Alejandro Rodríguez, ya había tenido suficiente.

Alejandro volvió a echar un vistazo a su enclenque hermanito, que le miraba de forma muy extraña desde que se llevaron el dinero de aquella zorra; el dinero que había obtenido prostituyéndose con el gringo ricachón.

Las tonterías que decía… La delirante noción de que ella y aquel *norteamericano** rico y casado estaban enamorados. Si así era, ¿cuándo iba a echar a su mujer y a sus hijos de la casa donde vivía ella? ¿Cuándo iban a caminar por la calle cogidos de la mano? ¿Cuándo darían paso sus tristes, furtivas y animalescas cópulas a algo menos indigno? ¿Cuándo iba a compartir ella su cama por las noches?

El empleo que le había conseguido a Alejandro arreglándole el jardín al ricachón…, lo agradecido que se suponía que tenía que estar por achicharrarse los sesos al sol todos los días… Y por fin, aquel día de la semana pasada, cuando se suponía que el *norteamericano** estaba trabajando y Alejandro los pilló a ambos in fraganti en la habitación de su hermana. La sangre menstrual de sus bragas, que había visto tiradas en el suelo junto a la cama, no había refrenado la lujuria depravada de aquellos dos.

Llevándonos su recompensa de puta apestosa le hemos hecho un favor. ¡Ahora veremos cuánto la quiere en realidad ese cínico norteamericano!*

Eugene pensaba en Madeline. Una sucesión de imágenes, a mitad de camino entre el pensamiento y la ensoñación, comenzó a danzar en su cabeza. Llegaron a adquirir una nitidez tridimensional que jamás habría creído posible. Entonces oyó un ruido de roce, y lo vio a través de sus ojos cerrados: Madeline desnuda, con la mayor naturalidad, a punto de volver a meterse en el saco de dormir después de haber salido fuera a hacer pis. Era cierto, la *veía*, incluso a través de la membrana de los párpados. Pero Eugene necesitaba acercarse más aún a aquella opaca silueta, pues su desnudez, como la de todas las chicas, contendría sorpresas, secretos. Uno siempre cree imaginárselas a la perfección sin ropa –curvas, tonalidades de la piel, proporciones–, pero siempre encierran algún misterio. Los pezones, el color, los lunares, la textura y la extensión del vello púbico: siempre eran distintos de lo que uno había imaginado. Como Lana, con cuya imagen mental se había masturbado tantas veces en el Politécnico de Long Beach antes de desnudarla durante el último curso; le había convertido la cabeza en una base de datos de elaboradísimos relatos pornográficos protagonizados, o más bien coprotagonizados, por ella. La primera vez que la vio desnuda, en el dormitorio de casa de sus padres, le causó tal impresión que casi le dieron ganas de preguntarle: ¿Qué has hecho con tus tetas? Pero a Madeline siempre la había visto… de cierta forma. Quizá si ahora abriera los ojos… su mirada se encontraría con la de ella y entonces… no. No estaría allí, seguro: así no. Estaba metida en el saco de dormir. Mucho mejor prolongar aquella deliciosa realidad virtual en su espacio psíquico realzado por la química.

Pero.

Pero ahora ella estaba sobre él, en cuclillas, prácticamente rozándole. Eugene notó cómo entraba el aire en sus pulmones y le palpitaba el corazón. Entonces sucedió. Madeline deslizó la mano dentro del saco de dormir y le tocó la pierna. Luego empezó a acariciarle el muslo con movimientos lentos y circulares. Parecía tener los dedos muy fríos y la polla se le puso tiesa. Debería abrir los ojos. *Era* ella. Se lo iba a hacer de verdad. Abrámoslos.

No.

Quiso prolongar aquello un poco más, porque tenía la polla durísima y…

… le estaba pellizcando el glande con aquel dedo frío…

… y …

«¡AAAAGGGHHHH!»

Un pinchazo tremendo.

Le había apuñalado.

Eugene se levantó chillando: «¡PERO QUÉ COJONES PASA AQUÍ!»

No era Madeline. Era una serpiente, una serpiente de cascabel, larga, verde y enroscada, deslizándose sobre su estómago y saliendo del saco de dormir para llegar al suelo de plástico de la tienda de campaña.

El grito de Eugene despertó a Scott y Madeline en el acto. «¡Joder! ¡Qué pasa!», exclamó Madeline entre dientes mientras Scott, parpadeando, recuperaba poco a poco la conciencia.

Eugene señaló con el dedo a la criatura reptante que atravesaba el suelo impermeable. «Una serpiente de cascabel…, ¡me ha picado en la polla una serpiente de cascabel!»

Scott tanteó hasta dar con la linterna que tenía junto a su espalda. Al encenderla y enfocarla con el haz luminoso, vieron a la serpiente alejándose de ellos. «Esas rayas oscuras en la cabeza…, para mí que es una cascabel Mojave», se aventuró a decir Scott.

Eugene empezó a salir del saco de dormir y con una expresión de determinación vengadora cogió una de sus botas marrones, que estaba provista de un pesado tacón: «Hija de puta…»

«¡No la mates!», chilló Scott.

«¿¡Qué!?»

«¿Es que nunca has oído hablar de la conservación medioambiental, tío?»

«¡¿Conservación?! ¡¿De qué coño me hablas?! ¡¿Esperas que “conserve” a una hija de puta que acaba de picarme en el puto rabo?!»

«Mira, tío, será mejor que te sientes…, estos bichos son supertóxicos.»

Al oír aquello, a Eugene le entró el tembleque, se dejó caer en el suelo y se arrebujó en el saco. La cascabel se escabulló bajo la puerta de la tienda y se internó en la libertad del desierto. Eugene se tocó la entrepierna. Aunque tuviera los genitales más fláccidos que nunca, notaba a través de ellos su pulso, palpitándole sobre las

yemas de los dedos. «Santo Dios…, me ha mordido… mi puta cola…»

«No te acuestes», gritó Scott, «¡tienes que mantener el corazón a mayor altura que la herida!»

Eugene se incorporó rápidamente y se apoyó sobre los codos. Respiraba profunda y entrecortadamente.

«¿Dónde te ha picado?», volvió a preguntar Scott mientras Madeline miraba a Eugene fijamente.

«En las partes…», respondió, ahora con más pudor, «¡Joder, una serpiente de cascabel!»

«¡Por Dios, Eugene!», exclamó Scott con voz entrecortada, «¡esos bichos son peligrosos que te cagas!»

«Joder, Scott, eso *ya lo sé*, me acaba de picar una en el puto nabo.» Eugene se arrodilló, dejó que el saco se desprendiera de su cuerpo y se bajó los calzoncillos. A una pulgada aproximada del extremo del pene tenía dos pinchazos. «¿¡Qué voy a hacer!?», chilló, presa de un pánico súbito.

«Si estuviera aquí el chamán…», caviló Scott, mirando en torno a la tienda en busca de inspiración.

«¡Que le den por culo al chamán!», maldijo Eugene.

Madeline sacudió la cabeza: «Sólo lo dice porque esa gente tiene capacidades sanadoras, Gene.»

Eugene hizo una mueca y sentenció con voz lastimera: «Pues no está aquí.»

«No he podido ver exactamente qué clase de serpiente era», dijo Scott, frunciendo los labios, saliendo del saco de dormir e incorporándose, vestido sólo con unos calzoncillos verdes, mientras se acercaba a Eugene, «pero estoy seguro de que era una Mojave; esas hijas de puta son una de las especies de serpiente más venenosas que hay. Sus toxinas atacan el sistema nervioso, no sólo los tejidos…, ¡hay que sacarte el veneno como sea!»

«¿Cómo coño vamos…?», preguntó Eugene, sin aliento.

Scott avanzó un poco más, con los ojos en todo momento sobre la polla de Eugene. «Hay que abrir el área en torno a la herida. Para extraer la sangre infectada se hacen dos incisiones en forma de cruz en cada orificio», le explicó, mientras estiraba el brazo para sacar de la mochila su enorme navaja suiza multiusos.

Madeline intentaba obtener señal en el teléfono móvil. Bajo la tormenta el aparato sólo era un trasto inútil e inerte, tecnología reducida a la impotencia y la nulidad por los caprichos de la naturaleza: la autocomplacencia de los hombres frente a la indiferencia de los dioses. «Se supone que estamos en América, joder», espetó, frustrada.

Eugene contempló con gesto convulso la hoja resplandeciente que sostenía Scott. «¡Eso son gilipolleces de boy-scout!» Ahora su tono de voz era chillón e histérico. «¡Seguro que hace años que esa mierda está desacreditada! ¡A mí no me raja el puto rabo ni Dios!»

«¡Sólo serán cuatro cortecitos de nada, Gene! ¡No tenemos tiempo para andar mariconeando!», se lamentó Scott.

Por primera vez, Eugene cayó en la cuenta de que existía la posibilidad real de morir, de que su vida concluyera allí, en aquel desierto pedregoso e inmisericorde, en unas circunstancias tan lamentables y desafortunadas. Pensó en la carrera deportiva que había mandado al garete para andar de juerga con Lana, siguiéndola por los clubs mientras ella «establecía contactos» para ganar posiciones de cara a su futuro. La muy zorra se enteraría de su defunción en el momento de aceptar un Oscar con una lágrima falsa y un hipido entrecortado en la garganta. Aquella imagen le infundió tal terror y exasperación que, estremeciéndose, Eugene se resignó y dijo con voz temblorosa: «Está bien…, está bien…, lo haré yo», y se armó de valor mientras Scott le entregaba la navaja. Entonces se vio la polla en la mano, los dos furiosos agujeritos rojos y la hoja metálica. Algo espantoso se le revolvió en el estómago y pensó que iba a desmayarse. «Tú…, hazlo tú», dijo en voz muy baja mientras le devolvía la navaja a Scott y se postraba, apoyado en los codos para mantener el torso levantado y la vista puesta en el techo anaranjado de la tienda.

Cuando Scott le cogió el pene, Eugene apretó los dientes, y se estremeció cuando su amigo realizó el primer corte. Aunque tenía que sujetárselo con firmeza para que no se le escurriera, la sensible piel del pene de Eugene cedió fácilmente ante el filo. A lo largo de la incisión brotaron unas gotitas de sangre; ésta sólo empezó a manar cuando Scott efectuó el segundo corte, completando la cruz. «¡Maddy, lánzame esa toalla!»

Madeline obedeció con rapidez y Eugene gritó cuando bajó la vista y vio cómo la toalla blanca absorbía glotonamente la sangre roja y oscura. «¡QUÉEE…! ¡JODER, TÍO, ME ESTÁS CASTRANDO!»

«¡Como no te estés quieto sí que lo haré!»

Scott hizo rápidamente la cruz en el segundo orificio e instó a Eugene a sujetarse la toalla contra el vientre mientras fluía la sangre. «Ya está», dijo antes de mirar a su amigo y agregar, «pero aún no hemos acabado. Para extraer el veneno alguien tendrá que chupar.»

Eugene miró a Madeline de forma instintiva, con gesto esperanzado y suplicante.

Ella miró boquiabierta la polla ensangrentada envuelta en la toalla. Era grande y gorda. Por algún motivo, siempre se la había imaginado más pequeña, pese a ser él un tío tan grande. Quizá estuviera inflamada por la mordedura. «Ni lo sueñes», saltó ella. «Ese amasijo sanguinolento… ¡ay, pero qué asco!»

Eugene se sentía fatal. Creyó sentir cómo el letal veneno de la víbora se iba abriendo paso por sus venas y arterias, serpenteando de forma lenta y amenazadora hacia su corazón. Miró a Madeline con furia vesánica. «Maldita zorra egoísta», le espetó en un tono situado entre la súplica y la amenaza.

Madeline se echó un poco hacia delante dentro del saco en el que seguía envuelta, a pesar de llevar todavía puesta su camiseta marrón sin mangas. Con la mano libre se

apartó el cabello alborotado del rostro. «No voy a chuparte la polla. ¡Está chorreando sangre! Podrías tener herpes o el sida o quién sabe qué mierda. Ni hablar», sentenció, y su tono gélido y terminante devolvió a Eugene a la fiesta aquella.

«Seguramente me estoy muriendo, tía, joder…, es medicinal, coño, primeros auxilios, hostias», suplicó Eugene.

«Al carajo. Yo lo haré», dijo Scott.

Eugene miró a su amigo con repentino desasosiego. Scott tenía un aire, ahí en cuclillas y con aquellos calzoncillos verdes. *Siempre* había tenido un aire, desde la época de la universidad. Aquellos ojos de niña. Aquellas manos de mujer. Scott había hecho pocos amigos íntimos en UCLA y una vez que se licenciaron había seguido a Eugene hasta San Francisco con el pretexto de que era «un sitio guay». Se fue a vivir al ladito de él, en North Beach. Y nunca se interesó demasiado por las tías. El chaval era rarito y punto. «Ni te me acerques, colega…», dijo Eugene, levantando las manos, «quiero que lo haga ella.» Y señaló con el dedo a Madeline, que volvió a sacudir la cabeza.

«Por el amor de Dios, Eugene, podrías ponerte muy enfermo.» Scott dio otro paso al frente.

Eugene extendió las palmas de las manos. «¡Atrás! ¡No te me acerques, maricón de los huevos!»

«¿¡Quéee!?», protestó Scott, que no daba crédito a sus oídos. «¡Dejas que te la perfore con una navaja, pero no que te saque el puto veneno!» Señaló a Madeline. «¡Ella no te la piensa chupar, Eugene!», bramó.

«Ya lo puedes jurar…», corroboró Madeline, contemplando con espanto el pene ensangrentado de Eugene. ¿Esperaba que le chupara *aquello*, y que luego todos los listillos y niñatos de colegio mayor del barrio le hicieran muecas cada vez que entrara en un bar? Ni hablar.

«¡Puta zorra egoísta! ¡Que me estoy muriendo, joder!», chilló Eugene. «¡Me estás asesinando!»

Madeline miró a Scott, y luego a Eugene. «Escucha, gilipollas, Scott se ha ofrecido a chuparla para sacar el veneno. Te estás asesinando tú solo con tu puta mierda homófoba. ¿O es que crees que cuando volvamos a San Francisco irá por todos los bares de Castro presumiendo de haber sacado un poco de veneno de tu triste y fláccido pito con la boca?»

Eugene asimiló aquello y miró a Scott, que se encogió de hombros. Así pues, asintió con la cabeza, triste y fatigado, mientras su amigo se arrodillaba y volvía a tomar tímidamente su polla en la mano. Volvió a mirar a su viejo colega de la universidad. Eugene nunca había visto unos ojos tan amariconados como los que le miraban con tanta tristeza desde aquella cabeza. Dios mío, pensó, ahora todo encaja. Asintió y volvió a fijar la vista en el techo de la tienda de campaña. Mientras Madeline observaba fascinada, Scott succionaba el extremo inflamado y ensangrentado de la polla de Eugene.

La tormenta les había pillado desprevenidos. Parecía muy apropiado que la ira y el desprecio de los dioses les persiguiera durante aquella terrible huida de la venganza de Carmelita. Sólo pretendían escapar, pese a no tener ni idea de adónde iban. Noé, el menor y más circunspecto de los dos hermanos, miró a Alejandro, cinco años mayor que él, mientras éste conducía adusto bajo el polvo.

Robar a los tuyos está muy mal, caviló Noé ansiosamente. Carmelita nunca se lo perdonaría. Dios nunca se lo perdonaría. Habían puesto fin a todos aquellos años de protección y amor de su hermana mayor. La culpa la tenía América. Les habían prometido una vida mejor allí, pero América había cambiado a Alejandro. Le había encallecido el corazón. Noé pensó en Carmelita, que les llevaba a Ciudad Obregón a oír misa todos los domingos y se aseguraba de que siempre estuvieran limpios y aseados, en su insistencia en que no faltaran al colegio y que no se limitasen a rezar por el alma de su padre, sino que fuesen a visitarle a la cárcel, y también de que pusieran flores en la tumba de su madre.

Se fijó en la mandíbula cuadrada de Alejandro, en los rasgos duros en los que estaban engastados aquellos ojos. Ojos de asesino, había dicho una vez Carmelita, después de que Alejandro le propinara una tremenda paliza a un joven en un bar a cuenta de una discusión insignificante. Los ojos de su padre.

Y no obstante era Carmelita la que siempre sacaba la cara por Alejandro. Fue él quien encontró a su madre, en la villa natal del sur de Sonora, doblada encima de los fogones, jadeando y con el dolor grabado en el rostro mientras fumaba un cigarrillo. Se había quemado una olla de arroz y otra de frijoles; toda la casa apestaba a comida socarrada. Y entonces Alejandro vio la sangre en el regazo de su madre y en el cuchillo grande que estaba sobre la mesa. Empezó a llorar y le preguntó qué había pasado, a pesar de que ya lo sabía; loco de rabia, registró rápidamente la casa en busca de su padre. Estaba seguro de que el cuchillo lo había empuñado la mano alcoholizada del viejo, con el aliento apestándole a tequila y al perfume barato de las putas.

Pero el viejo había huido.

Su madre rogó a Alejandro que no llamase a un médico ni a la policía, diciéndole que la herida parecía peor de lo que era en realidad, protegiendo así a su traicionero marido incluso en el instante en que la vida se le escapaba a borbotones sobre el regazo. A continuación se desplomó y cayó con un ruido sordo sobre el suelo embaldosado. Alejandro gritó y corrió en busca de ayuda. Era demasiado tarde; murió antes de que pudieran llevarla al hospital.

Como cabía esperar, pocas horas después la policía encontró a su padre, que confesó a grito pelado en el acto. Habían discutido y ella le había sacado de quicio; con la mente embotada por el alcohol y ciego de ira, le asestó una cuchillada. Al ver la sangre, se santiguó y erró sin rumbo durante algún tiempo; acabó por fin en el

sórdido Boulevard Morelia, en la lúgubre Casa de Huéspedes* que solía frecuentar, en brazos de su puta favorita, una corpulenta y rolliza mujer llamada Gina. Los agentes le encontraron, llorando y cantando un *alabados*,* patético himno de alabanza dedicado al sufrimiento de la Virgen María, mientras ella le abrazaba contra el pecho como si fuera un bebé.

Entonces su hermana mayor, Carmelita, trató de hacerles de madre. Llevó a los chicos a Estados Unidos y trabajó muy duro para ofrecerles una vida mejor. Noé recordaba la última vez que vieron el viejo puerto, con el cielo nublado y veteado mientras a su alrededor graznaban los pájaros, antes de emprender la travesía en coche por las carreteras desérticas de aquel terreno lleno de calizas y plantas rodadoras hasta llegar a la autopista. Carmelita se pasó todo el viaje cantando y contándoles a sus emocionados hermanitos lo estupenda que iba a ser su nueva vida en América.

¡*Y así se lo habían pagado*!

En el alma penitente de Noé, su hermana, que hasta hacía tan poco le parecía una arpía autoritaria y regañona, iba adquiriendo poco a poco los rasgos de una madona. Volvió a mirar la boca tensa de Alejandro, cuyos gruesos dedos llenos de anillos de oro estaban sobre el volante del Chevrolet.

¡*Ha sido él, el muy bruto! Ha sido él quien me ha hecho esto. Me ha dejado sin colegio, sin amigos. Me ha envenenado el alma. ¡Es igual que la escoria de nuestro padre*!

Alejandro se volvió en ese instante y captó la mirada iracunda del canijo de su hermanito. «¿Qué pasa?», saltó.

«Nada», dijo Noé, manso cual gatito bajo la dura mirada de su hermano mayor.

«A mí no me mires así», le espetó, echándole a Noé otra mirada fría y asesina.

Le recorrió una sacudida de temor y se volvió hacia la ventanilla. Tenía una sensación de mayor frescura en la mejilla, lo que le recordó las ocasiones en que su padre había cogido prestado el coche viejo de su hermano y había llevado a la familia a la playa de Miramar, junto a Guaymas, en la costa mexicana del Pacífico. Se acordaba de los inconfundibles contornos de las imponentes y peladas montañas que rodeaban la bahía. Y de la vez que se cortó los pies chapoteando en el agua entre las conchas de las deliciosas ostras de la zona. De cómo Alejandro y él mendigaban calderilla cuando los pescadores de caña del mundo entero convergían sobre Guaymas para participar en torneos y perseguir a los peces en el mar de Cortés.

Ahora, mientras miraba apesadumbrado más allá de la polvareda que se iba asentando en un horizonte que empezaba a divisarse poco a poco, y en el que sólo destacaban algunos grandes peñascos, volvió a pensar en su ahora santísima hermana. ¿Qué le habían hecho? El dinero. Sus ahorros. Todo aquello por lo que tanto había trabajado. Habían arruinado sus posibilidades de una vida mejor.

Más adelante había algo. La polvareda empezaba a despejarse y a un lado de la carretera vieron un objeto de aspecto extraño que desprendía un brillo luminoso y

anaranjado. Alejandro detuvo el coche y los dos hermanos bajaron de él sólo para llevarse el chasco de comprobar que, visto más de cerca, el ente que había atraído su atención era una banal tienda de campaña. Junto a ella había un 4×4 prácticamente volcado que se había salido de la carretera tras topar con una subida pronunciada de tierra, arena y pizarra acumulada en torno a unas rocas. Alejandro sacó el 38 del bolsillo interior y lo metió en el bolsillo exterior de su chaqueta de cuero. Noé estuvo a punto de protestar pero finalmente decidió no hacerlo. Que él supiera, Alejandro nunca había disparado contra nadie, pero dado el furor lunático y la desesperación que le propulsaban a través de aquella extraña tierra, ambos presentían que estaba destinado a hacerlo, seguramente a no tardar. Noé sólo esperaba y rogaba para que no fuera contra él.

El sol poniente estaba de un resplandeciente color rojo, pues faltaba ya poco para que se pusiera. Gracias a la luz pudieron distinguir vagamente dentro de la tienda la presencia de unas siluetas borrosas. Noé tocó el brazo de Alejandro, más para infundirle ánimos que como un intento de coartarle del modo que fuera, pero en cualquier caso éste la apartó y abrió la puerta de la tienda con decisión.

Le asaltó en el acto ese olor que conocía tan bien: el aroma agrio y sustancioso de la sangre derramada mezclada con el calor. Alejandro apenas daba crédito a sus ojos cuando vio la escena que se desarrollaba ante sus ojos. Un gringo arrodillado delante de otro haciéndole una felación mientras una preciosa muchacha miraba. Los norteamericanos eran un pueblo verdaderamente asqueroso, fue la rencorosa reflexión de Alejandro. El pene de aquel hombre estaba lleno de sangre. La chica tenía una toalla ensangrentada en el regazo. ¡Evidentemente, estaba en la época mala del mes, el muy animal se la había metido en su apestoso coño, y ahora el otro gringo se la estaba limpiando con la boca! Se preguntó, lleno de furor y amargura, si su hermana estaría participando en ese mismo instante en sórdidos juegos como aquél, observando con ansiedad, como la puta en que se había convertido, al amigo mariposón de su amante ricachón mientras limpiaba su asquerosa sangre menstrual de la polla de éste. Ahora el cerdo *norteamericano*[*] comepollas se volvía y escupía la saliva sangrienta sobre el suelo.

¡*Dentro de su propia tienda de campaña*!

Horrorizados, los americanos se volvieron y vieron a los hermanos mexicanos.

«Dos mariposones y una coscolina», anunció Alejandro sin inmutarse, con el gesto crispado por la malicia.

«Esto no es…, me ha picado una serpiente de cascabel…», balbuceó Eugene antes de chillar, indignado. «¡Iros a tomar por culo de aquí!»

A Alejandro se le crispó el gesto aún más y entró en la tienda de un paso. «Oye, mariposón, ésa no es forma de hablarnos, ¿te das cuenta?», preguntó sacando la pistola y encañonando la polla de Eugene y la boca de Scott. «No sea que te vuele esa polla fláccida y también la dentadura de tu amigo tragasables», amenazó frunciendo el ceño.

Scott y Eugene se quedaron petrificados, observando el cañón de la pistola con expresión boquiabierta y ausente.

Madeline tragó saliva antes de encogerse y retroceder hasta notar la pared de la tienda a sus espaldas. «¿Qué… queréis?»

Alejandro la miró de arriba abajo. En su boca asomó una leve y mordaz sonrisa de desdén. Se volvió hacia los otros. «Terminen», les espetó.

Scott levantó la vista, con la polla de Eugene todavía goteándole sangre sobre la mano. «¿Qué?…, pero si no estábamos…»

«Escúchenme», ordenó Alejandro, sin dejar de apuntarles, «tú termina de chuparle la polla, y chúpasela bien. Chúpasela como se la chuparía una chamaquita», añadió sonriendo fríamente.

«Pero…», protestó Scott.

«¡TERMINEN!», rugió Alejandro mientras Noé afirmaba frenéticamente con la cabeza, implorándoles que accedieran a la exigencia de su hermano.

«¡Haz lo que dice, por el amor de Dios!», suplicó Madeline.

Mientras Scott, aterrado, comenzaba a obedecer, Alejandro miró a Eugene. «Y tú disfruta. Quiero que te corras en su cara, como si fuera tu zorra.»

De repente a Scott empezó a darle arcadas la polla de Eugene. Tenía un aspecto horrible y el sabor metálico de la sangre era tan intenso que le daba un sabor asqueroso; empezó a preguntarse si no sería el veneno de la serpiente al bajarle por la garganta e ir a parar a su estómago. Creía que había escupido la mayor parte de él, pero no podía tener la certeza de que así era.

Y luego estaba la inmunda sangre de Eugene. Pensó en la conducta de su viejo amiguete de la universidad, primero en UCLA y luego en San Francisco. Meterse aquella mierda en el organismo equivalía a acostarse con todas las golfas del campus, camareras borrachas y putas de mierda de Subset o Tenderloin en las que se había alojado la sucia cola de su amiguete. Y también significaba, por extensión, que había cohabitado con todas las pollas infectas que habían perforado aquellos coños infestados de microbios. Las posibilidades de no contraer algo parecían ínfimas. Casi podía oír en aquel instante las fanfarronadas de Eugene sobre las putas de las que había disfrutado durante su viaje a Las Vegas el mes pasado; era como si viese sus rostros ásperos y pintarrajeados, así como las sonrisitas autocomplacientes y arrogantes de todos los puteros que habían recorrido el planeta de burdel en burdel de Tijuana hasta Tailandia a cuenta de las dietas de sus empresas. En sus oídos resonaban el tintineo fantasmal de las máquinas tragaperras de Las Vegas y los estoicos cánticos de crupieres de gesto adusto, indicándole las escasísimas posibilidades que tenía de no contraer una infección letal mientras maniobraba con dificultad con la boca alrededor de aquella polla sudorosa y sangrienta.

Pero tenía que seguir adelante. Porque a esa distancia una bala en la cabeza ofrecía posibilidades aún más escasas. Más escasas que casi cualquier cosa.

La pistola. ¡Les estaban encañonando! Esos hombres eran unos psicópatas. Había

que ver los ojos demenciales del hijo de puta que llevaba el revólver; era como mirar al infierno a la cara. Presa de un amargo pavor, Scott decidió que estaba condenado irremediablemente a morir antes de acceder a su fondo fiduciario, con el cráneo volado en pedazos por el disparo de un espalda mojada asesino. Su dinero. Su legado. Todo aquello por lo que había trabajado papá. El viejo: lo único que había esperado que hiciera su hijo en la vida era seguir vivo el tiempo suficiente para cobrar. Y ni siquiera había sido capaz de hacer eso, maldita sea. No habría grupo, ni éxito ni nada con lo que impresionar a su padre. Iba a perecer allí, en el desierto, y el último recuerdo que tendría de su breve existencia sería la maldita polla ensangrentada de Eugene en la boca. Al cobrar plena conciencia de lo espantosamente injusto que era todo empezó a sollozar. Entonces oyó quejarse a Eugene: «No puedo hacerlo. No puedo correrme. ¡Ni siquiera consigo empalmarme! No me gusta. No me gustan los chicos…»

Alejandro se rió estentóreamente y se golpeó el pecho con expresión incrédula. «¡No le gustan los chamacos! ¿Oyes eso, hermanito?» Se volvió hacia Noé. «¡Con un maricón chupándole el rabo y dice que no le gustan los chamacos!» Sacudió la cabeza con gesto de asco. «Se la metiste a la chiquita en el momento malo del mes. ¡Son unos animales!»

Eugene protestó: «Mira, tío, ya te he dicho que me picó una serpiente y…»

«¡Cierra la puta boca!», rugió Alejandro con ojos encendidos. *«Estás como los frijoles, ¡al primer hervor se arrugan!»*[*]

Obedecieron con rapidez mientras Alejandro se volvía hacia Madeline y la cogía bruscamente del brazo.

«Alejandro, por favor…», suplicó Noé.

«Silencio, hermanito», ordenó aquél entre dientes, acercando a Madeline a donde estaban Scott y Eugene. «Quítate la camiseta y el sostén», cuchicheó en un tono delicado pero amenazador.

«Que te lo has…», empezó a rebelarse Madeline antes de derrumbarse al mirar a Alejandro un instante y luego al 38 que tenía en la mano. Se quitó la camiseta de un solo movimiento, seco y veloz. Noé, que ahora ya tenía medio cuerpo dentro de la tienda, vio el San Cristóbal ceñido alrededor de su cuello, pegado al esternón y encima de los pechos, y se sintió impelido a santiguarse y rezar una oración silenciosa. Después, cuando Madeline se quitó el sostén, se quedó sin resuello.

Alejandro pensó en todas ellas; en las perezosas esposas e hijas de los ricos. En cómo, tumbadas en bikini junto a sus piscinas, sorbiendo sus bebidas, jamás de los jamases se fijaban en él mientras sudaba la gota gorda en sus jardines. Y él quería que se fijasen. Quería que se quitasen las camisetas, que liberasen aquellas enormes tetas de silicona. Ahora podía obligarles a hacerlo.

«¿Ves qué tetas, mariposón?» Alejandro se volvió hacia Eugene, que había vuelto la cabeza hacia un lado. En un primer momento la había agachado, pero eso le obligaba a mirar a Scott. «Fíjate, mariposón», le pinchó Alejandro, agitando la

pistola, «mira qué tetas tan bonitas y duras. Te desea, mariposón, te desea tanto…, tanto…»

Jadeaba mientras hablaba, y Noé, horrorizado, reparó en que su hermano se había bajado los pantalones y se estaba masturbando con la mano libre.

Noé retocedió un paso y sacó el cuerpo de la tienda, temblando sin dejar de mantener abierta la puerta. Madeline cerró los ojos y Scott siguió chupando, tragándose con espanto aquella sangre oscura. Alejandro continuó meneándosela e inundando la tienda con sus comentarios. «Te desea tanto como el tragasables, mariposón, así que ¿con cuál te quedas? ¿Eh, mariposón? ¡Tú, puta!», le espetó a Madeline, «¡tócate las tetas! ¡Quiero ver cómo se te ponen duros los pezones!»

Madeline comenzó a acariciarse, primero tensa y atemorizada, y después tratando de desviar sus pensamientos hacia Scott en un esfuerzo por borrar de su cabeza todo lo demás. Trataba de decidir si estaba o no enamorada de él. Tenía unos ojos tiernos y oscuros, tan llenos de tristeza como de esperanza. Era un chico hermosísimo y habían compartido una experiencia estupenda con el yagé; había visto algo en él, su alma, y sabía que llevaba dentro algo más que un chico asustado y pendiente de un fondo fiduciario que quería aplacar a un padre distante y a una madre alcohólica.

Pensó en que debería haber telefoneado a sus propios padres. Les gustaba hablar con ella al menos una vez por semana. Sabía que se preocupaban por ella. ¿Qué pensarían si supieran que estaba allí en aquel momento? Madeline hizo balance del itinerario, en apariencia tan trivial, que la había conducido a aquel terrible lugar. Apenas hacía unos seis meses trabajaba en una droguería de la cadena Walgreen’s y vivía en casa de sus padres, en el distrito residencial de Cleveland donde se había criado. Odiaba aquel lugar, y detestaba su instituto todavía más. Pero, por encima de todo, aborrecía su apellido: Madeline Frostdyke.[2]

O Lesbiana Frígida, como la habían bautizado los chavales más desagradables del colegio.

En San Francisco podía ser Madeline Frost. A veces, cuando tenía el ánimo feminista subido, adoptaba el apellido de soltera de su madre, Kennaway.

Cuando comenzaron los insultos, Madeline reaccionó tratando de no llamar la atención, pero eso fue exactamente lo que acabó haciendo. Al permitir que su conservadora madre la vistiera, Madeline Frostdyke, con sus conjuntos tipo años cincuenta y sus enormes gafas, se convirtió en uno de los bichos raros más llamativos del colegio. Y así habría seguido, poniendo demasiado empeño en pasar desapercibida, cuando la pubertad le cayó encima con todo su peso, dotándola de unas curvas que su ropa informe y sosa no acababa de disimular y de impulsos que un hogar norteamericano decente y temeroso de Dios no podía refrenar. Sin embargo, a excepción de un par de encuentros apresuradamente fraguados (en gran medida para adquirir unos rudimentos de experiencia carnal), estaba decidida a que Cleveland, que tan cruel se había mostrado con Madeline Frostdyke, no recibiera lo mejor de Madeline Frost.

Jackie Kennaway, diligente estudiante de derecho de la Universidad Jesuita de San Francisco, se sorprendió al ver a una muchacha vivaz y despampanante presentarse en la puerta de su apartamento. Quedó aún más desconcertada al darse cuenta de que se trataba de su hasta entonces desgarbada prima Madeline.

Y así fue como la chica de Cleveland se instaló en la habitación libre que la tía de Madeline había mencionado distraídamente que estaba disponible en el apartamento de Jackie en San Francisco. En un principio, Madeline manifestó su deseo de seguir los pasos de su prima por la senda universitaria, en su caso para estudiar empresariales, pero muy pronto quedó claro que no iba a frecuentar a Jackie en la facultad. A Madeline le gustaba más la vida social de San Francisco que a un tonto un lápiz, e hizo amistad con algunos de los conocidos más extrovertidos de su estudiosa parienta.

Había conocido a Eugene a través de una de ellas, Candy. Aunque él no lo supiera, le había recordado de inmediato a Kevin Dailey, el novio de su horrible Némesis, Sara Nichols, que se había regodeado orquestando contra ella multitud de campañas de acoso escolar. Sara se apresuró a reclutar a Kevin para menospreciar de forma irreflexiva a Madeline. Ahora sabía que Sara fue la primera en darse cuenta de lo que acabaron por reconocer las demás divas del instituto: Madeline Frostdyke era monísima, y por tanto una rival en potencia, por lo que era fundamental mantener su nivel de autoestima bajo mínimos.

Sara se aseguró de que Kevin –enrollado, deportista y de guapura convencional– no se interesara jamás por Madeline. Pero *esta* versión de Kevin Dailey la deseaba de muy mala manera. Ahí residía todo el aliciente del asunto. No obstante, sólo era un juego, porque era con Scott, temperamental, de dulces y grandes ojos oscuros, con quien quería estar.

Y eso era lo que la había conducido hasta el desierto y a aquella pesadilla.

De forma que ahora lo único real que había en la tienda de campaña era la áspera voz del mexicano joven y gordinflón: «Chupa fuerte, mariconcito. Mira a la chamaquita, mariposón, mira qué espectáculo nos ofrece con sus hermosas y enormes tetas…, a lo mejor tendrías que chupárselas, ¿eh, mariposón? Igual que se la metiste en su cochino coño, ¿no?»

¿Cochino coño? ¿De qué cojones habla este hispano gilipollas, retorcido y tocino?, se preguntó Eugene con la vista fija en los pechos de Madeline. Eran un buen par de tetas, de eso no cabía duda. Voluminosas y firmes pero auténticas, una de ellas visiblemente más grande que la otra. ¡Qué aspecto tenía con los ojos cerrados! Intentaba concentrarse para no parecer impotente y humillada. Y Eugene lo comprendía. Recordó su propia experiencia, triste y solitaria, en la industria del porno. Cuando era estudiante en UCLA y Lana y él atravesaban una fase decididamente «off» de su relación discontinua había intentado ganar algo de dinero extra. Su amigo Jerry lo había hecho, así que ¿por qué no iba a hacerlo él? Como iba al gimnasio estaba «rajado», y estaba bien dotado. Parecía una buena manera de

ganar dinero: follarse tías buenas. Recordó que de niño había interpretado un pequeño papel en un par de escenas de *Aprender a vivir*, que, como tantas películas de Hollywood, se rodó en su instituto. Incluso llegó a acariciar la descabellada idea de que a lo mejor alguien se fijaba en él y entraba en Hollywood por la puerta grande antes que Lana.

Cuando acudió a aquella casa del Valley para el casting, había otros tres tíos compitiendo por ser los elegidos. No conocía a ninguno. Un hombre obeso en traje azul marino y sin corbata les recibió y les dio la bienvenida. Lo único que recordaba de los otros tíos era que uno de ellos llevaba una camiseta de los White Stripes. Aguardaron todos en una habitación provista de refrescos y revistas. A Eugene le dijeron que el último sería él. Mientras esperaba se puso cada vez más tenso. Los dos primeros tíos atravesaron la puerta muy ufanos; salieron en silencio, humillados y cabizbajos. Después de que se marchara el segundo, Eugene y el de la camiseta de los White Stripes se echaron el uno al otro una mirada de cierto desasosiego. Después entró White Stripes, dejando a Eugene solo. Se pasó siglos allí dentro. Cuando salió, White Stripes lucía una sonrisa de oreja a oreja y el gordo le iba dando palmaditas en la espalda. Las palabras con las que le despidió el pornógrafo fueron: «No te olvides: ¡trabaja esos abdominales!» Después hizo pasar a Eugene; antes de marcharse, White Stripes le dedicó un guiño eufórico.

En la otra habitación había una chica desnuda, con una larga y lisa cabellera azabache, mucho maquillaje, voluminosos pechos falsos y un moreno de tonos anaranjados; estaba reclinada en un sofá. La cámara la manejaba una piltrafa de tío con acento tejano y que apestaba a alcohol, que le estrechó la mano y se presentó como Ray. La chica no abrió la boca, pero le dedicó una sonrisa desagradable y predatoria cuando el gordo dijo: «Y esta preciosa señorita es Monique.»

Eugene se acercó a ella y la besó castamente, con esa confianza con que había visto que lo hacían los actores porno cuando les presentaban a sus nuevas compañeras de reparto.

«Muy bien, hijo, ahora enséñanos lo que tienes», le apremió el gordo.

Con los motores a tope de lujuria, Eugene se desnudó con entusiasmo. La tal Monique tenía ganas de marcha. Pero el problema era que, inexplicablemente, su polla no recibía el mensaje que le mandaba su cerebro. Sabía que tenía que olvidarse de la cámara, de los demás testigos y concentrarse sólo en Monique. En su culo firme. En su coñito afeitado. En sus grandes labios rojos. En sus voluminosas tetas de silicona.

Pero no pasaba nada. Nada en absoluto. Las atenciones prostibularias y el entusiasmo de Monique cayeron en saco roto y su semblante se fue endureciendo poco a poco hasta cristalizar en una máscara de aburrimiento. Muy pronto Eugene tuvo que renunciar y salir de allí tan humillado como los dos primeros tíos. El gordinflón le dijo: «No te preocupes, hijo, son muy pocos los machotes capaces de cumplir delante de la cámara a voluntad. Por aquí aparecen tan campantes auténticos

sementales que se creen lo más, y el noventa por cien sale con la moral por los suelos, como perros apaleados.»

Y ahora, a la hora de la verdad, la erección iba a fallarle una vez más. Pero esta vez podía costarle la vida. La cámara, la maldita cámara. Ahora la cámara era el cañón de una pistola y los ojos, oscuros como la boca de un lobo, del asesino que la sostenía. Eugene volvió a mirar a Madeline. Era tan preciosa, e iba a morir sin haberla catado. Con los ojos cerrados, exudaba una nobleza trágica pero heroica. Tenía unas tetas tan bonitas… Ay, si fuera ella la que le estuviera chupando la polla…, esos labios, trabajándole hábilmente, alojándole en el fondo de la garganta, pero sin dejar de estar allí delante de algún modo, virtuosa y serena…

Madeline… Madeline…

Sí…, era ella. ERA ella. La polla se le puso dura.

Joder, Madeline…

De pronto, Eugene notó la explosión desencadenada en su cuerpo, presa de los espasmos. Se estaba corriendo como nunca antes. Entonces, en plena euforia, recordó de repente la regla dorada del porno: el público –y este público mortífero seguramente más que ningún otro– tiene que ver la «facial». Eugene retiró rápidamente el miembro, salpicando de semen el rostro y los labios ensangrentados de Scott, horrorizado a la vez que veía chiribitas de puro éxtasis. «Ay, Dios…», gimió, susurrándole después a Scott: «Lo siento, coleguita…, yo…»

Alejandro eyaculó casi al mismo tiempo, lanzando lefa sobre la pierna de Madeline. Después, de forma despreocupada y mecánica, se guardó la cola, se subió calzoncillos y pantalones, corrió la cremallera y se abrochó. Le entregó la pistola a Noé, que se encogió ante ella. Eugene y Scott se miraron el uno al otro. «Cógela», ordenó Alejandro; el muchacho se acercó lentamente al arma, tomándola en sus temblorosas manos. «Ahora apúntales.» El muchacho obedeció; apenas podía controlar el temblor de la pistola en sus manos. Scott apartó la vista; su labio inferior parecía imitar el ritmo de la pistola. «No dejes de encañonarles», le advirtió Alejandro, regodeándose y dando una palmada en la espalda a su aterrorizado hermano. «Siente su poder», le incitó, «y compórtate como un hombre. Si uno de ellos habla siquiera, le disparas.» Entonces posó la mirada en el teléfono móvil de Madeline, que yacía junto a su saco de dormir, en el suelo impermeable de la tienda. «Creo que me lo llevaré», dijo, recogiéndolo con una sonrisa.

Madeline había abierto los ojos y, con los brazos cruzados sobre el pecho, suplicó: «Déjelo, por favor. Lo necesitamos para pedir ayuda. Estamos atrapados en este sitio. ¡No diremos nada!»

Noé, a quien seguía temblándole la mano que sostenía la pistola, miró a Alejandro con ojos suplicantes, buscando su aprobación. Éste seguía sin hacerle el menor caso y, muy al contrario, fulminó con la mirada a Madeline, que enmudeció de forma instantánea. A continuación miró a Scott y Eugene con dureza. «Deberían decirle a esta zorra que cierre la puta boca si no quieren acabar todos muertos por su culpa»,

les amenazó sin dejar de sonreír. «Ahora quiero los demás teléfonos. Tú», dijo apuntando a Scott, «¿dónde están?»

«Yo…, yo el mío no lo tengo conmigo; el de Gene está ahí detrás», dijo Scott, señalando a Eugene.

Maricona imbécil, pensó Eugene.

Alejandro le miró con expresión casi lastimera. «¿No trajiste tu teléfono?»

«No», tartamudeó Scott de nuevo, «lo perdí. Mira en la bolsa si quieres…»

«Te creo. Me parece que tienes demasiado miedo como para atreverte a engañarnos. Lánzame el otro.»

Scott le lanzó el móvil de Eugene a Alejandro, que se agachó y lo recogió. Jugueteó con ambos teléfonos un poco. «Saben, yo que ustedes contactaría a la policía en cuanto hubiésemos salido de aquí», caviló.

«Por favor…», suplicó Noé, que seguía temblando sin dejar de apuntar, «¡vayámonos ya!»

Alejandro le impuso silencio levantando una mano.

Mientras Scott, lloriqueando e hiperventilando, se limpiaba un poco de esperma de la cara y empezaba a vomitar sangre, Eugene se apoyó contra la pared de la tienda, con el corazón palpitándole con fuerza. Al levantar la vista, lo único que vio fue la mirada de Alejandro, fría como el hielo, cerrándose sobre ellos. «Pero ya no habrá manera de contactar con la policía», canturreó alegremente el mexicano, «porque ahora toca disparar.»

Madeline se volvió hacia Eugene con gesto suplicante, con cara larga y pálida de abyecto terror. Y entonces él supo que la quería de verdad y que haría casi cualquier cosa por ella. Pero no llevarse un tiro. Quería que fuese ella la primera en recibirlo. Luego Scott. Porque había visto cómo ponía al loco aquel y no quería dejarla sola con él. Se metió la mano en el bolsillo y acarició la empuñadura de la navaja. El margen de oportunidad del que dispondría sería muy estrecho y eso suponiendo que tuviera muchísima suerte. De lo contrario podían darse por bien muertos y serían pasto de los buitres junto a alguna carretera desértica.

«Por favor…», le suplicó Madeline a Alejandro, arrodillándose súbitamente. «Yo no he hecho nada malo.»

Alejandro miró a aquella mujer y vio el crucifijo que le colgaba del cuello. Como el que llevaba su madre. Volvió a pensar una vez más en su padre, en aquel animal carente de toda piedad. «Eh…, tranquilízate.» Levantó el móvil y empezó a sacarles fotos con la cámara. «Si te portas bien, no habrá otros disparos que los de la cámara de este teléfono», anunció casi en un susurro, mientras extendía la mano y le acariciaba un lado de la cara. Eugene echó una mirada a un Noé petrificado, y estaba a punto de abalanzarse sobre Alejandro cuando éste se dio la vuelta de repente y volvió a mirarle con gesto asesino. «¡Vuelvan a adoptar su posición, mariposones, si no quieren recibir un balazo!»

Madeline les lanzó una mirada aterrorizada y suplicante; Eugene, abatido y lleno

de amargura, le hizo una señal con la cabeza a Scott y tuvieron que volver a pasar por aquel ritual humillante. Cada fotografía que tomaba Alejandro parecía durar minutos, y sus comentarios, lascivos y burlones, eran una parodia retorcida de los que habría hecho un fotógrafo de moda. Eugene cerró los ojos y oyó decir al mayor de los dos mexicanos: «¡Y, ahora, como le cuenten esto a alguien, todos sus amigos y familiares recibirán estas fotos tan bonitas! Quedarán estupendas en el álbum familiar: ¡dos mariposones y la muchacha de las tetitas!»

Sólo comprendió que todo había terminado cuando el aire fresco y reposado sobre su polla reemplazó al húmedo calor de la boca de Scott. Sólo entonces oyó las pisadas de los hermanos marchándose y abrió los ojos. En la penumbra grisácea notó el eco de un ruido de arcadas que no se parecía a nada que hubiera oído nunca. Era como si un espíritu maligno celebrase a carcajadas una vejación particularmente inmunda que hubiera orquestado. Por un momento pensó que sería Scott o incluso Madeline, vomitando, pero las miradas ausentes de éstos y una insidiosa acidez que no tardó en hacerse notar le dijeron que su origen estaba en algún lugar de su propio ser. Eugene se volvió hacia la lona, y sus grandes brazos le mantuvieron erguido mientras arrojaba la bilis de sus entrañas y una risa nerviosa interrumpía cada una de aquellas demoledoras arcadas. Fuera, oyó cómo arrancaba el motor del Chevrolet y se alejaba resoplando bajo la luz del desierto, cada vez más débil.

Si te gustó la escuela,
te encantará el trabajo

1. TREES

Ayer la ex se pasó por casa de mi vieja con la niña. Intentando demostrar algo, utilizarla como arma arrojadiza, dita sea. Es curioso cómo cambia la gente con el paso de los años. Cuando vi a Trees del otro lado de la mesa, con esa mirada desesperada, esos movimientos espasmódicos y esa forma que tiene de colocar las manos como si fueran trofeos a exhibir, me dejó hecho polvo comprobar lo poco que en realidad sentía por ella. Joder, estamos hablando de la mujer con la que dormí todas las puñeteras noches, azares aparte (da la casualidad de que felices), durante dieciséis años. Será de locos, pero supongo que quería sentir *algo*, lo que fuera, sólo para convencerme a mí mismo de que todo no había sido una puta pérdida de tiempo total.

Igual de preocupante fue ver mi propia indiferencia reflejada en su mirada ausente, puñeta. Llevaba el pelo corto y teñido del color castaño de siempre, pero un poco más intenso y oscuro de la cuenta, y para mí que no hacía más que recalcar que estaba perdiendo lustre. Era ese tipo de corte de pelo con el que El-Chochito-De-Marras le anuncia al mundo: «Reniego del fantasma de la juventud y me convierto oficialmente en mi mamá.»

No sé si es porque capta el desdén en mi mirada, pero a mí también me mira como si fuera un vejestorio. ¡Yo! Sigo usando la talla cuarenta y dos, pero, vale, últimamente se nota un poco el pliegue mantecoso que asoma por encima. Me puse a pensar que en algún momento debimos de dejar de ser humanos, de ser auténticos, el uno con el otro. Ahora no hacíamos más que representar esta pantomima que, seamos justos, tampoco creo que a ella le siente muy bien. No es muy divertido comunicarse como la versión menos halagüeña de uno mismo. Siempre que nos juntábamos –cosa que, gracias a Dios, no sucedía a menudo–, lo único que hacíamos era recordarnos hasta qué punto nos habíamos convertido en cabrones el uno para el otro. Cuando intercambiábamos miradas, no veíamos más que fracaso y humillación, y nunca íbamos a ver otra cosa. Cada uno por su lado hasta éramos capaces de ponernos el uno al otro un poco en un pedestal, recordar los buenos tiempos, el amor incluso. ¿Pero juntos? Ni en broma.

Me muero de ganas de volver a mi hogar, y desde luego ya no está aquí. Nah, para mí son las Canarias: sol todo el año y chochitos que vienen de vacaciones y se les cae la baba de las ganas. Por mí Inglaterra os la podéis meter en el puto culo.

Al echar un vistazo por casa de mi vieja mamá, me entristece lo poco que la vida ha recompensado sus esfuerzos. Unos cuantos muebles, una tele y adornitos de mierda sobre la repisa de la chimenea, eso es todo. Es una de las últimas representantes de esa generación que no se metió en líos, cumplió diligentemente con su obligación de luchar en una guerra imbécil de mierda y se tragó como perros

obedientes las chorradas que babeaba la reina todas las navidades. Por supuesto, les dieron regiamente por el culo, igual que a sus antepasados. Llevan esperando desde la Primera Guerra Mundial que sus «hogares dignos de héroes» se materialicen. Pero ¿dónde están? En esta urbanización de mierda no he visto ninguno.

Pues sí, a lo mejor me dedico a decorar un poco para la vieja la próxima vez que venga a pasar una estancia prolongada. Una manita de pintura. Un poco de papel pintado. Para darle a la cosa un poco de color.

Vuelvo a mirar a Trees. Algunas cosas necesitan algo más que una restauración superficial para resultar presentables.

Mamá, Dios la bendiga, se ha llevado a Emily a la cocina. Como mi vieja, la pobre chiquilla no es tonta; sabe que estamos hablando de ella, pero allá que se van. Así que ahora la Madre-Teresa-Que-Te-Parió baja la voz y me dice: «Ya no sé qué hacer, Michael. No hace absolutamente nada, ni los deberes ni nada en casa para echarme una mano…, en el colegio están que se salen de sus casillas…»

«Ya, tengo la impresión de que así es», asiento un tanto distraídamente.

Me mira y sacude la cabeza. «¿Y tú qué me dices? Perogrulladas de mierda», se mofa, «las mismas perogrulladas de mierda de siempre.»

Ha aprendido una palabra nueva: perogrulladas. Una palabra bastante pija para una Hardwick. No conviene darle a esa peña una puñetera educación, eso no haría más que fomentar su insatisfacción. Serían más felices asfaltando vías.

«Mira, cuando quieras que vaya a una reunión del colegio, avísame con un poco de tiempo y ya está. Llevar un bar a cientos de kilómetros de distancia no me facilita las cosas…»

Veo aparecer en su mirada algo feo y me doy cuenta de que acabo de cometer mi primer gran error. Como siempre, salta inmediatamente: «¡Ay, pobre Mickey, qué vida tan dura la tuya, llevando un bar en una isla donde hace un calor espantoso!» Sacude la cabeza. «Perogrulladas.»

Y la vacaburra picajosa asesta el primer golpe. Nuestro muchacho tiene que refugiarse contra las cuerdas, no perder la calma, esquivar y recurrir a su juego de piernas.

Los muelles chungos de esta vieja silla se me están clavando en la espalda. Tendría que reponer el mobiliario de la suite de la vieja. Aunque ella nunca utilizaría esta silla; era la del viejo. Un lugar de mala muerte como éste, ¿y cómo se llamaba el número que el viejo interpretaba en las fiestas? Aquella canción de Tony Bennett: «La buena vida». Le encantaba, ésa es la verdad. Aquí no llevó una vida demasiado buena, y da la casualidad de que yo tampoco, porque tenía que aguantar a esta yegua picajosa. Con muelles en la espalda y esta vacaburra agobiándome. «Venga, Trees, así no solucionamos nada…»

«¡… mientras yo me mato a trabajar en ese laboratorio cinco días a la semana y trato de educar a *nuestra* hija!»

Me doy cuenta de que está bastante tensa. Seguro que se muere de ganas de

fumarse un pitillo. Son su debilidad. Pero a mí la gente que no es capaz de estar por encima de sus adicciones no me inspira la menor compasión. Eso sí, no se le ocurriría encender uno en casa de mi madre.

Teresa Hardwick le acosa sin parar esforzándose por asestar el golpe definitivo, pero Michael Baker sigue desplazándose con rapidez.

Resoplo y se me escapa una pedorreta. Paro cuando me acuerdo de que ésa era una de las cosas que la sacaba de quicio. Todo el mundo las tiene. ¿Cosas suyas que a mí me volvieran majara? Demasiadas para mencionarlas. Pero una de ellas sería sin duda la costumbre que tiene de poner una boca que parece el ojete de un gato. «Sé que no lo tienes fácil», le digo, echándole diplomacia, «pero yo vivo de ese bar. No voy a venirme aquí a andar sentado por ahí sin hacer nada. Por lo menos así puedo ganar algo de dinero y enviároslo», digo. Quizá me haya quedado un pelín más fatuo de la cuenta.

¡*Un potente directo de Baker que Hardwick acusa claramente*!

Por supuesto, ella entra a saco, como la hinchada del Millwall cuando tiene superioridad numérica. «Ya, lo tuyo es el sacrificio, ¿no, Mickey?»

Contundente contra por parte de Hardwick. Intenta conectar con otro derechazo, pero Baker ya no está allí.

«Mira, no pienso quedarme aquí intercambiando insultos contigo. Ya sabes lo que pasará: los dos empezaremos a levantar la voz. Será lo de toda la vida; a mí no me hace ningún bien, a ti tampoco y desde luego a Em menos. Y tengo que respetar el hogar de mi madre.»

«Eso se te da bien, ¿no?», me espeta entre dientes como una puñetera bruja, «lo de respetar hogares, quiero decir.»

¡*Huy! ¡Golpe bajo por parte de Hardwick*!

A eso le sigue un largo silencio durante el cual se me queda mirando, como juzgándome. De mucho vale esto, puñeta, echar el reloj atrás como si fuera ayer. Alguna gente no tiene lo que hay que tener para mirar hacia el futuro y seguir con su vida. Un defecto de carácter, podríamos decir. Me levanto y me estiro, sofocando un bostezo. Le sublevaba que yo bostezara cuando ella estaba rajando. Ahora tendrá que acostumbrarse. Guipo el viejo retrato de mi padre en la repisa. Es curioso, pero en la actualidad ese bigote le daría un aspecto de lo más ambiguo. «Mañana me vuelvo», le digo. «Mantenme al tanto.»

Buen trabajo por parte de un Baker claramente desfondado, pero que ha logrado mantenerse fuera de peligro gracias a su juego de piernas.

A Trees no hace falta que se lo repita; cuando se levanta me fijo en que tiene un nuevo pliegue de grasa debajo de la barbilla. Siempre fue demasiado aficionada a las patatas fritas, incluso en los tiempos en que acabábamos de empezar a salir. La familia Hardwick, auténtica escoria criada a base de comida basura todos ellos. Su madre creía que la gastronomía consistía en preparar un montón de palitos de pescado en la parrilla en lugar de hacerlos en la sartén. «Yo siempre hago la comida a la

parrilla», solía comentar pomposamente la muy bruja. Así que supongo que Trees no se lo ha montado tan mal teniendo en cuenta que salió de una casa como ésa. Mi viejo les tenía calados, vaya que sí. La primera vez que la traje a casa, me dijo: «Esa gente no es de fiar.» No me gusta que Em ande por ahí con ellos. No es precisamente el medio, digámoslo de forma diplomática, donde pueda aprenderse algo que valga la pena. No está mal si quieres que el hurto y la quiromancia sean tus temas estrella cuando juegues al *Mastermind*. El gen Hardwick –que nunca anda muy lejos de la superficie en Trees– sale a mansalva cuando dice entre dientes: «Eso es, tú haz lo que haces siempre que las cosas se ponen feas: sal pitando y déjales el fregado a los demás.» Se pone más tiesa que si alguien le hubiera metido una barra de acero por el culo y se va a buscar a Em.

¡*Otro golpe bajo y el árbitro descalifica a Hardwick! ¡Vencedor y campeón imbatido… Mikeeee Bei-kah*!

Me dan ganas de gritar tras ella: Ese fregado es obra tuya, guapa, porque los malditos problemas no empezaron hasta que se quedó sola contigo, pero me muerdo la lengua y pienso en el avión de vuelta a casa. Trees es así. No le basta con ser el artífice de su propia destrucción: tiene que arrastrar a la ruina a todos los demás. Pues para ese jueguecito que no cuente conmigo. ¡Algunos tenemos una puñetera vida, gracias! Como dijo el viejo Winston en cierta ocasión: «Aunque estoy preparado para el martirio, es algo que preferiría posponer.»

¡*Fin del combate*!

2. CYNTH

Vaya un tiempo de mierda: paraíso soleado todo el año, dicen. ¡Y ahora contadme una de indios! La tormenta anormal esta ha borrado el aviso del letrero de fuera del pub después de que me costara siglos escribirlo con tiza: Copa Worthington's; Chelsea contra Man U. Me costó un huevo dejar perfecta la cresta esa del Chelsea, puñeta.

La mujer de la limpieza, Margarita, tampoco contribuye a mejorar mi estado de ánimo. Llega con una hora de retraso. Me doy un golpecito en el reloj y le suelto: «¿Qué, echando unas risas o qué?»

Empieza a darle a la sinhueso, contándome no sé qué de su marido y su hijo y un puto accidente de coche y que si la tormenta demencial esta. Le muestro las simpatías de rigor, la llevo fuera y le enseño el tablero con las letras corridas. «A mí me lo vas a contar.»

Este pequeño pub inglés, el Herefordshire Bull, en la soleada Corralejo, es mi feudo; bueno, el mío y el de mi socio Rodj, propiamente hablando. Es una casa de mala nota práctica y funcional, como las que todavía se ven en Inglaterra: dos bares pequeños, un *public* y un *lounge*;[1] los dos tienen pantalla grande, además de una gramola (el *lounge)* y una diana para dardos (el *public)*. Del otro lado de la barra están los piratas expatriados que heredamos al comprarle el local a un granjero retirado hace cinco años. Un antro de vicio y perdición en toda regla. Pero no es mala vida, la verdad. Me gusta pensar que nosotros, los ingleses, bueno, por lo menos algunos, hemos aportado a esta isla un poco de calma y de serenidad.

Mis primeros clientes de la noche son un par de japos. En Corralejo no abundan, aunque a la vuelta de la esquina hay un hermoso burdel lleno de bellezas sudamericanas que, según dicen, se está labrando una sólida reputación. Un poco caro, eso sí; por lo que a mí respecta nunca he entendido eso de pagar por algo que es fácil conseguir gratis si no eres quisquilloso. Uno de los japos pone un tema de John Lennon en la gramola. Les saludo con una ligera reverencia y me arrimo sigilosamente a Cynthia, que está lavando unos vasos. Le propino una sutil palmadita en el trasero mientras le cuchicheo: *«Sro keep on praying rose mind graymes too-geh-eh-thah…»*[2]

Me encanta la grasa de Cynthia.

Ella me magrea provocativamente el culo y me guiña el ojo. Pero si no he hecho más que…

En fin, qué le vamos a hacer: rumbo al planeta perdición.

Pensé que esta noche habría más follón porque los dos equipos son muy populares entre los expatriados, pero sorprendentemente no se ven demasiados

seguidores ni del Chelsea ni de Man U por aquí. Entran un par de *Geordies*[3] que empiezan a darle a la cantinela de lo blandos que son los sureños, pero no pienso entrar al trapo. Cabrones tocapelotas del norte. Lo fundamental es que Cynth está aquí y que contemplo sus grandes y pesadas nalgas y esos pechos voluminosos mientras pienso: Ésta es una mujer cuya estructura básica ya no es capaz de contener su sexualidad. Las tetas y el culo se le están expandiendo por todo el puto garito. Sigue teniendo afilada la mandíbula y la piel del rostro tersa. Cada puta pinta y cada ración de pizza que se mete va a parar directamente a la barriga, las tetas y el culo. Por eso me gusta verla darse al vicio: ¡es más, la animo a hacerlo, qué coño!

«Tómate otra cerveza, nena», le digo.

«Estando de servicio no, Michael. ¿Es que quieres emborracharme?», me pregunta entre risitas. Cynthia es muy divertida, una cualidad muy de agradecer en los chochitos. Claro que algunos son de ese palo hasta que llega lo que a ellas les gusta calificar de «compromiso», después de lo cual se convierten directamente en yeguas picajosas. En esa fase empiezan a adjudicarte el papel de saco de boxeo psicológico, para que encajes los golpes que ellas no pueden devolverle a una vida que las ha decepcionado. En el oficio hostelero uno acaba convirtiéndose en especialista en todo. Walton, Guildford, Romford, Streatham; he currado en todos esos sitios.

«Pues entonces tómate otro trozo de pizza, chiquilla», le sugiero, señalando con el dedo la masa petrificada que hay en el calientaplatos.

«Nah, no puedo, me estoy poniendo gordísima», objeta.

«No es cierto, no digas bobadas, estás anoréxica», le aseguro, «ése es tu problema. Lo he leído todo sobre las que os atiborráis y luego lo vomitáis todo.»

«Ésas son las bulímicas», dice ella, palpándose la barriga.

«Puede que ése sea el caso, pero en el fondo es lo mismo, ¿que no?: periquitas demasiado obsesionadas por el papeo», le suelto con una sonrisa, porque a mí me gustan las chavalas con un poco de carne. La forma en que el peso le tiembla y cambia de sitio al desplazarse; de verdad que me encanta verla servir, sobre todo cuando se estira un poco para llegar a los dispensadores y llenar un vaso. He llegado a ponerme del otro lado de la barra para pedirle un whisky que ni siquiera me apetecía sólo por verla. Sobre todo, supongo que me gusta la forma en que puedo transformarla, me encanta ver cómo se ensancha después de una semana de caprichitos, todos instigados por un servidor de ustedes.

Las supermodelos esas tendrán una pinta estupenda vestidas, pero afrontémoslo: no apetece tirárselas. Te sentirías como uno de esos hindúes que se acuestan sobre un lecho de clavos.

Rodger no se está cubriendo precisamente de gloria en este momento. Bertie le pilló con las manos en la masa, metafóricamente hablando. De hecho, las tenía en el coño de Marcia, detrás de la barra y todo, el muy guarro. Por supuesto, Bertie empezó a darme la brasa acerca de los colegas y las parientas de los colegas y que eso no se

hace. «No se puede cruzar esa puta raya, Mickey»; así lo dijo. Yo no veo ninguna puta raya, pero eso no se lo pienso decir, claro.

Por supuesto, si yo tuviera una parienta a lo mejor lo veía de otra forma. Pero eso no va a pasar: de los escarmentados nacen los avisados, es lo que digo yo siempre. Ahora mismo, sin embargo, la tónica es cuantas más, mejor; ese otro tema no lo tocamos en Chateau Mickey. Porque lo cierto es que la única forma de hacerse con chochitos de cierta calidad es afanando los que tienen pareja pero están insatisfechos. Y no suelen estar por la labor de desertar hasta que han comprobado que se ofrece mercancía de calidad en otros lares. También están los chochitos-peldaño, incapaces de reunir el valor suficiente para dejar a su maromo sin un pringao como tú de por medio para compartir el chaparrón. Por supuesto, en cuanto él desaparece, a ti o te manda a freír espárragos enseguida o se vuelve tan loca que tienes que darle puerta tú, con lo que te quedas tirado como un gilipollas y con una reputación a medio camino entre canalla y mamarracho. La naturaleza humana es así, y si al cabo de cinco años en el sector hostelero no te das cuenta, no lo harás nunca.

Al fin y al cabo, la otra noche yo le eché un tiento a la guarra esa de Marcia. Un poco flaca para mi gusto, pero las tías delgaditas que rondan los cuarenta tienen su punto. Si para entonces no se han abandonado del todo, tienen que tener un gran vicio. La experiencia me ha demostrado que siempre es follar. Una fulana delgadita que ronde los cuarenta suele ser una guarra de cuidado, muy dispuesta a lo que sea en cuanto superas la primera barrera. Es en esa primera valla donde suele estar el problema. Marce estaba dándole al viejo rollo calientapollas. Fui al grano y la pillé a la salida del wáter. Me sacudió un bofetón en los putos morros y me montó el viejo numerito del a-mí-qué-me-cuentas antes de largarse. Le dije que vale, que debí de haberla malinterpretado. El Jack Daniel’s es lo que tiene.

Y no falla nunca, joder.

Aunque Rodj parece haberle causado buena impresión, el muy cabrón. Mi socio es un sinvergüenza del máximo calibre, con ese pelo engominado y esa expresión de cachondeo permanente que tiene hasta cuando está mosqueado. No me cabe duda de que Marce tiene que tener unos buenos polvos, me jugaría lo que sea, así que no puedo culpar a Rodj por intentar echárselos. Claro que, estando casada con el pobre Bertie, Dios le bendiga, tiene que estar desesperada; me sorprendería mucho que no fuera el caso. Pero hay que reconocer que el bueno de Rodj está en primera posición en la parrilla de salida, aunque cerrar tratos no se le dé bien.

¡Esta isla está llena de putos yonquis! Hay dos capullos sentados en un rincón de la barra mirando las putas paredes. Disculpen, pero ¿no me fui yo de Londres por algún motivo? Error mío, puñeta. Claro está que la calidad del fútbol en la llamada Primera División sería capaz de enganchar al jaco a todo dios. El juego es una mierda; demasiado táctico, joder, todos los delanteros virgueros asfixiados por cinco mediocampistas. Que si estadísticas y cobrándole a los mamarrachos de la afición cuarenta libras por el privilegio y a primos como yo por los satélites y las ofertas. Y

luego están los comentaristas y los entendidos; la compañía de televisión les dice que inflen el valor de todos los putos partidos, así que ahí tienes a esos cabrones orgasmando que te cagas mientras en casa nos quedamos dormidos en el sofá o en el garito le suplicamos a la camarera que suba la puta gramola. ¡Así que me echo otro whisky, se me pone la cara colorada y me doy cuenta de que acabo de encogorzarme otra vez!

En cualquier caso, Cynthia y yo nos lo estamos montando. Infollable hasta que te echas un par de whiskys, y luego te pone como una moto. Las tías hacen que te portes como un capullo a todas horas. No es que sea un cínico; en realidad soy alegre por naturaleza, pero tenía que hacer ese comentario.

Cynthia y yo estuvimos pegándole a base de bien la noche antes de que yo volviera a casa de mi madre en Walton: una sesión de las buenas con el tinto. Creo que fue entonces cuando se la metí, al menos eso creo, porque iba demasiado bolinga para recordar gran cosa al respecto. Así que me desperté más salido que una cabra alpina y empecé a menear los dedos al sur de la frontera. ¡Mecachis, aquello parecía papel de lija! Eso sí, hay que ver lo que se aprende con un poco de experiencia. En mi época de joven semental me habría tomado aquello como señal de que no le gustaba y le habría soltado algo defensivo del estilo de: «¿Qué pasa, lesbiana frígida de mierda, eres una puta retrasada o qué?»

Lo que hace la experiencia. Ahora sé que como le había estado pegando al vino tenía que estar un poco deshidratada. Así que le llevé un gran vaso de agua. «Tómate esto, chiquilla», le dije.

«Eres un cielo, Michael.»

No me atreví a decirle que sólo estaba regando el puñetero jardín, ¿que no?

La fase dos consistía en hacer que se levantara y se moviera un poco para que el metabolismo se le pusiera en marcha. Si hubiera sido una turista le habría propuesto un paseo tonificante por el malecón o la playa antes de volver y cepillármela, pero con Cynth eso no era una opción viable, pues la discreción era fundamental. Sigue siendo una mujer casada, al fin y al cabo, pese a que su relación con el gilipollas golfista ese es tenue como mínimo. Así que me ofrecí a prepararle un poco de manduca, huevos revueltos con tostadas.

Dicho y hecho, un poco de camelo de sobremesa, un zumo de naranja recién exprimido y otro gran vaso de agua, y la siguiente vez que la mano viajó escaleras abajo fue como meterla debajo del grifo.

La hice correrse así, y luego le metí el cipote a efectos de un poco más de diversión dominical. Cuando estás encima de ella hay mucho donde agarrarse, y me encanta meterle el dedo en el ombligo y decirle: «¿Cómo está mi Pillsbury Dough Girl,[4] pues?» Y mientras le echo un casquete, le estrujo ese culazo tembloroso y esos michelines fofos y, claro está, esas tetazas caídas. Es una puñetera maravilla, pero de ninguna manera dejaría que Cynth se me colocara encima. Lo propuso pasado un tiempo; digamos que escurrí el bulto. A ver, ¿quién querría tener toda esa

carne encima? Cuando quiera que me entierren vivo me daré una vuelta por unos cuantos antros del East End y pondré a parir a los gemelos Kray,[5] gracias.

Cynth tiene un polvo excelente, pero después se puso un poco rara con todo el rollo ese de «abrázame, Michael». Las tías son como el papeo; cuando te has puesto como el quico, te quedas saciado y se te quitan las ganas de volver a acercarte a ninguna durante un tiempo, ¿que no? Psicología elemental, pero los chochitos nunca lo pillan. Se puso un poco gélida, y yo quería dormir un poco porque a la mañana siguiente tenía el vuelo a Gatwick, así que acabamos riñendo. Se largó en plena noche, pero bueno, en lo que a mí concernía, misión cumplida, ¿que no? Deduje que después de un revolcón como ése seguro que volvía. Como la noche sucede al día.

Y no me equivoqué. Es verdad eso de que la ausencia aumenta la añoranza y ensancha el chumino. No hay la menor mención de la pelotera y esta noche no para de meterme mano mientras me pregunta por Walton-on-Thames. «Estupenda localidad», le cuento. «Siempre que me voy de allí me llevo un poco de Walton dentro. ¿Y tú qué?»

«Yo soy de Faversham», me dice, «ya sabes que…»

«Entonces, ¿qué te parecería que dejara un poco de Walton dentro de ti?»

Me sacude un puñetazo en el pecho, pero mira alrededor para asegurarse de que no hay moros en la costa y me cuchichea: «¿En tu casa a medianoche?»

«La estaré esperando», le aseguro en mi mejor tono de Maestro de Ceremonias.

Bien hecho, Cynth; en cuanto los echo a todos y cierro no me hace esperar mucho; vuelve sobre sus pasos y oigo una llamada conocida en la puerta de atrás. Le abro y enseguida estamos en el sofá arrancándonos la ropa como adolescentes, conmigo encima; una jodienda sudorosa con toda esa manteca desparramándose y ella explotando como una bomba de relojería.

¡Dios bendito! ¡Joder!

Por lo menos al día siguiente la puñetera lluvia amaina un poco, pero las resacas del fin de semana empiezan a acusarse de mala manera. Cynth no podía quedarse, le dijo a su maromo que iba a jugar a las cartas con sus amigas y se largó temprano. Yo no soy de los de quedarme demasiado tiempo tirado en la cama, así que me levanto y me doy una vuelta por el centro para comprar un poco de pescado del bueno, recién salido del barco, y luego telefoneo a Trees-la-ex-de-Walton-on-Thames. Antes de que me dé tiempo a decir Jimmy Pursey[6] la muy boba va y me dice que sería buena idea mandar a Emily a pasar aquí las vacaciones escolares. Traducido, eso quiere decir: «Me estoy follando a un tío y quiero que me la quites de encima.»

Gracias que te cagas, bruja asquerosa.

Eso me pone de un humor de mierda, ya lo creo. Con todo, hay que seguir pensando: calma y serenidad. Así que me subo al buga y viajo a la parte *Kraut* de la isla siguiendo la ruta costera FV-1 y evitando ese puto cagadero de Puerto del

Rosario. Según te metes en la FV-20 y te diriges al sur, hacia Gran Tarajal, podrías creer que estás en otro mundo. Es la parte más bonita de la isla con diferencia, que los viejos Cabezacuadradas se apalancaron hábilmente para ellos. Lo acaba llevando a uno a preguntarse quién ganó la puta guerra. Aparco delante de un garito al que voy de vez en cuando y asomo la cabeza por la puerta, pero aquello está muerto. Hay una camarera que trabaja en un restaurante, pero no parece que hoy haya venido. No nos preocupemos: hacen una platija a la brasa estupenda.

Un poco de manduca me sienta de vicio y cuando regreso para el turno de noche Rodj ya está allí y a Cynth le falta poco para llegar. «¿Qué tal con Marce?», le pregunto discretamente.

«Entre ella y yo no hay nada», dice sacudiendo la cabeza con enojo, lo que significa que sin duda lo hay. No hace falta que el cabrón se ponga tan picajoso. ¡No es que hayan llevado el tema con mucha discreción precisamente!

En la barra juno a un par de tipos de aspecto poco recomendable. Uno es un tipo grande y fornido que lleva el pelo cortado al rape y gafas reflectantes. El otro es un cabroncete con pinta de comadreja, de mirada furtiva y cabello engominado peinado hacia atrás. Va enjoyao hasta las orejas; dos pendientes, al menos dos cadenas de oro alrededor del cuello, pulseras en la muñeca y anillos con soberanos en casi todos los dedos. Puta maricona. Ahora, lo que me interesaba de ellos no era tanto su aspecto como lo que estaban diciendo. Hay que tener cuidado con eso de meter las narices, pero estaba intrigado y descubrí que si me colocaba detrás de la cortina de algodón a cuadros que cuelga de un lado del *public bar* y hacía como que estaba mirando la contabilidad, oía todas y cada una de las puñeteras palabras que decían. ¡Entretanto los muy capullos creen que estoy en el almacén! Así que allí estaba yo, haciendo un poco de esto y de aquello pero enterándome de todo al mismo tiempo.

«… pero por aquí hay unos cuantos a los que tendrá que dar puerta si quiere llegar a lo más alto. Lastre, vaya. A ver, que no voy a dar nombres, pero esa chica tiene madera de estrella y odiaría que todo eso se tambalease por frecuentaciones dudosas…», parece que dice el caracomadreja enjoyao.

«Estarás pensando en Graham, me imagino», dice el cabronazo rapado. Tiene una voz bronca, como los malos de la serie policíaca *The Bill*.

El tono del otro tipo es agudo, nasal y malicioso: «Como ya he dicho, no voy a dar nombres, pero al que le quepa el sayo…»

«Hay que salvarla de sí misma, Trev.»

«Pues sí, tendremos que sentarnos los dos solos delante de una cenita agradable, con su botella de vino y todo, y tener una charla breve pero muy en serio…»

«Una charla seria…»

«Una charla seria sobre su futuro, porque odiaría que la pifiara. A ella lo que le hace falta es un poco de disciplina, que la guíen con firmeza. Si no, lo echará todo a perder.»

«Quien bien te quiere te hará llorar, Trev.»

«Exactamente, Chris. Amor sin fisuras, creo que lo llaman ahora. Y no te imaginas lo que me facilitaría las cosas que el tal Graham desapareciera, así sin más.»

Se hace el silencio cuando el que parece un armario suelta: «Desapareciera… A ver, Trev, hablemos claro: ¿que desapareciera de su vida o que desapareciera de una vez por todas?»

El otro baja la voz. Me parece que dice: «Lo que haga falta.»

«Si se esfumara del todo, ella lo pasaría muy mal.»

«A corto plazo, Chris, a corto plazo. Pero lo superaría. Por supuesto, le haría falta un hombro en el que llorar.»

Entonces aparece Cynth gritando no sé qué y la muy tontalculo corre la cortina, lo que me jode que no veas, porque los tipos esos me ven desde la barra. Me lanzan miradas asesinas y me ponen esa cara que dice «¿qué es lo que has oído exactamente?», pero yo sigo con la vista clavada en el libro de contabilidad que tengo en la mano, muy preocupado, porque las mejillas se me están poniendo coloradas. «Dime, bonita», digo tan atolondradamente como puedo.

«Necesitamos unas San Miguel y unas Coronas aquí arriba ahora mismo.»

«¿Dónde está Rodj?», pregunto, como si no lo supiera.

«Ha salido un momento.»

A festejar, sin duda, el muy cabrón. «Maldita sea, chiquilla, ¿no puedes esperar? Estoy enfrascado con los libros. Enfrascado a tope», subrayo, volviéndome hacia los tipos de la barra. «En este sitio me tengo que ocupar yo de todo», digo sacudiendo la cabeza y sonriendo. El grandullón me responde con una sonrisa tensa, mientras que los ojos del caracomadreja son todo pozos de negrura.

Dejo los libros y bajo las escaleras mientras maldigo a esa vacaburra gorda, estúpida y metepatas.

Putos maleantes. Nunca me han gustado, ni siquiera cuando estaba en Inglaterra. A ver, no quiero que se me malinterprete: yo también he dado algún que otro palo alguna vez, pero no me pone nada todo esa mierda del rollo gángster. La mayoría de esos tíos no son más que unos putos matones y tú el pringao que tiene que escuchar sus chorradas y reírles las gracias cada vez que toca. No sería tan horroroso de no ser porque la mayor parte del tiempo es un aburrimiento que te cagas. Que sí, que algunos son de lo más ingeniosos. Pero la mayoría no hace más que reciclar la misma mierda que ya has oído un millón de veces.

Por fin apuran las consumiciones y se marchan. El cabroncete enjoyao y engominao me echa una mirada larga, sostenida y dura y me paso todo el puñetero día paranoico perdido en mi propio local de mierda.

Por la noche hay mejor ambiente en el pub, y Vince, Bert yo nos encerramos para echar una timba. Tiene su gracia, cuando lo pienso: al retener aquí a Bert en este momento, probablemente esté ayudando a Rodj en sus esfuerzos por cepillarse a su señora. Eso me genera sentimientos encontrados. Vince es un tipo decente, de Manchester o por ahí. Alquila inmuebles aquí en la isla. Turbio que te…, porque

nunca parece tener trabajo y anda haciendo viajecitos continuamente, pero por lo general lleva en el bolsillo un fajo con el que se atragantaría un caballo. Bertie lleva una tienda de material deportivo, pero para mí que la compró con dinero falso. Es un mamoncete suspicaz, y siempre se inquieta un poco cuando ve una cara nueva por el garito.

Vince y yo le estamos tomando el pelo. «¿En serio me dices que no has tenido un rollo homosexual en la vida?», le pregunto.

«Por supuesto que no», dice Bertie, todo ofendido.

Sacudo la cabeza mientras me fijo en la mierda de mano que me ha tocado. «¿Cuántos años tienes? ¿Has cumplido los treinta y siete sin llegar a tener nunca una experiencia gay?»

Bertie mira a Vince, que sonríe y se encoge de hombros; está alucinando en colores. «Por supuesto que no…, estás como una puta regadera, joder», me suelta. Entonces se vuelve otra vez hacia Vince. «¿Y tú?»

Vince le mira con esos ojos de párpados caídos: «Pues claro», dice con su acento *Manc*,[7] «hay que probarlo todo una vez, ¿o no?»

El pobre Bertie casi se atraganta con la cerveza. Deja el vaso en la mesa y mira a Vince con una cara rarísima. «Pero… no puedo creer lo que estoy oyendo…», dice antes de volverse hacia mí. «¿Y tú qué?»

«Hostia puta, tengo treinta y nueve años», le informo, «a ver, que no todos nos hemos criado entre algodones.»

«¡Yo no me he criado entre algodones…!», protesta con voz cada vez más chillona.

«Ya, claro», replica Vince, sacudiendo la cabeza.

«Bueno, no», empieza titubeante, «porque recuerdo una vez…»

Y somos todo orejas mientras él nos narra un encuentro que tuvo con un bujarrón en un jodido bar gay de Clapham. Pues bien, en cuanto termina, Vince y yo le gritamos al unísono: «¡SÓLO ESTÁBAMOS DE COÑA, PUTO MARICONAZO DE MIERDA!»

¡Otro que sale del armario! A mí siempre me pareció sospechoso, carajo. Le señalo con el dedo mientras chillo: «¡Clasificado como bujarra!»

Bertie nos suplica a Vince y a mí que no digamos nada, e insiste en que se quedó tan alucinado con nuestras supuestas revelaciones que se lo inventó sólo para integrarse, lo cual, conociendo a Bert, podría muy bien ser cierto. Fingimos no creernos nada y que es un cochino bujarra de mierda. Pero como el tío está tan alterado, lo único que cabe hacer es decirle que nos mantendremos *shtum*[8] al respecto.

Por supuesto, la noche siguiente en el bar no se habla de otra cosa, ¿que no? Es obvio que alguien le dio el beso de Judas, pero ahí sí que no pienso decir ni pío.

El caso es que al bueno de Bertie eso le subleva, y Vince y yo somos los principales sospechosos. Marcia se ha enterado de todo y empieza a armar la de Dios

es Cristo con que si el sida e imponiéndole al pobre Bert una suspensión indefinida del ñaca-ñaca. Y tampoco es que le diera mucho para empezar, por lo que dicen todos, o más bien por lo que dice Rodj. Ahora Bertie está reuniendo pruebas para la apelación. Pero si yo puedo remediarlo, ésta no va a pasar por ninguna comisión de arbitraje.

Después de cerrar el bar Bert se pasa por mi casa con una actitud un tanto hostil: «¡Uno de vosotros dos ha estado largando lo de la otra noche! ¡Lo sabe todo el bar, Marcia incluida!»

«Y una polla. Yo no le he dicho nada a Marcia. ¿A ella quién se lo dijo, pues?»

«Un tipo que estaba en el bar», dice Bertie, boquiabierto.

«¿Quién?»

«¡Y yo cómo quieres que lo sepa!», lloriquea. «No me lo quiere decir.»

«Pues entonces podrían ser legión, ¿que no?», digo sacudiendo la cabeza. «¿Por qué no te lo quiere decir?», le pregunto. El caso es que cuando se trata de tipos como Bertie, da igual lo mosqueados que estén: acabas quitándole hierro al asunto a fuerza de hacer preguntas.

«¡Y cómo quieres que lo sepa!», repite como un loro, completamente aturullado.

Meneo la cabeza. «A mí me parece sospechoso, colega.»

«¿El qué? ¿Qué te parece sospechoso?»

Ganas me dan de decirle: «Tú, puto bujarra de los cojones, tú me pareces sospechoso», pero se lo explico. Bertie, Dios le bendiga, no es de lo más agudo que haya parido madre. «Si a mí mi señora me dijera que había oído decir que yo era *iron*,[9] querría enterarme de quién se lo había dicho. No me haría ninguna gracia que me dijeran que sólo era palique de pub. Y además me preguntaría: ¿a quién le beneficia que ella piense que eres *bottled beer?*»[10]

Prácticamente pude ver cómo sumaba dos y dos. «¿Marce estuvo de charla con Rodj el otro día?», pregunta con voz entrecortada.

«Tengo la impresión de que así fue.»

Y se largó, con los ojos más salidos que los huevos de un perro en celo y como con ganas de liarla. Lo cierto es que no es esa clase de tío, pero en materia de faldas nunca se sabe lo que pueden llegar a hacer algunos. Crímenes pasionales y tal. Pensemos en la Roma antigua; César, Marco Antonio y Cleopatra. Y no es que los chochitos sólo hayan doblegado grandes imperios; más de un boyante negocio hostelero se ha ido directamente al garete cuando al jefe o a su señora los han pillado del lado del edredón que no era. Por supuesto, yo le conté el secretito de Bert a Rodj, a sabiendas de que él, a su vez, se sentiría obligado a contárselo a Marcia. Así que ahora cifro mis esperanzas en que Rodj salga por patas y Bert siga sine díe, con lo que el campo quedaría libre para que un seguro servidor de ustedes vaya a por Marce a saco.

Me reclino en el sofá, satisfecho conmigo mismo, cuando de repente me canturrea el móvil, señal de que está entrando un mensaje. Es Trees-la-ex. Dice así:

Llámame al fijo entre 4 y 6. Urgente.

Vacaburra roñosa. Me ducho y me preparo un sándwich de queso, tomate, lechuga y mayonesa antes de levantar el auricular y marcar, con el resultado de que me sale un puto tono de lo más raro. Me olvidé de prescindir del cero del número de Trees después de marcar el 0044. Vuelvo a intentarlo y me salta el contestador. «Ni Teresa ni Emily están disponibles en este momento. Por favor, deja tu número de teléfono y trataremos de ponernos en contacto contigo.»

Dejo un mensaje. «Trees, soy Mickey. En el mensaje que me has enviado dices que te llame entre las cuatro y las seis. Dices que es urgente, así que he llamado inmediatamente. ¿Me llamas tú de vuelta o…?»

«Michael», me suelta de repente, y sabes que la muy cabrona ha estado ahí sentada todo el rato dejándote largar como un gilipollas…, «¿cómo estás?»

«Ocupado», le digo. «¿Qué pasa? ¿Pasa algo con Em?»

«En fin, como no te va a gustar mucho lo que te voy a decir, iré al grano. Em me está dando bastante guerra últimamente, así que la voy a mandar a pasar una temporadita contigo.»

Puede que aquí haga calor, pero a ver si alguien se lo dice a mi torrente sanguíneo. Jodida vacaburra. «¿Qué quieres decir? Dijiste que *parte* de las vacaciones. Tengo que llevar un maldito bar, no puedo…»

«No puedes sacar tiempo para estar con tu hija. Perfecto. Se lo diré.»

A la vacaburra esta de los huevos le encanta todo esto. Respiro hondo. «Has dicho que una temporadita. ¿Eso cuánto es?»

«No sé. El avión sale de Gatwick mañana a las 8.15 y llega a las 12.30.»

«No puedes hacer una cosa así sin antes concertarla conmigo, es una sobrada de narices. ¡Tengo que hacer!»

«¿Y crees que yo no?»

La puñetera vacaburra está en su puta salsa. Sabe que a Em no puedo decirle que no. «Ya sabes a qué me refiero…, tienes que avisarme, no puedes ponerme ante un hecho consumado de esa manera. Venga, Trees, dame un respiro…»

«No, dame tú un respiro a mí, Mickey», gimotea en ese tono gangoso por el auricular como una Hardwick de pura cepa. Había olvidado hasta qué punto llegaba a reventarme. La de años que lo aguanté; debo de tener una paciencia de santo. «Quiere verte. Últimamente está hecha una borde de cuidado y no quiero que ande sentada por aquí mosqueándose conmigo y con Richie…»

Sorpresa, sorpresa. «Conque eso es lo que hay detrás de todo esto, tú y algún puto mari…»

«Yo ya he dicho todo lo que tenía que decir», me dice en plan sangre fría, pero sin poder reprimir la suficiencia del tono de voz. «Estate en el aeropuerto para recoger a

tu hija.»

«Trees…» Ahora estoy suplicando. «Tere…»

¡Y entonces va y me cuelga por el puto morro!

Vuelvo a marcar el número pero no me sale más que el puto contestador. «Ni Teresa ni Emily…»

«Vacaburra de mierda», escupo mientras bajo las escaleras camino del bar. Golpe de KO por parte de Hardwick, Baker está tendido en la lona, inconsciente. No quiero ni pensarlo. Me sirvo un whisky doble. Cynth ya está aquí y me está mirando. «Un pelín pronto, ¿no?»

«Ha sido una mañana un poco peculiar», le comento mientras bajo a la bodega y la dejo ahí con las manos sobre las caderas, como un bonito jarrón curvilíneo. Aquí abajo siempre hace una temperatura fresca y agradable; es el sitio idóneo donde ir cuando toca cargar las viejas pilas de la calma y la serenidad. De pronto oigo un rumor y veo una gran rata peluda corretear por el suelo: una cabrona enorme de pelo largo. Desaparece detrás de un montón de palés de cerveza. Cojo el cepillo. Entonces oigo el timbre del móvil: otro jodido mensaje de texto. La hostia, es Seph, una chavala griega espeluznante que te cagas a la que me estuve cepillando el verano pasado. Me dice que el viernes viene aquí para pasar dos semanas. Joder, cómo se complica a veces la vida.

Da la impresión de que er mardito roedó se ha dado el piro. Así que hago inventario de mi vida aquí abajo en la bodega. Aquí está todo, dentro de los barriles y metida en los palés de botellas amontonados unos encima de otros: priva. Mis activos, todos convertidos en existencias de alcohol destinado a la venta y la obtención de ganancias. Desinhibición, diversión y esperanzas; con eso trafico yo. ¿A cuántas tías me he cepillado vía el consumo excesivo de la más gloriosa de las drogas? Demasiadas como para contarlas.

Interrumpo mis reflexiones y subo las escaleras. Cynth se acerca y se me arrima. Por la cara que pone sé en qué anda pensando, y cuando abre la boca confirma que no me equivoco: «¿Cuándo nos vemos?»

«Esta noche en mi casa. A las doce menos cuarto», le concreto, pero me sale fatal, porque como estoy oteando la zona del bar por si aparecen desconocidos, hago poco contacto visual.

No hay cosa que indisponga con mayor rapidez a los chochitos que comprobar que estás distraído. Tienes que darles al menos la ilusión de que les dedicas toda tu atención. «¿Pasa algo?», pregunta ella.

«Nah…, bueno, sí», confieso. Sigo con las tripas alborotadas por esa conversación telefónica con Trees, pese a que el mensaje de Seph acaba de demostrar que hay que apechugar con lo malo hasta que lo bueno asome por la esquina, cosa que siempre sucede. En este caso no ha tardado mucho. Debería estar contento, pero hay asuntos prácticos por resolver. «Mi ex me va a mandar a la niña mañana, ¿que no? A ver, ¿qué hago yo con una chica adolescente por en medio?» Echo una mirada

alrededor del garito y luego señalo con la cabeza hacia arriba. «Ya sabes, mi apartamento es enano.»

Cynth hace un pucherito. «Tienes una habitación para invitados.»

«Ya, pero no hay cama y todas mis cosas están dentro.»

«Yo tengo una cama plegable; te la puedo dejar. Cuando me pase luego por tu casa miramos tus cosas y vemos cómo lo arreglamos», se ofrece alegremente. «¿Cuántos años tiene?»

Buena gente, Cynth. Me fijo en esos firmes labios rojos y ahora soy todo orejas. «Trece. Y está en plena fase borde, por lo que me cuentan.»

«¿Y va a pasar aquí la mayor parte de las vacaciones escolares?»

«Mi ex no ha precisado, pero tengo la impresión de que así es.»

Parece que Cynth le esté dando vueltas. Nunca ha tenido hijos pero creo que siempre quiso tenerlos. No tuvo suerte con los tíos. Una vez me dijo que su primera pareja era un capullo, un rácano de cuidado que no quería churumbeles que le obligaran a rascarse los bolsillos. El número dos lleva años sin acertar y en cualquier caso ya está hecho a la vida del golfista. Aunque la veo más entusiasmada de la cuenta con la idea de tener a Em aquí. Pero anda que no me da que pensar: como estas dos congenien, tendré algo de tiempo para dedicar a actividades extracurriculares con cierta joven griega.

Interesante chavala, la joven Seph. Nos conocimos el invierno pasado, cuando ella andaba por aquí. A decir verdad, las tías con bigote no me ponen, pero, después de unos cuantos Jack Daniel’s, por mí podría haber sido un puto talibán. Me la cepillé unas cuantas veces el verano pasado, y volvimos a las andadas en noviembre, cuando el Chelsea estuvo en el Olympiakos para la Champions League. Algunos tíos se pusieron verdes de envidia aquel día cuando me vieron pavoneándome por Atenas con una churri tan jovencita colgada del brazo (daba igual que tuviera bigote o no) y con una preciosa melena negra que le llegaba hasta el culo. Ni siquiera aquellas grandes gafas a lo Nana Mouskouri pudieron evitar que me empalmara. De hecho, cuando uno llega a cierta edad esas cosas empiezan a ponerle. Es lo que pasa cuando has visto demasiadas pelis pornos y demasiadas «faciales».

Quizá le sugiera que se lo depile a la cera.

«¿En qué estás pensando?», me pregunta Cynth mientras me fijo en la gran extensión de tripa lechosa que hay entre la parte inferior de la camiseta y la parte superior de los shorts. Hay bastante celulitis de por medio, pero es curioso que no quede ni la mitad de mal que sobre una piel morena.

Cojo suavemente un pliegue de barriga entre el pulgar y el índice. «Para mí que estás adelgazando, chiquilla», le digo.

Ella se vuelve un poco con las manos en las caderas mientras se mira de arriba abajo en el espejo de la barra. «¿De verdad lo crees?»

«Tengo la impresión de que así es.»

«Eso no es lo que dice la báscula», me suelta ella mientras se vuelve y se mira ese

culo gordo. Rodj lo ve desde el *public bar*, enarca una ceja y vuelve al grifo para terminar de servirles sendas pintas a dos tipos mayores que acaban de entrar con sus esposas. Tiene cara de sentirse tope culpable. Me pregunto si Bert y él habrán cruzado unas palabritas.

«Las básculas domésticas, ¡bah!», me burlo. «Siempre están jodidas, ¿que no? No son de fiar», le digo mientras saco una ración de pizza del expositor y la meto en el microondas. «Tienes que engordar un poco, te lo digo yo.»

«Eres un cielo, Mikey. ¿Sabes? Cuando estaba con Ben nunca fui lo bastante buena para él. Siempre andaba diciendo que pesaba demasiado… y Thomas ni siquiera me ve como una mujer…»

Me arrimo y la acorralo contra la barra. «Algunos tíos no saben cuándo tienen algo bueno entre manos.» Le bajo la cremallera de los pantalones cortos, meto la mano dentro y empiezo a acariciarle suavemente el felpudo.

«Michael…»

«Qué chica más mala. Vas sin bragas», le digo, pensando al mismo tiempo hostia puta, ¡no hay premio por adivinar lo que quería todo el rato!

«Para, Michael. Podría aparecer alguien», jadea mientras le levanto la camiseta para dejar al descubierto esas tetazas, que se bambolean sin que haya un puñetero sostén a la vista por ningún lado.

«Tengo la impresión de que, en efecto, podría ser», le cuchicheo mientras ella vuelve a bajarse la camiseta antes de que aparezca Rodj.

3. EM

Al día siguiente, mientras estoy esperando en el aeropuerto, me siento jodido pero bien. Putas hordas de veraneantes; vejestorios ansiosos de darle un poco de sol invernal a sus vetustos huesos, maridos de expresión ladina que no ven el momento de asociarse con tipos de ideas afines para dar esquinazo a sus tristes vacaburras y a sus niñatos gritones, y jóvenes (y otros no tan jóvenes) al acecho de ocasiones para beber a gusto y darse un buen revolcón.

La otra noche, después de limpiar mi queo, Cynth y yo nos soplamos un par de botellas de tinto más y nos metimos unos cuantos *tequila slammers*. Una puta misión suicida, vaya. En fin, me la cepillé un par de veces y luego preparé unos filetes, unas cebollas, unos champiñones y unas patatas fritas asadas McCain's, de las bajas en contenido graso.

Al día siguiente cuando me levanto, todavía estoy borracho así que dejo a un Rodj decididamente agraviado al frente de la nave. «Me temo que va a ser una situación recurrente, colega», le informo. «Tendré que abusar un poco de ti. Ya sabes, zafarrancho de combate.»

«Ya, en fin, sé que te apetece pasar tiempo con Em. Tranquilo», me dice.

Pobre Rodj. ¡No creo que haya tenido siquiera la satisfacción de echarle a Marce un clavo como está mandado, y sin embargo hay uno al que sin duda tiene en pie de guerra! ¡Por lo visto, Bert ha sido avistado en varios garitos lanzando amenazas contra cierta persona! Por muy meloso que sea, lo que olvidan los tipos como Rodj es aquel adagio según el cual la construcción de tortillas requiere machacar unos cuantos huevos. Y cuando las cosas empiezan a pasarse de rosca, los de su cuerda se ponen nerviosos.

De camino al aeropuerto llamo por teléfono a Seph. Es una calentorra, pero está un poco pirada, así que hay que tener cuidado con ella. Su viejo es jefe de policía de una islita que está a un tiro de piedra del Pireo, el antiguo puerto de Atenas. «¡Mi padre es jefe de policía de toda la isla!», farda a todas horas. Si estuviera allá no enredaría con ella, porque el viejo da la impresión de ser un cabrón de cuidado, de los que seguramente ha tendido más trampas que Grizzly Adams…

Pero ahora ella está en mi puerta trasera, o lo estará pronto. Con un poco de suerte, yo también estaré en la suya. Normalmente me gusta ser un poco comefelpudos (ya era un deporte de caballeros mucho antes de que las lesbianas machorras se abrieran paso a codazos para salir en la foto); pero, lo que tiene ella ahí abajo es una maldita alfombra Axminster. En algún momento, antes de que la necesidad me obligase a salir a la superficie y tomar aire, llegué a pensar que acabaría encontrándome con el doctor Livingstone.

Estoy esperando en la puerta de llegadas cuando Em me ve y se le ilumina la cara

antes de recordar que ella es una adolescente y yo su viejo, por lo que se limita a darme una palmada forzada en la espalda en lugar de un abrazo. Me duele, porque me apetecía rodearla con los brazos y decirle «¿Cómo está mi chiquitita?», pero no se lo digo, hace años que no compartimos algo así y soy consciente de lo mucho, muchísimo, que me he perdido, joder. Y de que nunca lo recuperaré.

Mecachis, se me están llenando los ojos de lágrimas, así que me bajo las gafas de sol de encima de la cabeza e indico la salida con el dedo.

«¿El vuelo bien?», pregunto, logrando que no se me note el tono de voz alterado.

«Un avión es un avión», me responde encogiéndose de hombros, sin darse cuenta siquiera de que su viejo está hundido en la miseria.

«Ya. En eso no te equivocas.»

Así que llegamos al coche y empiezo a largar sin parar, en realidad no son más que chorradas para matar el tiempo. Qué tal el cole y toda esa puta mierda.

«Odio el colegio», me dice mientras se sienta con las rodillas recogidas y empieza a despellejarse las cutículas.

«No seas así», le digo. «Mi viejo, tu abuelo, solía decirme: “Si te gusta la escuela, te encantará el trabajo, y vivirás feliz hasta el fin de tus días.”»

A eso no responde nada, sólo entorna un poco los ojos.

Intento explicárselo: «Lo que quiero decir es que tu vida empieza allí, así que tienes que empezar con la actitud correcta. De donde no hay no se puede sacar, ¿que no?»

Se encoge de hombros sin decir esta boca es mía. Supongo que motivos para el escepticismo no le faltan. El rollo ese del viejo…, no dijo nada semejante, me lo acabo de inventar. Cháchara motivacional a lo Churchill, ese tipo de rollo. La verdad es que al viejo se la machacaba lo que hiciera en el colegio. Pues sí, tiene razón: el colegio era una puta mierda. Todos mis profes eran unos solapados y unas mariconas, del primero al último. Bueno, menos Miss Johns, la de inglés; tenía una forma de inclinarse sobre ti para corregirte el trabajo, con las tetas embutidas en aquella camiseta ceñida y el pelo cayéndote en cascada sobre la cara y aquel jodido perfume que…, joder, eso tendría que haber estado prohibido. No es de extrañar que de mayor no pudiera dejar a los chochitos tranquilos; estaba averiado, ¡totalmente averiado por el sistema educativo! ¡Tendría que poner una denuncia! Un buen abogado, eso es lo que me hace falta, con una instrucción competente, como la del tío que consiguió que nos soltaran a todos y obtuvo la indemnización cuando la bofia, bendita sea, volvió a meter la puta gamba.

El caso, no obstante, es que las de la cuerda de Miss Johns eran distintas. Te animaban, ¿que no? No pensaban que se sabían todas las preguntas y todas las respuestas.[1]

«Mamá me contó que una vez, cuando yo era un bebé, te encarcelaron por pegarte en un partido de fútbol», me dice.

¿Qué coño le andará diciendo a la niña esa guarra atontolinada?

Salta a la vista que esta golfa benjamina ha sido instruida en el método Hardwick de golpes bajos.

«Me detuvieron porque estaba al lado de donde sucedió todo y porque la bofia agarraba a cualquiera, pero nunca me encarcelaron. Bueno, vale, me dejaron en libertad bajo fianza, pero no me condenaron. Retiraron los cargos y me indemnizaron porque quedó demostrado que habían metido la pata. Así fue como compré este sitio y mamá y tú comprasteis la casa», le digo, y como eso es más o menos todo lo que tengo que decir sobre el tema, cambio bruscamente de ídem. «¿Y a ti qué tal te va? ¿Tienes novio en el colegio ese?»

Sólo estoy bromeando, tomándole el pelo, pero se me vuelve con una cara muy seria y me dice: «La verdad es que los chicos del colegio no me gustan demasiado. No sé si será porque yo soy demasiado joven o porque ellos son demasiado inmaduros, pero creo que todavía me queda un poco de virginidad en el cuerpo.»

Mierda…, eso ha dolido…

Hostia puta, me siento como si tuviera diez años y acabase de regañarme mi hermana mayor. Entonces de repente Em me mira con una cara toda rara: «Te veías con otras mujeres. Antes de que nos dejaras a mamá y a mí.»

Siento un hormigueo frío recorriéndome el rostro, como cuando estáis unos cuantos en un antro y entra una nutrida cuadrilla de tipos cachas. Te haces el duro pero por dentro estás temblando como un flan. Nadie dice nada, pero estás pendiente del momento en que la cosa explote y algún cabrón te estrelle un jodido vaso en la cara. ¿Qué cojones pasa aquí? «¿Quién te ha dicho eso?», pregunto. Como si no lo supiera, joder.

«Pero es cierto, ¿no?», me pregunta. Es como si hablara otra persona. Condenados genes de los Hardwick.

Estamos contra las cuerdas pero bien. Calma y serenidad. Recurramos a la experiencia, sin dejar de esquivar y desplazarnos en todo momento.

«Mira, una de las cosas de las que te acabarás dando cuenta en esta vida es que la gente hace las cosas por más de un motivo. A veces por muchos. Por ejemplo, para cambiar las cosas en una relación no basta uno solo.»

Parece que lo está pensando, cuando de repente me suelta: «Aquellas mujeres…, cuando estabas en la cama con ellas», y adopta un tono más áspero, «follándotelas…, ¿alguna vez pensaste en mamá y yo, en casa?»

Esto sí que ya no pienso aguantarlo. Reduzco la marcha y paro el coche en el arcén. Respiro muy hondo. «Mira, soy tu padre y vamos a pasar juntos una temporadita. Tienes que respetarme un poco; yo te respeto a ti y tú a mí.»

¡*No me lo puedo creer! ¡Mickey Baker ha tirado la toalla! ¡Los de su esquina dicen que su muchacho ya ha soportado castigo suficiente*!

«Lo que tú digas», me dice, ahora ya toda distraída, como si tuviera la cabeza en otra parte. Abre la revista que lleva encima. Es una de esas revistas mierderas de cotilleo-famoseo que leen la gente de pocas luces y los críos. Los presuntos famosos

son mayormente del nivel suplentes del Luton; un callo gordo que una vez tuvo un éxito musical, que ahora se dedica a inflarse por Inglaterra y meterse toda la cosecha de Colombia por la tocha desde que su maromo se largó con una tía que estaba más buena. Me preocupa que Em opte por esta clase de lecturas: es el tipo de cosas que leería una Hardwick. Más interesantes para ella, evidentemente, que su viejo, con el que hace meses que no pasa ningún tiempo digno de ese nombre.

Estoy que echo chispas porque no conozco a esta cría en absoluto. La han envenenado contra mí personajes a los que no voy a nombrar, y me va a costar mucho esfuerzo enderezar las cosas. Ésta no es mi niña, es un bicho raro al que no reconozco: es alta, flaca, viste de forma rara y suelta toda clase de bobadas.

«Eso de ahí lo llaman la Montaña Roja», le digo mientras señalo por la ventana. «Más allá están las Dunas de Corralejo, donde hay una gran variedad de vegetación costera que sólo existe en esta parte del mundo», le explico con entusiasmo. Entretanto pienso que seguramente les enseñarán este tipo de mierda en el colegio: el medioambiente y tal, me cago en la hostia.

A ella le resbala.

«Aquí es todo volcánico», musito con voz apagada, poco menos que disculpándome, mientras vuelvo la vista hacia la Isla del Lobo. Al fondo parece que se ven nubes; espero que no vengan en esta dirección. «Podríamos ir allí a hacer una excursión en un barco con fondo de cristal. ¿Te apetecería?»

«Pssí», dice ella, levantando por un instante la vista de la revista mientras subimos por la Avenida General Franco.

No le interesa y punto. ¿Qué puedes hacer? Llegamos a casa. Bajo con ella al Herefordshire y se la presento a Cynth, Rodj y demás. Sube sus cosas arriba, al piso. Cuando baja, un poco más tarde, lleva un libro en la mano. Eso ya me pone de mejor humor. Es mejor que leer revistas-basura.

Ahora Cynth se pone toda rara y le dice a Em: «Cuando yo era joven, me gustaba mucho alisar papel de plata. Ya sabes, papel metálico de diferentes colores. Supongo que los chicos ya no hacen esas cosas», dice mirando a Em, que está enfrascada en su libro. Philip K. Dick. Es curioso, cuando yo tenía su edad me gustaba un montón la ciencia ficción. Arthur C. Clarke. Brian Aldiss; *Los hombres fracasados*. Tipos delgaduchos que se enterraron en campos durante años. Tíos inteligentes, tipo lagartos, con grandes cabezas, pero que sencillamente habían tirado la toalla. Ya les daba todo igual. Así que se atrincheraron en el barro con sus millones y a hibernar, hasta que llegó algún cabrón y los desenterró a todos. Pero ellos seguían allí en el barro, y todo se la sudaba. De crío eso me acojonaba un huevo. Porque es fundamental que las cosas te importen.

Ahora que me acuerdo, había mogollón de tíos de ésos, Harry Harrison, el que escribía sobre Marte, e Isaac Asimov, el de los robots. Además del tipo aquel que escribía de la conquista del poder por todas las plantas aquellas. Es verdad, la ciencia ficción me tenía loco. Y de pronto la dejé. No sé por qué. Bueno, sí, supongo que por

los chochitos. En una disputa entre la imaginación y las hormonas sólo podía haber un vencedor.

«¿Tú no hacías esas cosas de chaval, Michael? ¿Alisar papel de plata?» Cynth está que no para.

«Sí», le digo. Alisar papel de plata. ¿Pero de qué va?

Cynth se está esforzando, eso hay que reconocérselo, pero Em no reacciona con ninguno de mis chistes; se pasa todo el día sentada poniendo cara larga. Por la noche se enfrasca con el libro ese mientras yo juego a los dardos con Vince y Rodj. «¿Y qué me dices de lo de anoche?», suelta Vince. «¿Qué?», pregunto yo, medio esperando oír algo sobre él y Bert.

«Mataron a un tío a tiros», dice tirándome el periódico delante de las narices.

Mi español no es para tirar cohetes, pero logro deducir que un veraneante británico fue asesinado a tiros a las puertas del pub Duke of York en Lanzarote. Me entra tal frío que me estremezco y por algún motivo me acuerdo de los dos tipos que estuvieron en el garito anoche. Una pareja de lo más raro, de eso no cabe duda. Me acojonaron pero bien, cuando el cabrón aquel se puso a hablar de hacer esfumarse a la peña. No parece que se les dé demasiado bien hacer desaparecer a nadie, por lo visto. La policía lo encontró ahí mismo, en su casa. Intento recordar el nombre del tío sobre el que hablaban.

Miro a Em, que sigue leyendo al bueno de Philip K. Dick. Menudo coco tenía el tío. *Blade Runner, Minority Report, La guerra de las galaxias*, el cerebro que estaba detrás de toda esa mierda era él. Es un buen curro si puedes conseguirlo. Lástima que ahora esté muerto, así que no habrá visto nada de guita por todo ello. A veces la vida es injusta, aunque, eso sí, no sabemos la pasta que llegó a tener el tío en vida.

Rodj lleva siglos atascado en el triple dieciocho, cuando parecía que iba a machacarme. Siempre le fallan los huevos: no podría facturar ni en el puto supermercado. Si Marce quiere que le sirvan una ración de carne de ese departamento, puede que tenga que esperar mucho tiempo, y más ahora, cuando Bert anda subiéndose por las paredes. Silencio ominoso sobre ese tema.

Hago diana en el catorce y remato hábilmente en el doble veinte. «Cabrón», maldice Rodj, mirando acto seguido a Em y a Cynth. «Disculpen, señoras.» Como bien cabría esperar, ninguna de las dos parece impresionada.

«El tipo ese al que apiolaron: ¿qué dicen de él?», pregunto.

«Que era un hombre de negocios que estaba de vacaciones», suelta Vince.

Hombre de negocios. Hoy en día todo cristo es un puto hombre de negocios. Esa puñetera etiqueta sirve de tapadera para un sinfín de actividades. «¿A qué clase de negocios se dedicaba?»

Rodj se encoge de hombros y se sirve una generosa copa en la barra. Me echa una mirada y asiento sin pensarlo. Dicho y hecho, me encuentro con un vaso de whisky en el que podría mantenerse a flote el *HMS Belfast*. «Eso no lo dicen», dice Vince, encogiéndose de hombros.

Nah, eso no lo dirían, claro. Conque en realidad no sabemos nada.

Esa misma noche, más tarde, Seph llama para decirme que está en Lanzarote. Informo a Cynth de que tengo unos negocios que atender allí y le pido que cuide de Em durante el día de mañana. No es que se queden muy contentas, ni Rodj tampoco. Pero son cosas que pasan y no me apetece dar explicaciones.

4. SEPH

Decidí que ya iba siendo hora de hacerle una visita a mi viejo amigo Pete Worth, en el Cumbria Arms, allá en Lanzarote. Hacía una luminosa mañana de sábado y me metí en el buga, listo para bajar al ferry, cambiar de isla y acudir en coche hasta el acogedor bar del viejo muelle en Puerto del Carmen donde había quedado con Seph. Esperaba disfrutar de una excursioncita tranquila y sin incidentes.

Pero las cosas no salieron así.

Paso por delante del garaje, echo un vistazo y veo algo que me pone el agujero del culo más prieto que el puño de un corredor de apuestas. Son los dos tipos aquellos, los que entraron el otro día; están hablando con Emily y Cynth.

Paro el coche y salgo escopetado. Mientras atravieso el patio con paso enérgico, ellos se meten en su propio buga y se largan sin haberme visto. Pero Emily y Cynth me guipan enseguida. «Creía que te habías marchado», dice Cynth.

«Nah…, sólo llevo un poco de retraso, ¿que no?» Echo un vistazo por encima del hombro. «¿Qué querían esos tipos con los que hablabais?»

«Le estaban tirando los tejos», dice Emily riéndose.

Cynth pone ese gesto de nenita tontorrona, como hacen las gallinas viejas cuando hay una ración fresca de carne por en medio. Ese numerito no engaña a nadie. «No es verdad», y hasta se acaricia el jodido pelo, «sólo preguntaban por el bar, nada más.»

Esto no me huele nada bien, y no hablo de las bragas de Cynth, aunque por su actitud deduzco que en ese departamento ha habido cierto derrame. «¿Qué quiere decir "preguntaban por el bar"?»

«Bueno, la otra noche estuvieron aquí tomando unas copas…», dice Cynth, mientras se le ensanchan los ojos.

«Ya, ya, me acuerdo…»

«… y sólo dijeron que el Heresfordshire Bull era un pub muy agradable y que se habían sentido como en casa. Preguntaron cuánto tiempo llevaba abierto y en funcionamiento, nada más», dice con gesto culpable, como si la hubieran pillado cotilleando.

La cojo por las abundantes carnes del brazo, la aparto de Em y bajo la voz: «Preguntaban por mi menda, ¿no?» Me clavo el otro pulgar en el pecho.

«No…», dice ella antes de admitir, «bueno, sólo que si era un inglés el que lo lleva y que de dónde eras… Sólo me estaban dando conversación, en serio», me asegura, soltándose el brazo y frotándoselo mientras me mira como si fuera una especie de bruto.

Preguntas y respuestas, sinceridad, mentiras.[1] Tranquilo, Mickey, hijo. Piensa qué haría en esta situación Roger Moore. O Kenneth More. O Bobby Moore. Mantengamos la compostura bajo presión. Calma y serenidad.

«Perdona, cariño, estoy un poco tenso», me disculpo a la vez que me arrimo para darle un piquito en la mejilla y me quedo con la cara cerca de la suya.

Cynth me mira como si no tuviera ni idea de lo que digo. No es ninguna mema pero, como la mayoría de chochitos, pensar fuera de los esquemas convencionales no es precisamente su fuerte.

Veo que Em está distraída mirando cosas en el escaparate del garaje. «Mira, Cynth, si esos tíos vuelven a husmear en torno a ti, a Em o al bar, quiero que me llames al móvil inmediatamente, *capici?*»

Cynth retrocede un paso. «No serían polis, ¿no?»

«Peor, cariño», y bajo la voz antes de añadir, «del servicio de aduanas de Su Majestad, creo.» Me toco la nariz y le guiño un ojo. «Mantente *shtum* al respecto, chiquilla, ¿que no?»

«Claro…», me asegura, antes de poner cara de preocupación. «No pasa nada, ¿verdad?»

«Nada que no podamos arreglar», digo, mientras miro a Em, que está junto a la tienda. Doy un salto hasta el quiosco y pido tres cucuruchos grandes de helado de chocolate. «Ahí tenéis», les suelto mientras reparto. Eso me recuerda las excursiones de verano que hacíamos yo, Em y Trees en Hastings. Buenos tiempos aquéllos. Aunque a Em no se la ve demasiado contenta. Cynth infla las mejillas a la vez que dice: «Acabamos de tomar uno…»

Comprendo que Cynth tiene que mantener alto el cómputo de calorías. Una cosa es ponerse extragorda y otra mantenerse. Como baje de las mil quinientas diarias empezará a perder peso. Lo suyo son montones de refrigerios con alto contenido en azúcar y comidas preparadas atiborradas de aditivos. Eso y priva a saco. «No se puede abusar de las cosas buenas», le digo. «Si durante la Segunda Guerra Mundial no hubiéramos tenido existencias de esto, puede que los yanquis nunca se hubieran apuntado y ahora mismo andaríamos todos mariconeando en botas de media caña. Aunque ahora que lo pienso…» Le guiño un ojo a Cynth. «Está bien», digo mientras echo una mirada al coche, «más vale que me vaya largando. Mi viejo colega Worthy no soporta la impuntualidad. La considera una falta de respeto. Y te diré una cosa», añado meneando el dedo con ademán sermonario, «en eso no se equivoca.»

Cynth me mira con gesto suplicante y pregunta: «¿Cuándo vuelves?»

«Estaré fuera unas cuantas horas todo lo más, chicas. No hay reposo para los malvados», le grito a Em. «¡Hasta luego, princesa!»

Entonces me subo al buga y en cuanto desaparezco de la vista tiro el helado por la ventanilla. Atocinarse los chochitos está bien; yo creo que muchos tíos somos *chubby-chasers*[2] de tapadillo. Para mí, sin embargo, no es una opción: a ningún chochete decente le mola tener un maromo tocino. Llego al muelle y subo el buga a la rampa del ferry. Nunca me ha gustado mucho Lanzarote; demasiado comercializado. Eso sí, Fuerte se está poniendo igual, y Worthy, reconozcámosle sus méritos, se forra a tope en el Cumbria. Aunque se lo puede meter donde le quepa, lo que importa es el

tema CdV, ¿que no?

Cuando llego al bar Seph está sentada en una de las mesas de fuera escribiendo postales con un bolso blanco junto a los pies. Se la ve más triste que una virgen en el Día de los Enamorados. Lleva gafas de sol debajo de un gran sombrero de paja con una cinta alrededor. El vestidito azul aguamarina le sienta muy bien y exhibe mucha carne: lleva el pelo recogido en una coleta con una cinta de color azul, de esas que cuelgan de un lado. Tendremos que quitársela cuando me la cepille: quiero ver ese pelo desparramado por las almohadas.

Por supuesto, cuando me ve empieza por hacerse la distante; un besito en cada mejilla, al estilo europeo. Yo contaba con un gran abrazo y la lengua hasta la garganta desde el principio. El rollito casto no me impresiona lo más mínimo. Menuda chorrada: no vas a recorrer toda esa distancia si no quieres que al final del itinerario no haya un revolcón de cuidado.

¡Lo bueno es que el bigote ha desaparecido! Ha estado depilándoselo a la cera o dándole al láser, por lo que se ve.

Me siento y empieza a contarme las movidas que le monta su viejo, el pasma. Por lo visto quiere que vaya a la universidad en alguna parte, y ella está pensando en Inglaterra. Me pregunta qué parte del país es la mejor.

Puede que sea todo cuestión de experiencias personales recientes con ciertos personajes cuyos nombres no voy a dar, pero supongo que no le pinto un cuadro demasiado halagüeño. Le digo que el norte es lúgubre, que las Midlands son feas, que la campiña es aburrida porque está llena de putos pijos endogámicos mutantes, y que en los tiempos que corren Londres está a reventar de escoria y de chuloputas metrosexuales.

«Había pensado en Brighton, en la Universidad de Sussex», dice ella. Espero que ese vodka doble que le he pedido la deshiele un poco. Ha dado resultado otras veces, y hay que mantenerse fiel a los métodos probados. ¿Cómo era aquello que dijo el gran hombre?: «Se ha dicho que la democracia es la peor forma de gobierno que existe, si exceptuamos todas esas otras formas que se han probado de tanto en tanto.»

Eso sí, al oír la palabrota que empieza por B tengo que intervenir. Hasta un tío tan liberal como yo tiene sus límites. «Nah, no te interesa ir al Brighton de los cojones, créeme. Está a reventar de putos bujarras, ¿que no?» Eso me lleva a preguntarme si le molará el amor griego, por aquello de que es griega y tal. No es que a mí me vayan esa clase de cochinadas, y con eso no quiero decir que en mis tiempos no la haya metido en unos cuantos agujeros de lo más guarro, pero eran todos delanteros. «Ahora mismo donde mejor se vive en Inglaterra es en Gales», me permito sugerir, «porque todavía conserva toda su belleza natural, Aber… o como coño se llame, por aquello de que está junto al mar y tal. Buena ciudad universitaria, tengo entendido. Prestigiosa, dirían algunos.»

Se pone las gafas de sol sobre la cabeza con esos enormes ojazos negros parpadeando bajo el sol. «¿Gales es buen sitio?»

¿Bueno? ¿Qué es bueno, joder? Todos los días chapoteo en una ciénaga de relatividad moral, como dijo la otra noche el tipo aquel del Discovery Channel. Le grité a la pantalla: «¡A mí me lo vas a contar, colega, se llama sector hostelero!» «Sí, pero el problema que tiene Gales es que hay demasiados galeses. Ellos no se consideran ingleses, y da la casualidad de que nosotros a ellos tampoco, aunque sigan sometidos a Inglaterra.»

Seph sacude la cabeza y hurga en el bolso de cuero blanco en busca de un paquete de trujas. «Me gustaría vivir cerca de Londres.»

La entiendo. Supongo que en Grecia ya habrá visto suficientes ovejas.

Un pueblo muy civilizado, los griegos. Homero. Aristóteles. Sócrates. Platón. Sólo unos pocos nombres que formarían parte de la alineación de los Once Primeros en Materia Gris de cualquier país. Pero ahora mismo no andaba pensando precisamente en los clásicos. «Entonces, esto…, ¿qué te apetece hacer?», pregunto, a sabiendas de cuál va a ser la respuesta. El viaje desde Grecia es muy largo y allá tienen playas de sobra.

De repente se le ilumina la mirada y en su rostro aparece una sonrisa. «He venido a decirte que me he enamorado», me dice.

La miro y pese a todo el puto agobio que sé que me va a dar, no dejo de notar una sensación cálida en la boca del estómago. «Bueno, eres muy joven, pero lo entiendo…», le digo mientras le cojo la mano.

Me la estrecha de forma muy rara y dice: «Es bueno que lo entiendas, después de lo que pasó entre nosotros.»

Yo pienso: Cuanto más viejo el violín, mejor suena, ya lo creo, pero opto por permanecer *shtum* al respecto, pues para ella es un momento muy emotivo. Aún es joven. Idealista y tal. Aunque supongo que yo soy igual. La edad numérica no importa un carajo. Cuando eres así, lo eres para los restos.

Su carita irradia felicidad mientras me dice: «Se llama Costas y es de Atenas. Es actor y…»

Y de repente no oigo nada.

Y ella venga a largar sobre el condenado *bubble and squeak*[3] ese mientras me menea el paquete de Marlboro Lights delante de las narices, pero no consigo oír lo demás. Estoy pensando: Entonces, ¿qué cojones hace aquí…?

Pero no consigo hacer otra cosa que mirar a los patos esos que parecen pavos, los pájaros esos que se quedan tirados en el suelo del puerto. Quién coño sabe lo que serán, no los he visto en ninguna otra parte. Se quedan sentados en el asfaltado como si fueran a poner huevos. Todos juntos, una buena cuadrilla. Tienen cara, cuello y cuerpo orondo como los pavos, pero pico de pato y patas palmeadas.

La pinta es de lo más rara, pero no molestan a nadie, como los vejetes sentados en los bancos charlando o los turistas que se congregan en los patios de los bares del puerto. La verdad es que la parte vieja de la ciudad es bastante pintoresca. ¿Lo demás? Demasiado mierdero para debatirlo siquiera.

Los pavo-patos.

Eso sí, aquí el que está haciendo el jodido pavo de mala manera soy yo. *Turkey ducked*.[4] O quizá no. «Entonces, ¿qué te trae por aquí? ¿No irás a decirme que has venido desde tan lejos sólo para compartir la noticia, por excelente que sea, con tu viejo amigo Mickey?», le digo, deduciendo que lo que quiere, antes de contraer nupcias con el actor *bubble* ese, es un revolcón de toda la vida como está mandado. Los últimos días de vida en libertad y tal: se entiende perfectamente.

«He venido con Costas. Están rodando por aquí y por donde vives tú, en Fuerteventura. En la película, él interpreta a un policía italiano de la Interpol.»

¡La jodimos! Una tarde echada a perder, por lo que oigo. Putas pelis. Por aquí siempre andan rodando putas películas. En teoría, al menos, hace buen tiempo todo el año. Worthy presume de que *Moonraker* se rodó en su condenado patio trasero. Bueno, al menos los trozos en los que se suponía que estaban en la luna.

Pero ahora mismo me siento como uno de esos Hombres Fracasados, sólo que preferiría que no se tomaran la puta molestia de desenterrarme. Porque esta tarde aquí no echa un clavo nadie, al menos con el ritmo de ingesta que llevamos. «¡Otra ronda de lo mismo, señorita!», le grito a la camarera.

Así que mientras yo me hundo en el fango del desaliento, ella empieza a contarme el relato. «Conocí a Costas en la isla donde mi padre, que es el jefe de policía, le aconsejó sobre cómo interpretar al detective.»

Lo único que puedo hacer es sonreír pese a lo chafado que estoy y asentir como un puto mamarracho mientras van cayendo las copas.

Después del cuento, me echa una de esas miradas y me dice: «Eres un buen hombre, Michael, leal y fiel. ¿Qué fue lo que dijo tu amigo en Atenas? “Brilla como una fuente de diamantes.”»

«Como un *diamond geezer*»,[5] la corrijo. «Eso lo dijo Billy Guthrie, bendito sea», digo. Empiezo a acusar el efecto de la bebida, así que choco mi vaso con el suyo. «Una fuente de amor diamantino, chiquilla: así soy yo.»

Eso me recuerda que tengo que llamar a Bill a ver qué tal está. No anduvo muy bien durante una temporada. Dejó de beber y luego perdió un huevo en un puto accidente, jugando a *paintball*. Para que luego digan que el deporte es sano. Eso sí, no sé qué cojones andaría haciendo; fijo que algún uso deshonesto del material. Dejar de beber es lo que tiene.

Claro que de eso nosotros no podemos decir gran cosa. Seph parece ir bien bolinga. No consigue decidir si quiere fumarse un cigarrillo o no. Saca uno del paquete y luego lo vuelve a guardar. «Tú habrías sido un buen hombre con el que casarse, pero mi padre dice que en los hombres de tu edad es probable que la simiente esté agotada», me informa amablemente. «El regalo que le debo es un nieto varón. Mis tres hermanas tienen hijas.»

«¡Eh!», protesto. «No me gusta el rollito ese de la simiente.»

«Tu hija también es una niña.»

«Eso no quiere decir nada.»

Me echa una mirada cómplice que, habida cuenta de nuestro historial, me alegra mazo. «Quiere decir que eres hombre; de eso no hay duda. Mi padre es igual. Una vez me dijo que toda su virilidad la había consumido él y que no había quedado nada para su descendencia. Pero sé que un nieto le alegraría el corazón y algún día se lo daré.»

Mientras tanto, yo pienso: Ya sé lo que te daría yo a ti. Será por el calor, será por la priva, pero echar un clavo es una prioridad absoluta.

«Costas y yo nos iremos a vivir a Inglaterra, cerca de Londres», dice, encendiendo por fin un pitillo y guardando el paquete y el mechero en el bolso. «Él mejorará su inglés y trabajará como actor mientras yo estudio. Después tendremos hijos, muchos hijos griegos», dice, sonriendo y levantando el vaso, lo que me obliga a brindar.

Mientras tanto, yo pienso que si quiere hacer hueco para un meneíto no tenemos mucho tiempo, pero entonces me explica que está esperando a Costas, con lo que me siento como un completo gilipollas. Pido otra ronda.

No parece que Baker vaya a meterla en caliente.

Por fin aparece Costas. Es un tipo delgaducho y rubio, con más pinta de puto sueco que de griego, y con cierto aire de nerviosismo. Las primeras impresiones no siempre son acertadas, pero yo no le veo como la clase de tipo que vaya a sentar cabeza en Finsbury Park y criar a un puñado de cortadores de kebab.

Seph nos presenta; él nos mira con suspicacia, primero a mí y luego a ella. Aquí hay gato encerrado.

«¿Todo bien, Cost? ¿Qué tal el negocio del cine?»

Seph decide bajar a la tienda a buscar unas cosillas. «Os dejaré solos un rato para que os conozcáis», dice con una sonrisa, más contenta que una mosca en plena mierda.

Dicho y hecho, Costas me abre su corazón a la velocidad de la luz. «Esta mujer está loca. Se cree que vamos a casarnos. ¡Anda ya! Su padre me pilló vendiéndoles cocaína a los turistas de su isla. Amenazó con encerrarme si no seguía adelante con los planes demenciales de su hija. Dijo que tenía contactos en toda la policía griega y que me haría la vida imposible. Desde el punto de vista profesional Londres estaría bien, pero…»

«Es una muchacha encantadora, entiéndeme, pero le falta un hervor, no sé si me explico.»

Costas sonríe de forma lúgubre y se echa al coleto el grueso del ron con coca-cola. Su rostro está tenso y sudoroso. Deja ruidosamente el vaso en la mesa, lo que atrae la atención de la camarera, y le pide que nos traiga otros dos. «En Grecia decimos que quizá falte alguna oveja del rebaño.»

Asiento con toda sinceridad. Costas no es feliz con su colada. Le han convertido en pedófilo, como al Herbert de la serie *Worst Family Guy*. Herbertitis A, diría yo.

Eso sí, el tipo empieza a caerme simpático. «Su padre me preguntó por mi familia. Que si tenía hermanos. "Claro", le dije, "tengo seis. Ninguna hermana." Entonces sonrió como un reptil. Luego me…», pero se interrumpe y sacude la cabeza, estremeciéndose de calor mientras la camarera trae más bebida.

«¿Qué?»

«Intentó meterme mano», escupe, indignado. «Como si fuera su zorra.»

«¿Qué pasó?»

El bueno de Cost empieza a despotricar. «Le aparté de un empujón. Entonces me dijo: "Eso está bien. Eres hombre." Están locos: toda la familia. Tengo que alejarme de ellos. Hemos acabado de rodar hoy, pero no se lo he dicho. Mañana me voy a Londres y me quedo con mi tío, lejos de esta zorra chiflada y del fascista homosexual de su padre. ¿Sabes que hasta me dio el anillo que tenía que entregarle a su hija? Lo escogió él mismo. Diamante y zafiro. Para los ojos de su hija, me dijo. Tendría que follársela él mismo. ¡Cuando les oyes hablar parece que eso es lo que los dos quisieran!»

He escuchado con más atención de la que debería prestar cualquier hombre a una andanada lanzada a esa velocidad. «La cosa no pinta nada bien.» Tamborileo con los dedos sobre la mesa. «Yo que tú me daba el piro, colega, y bastante raudo. ¿Cómo es eso que dicen los yanquis? *"Get the fark outta Dodge!"*»[6]

Cost se inclina hacia delante; apesta a tabaco rancio, priva y ajo. «Es lo que tengo planeado. ¡Lo único que me preocupa es lo que pueda hacer ella! ¡Está loca, te lo digo yo!»

Lo pienso un poco. «Déjamelo a mí, colega. Aquí hace falta un toque inglés: mantener la compostura y conservar la calma cuando a tu alrededor todos pierden los papeles. Piensa en John Mills, Kenneth More y toda esa peña», le digo, guiñándole el ojo mientras tarareo la banda sonora del clásico bélico *Dam Busters*.

Así que cuando vuelve Seph, Costas le dice que ha recibido una llamada diciéndole que regrese al plató. Ella hace un pequeño mohín, pero él la silencia con un beso. Me gusta. Veo a un profesional en acción. Cuando se marcha, me pasa discretamente una notita para que se la dé luego a ella. Con un poco de suerte, no será lo único que le dé. Me la guardo en el bolsillo de los chinos.

Cuando Seph y yo ponemos rumbo al garito de Worthy, yo ya estoy bastante tocado. Ella lleva un rato más animada, porque la bebida empieza a afectarla a tope. «Los actores son muy abnegados. Es su oficio», dice arrastrando las palabras.

«Sí, es un trabajo muy duro», le digo mientras abro la puerta del Cumbria como un caballero para dejarla pasar. «Si alguna vez se pusieran en huelga serían dificilísimos de reemplazar. La economía global estaría bien jodida. ¿Qué sería de nosotros sin tíos como Tom Cruise?»

Me suelta un puñetazo juguetón en el brazo mientras entramos en el garito; guipo de inmediato a Pete Worth, al que se le ve todo moreno y cachas, igual que un puto maricón. Él me ve al mismo tiempo y sale de detrás de la barra. «¿Cómo estamos,

chavalote? Te veo un poco barrigón», me suelta mientras me soba la tripa.

«No tengo tiempo para estar en el gimnasio veinticuatro horas al día, siete días a la semana, como otros. ¿Tú te metes esteroides o qué?», le pregunto mientras cojo unos de sus abultados bíceps. «¡A estas alturas tendrás los huevos del tamaño de unos guisantes!»

«Por lo menos puedo vérmelos sin tener que usar un espejo, so cabrón», dice con una risotada, y sin darme cuenta de que lo hago, noto que estoy metiendo tripa un poco. Pasar tanto tiempo con Cynth es lo que tiene. Era lo que tenía que llegar pisándole los talones a lo de fumador pasivo: absorción pasiva de calorías.

Pero Worthy no se da cuenta, porque tiene los ojos en otra parte. «¿Y este bellezón quién es? ¿Qué tal, preciosa?»

Seph le mira de arriba abajo. «Me llamo Perséfone.»

«El viejo de Seph es un pez gordo de la bofia griega, ¿no es así, cariño?»

«Mi padre es jefe de policía de la isla donde me crié», dice ella.

«Quieres decir de la isla entera, ¿no, nena?» Le guiño un ojo a Worthy, que nos pone unas cervezas y una ronda de chupitos. Bromea con Seph acerca de la choza de su viejo mientras yo aprovecho la oportunidad para deslizarle discretamente la nota de Costas en el bolso. Es como encender una mecha de combustión lenta; los fuegos artificiales están garantizados. Necesitaré meterme unas cuantas copas de cara a ese pequeño espectáculo.

Así que Worthy, en plan anfitrión paternal y amistoso, prepara otra ronda. Y después otra. Empiezo a verlo todo borroso; luego Worthy pone un poco de música griega casca-platos y Seph y yo privamos que da gusto. Un gordo cabrón con acento de Londres dice no sé qué y por algún motivo me mosqueo. Algunos instantes después oigo cómo se estrella un vaso en el suelo de piedra del bar, alguien me empuja y se oyen gritos. Pero es como si llevara puestos seis pasamontañas, porque acto seguido lo único que sé es que me estoy cayendo por unas escaleras y después nada.

Me despierto acostado en una cama con la ropa puesta. A mi lado hay alguien; oigo unos ronquidos potentes. Es Seph, que sigue con el vestido puesto. Como se le ha subido un poco veo que aún lleva puestas las bragas de algodón blanco. Unos muslos suaves y bronceados que conducen al paraíso. Pero si la memoria no me falla, unas bragas como ésas tendrían que ser harto insuficientes para contener ese espeso bosque negro del que no se ve ni rastro. ¿¡Pues no ha ido y se me ha hecho una ingle brasileña!?

Es evidente que anoche no echamos ningún clavo. Me vuelvo, porque así no hago más que torturarme; además, siento que la puta cabeza me va a estallar en pedacitos. Reconozco esta choza: es el queo de Worthy. Saloncito y dormitorio, cocina y balcón. Ni rastro de él, seguro que ha ido a echar un clavo a algún sitio.

Miro el reloj. ¡Es de puta mañana y he dejado a Em toda la noche con Cynth!

Saco el móvil del bolsillo y lo enciendo. Siete llamadas perdidas y montones de

mensajes. Todos de Cynth, y en tono de pánico creciente. Pero el que me hace cagarme patas abajo es el último: ¡Em ha desaparecido!

Veo su imagen en la pantalla del móvil; una chica más joven con una sonrisa dentuda, pero todavía reconocible, me mira fijamente y apenas puedo respirar. Intento llamar a Cynth pero su llamada entrante se me adelanta. «Mickey…, ¿estás bien? ¿Dónde te habías metido?»

«Estoy bien. ¿Qué pasa con Em?»

«Anoche no volvió a casa. Conoció a un chico alemán muy majo, que se llama Jürgen; iba a ir con él a una discoteca. Se ha quedado por ahí. He intentado llamarla al móvil pero aquí su operador no le da señal… ¿A ti qué te pasó?»

«Me encontré con unos viejos amigos y me liaron», le digo, mirando a Seph, que sigue sobada y roncando por Grecia. Abro las puertas deslizantes del patio y salgo al balcón para tener mejor señal. El mar se ve bastante sosegado y en calma. Ver la luz del sol rielando sobre la superficie de las aguas me relaja un poco. «Mi amigo Worthy me puso unos chupitos; el muy cabrón sabe que no puedo tomar esa mierda; así que perdí el conocimiento, ¿que no?»

«Teresa llamó hace un rato preguntando por Em…»

Me entra otro ataque de pánico; ahora las piernas me tiemblan bastante. Me siento en la silla de plástico. «No le dijiste que Em había desaparecido, ¿verdad?»

«Claro que no. Le dije que había salido a dar un paseo y a desayunar y que la llamaría más tarde.»

Si ese feto venido a menos se enterara de esto… «Buena chica. Vuelvo en el siguiente ferry. Mantenme al tanto.»

«Seguro que fue a una fiesta, quizá bebió un poco más de la cuenta y decidió echar una cabezadita en alguna parte. Ya sabes cómo son los adolescentes. Em es una chica sensata.»

Guipo un enorme Mercedes pasando por delante, en la carretera de la costa, y pienso en los gángsters de mierda esos. «No es más que una puta cría, Cynth…» Trago saliva. «De todos modos, mantenme al tanto y nos vemos enseguida.»

El pánico intenta levantar cabeza pero le hago frente y lo mantengo controlado. Acuérdate de Churchill cuando la Luftwaffe se lo tenía tan creído. Me levanto de la silla con dificultad y vuelvo a entrar. Cuando veo una nota encima de la mesa el corazón me da un bote. Cuando guipo la letra de Worthy me relajo un poco.

Mickey, ¡cacho cabrón!

Conque tratando de superarme con los chupitos, peso pluma de mierda. Pensé que sería mejor dejar que la durmieras. Por cierto, que anoche me montaste un buen pifostio cuando le arreaste un tarrazo al barman. Conseguí arreglarlo, pero me debes una disculpa, y a él también, por supuesto.

Pete

Me cago en Cristo luego existo. Joder, qué imbécil soy. Seguro que el barman es un puto psicópata además. Arreglaré las cosas con Worthy. Con un poco de suerte lo habrán achacado a la euforia que da el alcohol. Ahora lo que me preocupa es la hora, porque no recuerdo cuándo salía el ferry siguiente. Pero todavía falta un buen rato. En el cuarto de baño capto un tufillo dudoso procedente de mis axilas, así que me quito los trapos y me meto bajo la ducha. El agua caliente me relaja, pero de repente oigo un gemido espeluznante seguido de gritos y ruido de cacharros rotos. Salgo chorreando de la ducha a toda prisa, con la toalla alrededor, y veo a Seph tirada en el parquet, berreando a muerte con una nota arrugada en la mano. Hay un cenicero de cristal hecho añicos en el suelo. «Se ha ido… Costas…»

Claro. La nota que le deslicé en el bolso en mi último instante de semilucidez. Ahora me acuerdo. Tengo que evitar que destroce el queo. No quiero darle otro motivo a Worthy para que ponga precio a mi cabeza. «¿Qué pasa? Tranquila, chiquilla…»

Me mira con cara de urgencia antes de gritar: «¡Es un cerdo!», y abre los brazos. «¡Abrázame por favor, Michael!»

Estoy con ella en el suelo y la tengo entre mis brazos. Le acaricio el pelo para consolarla. «Cuánto me alegro de que estés aquí», lloriquea. Estoy preocupado que te cagas por Em. Pero entonces me acuerdo de que quedan dos horas para que salga el ferry. El vestido se le ha subido y mi hermanito pequeño está desesperado por salir en primer plano, así que aparto la toalla como si fuera un maldito telón…

5. MARCE

Echarle un clavo fue un error que te cagas; ahora no me la quitaré de encima jamás. Por supuesto, cualquiera puede jugar a ser Emperador del Reino Iluminado de la Retrospectiva, lo mismo que todos podemos interpretar al Capullo del Bosque de Nabo Wood; no es ése el jodido tema. El tema pertinente que nos ocupa es: ¿qué hago yo en la cubierta de un ferry con una griega chiflada, llorosa y con el rímel corrido por los ojos y la cara y cuya melena ondea al viento en todas direcciones? «Seph, estoy aquí con mi hija, en Fuerte…, y con mi novia…, bueno, más o menos…», matizo. Me atrevería a decir que hacía mucho tiempo que no describía así a Cynth…, «¡y no puedo tenerte por en medio!».

«Por favor, Michael, por favor, te necesito…», dice haciendo pucheritos infantiles. «Encontraré un hotel y si vienes a verme me mantendré lejos de ellas. No puedo volver a casa, no puedo enfrentarme a mi padre después de todo lo que Costas dijo de él en su nota…, ¡es todo mentira!» Y rompe a lloriquear otra vez, joder; es la clase de ruido que te llevaría a hacer cualquier cosa para que alguien deje de hacerlo. Una pareja de ancianos fisgones que están en cubierta se nos queda mirando. Les pongo mala cara y buscan otra cosa con la que quedarse embobados.

Lo único que puedo hacer es interpretar el papel de mediador. «No hagas nada precipitado, nena. Considéralo una oportunidad de hacer balance. Intenta desprenderte de cualquier emoción antes de tomar una decisión», le explico, tratando de aplacar el pánico cada vez mayor que siento por Em a fuerza de palabras. «Tienes que pensar que cuando las cosas pasan es por algo. Por alguna clase de ordenación divina o cósmica. Ésa es la palabra: ordenación.»

«Pero en la nota decía cosas como… ¡que se había enamorado de mi padre y que era el único motivo por el que quería estar conmigo! ¡Temía que mi padre sólo le quisiera para mantener relaciones sexuales clandestinas!»

«La vida es muy rara, chiquilla.»

«Pero mi padre es jefe de policía…», protesta, «¡de toda la isla! ¡Es un hombre de los de verdad! ¿Cómo va a ser homosexual?»

Buena jugada, ésa. Se la aconsejé yo. Escuchó y aprendió. El bueno de Costas no tiene un pelo de tonto. «Cosas más raras han pasado en alta mar, chiquilla», le digo mientras el barco surca las olas.

«No es posible…, sencillamente no es posible…»

«Puede que todo haya sido un malentendido», le sugiero, encogiéndome de hombros al mismo tiempo; me alegra ver la costa de Fuerte y divisar el puerto de Corralejo.

Cynth está en el muelle; primero me mira a mí y después a Seph, desconcertada. Su rostro refleja traición y amargura, como si la hubiera puesto en su sitio un

chochito más joven con el que no puede competir, y supongo que así es. Las presento para que deje de sufrir y le cuento la versión oficial: «Cynth, Seph; Seph, Cynth. Seph es una vieja amiga que acaba de…, ¿cómo te lo diría con delicadeza?…, sufrir una desilusión amorosa. Su novio está trabajando en una película que andan rodando por aquí y acaba de salir por patas. Le dejó una nota y todo.»

«Ah…, vale», dice Cynth, ya más tranquila y en actitud bastante comprensiva.

Seph hace pucheritos, empieza a lloriquear y vuelve a prorrumpir en lágrimas; Cynth, que está al quite y encantada porque piensa que ahora no tiene rival, está lista para asfixiarla contra su generoso pecho. Mientras Seph sucumbe encantada a sus atenciones, Cynth me suelta: «Seguimos sin noticias de Em. El chico alemán aquel parecía tan majo…», dice con voz suplicante. «¡Nunca imaginé que se quedarían por ahí, Mickey, me prometió que volvería antes de medianoche!»

«Ya…», digo yo, esforzándome por mantener la calma, sobre todo ahora que vuelvo a pensar en los putos gángsters esos. Hoy en día, los capos de esos zumbaos no son como los de la vieja escuela, que respetaban ciertas reglas. Siempre van a por las familias de los tipos a los que quieren poner firmes. Puta escoria infrahumana pseudobujarra. «Escucha, Cynth, vuelve con Seph a la base y espera aquí por si aparece Em. Voy a salir a ver si la encuentro.»

Así que las dejo y me subo al buga para buscar a Em.

Voy conduciendo hacia la parte *Kraut* de la isla, viendo cómo la vegetación se vuelve más frondosa y las aldeas más pintorescas. Me dejo caer por unos cuantos bares para indagar y enseñar la foto de Em, una puesta al día de la de mi móvil que Cynth tuvo la previsión de hacer, pero nadie pica.

De pronto, mientras estoy regresando a Corralejo, los veo delante de un bloque de apartamentos turísticos de mierda: los dos tipos aquellos. Los que estuvieron en el Bull la otra noche.

Me meto en el aparcamiento de fuera de los pisos y los observo. El grandullón se mete dentro de los apartamentos, pero el caracomadreja da media vuelta y vuelve a salir. Se sube a un coche. Le sigo. Aparca detrás del supermercado. Está vacío. Se baja del coche. Yo también. Tengo los nervios de punta por la resaca; todo el alcohol de la noche pasada se está evaporando de mi organismo. Sudo a chorros. Me pesan los miembros. Tengo que hacer algo, pero da la casualidad de que la vertiente física del asunto no se me da demasiado bien. Me encantaba ir de correría por ahí con la peña futbolera, pero nunca fui uno de los *top boys*,[1] ni estuve jamás en primera línea del frente. Estaba más que dispuesto cuando se trataba de asaltos de treinta segundos en plan molino de brazos con otros pringaos, pero el rollo este en plan sangre fría nunca fue lo mío. Tengo que hacer algo. Pero me siento como una mierda. Como una mierda que te cagas. Como una mierda vieja, sucia, abandonada y marrón sudando dentro de un retrete y que no desaparece cuando tiran de la cadena.

Esos tíos podrían…

No. Tengo que hacer algo…

Ve que me acerco.

«¿Todo bien, John?», le grito, mentalizándome («achantar» creo que lo llaman), mientras las caras de todos los *top boys* que he conocido desfilan ante mí, azuzándome.

«Ah, el señor patrón», dice con una sonrisa repugnante, como si fuera una especie de puto villano de película de Bond que me estuviera esperando. Pues voy directo hacia él y le meto un tarrazo en la jeta, y para abajo que se va, como Cynth en un fin de semana guarro. Es evidente que el cabrón no se esperaba *eso*. Me monto directamente sobre él estrellándole la cabeza contra el asfalto y chillándole a la cara: «¡ME LA SUDA EL PUTO ROLLO GÁNGSTER, COMO LE HAYAS TOCADO UN SOLO PELO DE LA CABEZA A MI NIÑA, TE ARRANCO LA PUTA CABEZA Y TE APLASTO EL PUTO CRÁNEO EN UN TORNO, CABRÓN!»

No oigo nada, salvo un pitido en los oídos al estrellarle la cabeza tres, cuatro veces, pero entonces me doy cuenta de que dentro de la chaqueta está sonando la melodía de *The Dam Busters* del teléfono. El tipo está debajo de mí, gimiendo y quejándose, una vez más, como Cynthia después de echarle un buen clavo. Y, al igual que ella, no tiene prisa por ir a ninguna parte. Me arranco el móvil del bolsillo y contesto. Es Cynth. «Michael, Emily ya ha vuelto y está todo bien. Jürgen la ha traído de vuelta. Estamos tomando un té en la veranda. Anoche se emborracharon un poco y decidieron que sería mejor no conducir en ese estado, así que se quedaron levantados tomando café.»

«Qué bien. Vuelvo enseguida», le digo antes de apagar el teléfono. Se me cae el alma a los pies cuando bajo la vista y miro al tipo.

«Por favor, no…», suplica, ahora con un acento megapijo, «no soy lo que tú crees…», gimotea.

«Yo…, yo…» Intento hablar y no puedo, así que me levanto de encima de él. «Mira, tío, lo siento…, puede que haya metido la pata.» Le tiendo la mano, pero hace un gesto de rechazo y se sienta él solo, respirando hondo y frotándose el melón. «Pensé que habíais secuestrado a mi hija para meterme el miedo en el cuerpo porque pensabais que había oído algo que no debía, cuando no era así», intento explicarle. «A ver…, un tipo como tú…»

«Soy actor», se queja con acento pijo.

De pronto soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea en el bueno de Costas y su puta peli de mierda. «Joder», digo entre jadeos mientras le ayudo a incorporarse. «¿Tu colega también?»

Vuelve a frotarse la olla y no deja de llenarse los pulmones de aire; después se dobla, como si fuera a potar. Al cabo de un rato levanta la cabeza. «Estamos rodando una película… Somos actores de método…, nos estábamos aprendiendo los diálogos.»

«Hostia puta…, lo siento, colega. Debí haberlo supuesto. Hasta sé de qué puta peli me hablas», le digo mientras le ayudo a subirse de nuevo al buga y le acomodo

en el asiento del pasajero. «Ya sé que no será mucho consuelo, pero hacéis vuestro trabajo de puta madre», le cuento. «¡Me la habéis metido doblada!», me río, aunque él no está por la labor de ver la vis cómica.

Más tarde, cuando vuelvo al pub, me entero de que la bofia local ha descubierto que al hombre de negocios le disparó su mujer. Por lo visto se cepillaba a la *au pair*, ella les pilló in fraganti y se lo tomó a mal. Lo cual me hizo pensar: ¡Menos mal que en Inglaterra existe el control de armas! Una vez Trees me pilló en circunstancias parecidas y vino por mí con un cuchillo de cocina. Tuve que salir escopetado. En otro país, pongamos Estados Unidos, el viejo Mickey habría acabado *brown bread*.[2] Por un puto polvo, y si mal no recuerdo, bastante del montón.

Sin duda los de la cuerda de Trees lo habrían calificado de justicia poética.

Así que llevé a los actores, Will y Tom, de vuelta al pub a pasar una noche a cuenta de la casa para que quedara claro que no había rencor. Resultaron ser unos tíos decentes: un poco repipis, pero buena gente. ¡Hasta trabajé en la peli, *Old Iron*, haciendo de socio del asesino a sueldo! Un papel hablado, ni más ni menos, pese a que mi personaje se llamaba Silent Billy. Tenía que decir: «No me gusta cómo suena eso. Ni un ápice», justo antes de que una lluvia de balas nos segase la vida a varios. Mi debut como actor. Pensé: Que se les pongan los ojos verdes de envidia en Inglaterra.

Cynth disfrutaba mucho haciendo de madraza de Em y Seph. Durante un rato todo parecía en orden, aunque cada vez que daba media vuelta –y no soy lo que se dice paranoico por naturaleza– las tres enmudecían de repente. ¿Cómo era aquello que dijo el gran hombre?: «Cuando las águilas están calladas, los loros empiezan a farfullar.» «Venga ya, vosotras», las emplacé, «desembuchad. ¿Qué pasa?»

Lo llevaban escrito en la cara. Pero cuando desembucharon, fue un patadón en los huevos de cuidado. «La madre de Emily la reclama», me dice Cynth. «Ella quiere volver a casa.»

Miro a la cría. Pensé que me iba a montar un pollo por leerle la cartilla al tal Jürgen, aunque no creo que pasara nada. Un chaval majete para ser un *Kraut*, sincerote y tal. El caso es que ya empezaba a acostumbrarme a tenerla por aquí. «¿Em?»

Ella se encoge de hombros y me dice: «En realidad no me apetece, papá, pero mamá está muy disgustada porque el tal Richie la ha dejado plantada. Voy a volver y Jürgen vendrá a visitarnos el mes que viene. Me va a llevar Cynthia.»

Se me eleva el ánimo de forma instantánea cuando miro a Cynthia mientras me esfuerzo para que no me aparezca en la cara una sonrisa de Mr. Pícaro. «Te lo agradezco mucho, nena. La llevaría yo, pero ya sabes, el local…», digo echando una mirada alrededor del Herefordshire Bull, ¡pero pensando todo el rato en la de clavos que le voy a echar a Seph a partir de ya!

«He pensado que iré a ver a mis padres», suelta Cynth, «además de ayudar a Perséfone a encontrar a Costas.»

«¿Qué?…»

Seph me lanza una sonrisa ponzoñosa que la hace envejecer de golpe unos treinta años. «Cree que puede hacerme algo así y salirse con la suya. ¡Quiero mirarle a los ojos y decirle que es un perro cobarde y mentiroso!»

«A veces es mejor dejar las cosas correr, chiquilla», le digo en tono casi de súplica, mientras miro a Em, veo a la Hardwick que lleva dentro y la odio. La sangre de mi sangre poniendo cara de que su futuro está en la venta de ramilletes de romero. Es más, las tres parecen haber salido directamente de un cásting de *Macbeth*.

Sobre todo, hay que decirlo, Seph, a la que se ve de lo más cabreada. «¡No! ¡Lo dejaré correr en cuanto haya mirado a los ojos a ese cobarde y mentiroso!»

Cynth asiente lentamente. Ya le vale a ella, ir de Blancanieves. ¡A cierto golfista que no se encuentra a un millón de millas de aquí no le haría demasiada gracia saber a qué se dedica cuando él está en la pista!

Han hecho unas migas tremendas las dos, pero están arruinando mis planes de folleteo. «Seph, es mejor que no…»

«Ha insultado a mi padre, que es jefe de policía. Lo pagará», y vuelve a prorrumpir en lágrimas, así que Cynth vuelve a aplastarla contra sus mullidas tetazas.

Lo dejo correr, porque, a fin de cuentas, a lo hecho, pecho. Cuando una puerta se cierra, otra se abre; en materia de folleteo es lo que yo he creído siempre. Y, en efecto, un par de días después ellas vuelven en avión a Gatwick y yo estoy mirando a Marce. Bert estaba sentado en una esquina de la barra poniéndose hasta el culo mientras Rodj fregaba vasos en el salón-bar. Era obvio que se habían dado los ultimátums de rigor. El ambiente se habría podido cortar con un cuchillo. Le hice un gesto con la cabeza a Marce y bajé la voz: «¿A qué viene esa cara tan larga, chiquilla?»

«Bert y Rodger…, los dos dicen que quieren estar conmigo. No sé, Michael, la verdad es que no lo sé», me dijo. «Es demasiado.»

Le guiñé el ojo, porque sabía exactamente lo que se proponía. «No es que quiera complicar las cosas, chiquilla, pero durante las elecciones el tipo ese del Partido Liberal Demócrata dijo: “Estamos en la era de la política tripartidista.” ¡A mí me parece que tú estás exactamente en la misma posición!»

Vaya si me captó. «¿Y tu posición favorita cuál es?», me preguntó enarcando al mismo tiempo una ceja.

He de decir que esta chica cumple muy bien. Pobre Marce: lo único que quería era divertirse un poco y que le echaran un buen clavo, no que Bert y Rodj se embarcaran en el viejo numerito de pistolas al amanecer.

Así que, bien mirado, el verano no salió tan mal: la mayor desilusión me la dio la película, *Old Iron*. Después de que les pusiera la cabeza como un bombo a todos mis colegas en Inglaterra con lo de que Hollywood me llamaba y tal, van y la pasan directamente a vídeo.

De todas formas, no se puede tener todo. Mientras le sirvo una pinta espumante

de la mejor John Courage a esta pareja de turistas, Marce está de rodillas detrás de la barra, poniendo su cochina y maravillosa boquita a trabajar sobre mi hermano pequeño, así que tengo que decir que la vida podría ser peor. Y debo reconocer que hay mucho que decir a favor de la perseverancia. Como dijo el viejales cuando volvió al colegio pijo aquel: «He aquí la lección: nunca te rindas, nunca te rindas, nunca ni ante nada, sea grande o pequeño, valioso o insignificante; nunca te rindas a otra cosa que a las convicciones del honor y del sentido común. Nunca te sometas por la fuerza; nunca desfallezcas ante el poder aparentemente inconmensurable del enemigo.»

El amargado de Rodj, que está lavando los vasos en la barra de al lado, y el tontolculo de Bert, que estará de pedo en alguna parte, podrían haberse aplicado el cuento. Lo cual me recuerda que Cynth vuelve la semana que viene; o al menos así lo creo. No hay reposo para los malvados. Con todo, con un poco de calma y de serenidad no hay obstáculo insalvable.

Una vez superados ampliamente los treinta y siete grados centígrados, es como si la ciudad se cociera. Con el ánimo empantanado por un aislamiento cenagoso, una parte de la ciudadanía se dirige hacia el lago. Muchos de los que viven en apartamentos sin aire acondicionado se decantan por los refugios de refrigeración de urgencia que ha montado el Ayuntamiento. En la televisión, el alcalde se pasa un pañuelo por la nuca, roja y sudorosa para llamar la atención, animando a la población a recurrir a dichas instalaciones.

Kendra Cross, sin embargo, recorre con aire despreocupado el trayecto que separa la oficina inmobiliaria del pequeño restaurante asiático situado en la esquina de las calles Clark y Fullerton. Situado a una cómoda manzana de su lugar de trabajo, comía en Mystic East todos los viernes con sus amigas Stephanie Harbison y Stacie Barnes. Kendra rara vez se cansaba de proclamar que fue ella la que descubrió aquella joya culinaria. Ahora disfrutaba con la satisfacción de sentir cómo se iba estrechando el cerco en torno al fin de semana; la cita para comer llevaba toda la mañana rondándole la cabeza sin parar. Desde luego, lo de anoche con Trent había sido un desastre, pero no había que descartar la posibilidad de que la llamase el tío guapo y rico aquel de Capital Investments. Kendra tenía la impresión de que durante aquel encuentro de la semana pasada en los condominios de Printer’s Row había surgido una atracción mutua.

Además: Kendra ha cumplido con sus obligaciones matinales mientras flotaba sobre una alfombra mágica de Xanax, la misma que la propulsa por la acera. Tras ella se menea una coleta rubia tan tirante que le estira la piel de la frente; una cola tan llena de vitalidad como las de los perros más entusiastas que recorren Clark. Deslizándose entre maniquíes con dos horquillas, pulidas y móviles, hace un mohín de lástima al contemplar a sus acompañantes de cuatro patas con correa, algunos de los cuales van rozando la acera con la lengua. Piensa en Toto, su papillón blanco y negro, que estará estrechando lazos con los demás perritos de los que cuida la canguro, igual que ella está a punto de hacer con sus amigas.

Kendra supuso que tanto ella como sus amigas eran representantes típicas de las jóvenes profesionales urbanas acaudaladas y trabajadoras (¡menos Stacie!). Aparte de las exigencias del comercio, habían sido incapaces de descubrir motivos válidos para su hastío, y habían abusado de las drogas ilegales y del alcohol como repositorio práctico para su conducta fatigada, apática y alienada. Entonces fue cuando descubrieron los placeres de la rehabilitación. Les dio por presentarse a citas para comer, animadas, con aires de suficiencia y concentradas, con la mano estratégicamente colocada sobre la copa de vino mientras miraban al camarero con una sonrisa autocomplaciente. «Rehabilitación», cuchicheaban con gran felicidad a sus comensales, mientras bajaban discretamente el Xanax con el agua mineral preferida.

Había salido de la oficina de la inmobiliaria con puntualidad, a las 12.30, y a las 12.38 Kendra abría la puerta del restaurante para vigorizarse con el chorro de rayos X

del aire acondicionado. La camarera de aire japonés, vestida con un kimono oscuro, la acompaña hasta la mesa y le echa una mirada al chef, de rostro redondeado, mejillas picadas de viruelas y mirada severa bajo unas cejas oscuras, que va tomando nota de todo lo que sucede, con aire benévolo y magistral, desde su posición estratégica detrás del *sushi bar*.

Antes de que hayan transcurrido dos minutos siquiera, se suma Stephanie. Kendra se fija en que lleva un traje de chaqueta verde de corte parecido al suyo, y unas enormes gafas de sol Dior sobre su llamativa melena rubia cortada en cuña. «¿Y Stacie? ¿No viene?», tararea Stephanie, con una mirada que a Kendra se le antoja evaluadora.

«Ha llamado para decir que llegaría tarde.»

«Da igual, vayamos pidiendo», refunfuña Stephanie con impaciencia, «que algunas tenemos cosas que hacer.»

«Afirmativo», bufa Kendra, antes de añadir: «Stacie es un caso perdido, joder.» Al mismo tiempo, deja caer tácticamente la servilleta para recuperarla y así poder examinar los zapatos de Stephanie y sentir el alivio de comprobar que enseguida se le vienen a la mente reparos satisfactorios. Reafirmada, se inclina hacia delante y baja la voz. «Su estúpida bocaza me lo echó todo a perder con Trent anoche.»

Stephanie se arrima con los ojos desorbitados, desgarrada entre la emoción y la ansiedad, y ruega para que Stacie no aparezca e interrumpa el relato. «¿Cómo es eso?», pregunta, alentándola con fingida consternación.

«Estábamos en el LP Tavern. Con Trent, Stuart Noble y Alison Logan. Alison vio a una chica y gritó: “¿No es de Highland Park?” Yo dije que me sonaba de alguna parte. Entonces la bocazas de Stacie mete baza y dice que estudió psicología en DePaul, pero que iba un par de cursos *por debajo de nosotras*. Vi cómo Trent echaba la puta cuenta allí mismo. Se pasó el resto de la noche mirándome las patas de gallo», explica Kendra con gesto abatido mientras aguarda deliberadamente unas palabras tranquilizadoras de Stephanie que no acaban de llegar. *Pues gracias, zorra de mierda*. «No me ha devuelto la llamada», gime en tono lúgubre. «Volvería a llamarle, pero le daría la impresión de que estoy demasiado necesitada.»

Y en ese instante se presenta Stacie en el restaurante, vestida con una falda rosa corta y plisada, una camiseta a juego y trenzas rubias, saludando con la mano mientras va aproximándose a la mesa. Se queda boquiabierta, mirando con suspicacia a Kendra y Stephanie. «¿No estaríais hablando de mí?»

«¡Huy, qué más quisieras!», exclama Stephanie en un tono burlón modulado en algún punto entre el bufido y el ronroneo, mientras Stacie toma asiento. «Pero es que lo estás», le hace ver Stephanie de inmediato a una Kendra malhumorada. «Lo necesitas a él. O a uno que se le parezca.»

Haciendo caso omiso de la expresión de creciente desconcierto de Stacie, a Kendra le surge súbitamente una idea en la cabeza, como la chispa de un monorraíl cuando pasa por un dispositivo de aguja. ¿*Tendrá Stephanie algún rollo ahora mismo*

o va por libre? ¿Tendrá intenciones ocultas? «¿Sigues viéndote con Todd?», le pregunta de repente.

Stephanie inclina las finas cejas cual tejado. «Supongo, pero no tiene ni idea, ni la menor consideración para con mis necesidades», expone. «Jesús, ahí fuera hace treinta y siete grados y no tenemos aire acondicionado central», dice frunciendo los labios antes de matizar apresuradamente esta última afirmación, «… es que prefiero alquilar un apartamento más barato, porque valoro mi trabajo más que el dinero…»

Kendra intenta mostrarle un gesto de empatía, pero cuando asiente con la cabeza más bien transmite lástima y no logra impedir que el desdén y el triunfalismo impregnen sus delicados rasgos, despojando su hermoso semblante de su habitual expresión de cautela.

«… y, claro, ese concepto no encaja en su reducido intelecto», espeta Stephanie como represalia ante la expresión desdeñosa de Kendra. «Así que no tengo más remedio que ir tirando con esos ventiladores de mierda.»

«No valen nada», dice Kendra entre dientes.

«Así es…», asiente Stephanie, ahora más cautelosa, tratando de computar si los puntos extra por mártir anulan el débito por rácana. Mira a Stacie, toda ojos, dientes, cabello –una vacante a la espera de ser llenada– y se da cuenta de que ha cometido un descomunal error de cálculo. «Ahora bien, la cuestión es», señala con aire grandilocuente, «que ese apartamento es superasqueroso… Ahí estaba yo, tumbada en la cama, reventada, delante del ventilador, tras un día de lo más agotador. Me había pasado toda la mañana hablando con Sybil, el horroroso periquito manipulador del que te hablé, y con Benji, el gato macho que se caga y se mea en todas partes menos en la bandeja colocada a tal efecto. Así que entra Todd con una gran sonrisa. ¡Imagínate! ¡Quería *hacerlo!*»

«¿Con este calor? ¿En tu apartamento? Qué asco…», se mofa Kendra, disfrutando del gesto afirmativo que hace Stacie con la cabeza.

Reconociendo el gol en propia puerta que se acaba de meter con lo del aire acondicionado, Stephanie hace una mueca (el agua helada le sabe a vinagre) mientras Kendra sonríe de oreja a oreja. *Ese hijo de puta va a salir corriendo*, piensan ambas; una misma reflexión solitaria, pero discurriendo por canales emocionales diametralmente opuestos. Yendo bruscamente al grano, Stephanie declara: «Le canté las cuarenta; le dije que hasta que no bajara la temperatura no quería meterme en la cama con él. Por supuesto, tan sencilla exposición de *mis* necesidades personales bastó para hacer salir al crío que lleva dentro», sentencia, y al mover la cabeza su cabello como de náilon hace frufrú antes de volver a su sitio. «Ese estúpido mohín…, qué cretino es.»

«Pero ¿no crees que todos los tíos llevan dentro un niño pequeño?», pregunta Kendra, movida por un repentino deseo de hacer causa común.

«Por supuesto», asiente Stephanie, agradecida por el gesto de Kendra. *«Ése* no es el quid de la cuestión. El quid de la cuestión es: "¿A qué distancia está de la

superficie?” En su caso, tengo la impresión de que a lo mejor demasiado cerca para mi gusto. Le digo: “Tú mismo, chaval: o duermes en el sofá o te coges un taxi a casa.”»

Bajo unas pestañas inverosímiles, los ojos de Stacie, entre verdes y marrones, pasan del rostro de una de sus amigas al de la otra, como si estuviera viendo un partido de tenis.

«Cuánto te admiro», ronronea Kendra. «Sería estupendo tener semejante grado de control sobre algún que otro personaje no presente.»

«Pero él es mucho más *alfa* que Todd», suelta Stephanie de repente.

Stacie mira la carta. Especula con la posibilidad de un *sashimi*. Parece idóneo para un tiempo como el que hace. «¿De quién hablamos?», pregunta.

Kendra sacude la cabeza mientras mira a Stephanie sin hacer el menor caso a Stacie. «Sólo es la imagen que quiere dar. Para mí que es un caso de “Quien se pica, ajos come”. Seguro que es maricón.»

«¡Kennie! ¡Venga ya!», chilla Stephanie en tono de reprimenda jovial. «¿Lo dices sólo porque va al gimnasio?»

«¿De quién hablamos?», vuelve a preguntar Stacie.

Pasando de ella una vez más, Kendra dice: «No, claro que no. Es que viste de una forma un poco gay.»

«Tiene estilo, nada más», declara Stephanie antes de volverse hacia Stacie e informarla: «Y hablamos de Trent.»

Stacie asiente. «Vale. Os sigo.»

Hecha la aclaración, Stephanie añade más datos: «También es socio del club náutico. Y tiene un descapotable. Y una bonita casa en Roscoe.»

«Es un encanto», opina Stacie.

«Y es rico. Es socio de un bufete de arquitectos», dice Kendra enfocando a Stephanie con una mirada cada vez más inquisitiva.

«¿Un bufete? ¿Desde cuándo tienen bufetes los arquitectos?», pregunta Stacie, echando un trago de agua tan fría que le da dentera.

«Se llaman bufetes de toda la vida», recalca Kendra, sacudiendo la cabeza irritada, «igual que los de los abogados o los médicos.»

«Huy, estoy convencida de que eso es una novedad», contraargumenta Stacie.

Kendra se levanta de forma abrupta y se dirige hacia el servicio. «Creo que acabarás por descubrir que siempre los han llamado así», dice entre dientes mientras se marcha.

Cuando ya está fuera de la vista, Stephanie simula unas garras con las manos y araña el aire. «¡Miaauu! ¡Parece que alguien necesita que le cambien la tierra de la bandeja!»

Stacie adopta el acento de muchacha negra sureña con el que ameniza los momentos festivos y espeta: «¡A esa zorra le meten un cacho de carbón de Carolina por su culo blanco y caga diamantes!» Y chocan palmas triunfalmente.

El chef se aproxima grácilmente a ellas con una bandeja llena de platitos. Tiene la costumbre de seleccionar comida para sus clientes favoritos. Para Kendra y Stacie, eso constituye un trato de favor. Stephanie piensa que es una forma de camelárselas para colocarles las sobras del día anterior. «Comida muy especial para clientes muy especiales», dice sonriente. «Coreana», les explica con gesto alborozado. «Especias rasgo distintivo de comida coreana. Condimentos básicos: pimiento rojo, cebolla verde, salsa de soja, pasta de habichuelas *adzuki*, ajo, jengibre, sésamo, mostaza, vinagre y vino.»

Ante la rutina de perro asentidor de Stacie, Stephanie se tensa, lo que se refleja en sus finos labios rojos.

Chef les explica, señalando unos cuenquitos de sopa: «*Maeuntang* es sopa de marisco picante con especias. Lleva pescado blanco, verdura, tofu, pimentón. *Twoenjang-guk* es sopa de soja fermentada con caldo de almejas bebé.»

«¡Qué rico!», exclama Stacie.

«Verdura también popular en Corea. Coreanos llamar platos sólo verdura *namool*. Dos clases, una fría y cruda, otra caliente y hecha al vapor.»

«Namool», repite Stacie.

El chef está radiante e hincha el pecho, orgulloso. «Cubiertos coreanos tres, cinco, siete, nueve o doce *chop*, dependiendo del número de platos. Familia media toma tres o cuatro platos. Cuando familia celebrar fiesta, servir doce o más. Comer con palillos y cucharas. No como chinos y japoneses; en Corea palillos más finos, de metal, no madera.»

«¡Mmm!», se relame Stacie.

Stephanie arquea las cejas, y su boca tiembla ligeramente antes de esbozar una sonrisa educada pero apremiante. ¿*Podríamos cerrar la puta boca y comernos eso que has traído pero que no hemos pedido*?, piensa, repentinamente ansiosa por terminar pronto. Esta tarde le aguarda una consulta potencialmente agotadora con Millie, el tití hembra propenso a autolesionarse.

Kendra regresa desenfadadamente del servicio, ya ha restaurado el equilibrio con otro Xanax. Todavía no le ha hecho efecto, y no es ningún placebo, pero saborea la cálida sensación de anticipación que le proporciona saber que lo hará a no tardar. Sus amigas se dan cuenta de que ha cambiado el delineador de ojos amarillo por el rosado. «Interesante», dice Stephanie; ni siquiera ella sabe si se refiere al maquillaje de Kendra o a la comida.

«Es comida coreana, Kennie», canturrea emocionada Stacie.

«Comida coreana tiene muchos platos de acompañamiento», continúa explicándoles Chef pese a la evidente contrariedad de Stephanie. «Plato acompañamiento favorito sopa de pasta de habichuelas *adzuki*, ternera asada, pescado, col, col *kimchi* y verdura al vapor.» Señala los diversos platos con un dedo acusador, como si fueran los sospechosos de una rueda de identificación. A continuación toca la carta. «Menú coreano de degustación se llama *Hanjoungshik*.

Compone de pescado a la parrilla, costillas al vapor y otros platos de carne y verdura con arroz al vapor, sopa y *kimchi.*»

«¿Qué es el *kimchi?»,* pregunta Stacie, mientras Stephanie traga aire con impaciencia y tamborilea sobre la mesa con sus largas uñas.

«*Kimchi* comida coreana más conocida. Es plato verdura, mucha especia, con pimiento, ajo, etc. Estimular apetito, ¡como pepinillos! Mucho nutriente bueno, como vitamina C y fibra. Probar», exhorta a Kendra.

Ésta se pone un poco en el plato con la cuchara antes de probar un poco con el tenedor. «Está muy bueno», asiente en señal de aprobación. Stephanie, agradecida, hace otro tanto, seguida por Stacie.

El chef responde con una elegante reverencia. «Disfrutad», dice antes de retirarse.

«Me gusta este chef», dice Stacie mientras él se marcha, «debe ser ese inescrutable porte oriental. Es como muy chuli. ¿A ti qué te parece, Kennie?»

Kendra está soñando despierta. Se pregunta si el rico promotor inmobiliario –de nombre Clint– la llamará. «¿El qué?»

«Da igual», canturrea Stacie con gesto cansino antes de cambiar de tema: «¿Qué sabes de Karla?»

«Me niego a creer que las mismas fuentes de esperma y óvulos que me produjeron a mí suministraron la materia prima para fabricarla a ella», despotrica Kendra, consciente de que el Xanax que se ha metido en el servicio quizá esté dándole nuevos bríos. «Encima del culo lleva uno de esos tatuajes cutres y demodés que a ella le parecen megapunk. Parece una puta de *crack.* Y tiene que pesar más de sesenta kilos fijo.»

«¡Puaj!», se estremece Stephanie, antes de añadir con gesto consternado: «¿Está deprimida o algo?»

«No sé qué coño le pasa.» Kendra sacude la cabeza tan categóricamente que inmediatamente después siente la necesidad de comprobar que no se le ha soltado el pelo. «Sólo sé que el fin de semana pasado en casa de mi madre tuve que intervenir. La puse delante de un espejo de cuerpo entero y le levanté la camiseta. Le señalé la barriga y le dije: “Ojito.”»

«¿Y qué tal se lo tomó?», pregunta Stephanie.

Kendra se encoge de hombros y respira hondo mientras ve pasar por delante de la ventana a un vagabundo con un carrito y siente una inmensa gratificación al ver que no se detiene ni se asoma al interior del local. Gracias. En un gesto de alivio compartido, tanto ella como Stephanie asienten someramente con la cabeza. «Salió con la retórica defensiva-ofensiva de mierda de siempre sobre si soy anoréxica. Ya sabes cómo se ponen.» Entorna la mirada. «¿Crees que hice mal?»

«No, en absoluto. Eso sí, creo que la intervención podría haber estado un poco más estructurada», opina Stephanie.

Kendra medita al respecto. Steph era bastante lista. A veces Kendra lamenta no haberse quedado un poco más de tiempo en DePaul para cursar un máster. Ahora

Stephanie era prácticamente socia de ese bufete conductista para mascotas de Clark, mientras que ella seguía atrapada en el mundillo inmobiliario.

Eso sí, ella ganaba dinero.

«Ayer me topé con Mónica Santiano, la de Highland Park. Se ha venido a vivir al centro», les informa Stephanie. «¿Sabéis lo que me dijo?: “Me lo pasaba muy bien saliendo con vosotras.” Era como…, ¡puaj!, una situación totalmente ADN.» Stephanie y Kendra chocan palmas.

«A mí me parecía bastante divertida», dice Stacie. «¿Qué significa ADN?»

«Alerta: Desesperada y Necesitada», canturrean ambas al unísono. «Otro término que hemos incorporado a nuestro léxico; creo que fue el miércoles, en CJ’s», se explaya Kendra con petulancia. «¿Y *tú* dónde andabas, Stacie?»

A Stacie se la ve un poco alicaída cuando la conversación vuelve a centrarse en torno al mundo laboral. «¿Qué tal el maravilloso mundo de las inmobiliarias?», le pregunta Stephanie a Kendra.

«Sigue igual de boyante y lucrativo», canturrea alegremente Kendra, adoptando la pose profesional, alegre y simpática, antes de que algo se le agrie en la boca. Vacila un instante, y después se lanza a saco: «Pero esa zorra gordinflona y lesbiana de Marilyn no me da tregua. Es superasquerosa, se pasa todo el día sentada inflándose a Doritos y ni siquiera tiene una licenciatura», despotrica.

«¡Per-de-do-ra!», salta maquinalmente Stephanie, estirando y separando los dedos para examinarse las uñas postizas. Quizá un poco largas para los palillos de metal.

«A veces veo que me mira de una forma que me da repelús antes de dedicarme una sonrisa superrepugnante. Tiene un lunar superhorrible en la cara, ¡puaj! Otras veces se pone toda infantil y asquerosa y deja caer insinuaciones sobre lo que les apetece experimentar a las chicas hetero», dice Kendra con una mueca. «¡Me da ganas de vomitar!»

«¡Qué asco!», reconoce Stacie.

«Y linda con el acoso sexual.» Stephanie vuelve la cabeza. «¡Alguien debería meterle un pleito por el culo a esa zorra gordinflona!»

Kendra asiente, pensativa. A continuación mira a Stephanie y Stacie con gesto inquisitivo y suplicante. Al unísono y de repente, la tres enarbolan rifles imaginarios, apuntando y haciendo fuego contra blancos invisibles. «Es mega PC», se mofan.

Las chicas chocan palmas en alto. «Poquita Cosa», chillan, encantadas y al unísono. Pillan al chef observando sus payasadas con relucientes ojos oscuros y, avergonzadas, se llevan las manos a la boca para ahogar sus risitas nerviosas.

Aquella noche a Kendra le costó un buen rato prepararse para salir a correr. Se puso a toda velocidad la sudadera gris y los pantalones cortos azules DePaul, así como las zapatillas Nike Air Zoom Moire, que valían cien pavos cada una y que eligió porque hacían juego con el color de la camiseta, aunque había que mantenerse

el pelo apartado de la cara y la coleta atada bien alto. Pero, por encima de todo, el maquillaje tenía que estar perfecto. Demasiado poco era impensable, pero demasiado habría sido un indicio de falta de voluntad deportiva seria, quizá incluso de pereza o pasividad sexual. El que ella utilizaba era sutil y no se corría, aunque desde luego no tenía mucha intención de sudar.

Ya estaba oscureciendo cuando echó a trotar serenamente por Lakeshore Drive, donde hace más fresco, y del lago Michigan llega un aire de olor ligeramente agrio, seco y débil, como el de una pariente entrada en años saturada de una de sus fragancias favoritas. Al cabo de unos cuantos metros, el aburrimiento y la fatiga la corroen, y se siente cohibida y ridícula cuando un señor talludito la adelanta sin esfuerzo. No importa; lo mejor es el lento paseo simulando agotamiento por el vecindario. Caminar con Toto atraía mucho la atención; el problema era que los paseantes de perros masculinos siempre eran gays. El footing era otra cosa. Al igual que el Lakeshore Athletic Club, era una forma de conocer tíos hetero. No obstante, no era buen método para controlarse el peso; se parecía demasiado a trabajar duro. Hacer régimen era más sencillo, exceptuando la comida de los viernes, que marcaba el comienzo del fin de semana. Hacía demasiado calor para llevar sudadera, pero después de aquella comida le preocupaba la posibilidad de una ligera distensión de abdomen. No se sentiría con confianza suficiente para ponerse sólo el sostén deportivo hasta que llegara el martes.

A fin de disfrutar de la noche, Kendra sube el ritmo hasta llegar a caminar a paso ligero. Las sombras que arrojan las copas de los árboles apenas anuncian otra cosa que diálogos de amantes y más dueños de perros –el barrio es seguro– y se fija en que hay una furgoneta aparcada junto a su bloque. Dos hombres descargan mobiliario del interior. Un tercero, al que reconoce inmediatamente como el chef asiático de Mystic East, aguarda junto al vehículo. Por lo visto va a trasladarse a vivir a su complejo de apartamentos. «Hola…», dice con una sonrisa tonta mientras se acerca. «¿Vienes a vivir, eh…, aquí?»

Al chef parece costarle un rato reconocerla. Bizquea en la oscuridad; sostiene un marco con un estampado, que apoya sobre el bordillo de granito. «Ah…, sí. Hola.» Su rostro se dilata en una sonrisa.

«Yo vivo en la segunda planta», le explica Kendra, mientras observa a los dos empleados de la mudanza, enzarzados en una sudorosa danza de empujones y tirones con una de las últimas pesadas cajas del fondo de la furgoneta.

«Yo mudar tercera planta», le cuenta el chef.

«¿Por qué no subes a tomar un té?», le ofrece Kendra, que piensa que mantener buenas relaciones con su restaurador local favorito no le hará ningún daño.

«Usted es muy amable.» Chef hace una ligera reverencia con su voluminosa cabeza. Kendra le abre las puertas del edificio de apartamentos mientras él sube las escaleras con el cuadro. Le sigue hasta su piso y se fija en su espectral silueta, a la que la luz fluorescente de la escalera y el rellano casi despojan de su sombra.

Entonces oye unas risitas a sus espaldas. Los de la mudanza, que le miran lascivamente el culo. *Putos cerdos*. Cuando llega al recodo de la escalera, tira hacia abajo del borde de la sudadera DePaul, única concesión que hace a su presencia.

Cuando los empleados de la mudanza se quedan en el apartamento del chef descargando las últimas cosas, Kendra lo lleva abajo, a su vivienda de idéntico diseño. Se siente un poco incómoda cuando él escudriña el desorden de su espacio. *Joder, tendría que haber recogido*, piensa. Mientras se dirige hacia la cocina a preparar un poco de té verde, se fija en que Toto, al que había dejado solo para irse a correr, y que normalmente se comporta con timidez ante los seres ajenos al apartamento, sobre todo cuando son varones, está entusiasmado con el chef asiático. Primero le lame la mano mirándole de forma casi obscena en sus vidriosos ojos negros, y luego se pone boca arriba para que le acaricie la barriga.

«Perro muy bueno», dice el cocinero oriental con una sonrisa, encantado.

«¡Parece que le caes bien! ¿Eh, bonito?», le dice a Toto. «¿No es así, precioso? ¡Sí que sí! ¡Sí que sí!»

«Si alguna vez tú quieres, yo paseo perro», sonríe el chef mientras sorbe su té, «tú sólo decir.»

«Gracias.» Kendra vuelve la cabeza hacia un lado mientras Chef sale al rellano de la escalera a firmar el resguardo de la mudanza y los empleados se marchan. Se quedan sentados tomando el té mientras Kendra le informa sobre la recogida de la basura y los buzones; es incapaz de resistir la tentación de agregar algunos cotilleos acerca de los vecinos. Después le lleva al sótano para enseñarle el cuarto de la lavandería, que él parece especialmente ansioso de ver. «Muy importante para Chef», explica él mientras se embarcan en el largo descenso por la escalera trasera, empinada y mal iluminada. La puerta de entrada al cuarto de la lavandería es pesada y cuesta abrirla, y Kendra se siente agradecida cuando él acude en su auxilio. Una vez dentro, Kendra pulsa un interruptor y se oye un zumbido mientras la estancia, cavernosa y oscura como boca de lobo, parpadea hasta llegar a un resplandor fluorescente-intermitente azulado-amarillento que pone al descubierto la presencia de dos lavadoras, dos secadoras y un soporte de aluminio para aparcar bicicletas. En lo alto penden unos grandes tubos plateados para transportar el aire acondicionado, que entran y salen de las cavidades del edificio como una especie de carcoma de la era espacial. «Es absolutamente fundamental para los veranos de Chicago», informa Kendra con suficiencia a Chef mientras se imagina a Stephanie sudando amargamente bajo un ventilador –y a un Todd entusiasmado– en ese anticuado apartamento que tiene.

No, Steph se pondría encima.

Cuando termina la *tournée* y Chef se marcha arriba a poner en orden su nuevo hogar, Kendra llama de inmediato a Stephanie, y luego a Stacie, encantada de informarles: «¡Acaba de mudarse a mi edificio Chef! ¡*Nuestro* Chef!»

A la mañana siguiente Kendra sufre una crisis. Christie, su paseadora y *dog-sitter*, llama para decirle que acaba de enterarse de que su padre ha caído gravemente enfermo en Kentucky y que tiene que marcharse inmediatamente. «Gracias por todo», le dice Kendra en tono rencoroso por el auricular. Se da cuenta de que va a tener que llevar a Toto con ella a la oficina. Es una urgencia. Fuera hace calor, pero bochornoso; el cielo, nublado, adusto y sucio, la agobia; lo nota por la sensación de pesadez que hace que sus ojos parezcan rodamientos, su cerebro un ladrillo y su mandíbula un yunque. Toto gañe un poco y jadea y tira de la correa hasta que por fin a Kendra no le queda más remedio que cogerle en brazos.

Lleva sentada unos diez minutos hablando con sus compañeros de trabajo Greg y Cassandra, cuando la sombra de Marilyn, con las manos en jarras sobre sus bovinas caderas, oscurece su escritorio. «Kennie, princesa», dice mirando al perro, que levanta las orejas pese a seguir sentado lealmente a los pies de su ama, «Toto es un encanto, pero la oficina no es lugar para un perro.»

«Pero…»

Marilyn inclina la cabezota mientras se atusa el rígido cabello. Con voz arrulladora e incongruentemente tranquilizadora, dice: «Los culos[1] –incluso los culitos bonitos– están para sentarse y para que los despidan, cielo. Por favor, no me pidas que sea más explícita.»

«A mi *dog-sitter* le surgió un imprevisto urgente. Intentaré arreglarlo…»

«Ahora, bonita.» La sonrisa se desplaza un milímetro hacia el sur.

«Muy bien», responde Kendra en tono neutro, antes de recoger a Toto.

Marilyn la sigue hasta la salida. Cuando Kendra llega a la puerta, la detiene colocándole la mano en el hombro. Al volverse, Kendra capta un aliento que desprende un olor dulzón y enfermizo, como cadavérico. Mientras acaricia el hocico del perro, Marilyn le dirige a Kendra una mirada despiadada. «Por si no te has enterado, se avecinan tiempos difíciles, guapa. El mercado de pisos se ha ido al carajo. La gente es como los borregos. Ve que cuatro listos se forran con los condominios y venga a construir hasta que hay demasiadas y ya no hay gente para llenarlas. Es la clásica burbuja y ya se ve venir el alfiler. Hablo de despidos. ¿Me he explicado con claridad?»

Kendra se muerde la lengua. ¡*Qué poco profesional es esta zorra! ¡Mira que poner a parir al puto mercado*! «Sí», dice con gesto ausente, antes de salir y marcharse a la calle. El perro jadea entre sus brazos mientras camina por la calle, que titila con el calor achicharrante que hace.

Odia dejar a Toto solo en el apartamento, pero ya no le queda otra opción. Por el camino de vuelta ve a Chef descansando a la sombra del porche junto a la entrada del edificio. No lleva puesta la bata, sino un traje azul con el cuello de la camisa abierto, y está fumando un cigarrillo. El traje contrasta con las rosas de color rojo vivo que trepan por el enrejado de madera que tiene a su lado. Por primera vez se fija en la

delgadez del cuerpo en relación con la cabeza. Le cuenta lo que ha pasado con el perro y en el trabajo. Chef le explica que va a darse un paseo por el lago. No tiene turno hasta la noche y con mucho gusto paseará al perro y lo cuidará hasta que ella regrese del trabajo.

Kendra está encantada. Deja alegremente a Toto en sus manos y vuelve a la oficina. Evita a Marilyn y comprueba sus mensajes, pero no hay nada ni de Trent ni de Clint, el de la inmobiliaria. Cuando termina de trabajar, vuelve al complejo de apartamentos y se pasa primero por el apartamento de arriba, donde encuentra a Chef cocinando. Cuando se agacha, Toto se lanza a sus brazos de un salto, encantado de verla.

«Qué bien huele», dice ella. «¿Ha sido un chico bueno y educado?»

«Perro no dar ningún problema», dice Chef, mientras pone la comida encima de la mesita.

Kendra se fija en lo maravillosamente bien organizado que está todo. Chef ha debido de trabajar mucho para sacarlo todo de las cajas y colocarlo en su sitio. El salón está dominado por una enorme pecera y una colección de sables profusamente decorados que cuelgan de las paredes. «Colecciono sables», dice Chef señalándose primero a sí mismo y luego a las armas.

«Parecen…» Como a Kendra no se le ocurre ninguna palabra, se decide por «… bonitos».

Chef descuelga uno de la pared. La hoja curva mide unos setenta y cinco centímetros, y la empuñadura, envuelta en cuero negro, medirá unos treinta. Lo deja encima de la mesa, y desaparece durante unos instantes en la cocina, de donde regresa con dos grandes sandías. Apoya una de ellas sobre lo que parece un poste para arañar gigante para gatos, que saca de un rincón oscuro de la habitación. «Tú bien lejos», le dice a Kendra con una sonrisa, «hoja muy, muy afilada. Cortar diez centímetros de bambú fácil.»

Kendra se aparta. El chef sujeta el sable con ambas manos y extiende los brazos. Cierra los ojos durante unos segundos; parece sumergido en un trance casi orgásmico. De pronto, con un súbito movimiento explosivo, atraviesa con la hoja la sandía, que se desprende en dos mitades iguales. Toto se acerca y olisquea una de las porciones que ha caído al suelo.

«Ahora probar tú.» Chef coloca la siguiente sandía y le entrega el sable presentándoselo por la empuñadura. Kendra lo coge y lo sujeta de forma vacilante. Chef se coloca detrás de ella pegándose a su cuerpo. «Sentir peso…, así bien. Sentir peso. Katana japonesa Musashi. Sable shinto.»

«Es bastante chulo», dice ella.

«Imagina que sable parte de brazo y que filo ser uñas…» La rodea con los brazos, sujetándola delicada pero firmemente de las muñecas. «Ahora, cuenta tres, levanta hoja y deja caer sobre sandía. Como si atravesar sandía con dedos. Uno…, dos…, tres.» Chef levanta las muñecas de Kendra y luego las impulsa hacia abajo, retirando

las manos en el último instante mientras el sable desciende y parte la sandía como antes.

«Guau», sonríe Kendra con nerviosismo, ahora avergonzada por el abrazo físico y una extraña carga suspendida en el ambiente. «Ha sido estupendo…»

Chef retrocede un paso, hace una pequeña reverencia y señala la comida que hay sobre la mesa. «Ahora, comer», le ruega.

«Santo cielo…, no puedo…», dice pensando en su peso, «no deberías haberlo hecho…, ¿qué es?»

«*Pulgoki*. Famoso plato coreano para occidentales. Quiere decir "barbacoa coreana". Marinado con salsa soja, ajo, azúcar, aceite sésamo y otros condimentos. Preparar sobre fuego delante de mesa.»

Kendra deja el sable y se fija en los peces que nadan dentro de la pecera. Hay dos… «¿Son…?»

«Peces globo. Pez globo rojo. También llamado pez globo aguacate. No saber bien con aguacate, pero así llamar», dice con una sonrisa de oreja a oreja.

Kendra se lleva la mano a la boca, que imitaba la de los peces. «¿Y tú…? Quiero decir…»

«Sí.»

«Vaya», dice Kendra, añadiendo a continuación, ansiosa por no ofenderle: «Me encantaría ir a Japón y comer pez globo en un gran restaurante.»

«He preparado un poco para ahora. Nosotros comer», dice, marchándose a la cocina y regresando inmediatamente con unos pequeños filetes de pescado crudo.

Kendra mira primero los filetes y luego la pecera. «Eh…, no sé…, ¿no es peligrosísimo consumirlos?»

El chef la mira fijamente, con ojos brillantes. «Puede producir envenenamiento fatal. En Japón son manjar después de quitar veneno, pero a veces comer es fatal. Cada año mueren cien comensales por comer pez globo.»

«¿Seguro que no pasa nada?» Kendra mira el pescado con nerviosismo.

«Muy bueno. Come», la exhorta mientras se lleva un filete a la boca.

Kendra se mete el trocito de pescado en la boca. Es suave y sabe como a mantequilla. Primero lo mastica y luego lo traga.

«Con veneno tú sentir hormigueo en boca y labios. Después mareo, fatiga, dolor de cabeza, no poder hablar, tensión en pecho, temblores, náusea y vómitos», le explica Chef alegremente.

«Me… me… encuentro bien, supongo…», dice con voz temblorosa. De hecho, se siente mareada y sudorosa, pese a que el aire acondicionado está encendido.

Chef señala la pecera. «Aunque ser venenoso, pez globo popular en acuarios. Poder domesticar, pero no poder dar de comer a mano porque dientes muy afilados.»

En un instante, Kendra se da cuenta de que no va a morir y de que la náusea es en gran medida producto de su fantasía. Se arrima a la pecera. «¿Puedo ver cómo se hinchan?»

«No. Obligar a pez demasiado estrés», dice Chef sacudiendo la cabeza con gesto severo. Luego mira a Kendra con esos brillantes ojos negros. «Tú pareces señora que gusta comer.»

«Así es. No me paso de la raya, como otras», dice Kendra con suficiencia, «pero me gusta probar cosas nuevas y soy muy aventurera», ronronea, dándose cuenta súbitamente y con horror de que está flirteando con el chef.

«Yo también. Casi cualquier cosa puedo comer», declara Chef, levantando un dedo a continuación, «si está bien preparada. ¡Pero no intentar cocinar pez globo en casa!»

«No te preocupes», dice Kendra con una casta sonrisa, consciente de que se está echando atrás, «siempre recurriré a los expertos.»

Toto está a sus pies, y ella lo recoge, ahora ansiosa por marcharse sin comer más. «¡Bueno, cariñito, habrá que llevarte a casa! ¡Seguro que tú también tienes hambre!»

Mientras baja por las escaleras, nota que se le acelera el pulso.

El LP Tavern es muy oscuro por dentro; sólo lo iluminan unas cuantas paredes con luces empotradas y las luces de la barra, aparte de un neón azul fosforito intermitente en el botellero. Hasta que se le adaptara la vista, a un forastero podría disculpársele por pensar que seguía siendo el antro que fue en otro tiempo. No obstante, la exótica y exhaustiva gama de bebidas alcohólicas y cervezas que ofrece, además de la indumentaria y la actitud de la clientela, no tardarían en disipar semejante impresión.

Kendra está tomando unas copas en compañía de Stacie, Stephanie y Cressida, ayudante de investigación en la Universidad de Chicago. Cressida lleva el pelo –negro– corto, resplandeciente como la seda bajo la luz azulada, exactamente igual que su camiseta. De sus orejas cuelgan unos pendientes que centellean como pequeñas arañas de luces. Las chicas están sentadas en banquetas altas en torno a una mesa redonda donde apenas caben las bebidas y algún que otro codo. Kendra reconoce que está muy bien tener a Chef por vecino. «Es impresionante, de verdad, es increíble», les dice. «Toto le ha cogido un cariño tremendo.»

«No parece el único», dice Stacie con una mirada insinuante y repleta de coquetería.

«¿Cómo dices?», pregunta Kendra enarcando sus cejas depiladas.

«Bueno, ¿te acostarías con él?»

Kendra la mira con repugnancia. «No digas estupideces. Es demasiado viejo. Es…» Se interrumpe y escruta el rostro de su amiga en busca de indicios de traición. «¿Qué coño insinúas, Stacie?»

«Pero tiene su aquél», sugiere Stacie, encogiéndose vagamente de hombros, antes de dejar caer: «A mí no me importaría salir con un asiático.»

«Bueno, pues ya sabes dónde vive y dónde trabaja, Stacie. Ve y acósale.» Kendra

sacude la cabeza pero le complace que Stacie sea demasiado vacua para ser hostil.

«No me refería a él. Un poco viejo sí que es. Lo decía en general.»

Stephanie bosteza con exuberancia, y su piel se estira hasta parecer translúcida bajo la luz azulada. «Se supone que están, eh…, poco dotados de cintura para abajo.»

En cuanto oye ese comentario Cressida se pone hecha una fiera. Su rostro, pálido y alargado, se ensombrece de repente. Enseña los dientecillos, y Kendra casi cree poder ver cómo su cólera se desborda y las anega a todas. «Eso es bazofia racista. ¿Quién se inventa esa mierda? Los negros la tienen demasiado grande, los amarillos demasiado pequeña. Entonces, ¿quién la tiene de tamaño ideal? ¿Quién encarna la norma? A ver si a la tercera lo adivinamos», espeta con sorna mientras se pone de pie de un salto y se marcha al servicio.

«Ay, Dios», dice Stephanie con un gritito ahogado y llevándose la mano a la boca, «me olvidé por completo de ella y del tal Myles. Pero yo no soy racista. ¿Cómo voy a serlo, si trabajo con representantes de las distintas especies con las que compartimos el planeta? Si soy capaz de hacer eso, ¿con qué lógica iba a oponerme a la existencia de distintas razas dentro de la especie humana?»

Stacie frunce el ceño.

«No le hagas caso», la reprende Kendra. Por alguna razón, cuando no es ella la que consigue provocarlos, los indicios de debilidad de Stephanie siempre la incomodan. «No son más que las típicas chorradas de la Universidad de Chicago. Se está follando a algún profe negro y ni siquiera es capaz de alegrarse de que le metan un pollón titular. Aun así tiene que seguir haciéndose la víctima. Ese rollo de culpabilizarse por los fondos fiduciarios e identificarse con las minorías es un aburrimiento total.»

Stacie se da cuenta de que Kendra nunca follará con un chef del origen étnico que sea a menos que tenga programa propio en la tele. Le hace un gesto a la camarera. «Un martini de chocolate.»

«¡Qué asco!», exclama Kendra con una mueca. «Yo quiero un Stolichnaya con tónica.»

«Para mí también», corea Stephanie mientras toma nota del aire serio y ligeramente amenazador que emana Cressida. Una nunca puede relajarse del todo en su compañía. A continuación las mira a todas con gesto grave a la vez que se echa hacia delante. «¿A que no sabéis de lo que me he enterado?»

Las demás la miran, con sus cejas finas y depiladas fruncidas por el esfuerzo de concentración. Kendra se pasa la mano por encima de la cabeza para asegurarse de que la coleta sigue pegada al cráneo.

Stephanie se inclina un poco más hacia delante para que capten la fragancia de su Allure. «Por lo visto Trent está viendo –o follándosela, eso decididlo vosotras– a Andrea Pallister.»

«Dios mío», dice Stacie. «¿No suspendió psicología en DePaul y tuvo que cambiarse a bellas artes o alguna porquería de ésas?»

Kendra hierve de indignación silenciosa, consciente de que las miradas de las demás están sobre ella. «¡Pero si tiene *gatos!*», chilla, enfurruñada como una niña caprichosa y sin poder contenerse del todo. «¡Yo creía que a Trent le gustaban los perros!»

Cressida regresa, ahora ya serenada, y toma asiento en el momento en que la camarera se acerca con las consumiciones. Pide un Stolichnaya. Kendra se levanta. «Será mejor que vaya al servicio a hidratarme. Con ésta, ya son dos las bebidas alcohólicas que me he tomado.»

Mientras observan cómo Kendra se aleja, Stacie le dice a Cressida: «Hablábamos de Trent.»

«Ah», dice ésta antes de intercambiar sonrisas maliciosas con las demás.

Mientras Kendra se aplica la crema hidratante coloreada, piensa en Andrea Pallister. En cómo se habría abalanzado sobre Trent. En cómo no se daba cuenta de que sí, a algunos hombres les pone la desesperación, pero por lo general sólo para echar polvos de aquí te mato. Después, como si lo estuviera viendo, se imagina el rostro de Trent, con su perfecta mandíbula de hierro y su exuberante tupé ligeramente retocados, la nariz más bulbosa de lo que había querido ver hasta entonces y el cutis un poco más rubicundo de la cuenta. Quizá cierta lasitud en ojos y boca. *Se equivoca de pastillas.* Y así hace acopio de fuerzas para enfrentarse a sus amigas.

Cuando regresa, como si su presencia constituyera una señal, la conversación se reinicia igual que cuando un director de orquesta mueve la batuta. «Nunca hay que fiarse de un tío que folla con una mujer a la que le gustan los gatos», reconoce Stephanie. «¡Hay que ver! ¡Tres gatos! Su apartamento huele que da asco. ¿Quién aguantaría algo así? Sólo un guarro de tapadillo.»

«Sí que tiene cierta falta de aplomo», asiente Cressida.

«Interesante hipótesis», dice Kendra en tono glacial, ya recobrada la compostura. «¿Sabéis lo que dijo una vez de Toto? Dijo: “Podría girarme de lado y chafar a ese cabrito sin darme cuenta. Me gustan los perros, pero me gustan grandes y robustos. No me gustaría convivir con un bicho al que podría matar sin querer.”»

Stephanie contempla a sus amigas con esa expresión cómplice y calculadora que llevan viéndola exhibir desde el primer seminario de psicología en DePaul. «Entre líneas eso quiere decir que es un guarro. Lleno de pelos de gato. ¡Puaj! Apuesto a que su idea de pasar un día redondo es ir a las tribunas descubiertas del estadio de Wrigley Fields.»

«¡Eso lo hemos hecho todas, guapa!», chilla Stacie con una mezcla de placer y sentimiento de culpa. ¡El turno de tarde! Y se fija en los dos jóvenes sentados en la mesa de al lado. *Están buenos, pero salta a la vista que son maricones*.

Stephanie niega con la cabeza. «Sólo en situaciones desesperadas, y sólo para probar un cambio de *look* con los nenes de las residencias universitarias. Nunca hemos ido allí a ligar en serio, a diferencia de alguna que otra guarra desquiciada y desesperada. ¿Os acordáis de Tricia Hales?»

«Una SERB total», se mofa Kendra.

Stacie vuelve a poner cara de no entender nada mientras Cressida se encoge de hombros y Stephanie asiente para mostrar su aprobación. *«Self-Esteem Rock Bottom»*,[2] les ilustra gozosamente.

«Va a tener un hijo con ese fracasado. En un *apartamento*», observa lacónicamente Kendra.

Stephanie la mira con ojos desorbitados. «¿Ni siquiera van a comprar una casa? Dios mío, qué orgullosos tienen que sentirse sus padres…»

«¿De verdad diríais que Trent es un guarro?», pregunta Stacie.

Una Stephanie radiante se vuelve hacia Kendra y Cressida con gesto cómplice. «Admitámoslo, ninguna somos novatas a la hora de analizar la naturaleza humana.»

La pareja de tíos jóvenes de la mesa de al lado se dispone a marcharse. Mientras salen, uno de ellos le dice al otro para que las chicas le oigan, «¡Santo cielo, esta noche andan sueltas las DOGS! ¡Las *Desperate, Obsessive Girl Snobs*[3] de Lincoln Park!».[4]

Cuando las chicas hacen acuse de recibo primero se sienten atónitas y después indignadas. La primera en reaccionar es Kendra, que grita: «¡No se os ocurra ponernos siglas, so maricones! ¡A nosotras no nos pone siglas nadie!»

«¡Guau, guau!», les ladra a su vez la pareja de gays, y todas menos Stephanie acaban sonriendo.

Cuando llega la hora del cierre salen al aire nocturno de la ciudad, rodeadas por el aroma del alquitrán y el hormigón cocidos. Los faros de los coches que pasan de largo las iluminan. Jovencitos musculados y depilados, apostados en las esquinas o bajo árboles que están al borde del camino, prestan escasa atención a sus esbeltos cuerpos.

«Supongo que esta vez nos lo hemos ganado a pulso», dice Kendra, «así que tendremos que hacer gala del título. Las DOGS. Las DOGS de Lincoln Park», dice, probándolo para ver qué tal encaja.

«De eso nada», insiste Stephanie. «Esos tíos eran unos misóginos; son de esos maricones que culpan a sus madres por toda la mierda que la vida les echa encima.»

«Cariño», le replica Cressida, «todo el mundo culpa a su madre por toda la mierda que la vida le echa encima. Las madres están para eso.»

Empieza una discusión, y es entonces cuando Kendra se percata de la fatiga que lleva encima. Se vuelve y las deja en la calle despidiéndose cansina con el dorso de la mano y se dirige hacia casa atravesando Halstead.

Cuando llega a las escaleras de su bloque de apartamentos, Kendra se da cuenta de que el tercer Stolichnaya ha sido un error. Su carga alcohólica hace que se sienta vulnerable y solitaria al entrar en casa y mitigar el calor de la noche con el aire acondicionado. Pulsa el sistema de mensajes del teléfono. El tío de la inmobiliaria,

Chris, no ha llamado. «Toto, cachorrito», chilla Kendra. «¿Dónde está mi nene? ¿Es que no quiere a su mamá? ¡Claro que sí! ¡Claro que sí!»

Es extraño, pero no se ve al perro por ningún lado. Lo habitual es que se le eche encima en cuanto entra por la puerta. «¿Dónde te has escondido? ¿Estás enfermo, nene?», murmura Kendra mientras coge el mando a distancia de la mesa de centro y enciende el televisor. Un programa concurso de citas ilumina el cuarto de estar. Se alegra de haber vuelto sola a casa cuando ve el desfile de fracasados. Pero tanta calma es excesiva. ¡Dónde está ese monstruillo! Entra en una habitación, y luego en otra, sintiéndose violentada por una sensación de catástrofe inminente. El apartamento está en silencio y el corazón le palpita con fuerza mientras comprueba los armarios, mira debajo de las camas e inspecciona todos sus escondites habituales.

¡Nada!

El perro ha desaparecido. No hay ni rastro de él. Con la sensación de que algo se evapora en su interior, Kendra se sienta. Recobra el aliento. Después se levanta y sale al exterior. ¿Podría ser que se escapara cuando abrió la puerta? No es probable. Sin duda se habría fijado. Tan borracha no iba. Abajo, en el patio vallado con jardín, repite su nombre una y otra vez. «Toto. *Toutou.*»

No se ve la menor señal del perro mientras recorre la acera que circunda el bloque. Kendra vacila, como si esperara que surgiera como de la nada entre el vaporoso aire nocturno, cual ángel peludo y de orejas caídas. Se pone en cuclillas en la estrecha calle desierta y lo llama por su nombre, como si hacerlo tuviera el poder de proyectarlo hacia su regazo desde detrás de algún arbusto o árbol. Al cabo de muy poco rato, sin embargo, lo único que puede hacer es quedarse mirando los desgarrones, deshilachados y rozaduras de las rodillas y muslos de sus vaqueros de diseño.

De repente, se le viene Chef a la cabeza. Quizá él haya visto a Toto. Se acuerda de que tenía que subirle una caja alargada que le trajeron esta mañana de FedEx. Vuelve a buscarlo, sube las escaleras y aporrea la puerta. Él abre; todavía está en ropa de trabajo. «Han traído esto para ti», le dice, y cuando ella le entrega la caja se le ilumina el rostro. «No habrás visto a mi perro por ahí, ¿verdad?»

«No», le informa, «yo no ver.»

«Acabo de volver de tomarme unas copas con unas amigas y no está», resuella para reprimir la oleada de inquietud que amenaza con desbordarla.

Juntos vuelven a bajar las escaleras que conducen al jardín, donde Chef, linterna en mano, la ayuda a buscar una vez más cualquier indicio de Toto. Enfocan una ventana del apartamento de Kendra que se ha quedado abierta. Es de la habitación de invitados del fondo, pero si el perro se hubiera caído desde semejante altura es del todo imposible que hubiera sobrevivido y en el jardín no hay nada que indique que sea ése el caso.

De vuelta en el apartamento, Kendra se sienta en el sofá, y se da cuenta de repente de que solloza incontrolablemente. A pesar de su sorda confusión oye la voz

del chef; insistente, dándole instrucciones, y se levanta y le sigue escaleras arriba sin saber muy bien por qué. Los peces globo la observan desde la pecera con un mohín entre indignado y escandalizado. Cuando Chef se mete en la cocina, ella les dice en voz baja: «Siento haberme comido a vuestro amigo. Por favor, devolvedme a Toto.»

Chef regresa con dos whiskys en vasos de cristal tallado. Kendra piensa fugazmente que no es eso lo que necesita, y a continuación trata de determinar qué necesita, pero sin éxito, así que deja que el vaso que le ofrecen llene el vacío. Entonces él la obliga a comer algo, un brebaje que lleva fideos.

Mientras ella ingiere la comida y la bebida, Chef abre la caja que ella le ha traído; está encantado con la espada que extrae del interior. «Espada ninja, de Paul Chen, una de las mejores marcas», le explica Chef. «Espada ninja siempre recta, no como katana Shinto», dice, señalando con el dedo el sable que probaron ayer. Chef blande la espada mientras Kendra mastica sin ganas hasta dar cuenta de la modesta cena.

«Cuchillos muy importantes para chef. Buena colección de cuchillos esencial. Siempre respetar todo lo que cortar carne.»

Esta vez Kendra no está tan fascinada; de hecho, siente unas leves náuseas. No puede dejar de pensar en el peligro que un arma semejante representaría para Toto. Es tan frágil y tan pequeño. ¿Cómo podría alguien hacer daño a un ser tan indefenso? Pero en el mundo hay maldad. Desecha sus reflexiones melancólicas. Gracias al whisky, la comida la reconforta un poco y logra recobrar un poco la compostura. «Gracias por ser tan amable. En Japón os gusta el whisky, ¿no?»

El chef asiente levemente con una sonrisa boba, como si no acabara de comprender.

«Japón… parece un sitio tan místico», prosigue Kendra, sintiéndose ridícula al recordar que el restaurante de Chef se llama Mystic East. «Eh…, ¿de qué parte de Japón eres?»

«Yo coreano», proclama Chef señalándose. «Sólo ir a Japón a estudiar cocina. En Tokio. Pero nacer y crecer en Corea.»

Corea.

Y algo en la sonrisa del chef –algo tenue y oscuro que no se presta fácilmente a las definiciones– perturba enormemente a Kendra. Se disculpa y se marcha escaleras abajo, a su apartamento. Pone el aire acondicionado a tope, se desnuda rápidamente y se mete en la cama, donde se sume en un sueño fatigado y alcohólico mientras lucha contra los terrores nocturnos. El dormitorio se inunda de ruidos inquietantes. Oye a Toto gañendo desoladamente, como si estuviera emparedado. Se levanta, consciente de que en el apartamento hay alguien. En el umbral de la puerta está Chef, desnudo. Su cuerpo es fibroso y amarillo bajo la luz. Tiene un pene de tamaño desmesurado, cuyo extremo casi le llega hasta las rodillas. En la mano, colgando junto al costado, lleva el sable samurái. Kendra grita.

Vuelve a estar en la cama. Hay algo caliente a su lado; primero se le acelera el pulso y luego, al comprobar que sólo es la almohada, se tranquiliza de nuevo. Aparte

del suave zumbido del aire acondicionado, la habitación está en silencio.

El sábado por la mañana amanece bochornoso; los pájaros del roble de fuera trinan de un modo marcadamente beligerante, y Kendra se depierta pestañeando ante las franjas de luz que deja pasar la persiana. Vuelve a apoderarse de ella un estremecimiento de temor. *Toto, ay, Toto*. Se levanta y se pone una camiseta de los Chicago Bulls; el salto de cama cae, como tantas otras prendas, del cesto de la ropa sucia al suelo. El caos desesperante de su apartamento, con ropa desparramada por todas partes, le resulta hiriente, y el desorden ha ido a más con motivo de la frenética búsqueda en pos de Toto. Al recordar el hogar familiar de Highland Park, con su estuco, sus aguilones de madera y su césped de color verde eléctrico, etéreo e hinchado como un edredón (ojalá la tierra te tragase así), un ácido y nauseabundo llanto alcohólico, entrecortado por eructos, se abre paso en su pecho. Se supone que este sábado por la mañana tenía que trabajar, pero llama a la oficina y deja un mensaje en el contestador. «Soy Kendra. Esta mañana no voy a poder ir. Mi…» Duda en decir la verdad: «… mi hermana pequeña Karla…», dice con un nudo en la garganta mientras se acuerda de una jovencísima Karla en bañador, junto a ella en una de las playas que había a orillas de uno de los lagos, antes de suplantarla por la imagen de Toto galopando con algún objeto en la boca, «ha sufrido un accidente de tráfico en carretera…, estoy rezando…, salgo para allá *ahora* mismo», dice antes de colgar.

Kendra no acaba de atreverse a coger el volante ella misma, por lo que llama a un taxi y le indica al chófer que se dirija hacia la perrera municipal de Western Avenue, en el South Side, dirección Cicero. Está tan alterada que la asaltan los remordimientos por haber utilizado de forma tan turbia a Karla, y recita una apresurada plegaria pidiendo perdón y otra por la salvación de Toto. Durante el trayecto, rezuma paranoia. Les lleva siglos acceder al Kennedy Expressway, y cuando llegan al South Side, queda claro que el chófer hindú no conoce la ciudad. «¡No hay que quedarse en la 55!», chilla Kendra con los nervios hechos trizas. «¡Nada de seguir por Stevenson Expressway! ¡No, no! ¡Para llegar a Western hay que salir en Damon y luego girar!»

Ahora su mente recalentada recuerda a medias un caso reciente, en el que al perro de un teniente de la policía de Chicago se le aplicó la eutanasia cuando se suponía que tenían que tenerlo en observación por rabia durante diez días. La plantilla de la perrera trató de ocultar el error y las autoridades hicieron una redada en las instalaciones. ¿*Y si le habían hecho lo mismo al pobre Toto*?

Western Avenue ya es de por sí una calle del North Side bastante lúgubre, pero a esta altura a Kendra el barrio le resulta decididamente siniestro: abandonado, desierto y con un ambiente ominoso y amenazante. Aunque sea pleno día, se alegra de dar por finalizado el breve recorrido que conduce del coche al edificio. No obstante, la

perrera, con todos los animales abandonados y descuidados que contiene, no hace sino deprimirla más. Pero una búsqueda revela que Toto no es uno de ellos. «Lo lamento», le dice una fornida mujer hispana.

Kendra llama a un taxi por el móvil y aguarda durante veinte espantosos minutos a que éste acuda a llevarla de nuevo al North Side, lejos de todos los dichosos pobres, reencontrados con sus queridas mascotas. Durante el trayecto de vuelta, a medida que se aproxima a la zona de rascacielos del centro, no puede dejar de pensar en Chef. ¿Quién era en realidad y qué sabía de él? Su amor por la cocina asiática y los sables de samuráis, esa costumbre de criar peces globo en el acuario para consumirlos fresquitos…, aquel sable. De repente se estremece en el asiento al imaginárselo cortando a su querido Toto en dos mitades, como la sandía, poniendo fin a su existencia –y a todo ese amor– con un único y estridente gañido. En el taxi hace tanto calor que para no quemarse el cuello sobre el reposacabezas de cuero, Kendra tiene que soltarse la coleta y dejar que su larga cabellera se desparrame para hacer de barrera.

Al llegar a casa, se conecta a la red y hace una búsqueda con los términos «coreano» y «carne de perro».

Con el corazón en un puño, lee lo siguiente:

> El consumo de carne de perro es una ancestral costumbre coreana cuyos defensores sostienen que lo único que distingue el sacrificio de un perro para comérselo del sacrificio de una vaca o un cerdo es la cultura en la que tiene lugar el sacrificio. No obstante, el coreano medio no consume carne de perro, ya que ésta suele considerarse un alimento medicinal (que se utiliza para fomentar la virilidad o para combatir el calor en verano).

El pasaje siguiente resulta aún más sobrecogedor:

> Con frecuencia se apalea a los perros hasta que mueren para ablandar la carne. Algunos comerciantes justifican el hecho de someter al perro a dolores y tormentos considerables durante el sacrificio, porque se cree que esto aumenta los niveles de adrenalina y por tanto mejoran el valor de la carne como fuente de virilidad añadida. Moraleja:

si usted está en Corea y ha traído a un perro, enciérrelo y no lo saque a la calle. Podrían robárselo, ya que la carne de perro es muy rentable.

Kendra imprime algunos de los artículos y acto seguido sale a la calle. Camina durante un rato y se encuentra un coche patrulla azul, y después otro, hasta que cada vez son más, ocupando las calles adyacentes como fichas de casino concentradas en un parking que hay junto a un edificio imponente situado en el extremo de una de las manzanas de la ciudad. Luce el rótulo: DEPARTAMENTO DE POLICÍA DE LA CIUDAD DE CHICAGO.

El agente que está en recepción está masticando comida para llevar acompañada por un café de Dunkin Donuts. Cuando entra Kendra, sacudiendo con fuerza la melena, se relame los belfos. «Dígame, señorita», saluda en tono servil al mismo tiempo que los ojos se le van directamente al escote.

«Mi perro ha desaparecido.»

«Qué lástima. Pues tendrá que rellenar un pequeño formulario y darnos algunos detalles.» Sonríe de oreja a oreja mientras saca unos papeles de una caja guardada en unos casilleros color pizarra.

«No hace falta. Sé dónde está. Tengo un vecino», le espeta. «¡Es chef y se pasa la vida cocinando!»

Al poli se le escapa una discreta risita. «¡Ajá! Supongo que eso lo explica todo.»

«¡No me ha entendido!», salta Kendra, irritada. «¡Es coreano!»

El agente la mira de forma significativa. «¿Y eso qué tiene que ver con su perro?»

«¿Un chef? ¿Coreano? ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?» Los ojos se le ponen del tamaño de sendas bolas de billar negras.

El policía se le ríe a la cara, y Kendra hasta nota que le salpica un poco de baba, que se retira con la mano. El agente la mira con gesto embobado, a modo de remedo de disculpa lamentable, antes de armarse de valor y adoptar el tono pomposo oficial. «No podemos andar acosando a los miembros de la comunidad coreana de esta ciudad cada vez que desaparece un perro.»

«Pues a lo mejor deberían», dice Kendra, estampando sobre la mesa los papeles de los sitios web que había impreso, «¡porque es de dominio público que en Corea del Sur la gente come perros y gatos!»

«No estamos en Corea, señorita. Aquí no hacen esas cosas.»

«¿Y usted cómo demonios lo sabe?»

«Pues supongo que es un asunto de diferencias culturales. Para mí es una cuestión de respeto, digamos. Como en la India, donde a la gente no le parece bien comerse a las vacas. La forma en que tratamos a las vacas aquí en los Estados Unidos les horroriza. Pero saben que nosotros hacemos las cosas de otra manera, así que lo aceptan. Igual que los coreanos aceptan que aquí no pueden comer carne de perro. A

grandes rasgos, es un punto de vista válido, ¿no cree?»

«¡Pues no, no lo creo! ¡La relación entre las mascotas y sus dueños –o incluso entre los animales de carga y sus dueños– es intrínsecamente diferente a la que hay entre los humanos y los animales criados como fuente de alimentos! ¡¿Es que no se da cuenta?!», grita Kendra, incapaz de creer que el agente de policía pretenda justificarlo siquiera.

El agente no está por echarse para atrás. «No sé yo. Imagino que desde su punto de vista a unos animales se los cría para cazar, a otros para pelear y a otros para comérselos. Además, en Corea las razas que utilizan como mascotas no se destinan a alimento.»

«¡Eso usted no lo sabe!», gimotea Kendra. «¡Lo he estado investigando!» Señala los papeles con el dedo. «"Puesto que la carne de perro es prohibitiva, la población de las áreas rurales de Corea cría y sacrifica perros, o los roba." Ese chef le ha hecho algo horrible a Toto. ¡Sé que lo ha hecho, joder!»

«¿De qué clase de perro hablamos?»

«Es un papillón.»

«De acuerdo. No se ofenda, señorita, pero un papillón no constituye precisamente un banquete. Vaya, que no creo yo que uno de esos bichillos dé ni para un kebab decente», dice el poli con una sonrisa.

«¡Quiero recuperarlo! ¡¿Quiere hacer el puñetero favor de ayudarme a encontrar a mi perro?!»

El policía adopta un tono más firme. «Escuche, señorita, comprendo que esté un poco alterada. ¿Por qué no vuelve a casa a ver si aparece el pequeño y si nosotros nos enteramos de algo por aquí la llamamos?»

«Gracias», dice Kendra con desdén y sarcasmo. «Muchísimas gracias por su ayuda.»

Fuera, en los escalones de la comisaría, Kendra bulle de impotencia y de rabia. No se le ocurre otra cosa que irse a casa. De vuelta en el apartamento, sube sigilosamente las escaleras y pega el oído a la puerta del chef. No se oye nada. Vuelve a bajar las escaleras. El desorden de su apartamento exacerba más aún su sensación de desaliento. Se ha acumulado una montón de ropa sucia pero ahora mismo se siente incapaz de enfrentarse al desafío de bajar al sótano.

Kendra decide ir a ver a Stephanie al trabajo. Debe de quedarle poco para salir. Steph entiende de animales y de su conducta. A lo mejor es capaz de reconstruir el estado de ánimo y el destino más probable de Toto, suponiendo que no fuera escaleras arriba y a la cazuela del chef. Se dirige al bufete de la calle Clark. «La señorita Harbison acaba de terminar una consulta», le informa la recepcionista *soccer mom*.[5]

Entra en el despacho de Stephanie. Su amiga está junto a la ventana, echando el humo de su cigarrillo a la calle. «Dios mío, qué gente», se burla Stephanie, mientras contempla el tráfico de la calle Clark desde arriba, «parecen incapaces de aceptar que

ellos *no* son mis clientes. Ellos sólo son los patrocinadores. El cliente es Victor.»

«¿Quién es… Victor?»

«Un conejo enano de raza Netherland que padece un trastorno alimentario. Me daban ganas de decirle a la zorra imbécil de la dueña: "¿Pero tú te has visto en un puto espejo últimamente? ¿Te has parado a pensar que a lo mejor Victor esté imitando conductas?"», brama Stephanie, exasperada. Entonces parece fijarse en Kendra por primera vez. «Oye, cariño, tienes un aspecto estresado. ¿Qué te pasa?», pregunta antes de que la cautela se refleje en su rostro. «Eh…, ¿qué te trae por aquí?»

«¡Toto ha desaparecido! El chef…, el de arriba, el tío del restaurante. Le ha hecho algo terrible a Toto. Es coreano. ¡Allí se comen a los perros!»

«No puedes hablar en serio», dice Stephanie antes de adoptar esa expresión que ella considera su rostro «clínico, de diagnóstico» y que consiste en hacer que sus cejas casi lleguen a colisionar. «Mira, Kennie, Toto era…», y, corrigiéndose inmediatamente, prosigue, «es… un perro muy dulce, pero afrontémoslo, tiene varios problemas.»

Un dardo de fracaso filial se clava en el pecho de Kendra. «¿Crees que debería haberle llevado a ver al doctor Stark?»

Stephanie arroja el cigarrillo por la ventana, se sienta y cruza las piernas. Contempla sus medias de red, y se regodea en lo que ella considera su «sexualidad explosiva». Eran unas medias panties, pero eso los tíos nunca lo saben con certeza. Una no tiene más que ir enrollando el sedal, como sin duda había hecho anoche. Un encuentro fortuito en la calle de camino a casa y una copita a altas horas después de que los demás se hayan marchado. Mira a Kendra, que se apresuró en dar por concluida la velada un poquito antes de la cuenta, y dentro de ella se agita algo lindante con la vergüenza. Acto seguido vuelve a adoptar la fachada profesional. «Phil Stark habría identificado el complejo de abandono/rechazo de Toto inmediatamente y habría diseñado un programa de modificación de conducta apropiado», informa a su amiga en tono enérgico. «También creo que no debiste bautizarle con ese nombre. Al identificarle con el perro del *Mago de Oz*, introduces como elemento subconsciente innato de su psiquismo la condición de estar perdido y en busca de su hogar.»

«¡Pero si tiene hogar!», grita Kendra, «¡el nuestro!»

«Claro que sí, princesa», asiente Stephanie, «Toto es un perro muy querido», le susurra en tono arrullador, al darse cuenta de que Kendra está demasiado angustiada para dejarla sola. Llama a Stacie y queda con ella a las tres en el apartamento de Kendra. Salen de la consulta y bajan por la calle Clark sin decir palabra. Además del intenso calor, ahora se ven acosadas por atronadores rugidos procedentes del cielo, cuando cuatro cazas, como otras tantas aves de presa de una bandada mecanizada, surcan un cielo azul y despejado.

Ya en el apartamento, aparece Stacie y se sientan todas en el sofá a consolar a una angustiada Kendra con una copa de vino. «No puedo salir…, me siento de lo más

indefensa, aquí, esperando junto al teléfono.» En ese instante en el exterior se oye un rugido todopoderoso; los cazas vuelan tan bajo que la ventana llega a combarse hacia dentro. «Mierda», ladra Kendra, destilando hiel e inquina, «¿es que no pueden ir a hacer eso a Irak? ¿No es eso para lo que está?»

«Sólo es una demostración de fuerza. A mí me tranquiliza mucho», dice Stephanie. «Me gusta la idea de que quemen tanta gasolina en estos vuelos de prueba.»

«Debe de ser terrible vivir en una zona de guerra», dice Stacie con un súbito estremecimiento.

«Ellos lo han querido poco más o menos», se reafirma Stephanie. «Si no les gusta, que muevan el culo y se larguen, como nuestros antepasados antes de venir aquí.»

Stacie parece meditar un rato al respecto. Después echa un vistazo al apartamento de Kendra. Está hecho un asco, pero eso es exactamente lo que necesita. «Me jugaría algo a que este sitio te sale carísimo», dice al fin, cuando posa la vista en la habitación de invitados vacía a la que desde hace tiempo alberga la intención de mudarse. «¿Te lo puedes permitir?», le pregunta a Kendra.

«Joder, Stacie, no te enteras. Tendrías que reformular la pregunta: ¿podría permitirme el lujo de no vivir aquí? Empápate de la Exclusiva: las princesas viven en palacios», chilla, echándose un Xanax a la boca y bajándolo con un sorbo de vino tinto.

Stephanie está inquieta; mira la hora y se esfuerza por hablar del trabajo. «El sector inmobiliario está en pleno boom, ¿no?»

En circunstancias normales, Kendra habría canturreado alegremente «Como nunca», aun en el caso de que el mercado estuviera atravesando un bache, consciente de que todo se mueve por expectativas, y por tanto siempre hay que inflarlas. Así era como se comportaban los profesionales. Ahora no es capaz de hacer otra cosa que gimotear en tono ausente: «Toto era un ángel con forma de perro.»

«Está disgustadísima», le cuchichea Stacie a Stephanie a la vez que le da un apretón en la rodilla a Kendra.

Alguna gente haría mejor en no tratar de comprender este mundo, piensa cansinamente Stephanie. Entonces se inclina hacia delante y acaricia la mano de su amiga. «Kennie, me tienes muy preocupada.»

«No hace falta, cielo, estoy perfectamente», protesta Kendra con voz apagada y atiplada.

Ay Dios, empiezo a acusar el desgaste por empatía, medita Stephanie mientras trata de convertir un bostezo en una sonrisa. Casi lo consigue, pero el esfuerzo que le ha supuesto la lleva a sopesar estrategias de retirada. Ya tiene bastante con sus otros compromisos.

Stacie se ofrece a quedarse en la habitación de invitados, pero Kendra insiste inequívocamente en que prefiere estar sola. Cuando se marchan, se queda levantada

haciendo zapping con el volumen del televisor apagado. Oye a alguien entrar en el bloque de edificios. Es Chef; ya reconoce la cadencia lenta y pesada, deliberada, de sus pisadas en las escaleras de hormigón del exterior. ¿Quién si no podría ser a estas horas?

Kendra sale a interceptarle en las escaleras. «¡Eh, tú!»

«¿Ninguna señal de perro?», pregunta él alegremente.

«No…, hasta he ido a la perrera», dice ella sacudiendo la cabeza. «No consigo dormir. Supongo que no estarás de humor para prepararme otra copa terapéutica como la de ayer…»

«Muy cansado, día muy largo.» Chef levanta sus cejas oscuras en lo que ella toma por una súplica.

«¿Sólo una pequeñita, eh?», ronronea Kendra, imaginándose por algún motivo a Chef sin ropa.

«Ven», dice Chef señalando las escaleras. Cuando llegan a su apartamento, abre la puerta y la deja pasar primero a ella.

Cuando éste se mete en el cuarto de baño, Kendra aguarda hasta que oye el ruido de la orina; entonces se la juega y entra en la cocina. Registra algunos armarios. Nada. Después se acerca a la nevera. La mira, y vacila ante su forma, fría e inmutable. Entonces salta de repente el termostato, y el corazón casi se le para. Armándose de valor, Kendra se acerca y abre la puerta de un tirón. Bizquea bajo la luz al ver un pequeño cadáver. Poco le falta para gritar.

Pero no es más que un pollo.

Eso lo ve. Kendra sale de la cocina y se acerca al gigantesco poste para arañar que está en el rincón de la sala de estar, el que Chef utiliza para practicar con los sables. Detrás hay un pequeño armario. Se inclina y lo coge por la empuñadura.

«No hagas eso», dice bruscamente una voz a sus espaldas. Se vuelve rápidamente y ve a Chef, de pie en el umbral de la puerta con un sable samurái en la mano. Kendra se queda paralizada, remedando la expresión que ve en el rostro frío y petrificado de Chef.

La semana transcurrió sin que Kendra devolviera ninguna llamada, pero Stacie no se inquietó demasiado. *A veces Kennie podía ser una chica muy temperamental,* pensó. Un perro perdido, un novio nuevo, retortijones menstruales de los malos, haberse quedado sin Xanax; cualquier cosa podía ser el desencadenante, le dijo en broma a Stephanie. Además, sabían dónde iba a estar el viernes a las 12.30. Stephanie, sin embargo, estaba un poco más preocupada. ¿Cómo iba a decirle a Kendra que se estaba viendo con Trent? No sería fácil explicárselo. Le preocupaba que su amiga pudiera estar ya al tanto de aquel floreciente romance y que el motivo del gran enfurruñamiento fuera ése.

Stacie y Stephanie quedaron en la calle Clark. Seguía haciendo calor, pero la

temperatura había bajado un poco. Nubes grises tapaban el sol y el ambiente estaba cargado y bochornoso. Cuando llegaron al restaurante vieron la señal de cerrado. El local parecía desierto, pero en ese instante la puerta se abrió, y un sonriente Chef salió del interior y las saludó.

«Esto…, ¿está abierto?», pregunta Stacie.

«Siempre abierto, pero sólo para clientes especiales», dice Chef, señalándolas. «Min ponerse enfermo con calor. Dormirse en concierto música en parque. Quemadura sol grave. Akiro volver una semana a Japón por funeral. Aquí sólo yo, pero preparar plato muy especial para vosotras.»

Stephanie mira primero a Stacie y luego a Chef. «Eh…, ¿has visto a Kendra?»

«Sí, claro», sonríe Chef. «Ella venir. ¡Vamos!»

Las chicas entran en el restaurante y toman asiento; Stacie se siente más privilegiada que Stephanie de que Chef haya abierto *exclusivamente para ellas*. Sin embargo, a las 12.45 Kendra sigue sin aparecer. «No es propio de ella llegar tarde», musita Stephanie, mientras mira la hora y piensa que con este calor un *sashimi* sería buena idea. Nada de arroz; consumir hidratos de carbono después del mediodía era una costumbre repugnante. «Seguramente habrá surgido alguna crisis en el trabajo. Dijo que la zorra esa de Marilyn le andaba tocando los ovarios», se ríe, pensando al mismo tiempo en Trent. Una sesión más de magreo seguramente bastará para rematar la faena y consignar a *catwoman* Pallister al basurero de la historia de los rollitos intrascendentes.

«Es terrible no llevarse bien con los compañeros de trabajo», declara Stacie.

¿*Y tú cómo coño lo sabes*?, piensa Stephanie. «Bueno, los condominios ya se sabe… A ti te lo pregunto», deja caer agriamente. De repente vuelve a pensar en Trent. La consulta de un arquitecto…, vaya subida de nivel en relación con Todd. Se acabaron los músicos fracasados de veintitantos, que abundaban más que los gorriones e iban dando saltitos por toda la ciudad, del apartamento al garito cutre y al concierto. Se acabó fingir interés ante revelaciones no solicitadas de «proyectos emocionantes». Y lo de Stephanie y Trent sonaba bien. En las reuniones familiares, quizá en el día de Acción de Gracias, en la cabaña de Wisconsin. *Si cogemos el descapotable, Trent y yo llegaremos en un par de horas*. Pobre Kendra. Pero sabido es: tortillas, huevos, romper.

Chef aparece con una gran bandeja repleta de carne. «Para vosotras probar. Plato muy especial.»

«Pura proteína», dice Stephanie.

Mientras ellas se disponen a hincarle el diente, él observa.

Rodeando con los labios el bocado que contiene el tenedor, Stephanie cierra los ojos y deja que la mantecosa carne se le disuelva lentamente en la boca y desencadene una reacción de éxtasis en sus papilas. Es como si un aura de luz solar se fundiera sobre todo su cuerpo. «¡Dios mío, es fantástico! ¡Qué suculento! ¿Qué es?»

«Me encanta», asiente Stacie, «tiene un sabor muy penetrante, casi salado, pero a

la vez muy sutil.»

Chef contempla sus grandes ojos y saca la lengua para retirar de sus labios una capa de sodio congelada. «Receta antigua. Dicen que esta carne puede ser fibrosa, pero el secreto está en marinar. Hay que pulverizarla primero para ablandarla.»

«¿Es cerdo?», pregunta Stacie. «Sabe un poco a carne de cerdo, pero la textura se parece más a la de pollo…»

«Terminar comida, yo enseñar luego», dice Chef, señalando la puerta de la cocina, dicho lo cual sigue el itinerario trazado por su dedo y regresa a su guarida.

Stacie y Stephanie se ponen cómodas y disfrutan de la comida mientras esperan a que aparezca Kendra.

«¡Dios mío, qué celosa se va a poner Kennie!», ronronea Stacie, «¡a nosotras nos toca probar algo nuevo y a ella no!»

Comen con voracidad y entusiasmo, fascinadas por aquel misterioso manjar; es una carne tierna y suculenta, pero de sabor intenso, que las hace olvidar temporalmente la ausencia de su amiga.

Al cabo de un rato, Chef reaparece junto a su mesa. «Tengo algo muy importante para enseñar. ¡Venir!», y les indica que entren en la cocina. Desconcertadas, se levantan y le siguen. «Ingrediente secreto allí dentro. ¡Y después otra sorpresa!» Coge un enorme cuchillo de hacer filetes del *sushi bar* y sujeta la pesada puerta giratoria con la mano libre para dejarlas pasar, sonriendo cuando la deja cerrarse sobre ellas.

Marilyn está sentada en la oficina contemplando la silla vacía que hay delante del escritorio de Kendra. Piensa: *Lunes, martes, miércoles y jueves*. Se le escapa una frase de la boca: «¿Cuánto tiempo piensa estar de baja esa pequeña zorra por lo de su maldita hermana?», dice, quizá para sí misma, pero Greg y Cassandra la oyen.

Unos diez minutos más tarde, Kendra Cross irrumpe resueltamente en la oficina y se dirige hacia su terminal de trabajo.

«Vaya, veo que has decidido honrarnos con tu presencia», dice Marilyn con una sonrisa sarcástica. «¿Y qué tal tu hermana?»

«Deja en paz a mi hermana», le espeta Kendra, mirándola por encima del hombro y guardando unos cuantos efectos personales en el bolso.

«Ah, por lo que veo nos abandonas», comenta desdeñosamente Marilyn. «¿Te han hecho una oferta mejor?»

Kendra se da la vuelta y la mira con una mano apoyada en la cadera. «Pues sí, así es», miente. «¿Y sabes por qué?» Sin aguardar una respuesta, empieza a despotricar: «Quiero que sepas que desempeñaste un papel que te cagas en el asesinato de mi perro, hija de puta miserable. ¿Y sabes por qué? ¿Eh? Porque en toda tu lamentable vida de mierda nunca has sentido amor por nada. Y eso se debe a que a ti es inherentemente *imposible* quererte.»

En la oficina se hace un silencio absoluto durante tres segundos.

«Puta niña mimada de…» Marylin rompe el impasse con un jadeo, antes de decir quejumbrosamente: «No me conoces», y echa una mirada a sus subordinados en busca de apoyo, «no sabes nada de mí… Kennie, estás trastornada, yo…»

«Sé que eres lamentable que te cagas.» Y se vuelve hacia los otros. «¡Y vosotros también! Poneos las pilas: ¡aquí el mercado inmobiliario ha muerto! ¡No consiguen hacer preventas suficientes para seguir construyendo esos horribles apartamentos y vuestros culos perezosos y obesos van a ir a la calle enseguida! Y otra cosa», dice, centrando de nuevo su atención en Marilyn, «siempre que hemos salido por ahí de noche has sido el blanco de nuestras risas, ¿a que sí, Greg?»

Greg se sonroja y aparta bruscamente la vista en el preciso momento en que se abre la puerta principal y entra en la oficina de planta abierta Stephanie, flanqueada por Stacie, con Toto en brazos. Al ver a Kendra, éste lanza una breve andanada de gañidos breves. «¡Eh-eh-ey! ¡Mira quién ha aparecido!», canturrea Stephanie.

Kendra se vuelve para mirarlas, con la boca presa de temblores en reacción a lo que está viendo y oyendo. Lo primero que piensa es: ¿*Estaré alucinando*? Había ido a pasar unos días a casa de sus padres, a Highland Park, para recobrar fuerzas y organizarse, para aguardar esperanzada junto al móvil, y luego, cuando nada pasó, para llorar a Toto. Entre la privación de sueño, el Xanax y el calor aplastante que hace, ya no confía plenamente en sus sentidos.

«Chef lo encontró atrapado en el conducto de ventilación de la lavandería», sonríe Stephanie, para el desconcierto y a la vez gran alegría de Kendra. «Debió abrir la rejilla que está detrás del sofá en el cuarto de estar, se metería dentro y caería. Estaba bien, sólo un poco asustado, con hambre y sediento. Chef le dio bien de comer y está perfectamente.» Stephanie se lo entrega a Kendra en brazos. «¿Dónde te habías metido?»

«Ay, Dios mío, yo…, eh…, volví a casa de mi madre, de puro deprimida…, ¡pero ha vuelto! ¡Mi niño ha vuelto!», jadea mientras empiezan a rodar lágrimas de alegría. «Ha vuelto…»

«No os reís de mí, ¿verdad? ¿Greg? ¿Cassie?», pregunta Marilyn en tono suplicante. Acto seguido le lanza a Kendra una mirada venenosa. «¡Largo de aquí! ¡A tomar por culo! ¡Y llévate a esa puta rata contigo!»

«Tengo que marcharme», les dice Kendra a sus amigas con una sonrisa, dirigiéndose hacia la puerta, seguida a muy poca distancia por Stephanie y Stacie.

Stephanie se detiene, da media vuelta y clava a la despotricante Marilyn una mirada de desdén. «Un consejo: prueba las pollas. O al menos búscate una zorra con una lengua que funcione.»

«¡Yu-ju! ¡Así se habla, hermana!», corea Stacie con su voz de muchacha negra, y chocando palmas con Stephanie.

Mientras atraviesan las puertas de salida, Marilyn grita tras ellas: «¡A mí no me insultáis en mi lugar de trabajo! ¡Voy a llamar a la policía! ¡Habéis entrado sin

autorización! ¡Eso es!»

«Joder», exclama Stacie mientras salen a la calle con las imprecaciones de Marilyn todavía en los oídos, «¿qué ha pasado?»

«Supongo que estoy buscando trabajo nuevo», dice Kendra mientras se llena las fosas con el aroma de Toto.

«Guau», sonríe Stacie, que está pensando en las finanzas de Kendra y la habitación de invitados sobrante.

Stephanie acaricia la cabeza del perrito. «Chef estaba haciendo la colada cuando oyó un ruido que salía de los conductos de ventilación del techo. Te dejó una nota pero te habías marchado. Pensábamos que hoy te ibas a pasar por el restaurante.»

«No he vuelto ni al apartamento…, he venido directamente de casa de mi madre…»

«Menudo festín te has perdido, Kennie», canturrea Stacie. «Chef nos ha preparado una bandeja enorme de jabalí. Menudo susto me he dado cuando nos ha llevado a la cocina y me ha dicho que abriera la nevera. ¡Me he encontrado de narices con la cabeza de un jabalí enorme mirándome! ¡Es todo un personaje!»

«Muchísimas gracias. ¡Sois las mejores amigas que he tenido nunca!», exclama Kendra efusivamente, justo en el momento en que suena su móvil. Lo saca hábilmente del bolso sin dejar de sujetar a Toto. «Hoo-laaa…», saluda como embobada. «Vale, vale…, no… Esta noche en tu casa a las once me parece perfecto. Vale. Nos vemos.»

Stephanie intuye que un mal presagio está a punto de convertirse en plúmbea realidad. No consigue articular palabra. Stacie pía alegre y desenfadadamente: «¿Con quién hablabas?»

«Con Trent. Me ha llamado esta mañana diciéndome que le está acosando una psicozorra», suelta Kendra con la mayor naturalidad. «Por lo visto, la semana pasada él y una perdedora nata se emborracharon y acabaron dándose el lote, y desde entonces ella no deja de bombardearle con mensajes, correos electrónicos y llamadas de teléfono. Ya sabéis cómo son», sentencia, encogiéndose de hombros. «Me voy a acercar por ahí para animarle», anuncia con una sonrisa, sin notar la súbita lividez del rostro de Stephanie. «Pero ahora mismo lo que necesito es pasar un ratito tranquila con este principito», dice, señalando con la cabeza a su perro y enjugándose unas lagrimitas sin dejar de sonreír mientras añade: «… Sola. Gracias…, ¡sois estupendas!»

Stephanie jadea, mareada por efecto del calor; no oye nada, aparte de un zumbido en los oídos y algunos ruidos de tráfico. Ve que Stacie le dice algo a Kendra, que se despide con la mano antes de dar media vuelta y enfilar con paso rápido y enérgico la calle Clark rumbo a su apartamento, sujetando firmemente en brazos a Toto, que permanece sentado en esa posición de exaltación, contemplando con mirada imperiosa a los demás perros.

Hace más que frío pero ya no me molesta. Prácticamente ya ha llegado mi hora y ni siquiera me importa. ¿Por qué demonios iba a importarme? No voy a salir de aquí sin ella y está muy claro que no puedo llevarla conmigo.

No siento nada; ni los brazos ni las piernas; ni siquiera estoy seguro de si tener los ojos abiertos o no. Supongo que no importa demasiado que lo único que tenga sean pensamientos. No valen una mierda, pero no veo que vaya a dejar de tenerlos durante un buen rato. Lo gracioso es que será el frío lo que acabe conmigo, cuando fuera, del otro lado de esos gruesos muros de piedra, hay gente achicharrándose de calor. Supongo que en algún momento nos tiene que tocar a todos. Lo que ni en mil años habría podido imaginar son las circunstancias.

Supongo que, como él, he pagado el precio de mi arrogancia. Es cierto: por fin comprendo a ese viejo chiflado y borrachín: otro gilipollas que quedó clavado en la espada de su propia vanidad. Te acabas creyendo el rey del mambo: el artista superguay y vacilón dotado de un gran pollón. Y todos los demás: en fin, no son más que tus microscópicos súbditos. Así que llegas a la conclusión de que puedes hacer lo que más te pete. Que de algún modo eso te da derechos. Pero no te da ningún derecho en absoluto.

¿Cuándo empezó todo?

Empezó y acabó con Yolanda.

Miss Arizona.

Era una vieja yegua que tenía aspecto de haber sido cabalgada sin piedad y después guardada en los establos sin secarle el sudor. Ya, decía que en tiempos había sido Miss Arizona. Pues que me maten si yo hubiera sido capaz de imaginarlo. Desde luego, era una señora bien gorda; en los cámpings de caravanas de Louisiana he visto chicas con culos que no se meneaban tanto como la carne de los brazos de Yolanda cuando los movía, habitualmente para coger una copa. La buena de Yolanda tenía ese tipo de cabello pelirrojo que quizá tuviera su encanto en tiempos, aunque para mí que hacía mucho que era de bote; un moño alto, tieso de gomina, coronaba aquel cabezón con ojos de cerdita. Tenía la piel más blanca que la leche de tu mamaíta querida; era de esas chicas a las que no les sienta demasiado bien el sol, y por estos lares no es algo que escasee nunca.

La señorita Yolanda evitaba en lo posible que le diera. Si estaba fuera, permanecía a la sombra, a veces sentada en aquel porche de atrás, que daba a un jardincito donde había una parcelita de hierba tan amarilla y seca como las viejas tierras de cultivo estériles que rodeaban la casa. Desde luego, aquella parcela llena de maleza contrastaba con la preciosa piscina color azul turquesa. Aunque Yolanda se ponía a menudo un bañador de cuerpo entero a rayas (acostumbraba a cubrirse la cabeza con un gran sombrero de paja blanda y a llevar una bata sobre los hombros, mientras disfrutaba del chorro de aire fresco de un gran ventilador), nunca se bañaba. Seguramente para no estropearse el pelo. Aquella maldita piscina estaba tan bien cuidada que siempre me pareció un crimen no utilizarla, y más por estos pagos. Pero

sí, con una piel como ésa y aquí estaba; en pleno desierto de mierda, a más de tres horas en coche del centro de Phoenix. Se quedaba allí sentada bajo la sombrilla, y de aquellos muslos pálidos y fofos salían ramales de venas azules que se volvían negras como el carbón al llegar a la altura sus escuálidas pantorrillas. Sí, ya, fue Miss Arizona. Calculo que más o menos en la época en que dicho estado formaba parte de México.

Recuerdo la primera vez que aparqué el coche junto a aquel rancho. Pensé que cuando alguien construye en pleno desierto una casa que debería estar en una zona ganadera, sabes de inmediato dos cosas: uno, que tiene dinero, y dos, que no le importa demasiado tener compañía.

Eso resume en pocas palabras a la buena de Miss Yolanda. Pero como parece que éste va a ser mi último cuento, quizá haya llegado el momento de hablarles un poco de mí. Me llamo Raymond Wilson Butler. Tengo treinta y ocho años, estoy divorciado y soy de West Texas. Antes de conocer a Yolanda vivía en un apartamento de mil-dólares-al-mes cerca del centro de Phoenix con mi novia, Pen. ¿Qué podría decir de ella? Si empezara no acabaría nunca. Ahora mismo lo único que se me ocurre es que cuando no trabaja en una librería del centro comercial, canta unas canciones preciosas. Mi vida cambió para mejor cuando la conocí. Maldita sea, era lo mejor que me había pasado nunca.

Pero Yolanda era distinta. Cambiaba la vida de todo el mundo, de todos y cada uno de los hijos de puta con los que entraba en contacto. Empecé a verla por motivos de trabajo; cada dos días, iba en coche hasta su casa. Supongo que debería contarles cómo era aquello.

Para llegar a casa de Yolanda desde nuestro apartamento tenía que conducir en dirección oeste. Nunca dejará de asombrarme el modo en que la ciudad se acaba de golpe: de la urbe al desierto en menos de lo que dura el arco de la meada de un borracho. Entonces pasabas por delante de una o dos parcelaciones, en general terminadas, algunas en proceso de reurbanización después de haber pasado casi veinte desmoronándose al sol, convertidas en cadáveres de hormigón y acero. Mucha gente pensaba que aquí el principal recurso era la tierra y se arruinaba comprándola. Pues no, no cuando sólo caen diecisiete centímetros de lluvia al año. Sólo empezaron a edificar de nuevo cuando se completó el sistema de riego que bajaba desde las Rocosas para abastecer a esta región de ese precioso bien que representa el agua.

Cuando pasabas por delante de la última urbanización aún te quedaba un largo trecho de desierto para llegar a casa de Yolanda. Siempre pasaba una sed del carajo cuando cogía el coche para ir a visitarla. El tipo de terreno tampoco era de gran ayuda para un tipo como yo. Mientras ibas recorriendo tranquilamente la interestatal, todas ellas te tentaban para que te detuvieras a tomar una fresca; Miller's, Bud, Coors y hasta algunas de las que se pueden beber. Y qué calor hacía, carajo.

Estoy pensando concretamente en la segunda vez que visité a Yolanda. Ya en nuestra primera cita, habíamos fijado los términos de nuestro acuerdo. Era mediodía,

el sol estaba en su momento más cruel, e incluso un tejano de toda la vida como yo, que hasta hacía poco había residido en Los Ángeles, podía llegar a olvidar lo feroz que a veces podía llegar a ser. En el exterior, el muy hijo de puta cocía el aire hasta sacarle toda la frescura y dejarte con la sensación de que tenías partículas de hierro en los pulmones. Mientras se te secaba la garganta, el sistema respiratorio empezaba a fallar y sudabas más que una puta solitaria en un bar de carretera despidiéndose entre jadeos del último macho salido del convoy mientras éste se subía los cochinos vaqueros.

Mi primera excursión a casa de Yolanda me recordó lo mucho que me gustaba conducir aquel Land Cruiser por el desierto. Me salí de la interestatal y me metí por las carreteras secundarias antes de abandonar aquella pista cochambrosa y desviarme hacia lo que se me antojaron arenas vírgenes pero eran más bien cascotes de pizarra, que atravesé igual que un trapo mojado una mesa polvorienta. No podías sacar el culo del coche por mucho tiempo, como aprendí durante mi segunda visita. Era propenso a bajarme durante cinco minutos para oír cómo la tierra se quebraba bajo mis botas y los buitres graznaban en lontananza a cuenta de algún bicho muerto por el tráfico. En aquel territorio claro y despejado en el que, mirases para donde mirases, el cielo y la tierra formaban una línea continua, prácticamente no se oía otra cosa. Miré hacia el nordeste y ni siquiera vi un indicio de las crestas de montaña recortadas que seguramente estaban a sólo unas millas de allí.

Si eras capaz de asimilar el vacío y asumir el aislamiento, prácticamente no había nada que no pudieras poner en perspectiva. Sumido en aquel reconfortante filtro de soledad, pensaba en Jill y en mis errores. Después me consolaba pensando en la bendición que representaba aquella segunda oportunidad con Pen, y en lo decidido que estaba a no pifiarla.

Phoenix me inspiraba una desconfianza muy semejante a la que me inspiraban todas aquellas resplandecientes ciudades de los estados del sur y suroeste del país, llenas de distritos empresariales descollantes, zonas residenciales frías e impersonales, centros comerciales, concesionarios de coches de segunda mano y viviendas horrorosas casi tapadas por palmeras. Y luego estaba la gente: seca como la fruta vieja que se queda al sol, con la sesera demasiado achicharrada por el sol y la rutina para recordar, por de pronto, por qué habían ido allí. Y hablo sólo de los pobres. A los ricos sólo los veías desde detrás de los cristales, metidos en sus centros comerciales y sus automóviles, respirando un aire acondicionado que sabía a medicina floja para la tos. Yo estaba acostumbrado al calor pero aquel sitio era tan seco que los árboles sobornaban a los perros.

Aquel día, sin embargo, mientras me dirigía a mi primera sesión de verdad en casa de Yolanda, tras mi aproximación inicial dirigida a obtener su conformidad con mi propuesta empresarial, me perdí en mis cavilaciones y me quedé fuera un poco más de la cuenta. No me di cuenta de hasta qué punto me había expuesto al sol hasta que calculé a ojímetro la distancia que había recorrido sin rumbo desde el vehículo y

deduje en ese mismo instante que más valía cerrarla rapidito. Bajo aquel calor titilante, el Land Cruiser parecía un espejismo; no había forma de determinar lo cerca o lo lejos que estaba en realidad. Me entró algo de pánico, y no se me quitó hasta que toqué el achicharrante metal de la carrocería con la mano. Me sumergí de nuevo bajo la dulce refrigeración del vehículo con la cabeza a punto de estallarme por la presión sanguínea, y tuve que estirarme por encima del asiento del pasajero para subir al máximo el aire acondicionado. Pasaron unos cuantos minutos hasta que me sentí con fuerzas suficientes para volverme a sentar sobre mi culo. Cuando lo hice, quité el periódico de encima del salpicadero. La alerta antiterrorista estaba en nivel verde y el límite de exposición al sol en dieciséis minutos.

Según recuerdo, fue entonces cuando sonó el móvil. Me quedé con el dato, porque era mi agente en Los Ángeles, Martha Crossley, que jamás de los jamases me llamaba al móvil. No había nada tan urgente o importante que no pudiera esperar hasta que estuviera delante del fijo. «¡Tengo una buena noticia!», me anunció con voz plañidera y chillona. «¡Te han preseleccionado para rodar el spot de Volkswagen!»

«Estupendo. Pero sabes que se lo acabarán dando a alguien de la cuerda de Taylor o Warburton», le dije. No soy de los que se apuntan a la teoría del vaso medio vacío, pero sabía que en esa lista yo era uno más frente a los gilipollas de polla gorda con trayectoria y contactos.

«¡Eh! ¡Arriba esos ánimos, vaquero! ¡Si juegas es para ganar! Te mantendré informado», me dijo en tono entusiasta. *«Ciao!»*

Colgué y saqué una fresca de la nevera portátil; ya no bebo cerveza, aunque esa terrible sed siempre estará allí, acechando el momento en que las cosas se pongan feas. Ahora mismo, en Ray's no tenemos vacantes para esa vieja guarra. Tampoco estaba por la labor de llenarme la tripa de sodas ni de colas; esa mierda nos está conduciendo a todos a un infierno para tocinos, obstruyendo simultáneamente arterias y aceras. No, lo que me bajaba por mi ardiente y áspera garganta, siempre tan seca, era agüita fresca y clara, y me sentó que no veas. Al cabo de un rato, arranqué el Cruiser y salí disparado por la pizarra hasta que regresé a la carretera.

Como tantas otras veces, me volví un instante hacia el asiento del pasajero para imaginarme a Pen a mi lado, con gafas de sol, la cabina saturada por el dulce aroma de su perfume, enredando con sus uñas pintadas en el dial de la radio hasta que el Cruiser se inundaba con la melodía ideal. Anda allí metida por algún sitio, y ella siempre la encuentra. Eso es algo que nunca pude hacer yo solo, supongo que porque sin ella no hay melodía ideal. Aquella noche iba a acompañarla a oírla tocar su preciosa música y cantar sus hermosas canciones. Pero antes tenía que ventilar un tema con la buena de Miss Yolanda. El tema de Glen Halliday.

Glen Halliday, mi obsesión, era el antihéroe americano por antonomasia. El legendario cineasta pasó recluido aquí sus últimos años de vida, y los había pasado en compañía de aquella mujer. Yolanda era su segunda esposa; la primera había sido Mona Ziegler, una chica de su ciudad natal, Collins, Texas, localidad que inspiró

muchas de sus películas (en mi opinión las mejores), sobre todo *Los impostores de la aldea del diablo*.

A Mona ya la había visto varias veces a lo largo del año anterior y hablé con ella largo y tendido. Se había vuelto a casar y ahora vivía en una aburrida urbanización de Fort Worth. En lo tocante a su relación con Glen se mostró cortés pero fría. En resumidas cuentas, Mona opinaba que Glen se pasaba la vida trabajando, y que cuando no lo hacía, se dedicaba a emborracharse y pegar gritos. Imagino que como Glen Halliday era mi héroe y mi fuente de inspiración, no me hizo demasiada gracia oír aquello. Supongo que en buena medida lo achaqué a lo amargada que estaba y decidí dejarla disfrutar de su existencia aburguesada. Por desgracia, luego en Collins no me recibieron mejor. Era una localidad pequeña y conservadora, y a alguna gente le había molestado una barbaridad el retrato que Glen había hecho de ellos. Pero yo procedía de un cagadero muy parecido y más bien creía que lo había hecho con gran acierto, y nada de lo que oí ni vi en aquel lugar me convenció ni pizca de lo contrario.

El desierto dio paso bruscamente a otra urbanización amurallada y con punto de control, mientras yo pensaba que era contra lugares como aquéllos contra los que había clamado Halliday en sus películas y escritos. Su principal obsesión era que nos habíamos desviado por el mal camino: hormigón, predicadores, el imperio de la televisión y la codicia de los sonrientes tipos trajeados que sacaban tajada de toda aquella mierda. Por no hablar de los orangutanes andrajosos que no hacían más que sonreír y revolcarse por el suelo mientras aquellos gilipollas se la metían doblada allá por donde nunca llega el sol. En Collins me había topado con unos cuantos mamones de ésos, y desde más allá de la tumba la visión de Glen Halliday seguía poniéndoles enfermos.

Aquella urbanización era como infinidad de otras por delante de las cuales había pasado de camino hasta aquí. En todas ondeaba una inmensa *Old Glory* en el aire estancado del desierto, más fláccida que las pollas de los vejetes de las residencias de ancianos que bordeaban la carretera. De pronto ya la había atravesado y volví a estar en un terreno tan absolutamente desértico que era como si aquello hubiera sido un espejismo que se fue empequeñeciendo hasta desaparecer del retrovisor. Así que llegué a la granja de Yolanda, donde ya sólo se utilizaba el agua para una piscina en la que nadie nadaba, pues el terruño hacía mucho que estaba más pardo que el culo de un oso.

La casa propiamente dicha era una vivienda de estuco de poca altura. Era bastante grande, pero ni de lejos tan espectacular como la inmensa muralla de piedra que rodeaba todo el recinto, ni las enormes verjas de hierro, que un ruidoso y sediento motor accionaron cuando llamé por el portero electrónico. La residencia estaba pintada de blanco, y trepaban por sus paredes algunas plantas y cactus.

Como ya he dicho, la buena de Yolanda no tenía demasiada compañía. El único tío al que vi por allí era el chaval que limpiaba la piscina, que estaba siempre llena y en buen estado de mantenimiento. Aquello siempre se me antojó de lo más demencial

en un lugar como aquél, sobre todo habida cuenta de que ella no la usaba. Pero supongo que no se vive sola en un lugar como aquél sin estar al menos un poquito chiflada.

Era imposible que al chaval le pasara desapercibido el Land Cruiser cuando pasé por delante de la piscina con el coche, pero no hizo el menor caso; se limitó a seguir recogiendo porquería de la superficie del agua. Tenía cara de mala persona, con unos ojos entornados y una boca igual de mezquina que era una simple hendidura bajo la nariz. Yolanda ya había aparecido en el umbral para recibirme, vestida con aquel bañador. Arrugué un poco la nariz cuando me besó en la mejilla; despedía un olor extraño y asqueroso que no había notado durante la primera visita. Entré detrás de ella. El cuarto de estar estaba pintado de blanco, y había dos grandes ventiladores de aspas girando a la máxima potencia. No obstante, la mayor parte del frío daba la impresión de salir del suelo. Yolanda fue a prepararme una limonada y la oí hablando consigo misma: «Esmeralda, ¿por qué me miras con esa cara…?»

En un principio pensé que en casa habría alguien más, pero luego di por hecho que hablaba con un gato o un chucho. Después me di cuenta de que se trataba de un gato disecado colocado sobre un viejo aparador de caoba. Vale que era una vieja de lo más rara, pero seamos justos: Yolanda, como insistía en que la llamara, tuvo la generosidad de colaborar en mi investigación sobre su difunto marido.

Lo que me gustaba de aquel lugar era que siempre estaba fresco del carajo, sobre todo aquellas baldosas de pizarra. Cuando volvió con las bebidas, limonada para mí y ginebra para ella, me había quitado ya los zapatos y las plantas de los pies se me estaban refrescando una barbaridad. «Esto es tremendo», le dije en prenda de gratitud.

«Refrigeración subterránea. Hay un sistema de refrigeración que suministra el agua que sacamos del acuífero. También abastece de agua a la piscina después de filtrarla, pero aun así contiene muchos minerales y sedimentos. Por eso tiene que venir Barry tan a menudo.» Y señaló al exterior, donde el muchacho seguía a lo suyo, limpiando la piscina.

Yo no tenía demasiado claro lo que era un acuífero, pero el muy hijo de puta debía de contener una de agua que te cagas. Iba a preguntárselo, pero tenía la impresión de que Yolanda era de esas mujeres capaces de explayarse durante largo rato y yo había venido a preguntar por algo muy concreto. «Como sabe, señora, intento descubrir todo lo que pueda sobre Glen. Fue su cuarto marido, ¿no es así?»

«Cierto», me dijo, llevándose el vaso de ginebra a los labios y sonriendo al mismo tiempo.

«¿Diría que estaban ustedes muy unidos?», indagué, y en cuanto me di cuenta de lo mal que debía de sonar aquello, me disculpé de inmediato. «Lo siento, señora, parezco un fiscal del condado. Supongo que sólo trataba de entender la relación que tenían ustedes.»

Me sonrió y se arrellanó en la silla como un gran felino, satisfecha con su bebida

y su público unipersonal. «Como muy bien has dicho, cariño, fue el número cuatro. Me he casado por amor, por sexo y por dinero, pero cuando ya vas por el cuarto matrimonio sueles tener unas expectativas bastante reducidas.»

«¿Por compañía?»

Se estremeció un poco antes de torcer el gesto. «Dios, cómo odio esa palabra. Pero seguro que es tan válida como cualquier otra», admitió. Por su tono y su semblante detecté por primera vez cierto resentimiento hacia Glen Halliday.

«¿Qué sabía usted de su labor cinematográfica?»

«Muy poquita cosa», dijo ella, dándole otro sorbo a su copa antes de enarcar las cejas con un típico gesto de borrachín. «Como sabes muy bien, Glen era independiente, y yo soy una chica a la que no se puede sacar de las películas de Burt Reynolds. El pobre nunca tuvo un chavo; para rodar sus malditas películas tuvo que ingeniárselas y arañar cada centavo. Imagino que pensaría que yo tenía dinero.»

Llegados a este punto debo decir que me cuesta imaginar a Glen Halliday, que era la integridad en persona, en el papel de cazafortunas. Le había visto dar una conferencia a los alumnos de la Universidad de Nueva York de Hunter College, y también en Sundance, donde compartió estrado con Clint Eastwood. En ambas ocasiones había hablado con enorme pasión y convicción. No lo veía de gigoló, prostituyendo su fatigado y vetusto culo para sacar adelante una película.

Supongo que se me debía de notar en la cara, ya que Yolanda se sintió obligada a entrar en detalles: «Se enfadó muchísimo conmigo cuando me negué a vender este lugar.»

Aquel sitio era bastante agradable si era eso lo que a uno le gustaba. Pero pensé para mí que si yo hubiera tenido el dinero que tenía aquella buena mujer, desde luego no me lo habría gastado en pasarme los últimos días de mi vida amojamándome en mitad del desierto. Decidí hacer un breve inciso y le pregunté: «Entonces…, ¿poco más o menos cabría decir que se ha establecido usted aquí para los restos, Yolanda?»

Puede que fuera por efecto del alcohol, pero juro que el vataje de su sonrisa aumentó un poco. «Poco más o menos. A ver, entiéndeme, no es nada especial pero tengo aquí mis recuerdos. Además, es el legado de Humphrey, mi primer marido y mi único amor verdadero», me explicó con gesto radiante. «Cuando yo pase a mejor vida, lo heredará nuestro hijo…, vive en Florida. Nunca logré reemplazar a Humphrey Marston», dijo con una sonrisa ausente, «los demás no estuvieron a su altura ni de lejos.»

La buena de Yolanda frunció los labios en torno a la rodaja de limón que acompañaba la ginebra. Hizo un gesto como de chuparla y besarla antes de volver a dejarla caer dentro del vaso. A esas alturas ya empezaba a encontrarme un poco incómodo. No me cabía duda de que Humphrey debió de ser todo un caballero, pero yo de quien quería hablar era del otro. «Así que, volviendo a Glen, ¿cuando se casaron estaba arruinado?»

Yolanda parecía aburrirse un poco, y se rellenó el vaso, acto que pareció animarla.

«Ya sabes qué tipo de películas hacía», me espetó con impaciencia, antes de sosegarse un poco. «Entiéndeme, las hacía por amor, no por dinero. Todo lo que ganaba para sí mismo se lo gastaba en bebida. Era un borrachín terrible, y tenía muy mal beber. Mi tercer marido, Larry –Larry Briggs, el anterior a Glen–, ése sí que sabía beber», vociferó alabando su recuerdo. «Cuando estaba mamado te extendía cheques, te compraba regalos, te estrujaba y…» Bajó un poco la voz y añadió: «Y en la cama era un fenómeno…» Se llevó la mano a la mandíbula. «Pero qué bocaza la mía», susurró con un gesto de vergüenza simulada.

He de confesar que su numerito tenía algo de lo más atractivo, y no dudé en hacérselo saber. «No se preocupe, señora; como solemos decir en Texas, éste no es mi primer rodeo.»

Yolanda se dio una palmada en los muslos; mientras se desternillaba de risa, yo intentaba no prestar demasiada atención a la actividad sísmica así desencadenada. «Apuesto a que no. ¡Tienes mirada de pícaro! Ibas a preguntarme qué tal era Glen en el catre…, ¿verdad?»

«Señora, yo jamás me atrevería…», objeté, antes de tirar la toalla y añadir, «pero ya que lo menciona…»

Juro que me di cuenta de la magnitud de mi traición en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca. ¿Qué demonios estaba haciendo? Glen Halliday era uno de los grandes maestros del cine americano independiente; pertenecía a la misma constelación que Cassavetes o Sayles. Yo quería rendir homenaje a un gran artista, admirado y estimulante, que me ayudó a salir del abismo de la sordidez y ahí estaba, revolcándome en la clase de inmundicias de las que creía haberme librado cinco años antes, cuando pagaba los recibos gracias a las pelis porno que rodaba en aquel garaje del San Fernando Valley.

Dos largos años en el Valley acabaron por arruinar las cosas entre Jill y yo. Recuerdo que durante una de nuestras discusiones de borrachos me dijo: «Pasas tanto tiempo filmando chochitos que ya no te apetece follártelos.»

La pobre sólo tenía razón a medias. Porque sí que me apetecía; el problema era que te los ponían en bandeja a todas horas. Cuando llegaba a casa estaba harto, pero otra copa nunca me venía mal. Quizá esté simplificando más de la cuenta, pero estoy firmemente convencido de que estar entre tanta carne y tanto sudor le tritura a uno el alma. Sé que hay gente capaz de trabajar en esa industria durante mucho tiempo y sacarse todas las noches el hedor que deja dándose una ducha; desde luego yo no era uno de ellos. Por el lado positivo, aprendí a colocar una luz y encuadrar una escena.

Sin embargo, allí estaba yo, en el Valley: un tipo estúpido y todavía joven, que debería haberse sentido como un chaval con zapatos nuevos, pero que se sentía más triste que un coyote con hemorroides y las dos patas de atrás partidas. Entonces, durante un período de inactividad, me metí en un cine de mala muerte de Hollywood Boulevard, donde vi *Los impostores de la aldea del diablo*, el retrato que hizo Halliday de una ciudad del oeste de Texas muy parecida a aquella donde yo me crié.

Y ya está: me quedé enganchado. Salí eufórico de aquella sala; quería hacer lo que hacía Halliday. Y sigue siendo así. Para mí fue la salvación y un tormento al mismo tiempo.

«Al principio Glen estuvo muy bien, era un auténtico toro tejano por lo que yo recuerdo», declaró Yolanda con una sonrisita antes de torcer un tanto el gesto. «Pero, como pasa con la mayoría de los hombres, la cosa duró poco.»

No tuve la impresión de que me estuviera sonsacando; a esas alturas ya le había contado algo de mi vida, aunque supongo que era difícil no captar en su voz ecos de los amargos comentarios de Jill durante nuestros últimos meses de vida en común. Intenté permanecer impasible y la dejé continuar.

«No he tenido ninguna suerte con los hombres», me confesó en tono de triste lamentación; era evidente que su estado de ánimo reflejaba el mío. «Humphrey Marston era mucho mayor que yo, pero fue el único que me dejó algo aparte de facturas. Este lugar era suyo, justo encima de este gran acuífero.»

Aquella palabra otra vez. Tenía cara de anonadado y debía de notarse un poco, porque Yolanda enarcó las cejas. «Disculpe mi ignorancia, señora, pero voy a tener que preguntarle qué es un acuífero. Supongo que será una especie de lago subterráneo, ¿no?»

«En pocas palabras, eso es», me explicó, apurando su copa. «Los promotores inmobiliarios siempre andaban llamando a la puerta ofreciéndoles unos cheques enormes, pero Humphrey consideraba que el agua era un activo que valía la pena conservar. Hace veintitantos años, antes de que la bajaran de las montañas, aquí había agua suficiente para abastecer durante años unas cuantas urbanizaciones nuevas y un campo de golf. Pero a Humphrey no le interesaba su dinero. Así que los de las inmobiliarias empezaron a pelear sucio e intentaron hacerse con el acuífero de todas las formas imaginables. Humphrey era un hombre encantador, pero podía ser más terco que una mula; aguantó hasta el final y siempre les pateó el culo en los tribunales.»

«El bueno de Humphrey», declaré con una sonrisa mientras levantaba mi vaso para brindar por él. Cada vez me caía mejor aquel vejete.

Yolanda se estiró para chocar su vaso contra el mío, apuró la ginebra y volvió a repostar. Al darme la espalda mientras se servía, vi desparramarse sus ancas llenas de hoyuelos por los bordes del bañador de una pieza. Miré para otro lado cuando se dio la vuelta, bebida en mano. «Heredó este lugar de su padre, que quería que lo explotara. Pero a él sólo le interesaban los animales», me explicó. «Se licenció en zoología…»

Señaló el gato disecado colocado sobre un pedestal. Me fijé en que lo habían dejado en la clásica postura del gato sentado, con las patas traseras ocultas y las delanteras estiradas, mirando hacia arriba, como esperando que le dieran de comer. «Esto es lo que hacía. Era su trabajo.»

Supongo que aquello me impresionó bastante. La mayoría de los taxidermistas a

los que había visto (y en los estados con abundante caza había muchos) dejaban a los animales, incluso domésticos, en poses de acción. «Me gusta la forma en que dejó a ese gato en una postura gatuna normal, en vez de abalanzándose sobre una presa invisible.»

«Es verdad, Humphrey estudió sin descanso para aprender a colocarlos en posiciones anatómicamente correctas.» Me mostró una pared llena de certificados y una vitrina llena de trofeos. «Era el mejor del estado. Solía ayudarle. ¡Al principio era tan remilgada!…», exclamó, adoptando una expresión coqueta a la vez que con la mano rechazaba objeciones o cumplidos fantasmales.

Pese a que no era mi intención, cada vez sentía más curiosidad. «Si no le molesta que se lo pregunte, ¿qué sucedió entre Humphrey y usted?»

Yolanda me miró con expresión triste antes de hacer una mueca y sonreír cáusticamente. «Entre él y yo nada, sólo le sucedió a él. Llegué una tarde a casa del centro comercial y me lo encontré muerto en el taller. Estaba disecando a un mapache cuando le dio un infarto tremendo. Que me aspen si no me lo encontré allí mismo, doblado sobre la pieza, tan inerte como la pobre criatura sobre la que había estado trabajando», me contó, enjugándose al mismo tiempo una lágrima, como si la pérdida hubiera tenido lugar el día antes. «Yo creo que lo que acabó dejándole para el arrastre fueron las batallas incesantes con las inmobiliarias y el estado.» Se le amargó el gesto y por un instante mostró los dientes. «Aunque les ganes, esos hijos de puta siempre te lo hacen pagar.»

Ahí no podía discrepar. Entonces me di cuenta de que el viejo Humphrey era como uno de los héroes de las películas de Glen Halliday, un hombre de a pie que hizo frente a los mamones adinerados y los adictos al poder, por el simple hecho de que podía, y porque además era lo que había que hacer, qué coño.

«Aquello no hizo más que reafirmarme más todavía en que no iba a vender jamás», dijo subrayando sus palabras con enérgicas sacudidas de la cabeza. «Me dijeron que era como cortarse la nariz sólo para fastidiar a la cara, que las aguas del canal no tardarían en bajar rodando desde las montañas y que sacase tajada mientras pudiera… Y, desde luego, al final sí que bajaron, ¡pero no antes de que algunos de esos ratas miserables e hijos de puta que querían quedarse con el agua de Humphrey se arruinaran sentados sobre los inservibles terrenos adyacentes!»

Y habló sin parar sobre el viejo Humphrey; que me aspen si aquella buena mujer no tenía lengua de sobra para diez hileras de dientes. Pero no había mucho que yo pudiera hacer al respecto. Estaba disgustada y tenía que dejarla continuar. Me contó que había conocido a Humphrey en un concurso, cuando era Miss Arizona, y que, a diferencia de los demás, él era un auténtico caballero que siempre la trató como a una dama. Desde luego fue un amor apasionado, de eso no cabe duda. Conque aprendí mucho sobre Humphrey y la taxidermia; no obstante, aunque admiraba a aquel hombre bondadoso que se mantuvo firme mientras disecaba animales y jodía a las inmobiliarias y al estado, no era Glen Halliday. Tardé mucho rato en volver a mi

tema, y cuando lo hice, me di cuenta de que para Yolanda era una gran desilusión.

«Glen Halliday vivía para su trabajo», me contó con gesto atribulado. «Al principio sólo nos veíamos en plan amigos, y después nos casamos en un idilio relámpago. Al cabo de seis meses era un desastre en la cama. Apenas le veía. Siempre andaba largándose al plató de una película u otra, o escondiéndose en los bares», me informó con una sonrisa cómplice. «Si Glen tuvo algún gran amor, no fui yo, cariño, te lo aseguro.»

Envalentonado por la franqueza de aquella mujer, le pregunté sin pensarlo: «¿Quién cree que fue?»

«Venga ya, cariño, eso lo sabes tan bien como yo», me reprendió, pero mirándome al mismo tiempo como si la hubiera defraudado por completo. Y no le faltaban motivos; fue una salida digna de un gilipollas recién licenciado. Ahora me vería como un tipo que o tenía los huevos de gelatina o tenía todo el mundo de una virgen en un burdel. «La señorita Sandra Nugent», precisó lentamente, con una mirada condescendiente y compasiva que me hizo sentirme como una hija adolescente que se marcha de casa en tromba gritando «¡Que os jodan!» y regresa seis meses más tarde llorando y con un bombo.

Yo sabía perfectamente, como cualquier estudiante universitario que hubiera cursado una asignatura optativa en cine americano independiente, que Sandy Nugent era universalmente considerada la musa de Halliday. Había sido la protagonista de algunas de sus mejores películas: *La aldea del diablo, En defensa propia, Un calor de lo más frío*. A lo largo de los años habían mantenido lo que *Entertainment Weekly* quizá hubiese calificado como «una tempestuosa relación discontinua». Sandy se quitó la vida en el ochenta y seis, en un motel de mala muerte infestado de cucarachas de un área cutre de Florida. La encontraron mucho rato después de que su culo se quedara tieso, con el contenido de una farmacia de centro comercial burbujeándole en las tripas.

Antes de conocer a Yolanda investigué a Sandy exhaustivamente. El único comentario público que Halliday hizo en relación con su muerte le costó muchas amistades (por desgracia, empezaba a darme cuenta de que aquello era una de sus especialidades). En una entrevista concedida a una revista londinense durante el Festival de Cine de Edimburgo de 1990, dijo: «A nadie le gusta ver que se desperdicia un pedazo de hembra.» Por supuesto, para entonces Glen Halliday ya era un alcohólico crónico. Sé que eso no es excusa para hablar de esa manera, pero también que puede ser una de las explicaciones.

Glen Halliday era uno de los cineastas más dotados de talento y más infravalorados con los que me haya topado jamás. Sin embargo, cuanto más averiguaba sobre él, menos encandilado me tenía. Por lo visto, y no era Yolanda la única que lo decía, la magia residía en las películas, no en el hombre. Y aunque yo sepa mejor que la mayoría de la gente lo que es capaz de hacer el viejo John Barleycorn[1] con un tipo cuando las cosas no le van bien, mi héroe empezaba a

antojárseme un tipo que andaba por la vida con la cabeza metida en el culo.

Glen se casó con Yolanda diez años después de la muerte de Sandy, y murió –al parecer de un infarto– aquí mismo en Phoenix, seis años más tarde. Aunque nunca pasaron por la vicaría, es evidente que el gran amor de Glen Halliday debió de ser el rollo con Sandy. Pero ella nunca estuvo por la labor de contarlo. Además, la mayor parte de los conocidos y socios de ambos en el mundillo del cine independiente se mostraron de lo más circunspectos al respecto.

La mayoría, no todos. En Nueva York conocí a una de las mejores amigas de Sandy, Jenny Ralston, que fue amabilísima. Sandy había sido su mentora. Tenía a sus espaldas una respetable lista de títulos independientes y algún que otro largometraje de serie B de Hollywood. Era una belleza de ojos oscuros, más fina que un pelo de rana. Demasiado influido quizá por su perspectiva, consideré a Yolanda Halliday una alocada opción de última hora, un lugar para que el viejo borracho de Glen sentara la cabeza durante aquel período de sombría decadencia. Pero ahora había algo que me reconcomía. Que me mataran si no había una vocecita cuchicheándome al oído que era la relación con Yolanda, con la buena de Miss Arizona en persona, la que contenía la clave para desentrañar el enigma de Glen Halliday. O quizá fuera que aquella extraña mujer se me hacía cada vez más interesante a medida que su marido más recientemente fallecido iba desencantándome un poco.

Según íbamos cotorreando y yo trataba de despertar su interés contándole mi vida pasada y la presente con Pen, que le interesaba más, daba la impresión de que a Yolanda la cosa se le hacía más cuesta arriba. No tenía ni idea de cuántas ginebras se habría pimplado antes de aparecer yo por allí, pero al parecer la priva le estaba haciendo mella. Pronto empecé a pensar que a lo mejor había llegado el momento de dejar las cosas en el punto en que estaban. «Me gusta mucho charlar contigo, Raymond», aseguró, arrastrando la voz, «creo que hemos sintonizado muy bien.»

«Yo también disfruto mucho hablando contigo, Yolanda», le dije con toda sinceridad, pese a que me preocupaba un pelín la forma en que me enfocaban aquellos ojos enloquecidos.

Le di las gracias por dedicarme su tiempo y me dispuse a salir, pues tenía que acudir a cierto sitio. Concerté otra cita para verla y regresé al coche. La piscina seguía tan azul como el océano; antes de darse la vuelta y seguir rastrillando porquería de la superficie, el chaval que la limpiaba, delgado pero musculoso bajo una camiseta sin mangas, me clavó por un instante una mirada dura y suspicaz.

Me metí en el coche y me bebí una segunda botella de agua. Llamé a Pen al móvil, pero lo tenía apagado, como de costumbre. Puse otra botella en el reposavasos del salpicadero. La carretera estaba más muerta que las mascotas de Yolanda; llegué con tiempo de sobra cuando aparqué delante de Earl’s Roadhouse, el bar donde tocaba Pen. Todavía era condenadamente pronto y noté cómo tiraba con insistencia de mí el viejo borrachín de antaño, más pesado que un niño malcriado suplicándole a su madre que le compre unas golosinas. Sorprendentemente, tratándose de un

noctámbulo como yo, la tentación siempre había sido más fuerte de día. Pero supongo que no hay como entrar sobrio en un bar nocturno repleto de borrachos para convencerte de que has tomado la decisión correcta en lo tocante a tu estilo de vida.

Le pedí una soda con lima a Tracey, la camarera. Tracey me caía bien. Se traía un rollo muy frío y muy lesbi con los tíos que entraban en el bar, que por supuesto a ellos sólo les intrigaba más y les daba más aliciente todavía para tratar de ligar con ella. Y vaya que si lo intentaban, porque esa chica siempre iba vestida de punta en blanco. No vestía de forma descocada, porque no era de las de ir enseñando carne, pero aun así tenía una clase del carajo. Yo también le caía bien a ella. Le gustaba cómo trataba a Pen. Una vez, cuando iba un poco bebida, vino a decirme eso poco más o menos. No de forma insinuante, sino con una estima madura y genuina. Tracey tenía a Pen en un pedestal. A mí me daba en la nariz que sabía muy bien de qué estaba hecho ese pedestal y una vez le comenté a Pen que tenía la impresión de que a lo mejor a Tracey le iban las chicas.

Pen se me rió en las narices y dijo: «Es tan hetero como la que más, cariño. Para ser un tío que ya tiene unos años, sigues sin entender demasiado a las mujeres.»

No andaba muy equivocada. Creo que en algún momento u otro todas las mujeres que han pasado por mi vida han dicho lo mismo. Jill hacía esa observación a menudo, y de forma mucho menos benévola que Pen. Mi agente, Martha, dijo hace poco algo por el estilo sobre Julia, la heroína del primer borrador del guión de *El Baranda*. Ahora que lo pienso puede que fuera un poco más categórica: «No es una figura acartonada, querido, pero sólo porque para eso le falta consistencia.»

Y, en efecto, unos días después vimos a Tracey jugando a los bolos en el Big Bucky Boys Bowling con un figura que tenía pinta de trabajar en una inmobiliaria y que seguramente estaba casado, pero que sin duda se la estaba tirando. Me sentí aún más canalla de lo que aquel mamón parecía ser.

Se trataba de algo que iba más allá de las mujeres. Para ser un tipo tan ambicioso, supongo que tendría que haber conocido muchísimo mejor al género humano de lo que lo conocía. Y me pensaba, loco y creído de mí, que por escribir el libro aquel y quizá rodar un documental sobre Halliday acabaría por comprender la mente del maestro y por desbloquear al escritor que llevaba dentro, y convertirme así en un gran autor como él. Pero era una noción delirante y fantasiosa, y Yolanda Halliday era la prueba viviente. Al cabo de un par de encuentros con ella seguía sin saber de qué iba aquella buena mujer.

El bar empezó a llenarse de curritos con aspecto de haber cumplido con una dura jornada de trabajo: conductores de carretillas elevadoras, ayudantes de mecánicos, dependientes de pequeños comercios y oficinistas. Todos ellos habían venido a buscar lo que todo el mundo viene buscando en sitios como éste desde la primera vez que unos seres humanos se sentaron a pegar la hebra.

Pen apareció vestida con chaqueta de cuero, unos vaqueros ajustados y el pelo recogido con un lazo azul; vaya, con una pinta de nena rockera de primera. Es

diecisiete años más joven que yo, y su perfume huele de maravilla cuando me recibe con una sonrisa que me derrite y me rodea con los brazos. Nos estuvimos besando largo rato, ansiosa e intensamente, antes de ponernos un poco más tiernos; sabía de maravilla y en el dulce sabor de esos grandes labios rojos pude calibrar lo bella que era la vida. Sabía que era un tipo con suerte porque en ese momento todos y cada uno de los currantes mataos y sudorosos que había en aquel cagadero de bar hubiesen querido estar en mi lugar, y si no era así, debería haberlo sido, joder.

En cuanto la vio entrar, Tracey le puso una cerveza.

Y, en efecto, uno de los muchachos vio aquel divino trasero enfundado en tela vaquera y estuvo a punto de volcarse la cerveza encima. Acto seguido pasó revista a mi rostro curtido con aquellos maliciosos ojos, y al comprobar que no era mucho más joven que la jeta maltrecha que le daba los buenos días cada mañana en el espejo, puso cara de amargado y de pocos amigos. Yo me limité a dedicarle una sonrisa de comemierda que decía: Vale, ya sé que a lo mejor soy demasiado mayor para ella y desde luego que de costumbres demasiado morigeradas, pero con quien va a volver a casa es conmigo, así que ¡jódete, amigo!

Enseguida hice caso omiso de aquel triste idiota y le mostré a Pen mi teléfono móvil con gesto de reprimenda juguetona.

«Ya…, lo sé», dijo ella ladeando la cabeza, «me olvidé de cargarlo.»

«Con lo posesivo que soy yo, cariño, tengo que poder localizarte las veinticuatro horas del día, siete días a la semana.»

Me desabrochó un par de botones de la camisa, metió la mano dentro y me acarició los pelos del pecho. «Lo sé, y me encanta.»

«No tanto como a mí, preciosa», le dije yo.

Enarcó una ceja cincelada. «Pero ahora mismo hay otra mujer en tu vida, esa con la que pasas tanto tiempo», me toma el pelo. «¿Qué tal la señora Halliday esa? Seguro que será monísima, ¿no?»

«Como ella misma no deja de contarme, en tiempos fue Miss Arizona.»

«Imagino que sería antes de que empezaran a llevar la cuenta, ¿no?», dice Pen, riéndose y dando un gran lingotazo a la Pabst.

Aquello me sublevó un poco, pero me contuve mientras sonreía levemente a Pen. No lo había dicho con ánimo de ofender de ningún modo, porque esa chica no tiene ni pizca de maldad en todo el cuerpo. No había hecho más que repetirme mis propias gracias sin gracia. Pero, de algún modo, ya no me parecía de recibo faltarle al respeto a Yolanda.

Lo curioso es que aquella buena mujer empezaba a caerme bien. Había sido muy cortés y hospitalaria conmigo, ¿pero deseo? Ni pensarlo. ¿Me tomas el pelo? ¡Pero si la señorita Yolanda me sacaba por lo menos treinta años y más de treinta y cinco kilos! Tenía la cara prácticamente paralizada por haberse sometido a casi todos los procedimientos de cirugía plástica conocidos por el hombre; la última vez que vi algo parecido, sobresalía de una de las esquinas de la catedral de Notre-Dame de París.

Y, para mayor vergüenza, le había dicho algo por el estilo a Pen después de verla por primera vez, convirtiendo a aquella pobre mujer en un hazmerreír. No sé por qué lo hice. Supongo que siempre pongo un poco más de empeño de la cuenta en ir de listillo, y luego me arrepiento cuando la gente a la que pongo a parir resulta no ser tan mala. Pero en ese preciso instante el golpeteo estático de unos dedos regordetes en el cabezal de un micrófono interrumpe mis reflexiones.

Earl era un chicarrón bullicioso que siempre llevaba unos chalecos brocados de dos botones como los que solía lucir JR, tan ceñidos que te preguntabas cómo conseguía mantenerlos abrochados; nunca le vi sin su enorme sombrero vaquero en la cabeza. Subió al escenario para presentar a Pen al público, que la ovacionó ruidosamente. Acto seguido, subió ella y dejó flipando a todo el mundo. Que me maten si esa chavala no es capaz de rocanrolear un garito de la hostia. Puede que no fuera más que un antro cutrecillo en el que la bocanada de calor y polvo que entra pisándole los talones a todo el que abre la puerta obliga a todo el mundo a chuparse otra fresca rapidito, pero esa chica estaba destinada a cosas más grandes. De eso no había duda. Lo que más me gustó fue cuando dejó la Gibson de lado, cogió la acústica de doce cuerdas y sentó su precioso culo sobre la banqueta para cantar sus baladas melosas y suaves. A esta vieja ruina le partió su triste corazón de pecador hasta tal punto que me entraron ganas de pedir una cervecita, sólo una, para llorar encima de ella. Pero yo ya sabía cómo habría acabado aquello; mientras la tuviera a ella entre mis brazos no me hacía ninguna falta.

Yo adoraba aquel cochino antro, y el único motivo era ella. Entré en Earl's por primera vez unos seis meses antes, justo después de mudarme a Phoenix para tratar de empezar aquel maldito libro sobre Halliday. No conseguía concentrarme en aquel apartamento solitario, así que salí un rato y di una vuelta con el coche hasta que acabé justo al borde de la ciudad, en aquel sitio. Siempre me pareció mejor hacer como que escribía en la esquina de un bar que metido en un apartamento vacío. A veces un rostro o un comentario oído por casualidad podían servir de inspiración para un personaje o una conversación robada podía desencadenar una idea que sirviera para una trama. Aunque había dejado de beber, ese hábito particular todavía no había podido dejarlo.

No llevaba demasiado rato allí cuando Pen se sentó a mi lado en la barra y me pidió un cigarrillo. Le dije que lo sentía pero que no era fumador, y me sentí impelido a añadir que en aquel momento hubiera dado casi cualquier cosa por serlo. Ella se rió y dijo que a lo mejor podía invitarla a una copa en lugar de a un pitillo, cosa que hice con sumo placer. Tras tomar nota de que pasaba del alcohol, Pen me miró fijamente a los ojos y me dijo: «Bueno, ya veo que ni fumas ni bebes, pero…», hizo una pausa, le dio una larga calada al cigarrillo que le había dado Tracey, me miró con aquellos pícaros ojos castaños y me preguntó: «… ¿te gusta el rock n' roll?»

Cuando le dije que por supuesto, subió al escenario y tocó un poco para mí. Supongo que me enamoré de ella en ese mismo instante y así hasta hoy. Comencé a

pasarme por Earl's y luego por un par de bares más donde tocaba, y empezamos a salir juntos. Cuando expiró el contrato de arrendamiento de su apartamento trasladó sus cosas al mío sin más. Una noche, cuando estábamos tumbados boca arriba en la cama mirando el techo después de hacer el amor, me dijo: «Sabes, creo que estoy mejorando como persona. Puede que hasta haya madurado un poco. Tengo un novio que no es gilipollas.»

Enseguida le dije en broma: «Sólo tienes que añadirle alcohol, encanto», pero mientras le sonreía en la oscuridad pensé: *Puede que sea el bueno de Raymond Wilson Butler el que está mejorando. Porque está claro que te cagas que el alcohol se acabó*.

Estaba investigando para el libro sobre Halliday y escribiendo el guión de *El Baranda*, lo que me consumía mucho tiempo, pero me gustaba acompañar a Pen cuando tocaba. Algunos de aquellos bares eran antros peligrosos, y aunque ella era perfectamente capaz de cuidarse sola, supongo que me preocupaban todo tipo de cosas, desde tíos que quisieran ligar con ella hasta los pervertidos y los obsesos.

Pero aquella noche estaba sentada a mi lado en el Land Cruiser, un poco agotada después del bolo, y quizá un poco bebida después de las seis Pabst y los cuatro Jack Daniels con cocacola que se había tomado. (No puedo dejar de contarlas, ahora ya estoy programado para hacerlo.) «¿Sabes una cosa?», me dijo: «Antes, si me hubiera ido a casa con un tío en este estado, me habría rayado y me habría puesto borde. Ahora ya ni lo pienso, estoy como me da la gana.»

Nos fuimos a la cama y nos dormimos el uno en brazos del otro. Aguardamos hasta la mañana siguiente para hacer el amor.

Al día siguiente Pen se marchó a la librería mientras yo me enfrascaba con *El Baranda* y fingía ser un escritor de verdad. Hice una larga lista con los problemas que aquejaban al primer borrador. El principal, y supongo que aquel en torno al que giraban todos los demás, era el personaje de Julia, mi matriarca tejana dura de pelar. Era cierto; Martha Crossley, mi agente, llevaba razón. Tenía menos consistencia que una hoja de periódico mojada. El problema era sencillo: no sabía quién era. Al principio me la imaginé basada en mi madre, después como una versión retorcida de Jill, y en determinado momento llegué a sopesar la posibilidad de que fuera Martha. Pero cada vez que encendía el portátil tenía la impresión de empeorar la cosa en lugar de mejorarla. Me quedaba allí sentado hasta tener la cabeza a punto de estallar, y luego me acercaba al DVD y veía *La aldea del diablo* por centésima vez.

Me di cuenta de que ya casi era la hora de comer y no había hecho nada. Intenté llamar a Pen para quedar a comer con ella pero llevaba el móvil apagado otra vez, así que la llamé a la tienda. Fuimos a un local bastante espantoso del centro comercial, donde chavales que cobran el salario mínimo despachan ponzoña a los demás empleados del centro y a las amas de casa allí presentes. Me alegré cuando la vi acercarse a mí con aquella melena salvaje luchando por escapar de la cinta de terciopelo negro que la ceñía, y con pulseras, brazaletes y aros colgándole de las

muñecas, los dedos y las orejas. Necesitaba hablar con alguien, y como ella no había nadie.

«Eres demasiado duro contigo mismo, cariño; termina primero el libro sobre Halliday, y luego vuelve a *El Baranda*», me suplicó mientras nos comíamos unos sándwiches de dos pisos. «Estás completamente disperso. Acepta el consejo que siempre me das a mí: cada cosa a su tiempo, ¿vale?»

«Supongo», le dije con una sonrisa. «Por lo menos, si escribo otro capítulo esta tarde tendré la sensación de no haber echado el día a perder. A lo mejor me cae el rodaje de ese spot de coches de mogollón de pasta», me reí, desistiendo de terminar la mierda aquella que me estaba comiendo y apartando el plato de papel, «entonces por lo menos tendría algo de dinero y me ajustaría a un maldito horario. Claro que también podría pasar una bandada de cerdos volando sobre Texas…»

Pen me guiñó un ojo y chasqueó la lengua. «Lo conseguirás, cielo. Tengo un presentimiento.»

«¿Como el que tenías del vídeo aquel de los Majestic Reptiles que al final no me dieron?»

«Quedaste segundo, cariño», me dijo con una sonrisa. «Cada vez estás más cerca.»

«Tan cerca como voy a estar jamás, querrás decir. Siempre me quedo entre los preseleccionados; yo soy la vieja dama de honor a la que se ha cepillado todo el barrio y a la que nunca le dan el bolo.»

Pen se levantó y se sacudió unas migas de los vaqueros. «En fin, tengo que dejar a mi pequeña dama de honor y volver al trabajo», me comunicó mientras se agachaba y me daba un beso; y según se marchaba, me volcó el hielo que se había dejado en el vaso por la parte de atrás del cuello de la camisa.

«¡Qué co…!», chillé, antes de reírme mientras el cubito iba derritiéndose camino de la columna y la raja del culo.

«Ya sabes que soy una zorra», me dijo con una sonrisa, y me lanzó un beso a la vez que se largaba correteando con los tacones repiqueteando sobre el reluciente suelo de granito del centro comercial, «¡pero te quiero!»

Me levanté y salí al parking; cuando llegué al Land Cruiser, asado de calor, tenía la espalda y el culo más secos que una pasa. Fui a casa y me puse con lo que sospechaba era lo único que llegaría a escribir jamás: una labor de destajista para el libro sobre Glen Halliday, transcrito a partir de las cintas que grabé mientras hablaba con Yolanda.

Al día siguiente volví al Halliday Ranch, o el Marston Ranch, como quizá tendría que haber empezado a llamarlo. Por lo visto, el bueno de Glen sólo era un inquilino esporádico; iba allí a dormir las resacas, descansar entre rodajes y chulearle pasta a Yolanda. Empecé a representarme su vida con ella como algo más parecido a la última fase de mi vida con Jill: todo portazos y silencios prolongados, puntuados por broncas estrepitosas y alcoholizadas, con un triste «¿cuándo se torcieron las cosas?» a

guisa de colofón.

Yolanda me recibió con otra jarra de limonada casera; entrar en aquella casa fresquita me sentó de maravilla; menuda tregua de la caldera de fuera. Me fijé inmediatamente en que apenas se tenía en pie. Tenía los ojos colorados y había cambiado el bañador por una camiseta roja sin mangas y unos pantalones cortos de color blanco. Aunque allí dentro hacía un fresco muy agradable, tenía perlas de sudor en el rostro y parecía respirar con gran dificultad. «Éste es Sparky», me explicó, mostrándome a un gato disecado apoyado en la repisa de la ventana. A ése no le había visto antes. Me había acostumbrado a la buena de Esmeralda; pero aquél era un hijo de puta sarnoso y de aspecto malévolo. «Lo he subido para que te viera.»

«Muy bonito», dije, mirando al gato en ademán de saltar sobre su presa. Estaba igual de rígido que Esmeralda, pero su aspecto no era ni de lejos tan plácido. Entonces vi un perrito disecado, una especie de terrier, montando guardia ante uno de los aseos. «Ése es Paul», me informó, «se llama así en honor a Paul McCartney, el de los Beatles.»

Paul tenía aspecto de haber sido en vida un hijo de puta de lo más peleón. Al ver el brillo de su ojo de cristal y su dentadura completa al descubierto, me alegré de que hubieran disecado su culín. «¿Éstos los hizo Humphrey?»

«No, los hice yo», me aclaró mientras se acercaba al mueblebar para prepararse un gin-tónic. «No recibí formación oficial, claro, pero muy pocos taxidermistas la tienen. Aprendí mucho ayudando a Humphrey. Después, cuando me casé con Dennis, seguí», resolló mientras se acomodaba en una silla y me pedía que hiciera lo mismo. «Era un gran cazador –estaba afiliado a la Asociación Nacional del Rifle– y me puse a disecar sus presas. Le disequé un montón de bichos, pero cuando se marchó me deshice de todos ellos.» Frunció los labios. «Me resultaba desagradable estar rodeada de animales salvajes a los que habían matado por deporte. Prefería trabajar con aquellos a los que había querido, como homenaje, para recordarlos para siempre.»

Me explicó que los dos gatos y el perrito disecado habían sido sus mascotas. Ídem los dos periquitos dentro de una jaula de bambú colgada sobre la entrada de la cocina que me enseñó. «No podía dejar que se fueran, ¿entiendes? Los quería tanto…», dijo, y el recuerdo la afligió un poco. «Me daba vergüenza enseñártelos. ¿Crees que estoy loca, Raymond Wilson Butler?»

Es curioso, pero a mí no me molestaba ni pizca. «No, en absoluto. Entiendo por qué lo haces. Hay gente que entierra o incinera a sus mascotas. Tú tiene sus restos aquí para acordarte de ellos.»

No parecía escucharme. «Sigo hablando con ellos», sostuvo sin dejar de mirarme directamente, «y juro que hay veces que hasta les oigo hablarme a mí. ¿Te parece extraño?»

«En absoluto, señora. Para mí que a veces tenemos que consolarnos como podamos», le dije con una sonrisa, extendiendo la mano y posándola con suavidad sobre la carne fofa y blanca de su brazo. Me daba cuenta de que estaba algo más que

un pelín borracha, y en efecto la botella de ginebra que había junto al mueble-bar estaba bastante vacía.

Supongo que a alguna gente le habría parecido bastante raro, pero lo único que le pasaba a aquella mujer es que se sentía sola. Tal como lo veo yo, tenía el dinero y la habilidad necesarios; se trataba de un pasatiempo que le proporcionaba placer. Era algo que había compartido con Humphrey, el auténtico amor de su vida, y que probablemente la hacía sentirse un poco más cerca de él. A mí Yolanda me parecía una excéntrica inofensiva más, revoloteando durante el crepúsculo y haciendo lo que la hacía sentirse bien. Aquel estado estaba lleno: viejos y viejas con los sesos achicharrados por el calor, que iban desmoronándose poco a poco y confundiéndose con el polvo del desierto.

Miss Arizona.

Pensé en Dennis. Si el Bueno de Humphrey fue el marido número uno y Larry el Sucio fue el número tres, eso lo convertía a él en el número dos. «¿Qué le pasó a Dennis?»

«Ah, a ese matrimonio le puse fin yo.» Sacudió la cabeza y me miró de forma casi acusadora. «Justo después de que me rompiera la mandíbula.»

Por algún motivo di más o menos por supuesto que el viejo Dennis era otro borracho, y de los peores. «¿Así que Dennis se ponía violento cuando bebía?»

«No, lo extraño es que casi nunca bebía. No le hacía falta para ser un completo hijo de puta. Con aquella sonrisa bobalicona y esas costumbres tan rectas, sobrias y cristianas, cualquiera habría creído que en su ojete la mantequilla no se derretiría», rezongó, arrastrando las palabras. El alcohol empezaba a afectarla visiblemente.

Le sonreí de forma un tanto forzada.

Algo se encendió en su mirada. «Me hizo cogerle manía a la sobriedad para los restos», espetó con amargura, acercándose al vaso y llenándolo. «Qué cosas tiene la vida, le conocí a través de Humphrey», dijo con una sonrisa, y al acordarse se puso instantáneamente de un humor más juguetón. «Dennis Andersen era uno de sus mejores clientes. Parecía un perfecto caballero, y supongo que, para el mundo exterior, eso es exactamente lo que era. Luego descubrí que había tenido dos esposas anteriores, una en Albuquerque y otra aquí mismo, en Phoenix, a las que dejó con aspecto de fruta estropeada y un montón de facturas de hospital.»

Por desgracia, aquel recuerdo desató otra diatriba. El problema era que ahora Yolanda estaba más ebria de lo que nunca la había visto. Se estaba poniendo muy gritona al hablar de Dennis; aullaba como una gata en celo y se resistía con todas sus fuerzas a mis tentativas de reconducir el rumbo de la conversación hacia el tema de Glen Halliday. Empecé a preguntarme exactamente hasta qué punto habían llegado a conocerse el uno al otro. Supongo que pensaba otra vez en Jill y en mí: amantes durante años y extraños al final. Y en cómo, cuando el amor desaparece, lo único que se recuerda es al desconocido.

Me excusé debidamente y me dispuse a emprender el largo y solitario trayecto de

regreso a Phoenix. Fue entonces cuando Yolanda se puso un poco rara conmigo. Se levantó dificultosamente de aquel viejo sillón y se acercó a mí tambaleándose. «Por favor, quédate un rato más, Raymond», me rogó, «me gusta tanto hablar contigo…»

Tropezó; tuve que agarrarla y estabilizarla, porque de lo contrario juro por Dios que su fofo culo de antigua reina de la belleza habría acabado sobre aquellas frías baldosas. «Eh, venga, Yolanda, que has empinado el codo un poco más de la cuenta y estás un poco cansada», le dije con una sonrisa, tratando de quitarle hierro a la situación. «Sería mejor que te acostaras. Yo puedo volver mañana, ¿de acuerdo?»

Ahora tenía la cara más roja que el culo de un jinete de rodeo y sus grandes y llorosos ojos no andaban muy lejos cuando levantó la vista y me suplicó: «¿Me traerás una cinta con las canciones que canta y toca tu novia?»

«Claro, si eso es lo que quieres.»

«Me gustaría mucho», dijo, mientras se serenaba. «Es una maravilla que tengáis talento los dos. Jamás hay que dejar desperdiciarse un talento…»

«Bueno, supongo que eso es lo que ambos pretendemos.» Le sonreí, le presenté mis excusas y me marché.

Cuando llegué a la carretera ya casi había anochecido, cosa que no me importaba. El sólo hecho de conducir entre el silencio nocturno hacía que a veces sintiera cómo el pasado se borraba de mis sinapsis y me abandonaba, como un fantasma inhóspito, mientras atravesaba el desierto. Me entraron ganas de parar, así que salí del coche un rato sólo para contemplar aquella luna plateada. Me sosegó la mente y me ayudó a volver a concentrarme en las cosas que de verdad me importaban: Pen, mi trabajo, y sobre todo el guión de *El Baranda* y el libro sobre Halliday; por ese orden. La clave estaba en que fuera un libro sobre Halliday, no sobre una vieja que había tenido cuatro maridos y vivía exiliada en el culo del mundo.

Cuando llegué al apartamento, Pen me estaba esperando. Yo estaba cansado pero ella no, y aquella muchacha no aceptaba un no por respuesta. Después ella no tardó en quedarse roque, mientras a mí me zumbaba la cabeza. «Deberías oír los mensajes…», dijo mientras iba durmiéndose, «te voy a echar de menos, dama de honor…, ¿o eras la novia…?»

La miré y traté de sacudirla para despertarla. Se volvió con los ojos todavía cerrados y la boca ligeramente abierta y murmuró: «El contestador…, tienes que oírlo…»

Así lo hice. ¡Para mi deleite y asombro, Martha había llamado desde Los Ángeles para contarme que me habían ofrecido el spot de coches detrás del que iba! Me iban a pagar un pastón, y por tres semanas de trabajo (una de preproducción, otra de rodaje y otra de posproducción), lo que me permitiría seguir trabajando en el libro sobre Halliday durante unos seis meses más. Como inconveniente, el siguiente borrador de *El Baranda* tendría que esperar otro pelín más, pero nadie –y mi agente menos que nadie– iba a contener la respiración esperando que lo terminara.

Pensé en el bueno de Glen Halliday, que se les habría reído en las narices y que

disertaba sobre la integridad del artista delante de licenciados de Austin o Chapel Hill por doscientos pavos, la gasolina y un par de noches de minibar libre en el Holiday Inn local. O al menos eso creía yo. Lo más probable es que consiguiera que Yolanda le subvencionara extendiéndole un cheque. No tenía ninguna intención de convertirme en esa versión de Halliday. Pen hacía largas jornadas en aquella librería durante el día y bolos en aquellos bares de mierda por las noches, y yo estaba resuelto a no ser un mantenido. Era casi un cheque de seis cifras por tres semanas de trabajo, puñeta. Ni siquiera pensaba discutir conmigo mismo la posibilidad de negarme.

No conseguía conciliar el sueño, así que me quedé levantado repasando mis apuntes sobre Halliday. ¿Pero quién demonios había sido aquel hijo de puta? Un tejano que amaba Texas pero odiaba aquello en lo que se había convertido: un lugar en el que los titulados de universidades prestigiosas y los fanáticos religiosos agitaban la bandera y todos desfilábamos detrás de ella para ir a combatir en guerras insensatas por su petróleo. También es posible que no fuera más que otro cerdo hipócrita que utilizaba a la gente, concretamente a las mujeres, para sacarles todo lo que pudiera: una actriz insegura a la que le jodió la cabeza más que el coño y una vieja loca y desconsolada sentada sobre una mina de oro en pleno desierto.

Por la mañana me despedí con tristeza de Pen y preparé las maletas para el largo viaje hasta Los Ángeles. Me iba a costar dos días. Primero iba a ir a ver a Yolanda y luego cogería la interestatal. Ya en ruta, compré el periódico en una gasolinera y comprobé el código de alerta antiterrorista (naranja) y el límite de exposición al sol (catorce minutos).

Al pasar por delante de Earl’s vi entrar al chico que limpiaba la piscina –Barry creo que dijo que se llamaba– en compañía de un amigo. Algo me indujo a parar y entrar tras ellos. Le eché un vistazo a su furgoneta en el aparcamiento al pasar por delante; era una Chevy del 88 que llevaba una pegatina en la ventana de atrás: *Ass, Gas, or Grass – Nobody Rides for Free*.[2]

Al entrar en el bar, que estaba casi vacío, entorné los ojos: estaba oscuro y cavernoso, en contraste con la cegadora luz del exterior. Barry Piscinas y su amigo jugaban al billar en un rincón. Me senté en una de las banquetas a leer el periódico y ver algunas de las jugadas del partido de béisbol de la noche anterior. Al cabo de un rato, Piscinas se acercó a la barra y pidió un par de cervezas. «Eh, tú trabajas en casa de la señora Halliday», le dije.

«Trabajo en muchos sitios», me soltó él con una mirada fea y desagradable que distorsionó aún más aquel rostro malévolo.

Me encogí de hombros y volví a enfrascarme en la lectura del periódico. El chaval era un gilipollas. Apuré la gaseosa, salí del bar y volví a subirme al Land Cruiser para emprender el largo y polvoriento trayecto hasta casa de Yolanda. No fue un viaje agradable. La confrontación con el chaval en la barra me reconcomía; era una mariconada sin importancia, sobre todo pensando en la clase de líos en los que me metía cuando iba hasta las orejas de priva, pero estaba molesto por haberle puesto

en bandeja la posibilidad de haceme semejante desplante.

Estaba cabreado y supongo que no prestaba demasiada atención a la carretera. Oí como un silbido y después un ruido sordo, seguido por un traqueteo infernal que me decía que había atropellado algo. Me detuve y vi en la carretera los contornos de algo parecido a un perro despatarrado. Era un coyote, y a juzgar por su aspecto, de tamaño adulto. Me acerqué al hijo de puta con cautela, pero parecía muerto. Empujé la cabeza con la bota. En efecto, estaba frito. Pero el cuerpo gris y amarillo no parecía marcado por el impacto del coche; no estaba reventado por ningún lado ni vi sangre en la boca, las orejas o los ojos. Parecía dormido, como un viejo chucho hecho un ovillo delante del hogar, con la salvedad de que tenía los ojos medio abiertos.

De pronto oí a mis espaldas el sonido de un vehículo al aproximarse. Se me cayó el alma a los pies cuando me volví y me di cuenta en el acto de que era un maldito coche de policía. Uno de los patrulleros bajó y empezó a caminar lentamente hacia mí, con zancadas a lo John Wayne. Era obvio que le inquietaba la posibilidad de que le tomara por un mamonazo de primera, así que se dejó puestas las gafas de sol al dirigirse a mí. «Vamos un poco rápidos, ¿no?»

«No me di cuenta agente…, yo…»

«El carné y la documentación del vehículo, por favor.»

Deduje que no valía la pena discutir, así que obedecí y le enseñé la documentación. Se quitó las gafas de sol para examinar los papeles y me sonrió. Era un patán rural; un mutante con ojos de cerdo y un corazón mezquino y minúsculo que se hacía pasar por un campechano muchachote del agro sureño de los de toda la vida.

Echó una mirada a su compañero, un gordo que estaba papeándose algo parecido a un taco (un par de kilómetros más adelante había un Taco Bell) dentro del coche. Me puso una cara que decía «como tenga que sacar mi culo de cerdo del coche, la vamos a liar pero bien».

«Tenemos un pequeño problema», me informa John Wayne con una sonrisa, enseñando unos dientes enormes y con fundas. «El coyote es una especie protegida. A mí me va a suponer un papeleo de la hostia, y los ecologistas van a poner el grito en el cielo. ¿Adónde se dirigía, caballero?»

«Iba camino de Loxbridge y…»

«Perfecto. Eso está en el siguiente condado, fuera de mi jurisdicción. ¿Qué le parece si coge al bicho atropellado este, lo mete en el maletero de este coche tan grande, y después de atravesar la frontera del condado –quizá cuando ya lleve dentro una respetable distancia de varios kilómetros– lo deja junto al arcén? Así yo puedo seguir con lo que los habitantes de este condado quieren que haga.»

«Bueno, yo…»

«Estaríamos en paz. ¿Qué me dice?»

Tragué saliva mientras el rencor me golpeaba las tripas como whisky del malo. «Sí, señor, se lo agradezco.»

El muy cabrón era un mentiroso de mierda. No hay un puto estado de la Unión en

el que el coyote sea una especie protegida; desde que matamos a todos los lobos, abundaban más por estos lares que las ardillas en Central Park. Por supuesto, ambos lo sabíamos; el muy hijo de puta sólo me estaba humillando porque podía.

Hablando lo único que iba a conseguir era pasarme una noche en la trena, así que me acerqué al coyote y lo cogí de las patas delanteras con una mano y de las traseras con la otra. Soy un tipo bastante fuerte, metro setenta y cinco y ochenta kilos, pero bajo aquel calor me estaba costando manejar el peso de aquel bicho. El gilipollas del poli miró furtivamente a su alrededor para comprobar que no se aproximaba nadie, y luego me ayudó a cargar al animal en el maletero.

Mientras regresaba al coche patrulla, donde pude ver al Tocino sacudiendo la cabeza con un gesto de asco iracundo mientras se inflaba un poco más la boca de relleno para el intestino, John Wayne me saludó con gesto burlón. «Conduzca con cuidado y pase un buen día.»

«Muchas gracias, agente», contesté, sonriendo sin dejar de apretar los dientes.

Llevaba un animal muerto en la parte trasera del vehículo, y con el calor que hacía empezaría a apestar antes de que estuviera siquiera cerca de la frontera del condado. Estaba furioso y no podía dejar de preguntarme qué habría hecho Halliday en mi lugar. ¿Habría optado –como los héroes estoicos y rebeldes de sus películas– por pasar la noche en la cárcel del condado por el placer de soltar alguna frase de sabiondo? ¿O habría hecho lo mismo que yo? Fue en ese preciso momento cuando me llegó la inspiración. A ver qué opinaba Yolanda al respecto.

Conduje muy despacio, porque estaba nervioso después del encuentro con el poli. Crucé la frontera del condado pero no paré hasta llegar a casa de Yolanda. El portalón de la entrada estaba abierto, y aparqué tan cerca de la puerta principal como pude. Demonios, qué calor hacía. Yolanda abrió la puerta, y cuando estaba a punto de entrar y apoyé la mano en el marco, de pronto apareció como de la nada un lagarto que me pasó por encima de la mano antes de seguir trepando para arriba. Se detuvo un instante, palpitando pausadamente bajo el calor antes de esfumarse por una grieta que había en la pared, como si lo hubiera absorbido una aspiradora.

Desde luego, la Yolanda que me saludó esta vez estaba más sobria. «Lamento muchísimo mi comportamiento del otro día, Ray…»

«Estás en tu casa, Yolanda. Puedes comportarte como te parezca, puñeta. A mí ni me va ni me viene. Ya te hablé de mi pasado con el alcohol, así que no ardo precisamente en deseos de ganas de juzgar a los demás», le dije. Era cierto; a veces no podía creer que hubiera logrado salir intacto de Los Ángeles, dejando aparte, claro está, algunos estragos hepáticos. Ahora iba a volver allí, pero esta vez sobrio y para hacer un poco de trabajo serio.

«Pero estuve muy maleducada…», se flageló ella acariciándome el brazo. Bajo el aire frío, aquello me hizo estremecerme de repente. «¡Y además debes pensar que soy rarísima, con todos esos animales disecados por en medio!»

«No señora; de hecho, tengo aquí algo que quizá te interese», y le dije que me

siguiera. Volvimos a internarnos en un calor que en dos segundos me sacó todo el fresco que llevaba dentro. Entre la calima fui tambaleándome hacia el Land Cruiser, con pasos más pesados que los de un borracho, y le mostré lo que llevaba en la parte de atrás. Ya empezaba a oler, pero a Yolanda no pareció importarle en absoluto.

«¡Ay, es precioso, precioso!», exclamó, agradecida. «Puedes ayudarme a desollarlo. Tenemos que meterlo dentro. Rápido.»

«¿Qué quieres decir?» Me quedé ahí rascándome el culo mientras Yolanda pulsaba un botón y un motor abría las enormes puertas del garaje. Cogió un carrito que, con aquel marco de aleación y sus resistentes ruedas con neumáticos de goma, más bien parecía una camilla. Era regulable; con un asa que había en la parte de atrás Yolanda lo bajó a la altura de la parte trasera del Cruiser, lo que me permitió echar al coyote encima. El cuerpo seguía fláccido por el calor; aún era demasiado pronto para el rígor mortis.

«Desollar es quitarle el pellejo a la pieza», me explicó cuando metíamos al animal muerto dentro de la casa. Mientras yo me refrescaba, Yolanda bajó al sótano y regresó con un juego de manteles de lino blanco que dejó sobre la mesa de la cocina. Siguiendo sus instrucciones, logré con gran esfuerzo trasladar al bicho muerto del carrito a la mesa. «La desolladura más complicada es la que se hace alrededor de las partes delicadas, los ojos, la nariz, los labios y las orejas; esas partes siempre es mejor dejárselas a un profesional.»

«Señora, estoy más que satisfecho de dejarla llevar la batuta», le dije mientras me llevaba las manos a la cara y captaba el olor a bicho muerto que se les había pegado.

Yolanda volvió a bajar al sótano y regresó con lo que parecía una gran caja de aluminio llena de herramientas. «El problema es que muchas veces las cacerías se celebran cuando hace calor y es imposible refrescar la piel debidamente. La mayor parte de las piezas se echan a perder en el curso de las primeras horas. Las bacterias empiezan a atacar al cadáver en cuanto muere el animal», me explicó, abriendo la caja con un chasquido. Dentro había una sierra eléctrica y una serie de cuchillos afilados de aspecto quirúrgico, además de botellas de plástico que contenían diversos fluidos, algunos de los cuales desprendían un olor a licores fuertes. «El calor y la humedad son el entorno ideal para que se desarrollen las bacterias. El pellejo se estropea de la misma forma que la carne. Por eso tengo esa gran nevera abajo. ¿Cuánto rato lleva muerto?»

«Alrededor de una hora y cuarto. Lo atropellé en el condado de Cain.»

«Entonces no tenemos tiempo que perder», masculló mientras cogía un cuchillo. Por un instante parecía que iba a metérselo al pobre bicho por su cadavérico culo.

«Éste es el método dorsal de desollar», me explicó mientras efectuaba un largo corte desde la base de la cola hasta el cuello. Que me muera en el acto si no extrajo el cuerpo con esa única incisión, dejando la cabeza y las pezuñas dentro de la piel. Hubo muy poca sangre. Oí un terrible ruido de crujir de huesos y me estremecí cuando le partió el cuello para separarlo del cuerpo empleando lo que parecía un gran

cascanueces. Hice una mueca al verla despellejar al animal como quien pela una naranja, mientras seguía instruyéndome. «Éste es buen método para los animales de pelo largo. Ahora tengo que llevarlo abajo y congelarlo inmediatamente.»

Tenía al animal cogido por la cabeza; me recordó a un osito de peluche que tuve de pequeño: el relleno se había salido del cuerpo y no quedaba más que una cola de tela, parecida a la de un renacuajo, colgando del cuello.

«¿Puedo ayudarte en el sótano?», pregunté mientras miraba un pelín distraídamente el montón de huesos y carne que se había quedado en el carrito.

«No, ya me ocuparé yo luego de lo que falta. Tú lleva el cadáver al incinerador de la parte de atrás. No tiene pérdida, es esa cosa enorme de color óxido. Tenemos que quemarlo, si no vendrán los buitres. Tú mételo allí que luego yo lo encenderé.»

Reconozco que sentí cierta aprensión cuando coloqué el cuerpo del perro desollado en el carrito utilizando la sábana y lo llevé hasta el incinerador. Ahí fuera, por suerte, la casa me resguardaba de la implacable furia del sol, aunque noté cómo se me abrieron los conductos sudoríparos. Vi una vieja escoba de púas de alambre: en cuanto abrí la puerta de metal y ajusté la altura del carrito para ponerla al mismo nivel, la utilicé para empujar al ahora apestoso hijo de puta hasta el interior, mientras revoloteaban a mi alrededor como pequeños murciélagos unas cochinas y enormes moscas que habían aparecido como por arte de magia. Aquello me revolvía las tripas. Me alegré de volver a entrar y llegar a la cocina mientras Yolanda me gritaba desde el sótano: «Ray, cariño, ¿me preparas un gin-tónic? ¡Con mucho hielo!»

No tenía demasiado que objetar en lo referente a tranquilizarnos un poco. Hice lo que me había pedido, acercándome a la jarra para volver a servirme limonada, aunque he de decir que en ese momento ya empezaba a saberme un poco amarga. Regresé a la cocina y me serví un gran vaso de agua del artilugio que estaba encima de la nevera. «¿Quieres que te lo baje?», grité.

«No, tú tranquilo; enseguida subo.»

Estaba tan reventado por los esfuerzos que había hecho bajo el sol que me tumbé en el suelo con el cuello apoyado en aquellas frías baldosas, con los brazos abiertos como el Salvador en la cruz. Dios, qué bien me sentó. Le eché una mirada al bueno de Sparky, y luego los ojos se me fueron a la deriva, hasta el otro extremo de la habitación, donde había una novedad que no había visto: un enorme pastor alemán tumbado con las patas extendidas delante de él.

Yolanda regresó rápidamente y se puso cómoda para disfrutar de la copa. «Empezaré a montarlo luego», dijo mientras yo, muy a mi pesar, levantaba mi propia carroña de aquel suelo frío y la depositaba en la silla que estaba junto a la suya.

Señalé al perro grande.

«Ése es Marco», dijo ella, «uno de los mejores trabajos que he hecho jamás. Era un auténtico ángel, te lo juro, Raymond, un cachorro tan dulce que no te lo podrías ni imaginar. Alguien lo envenenó; no sé quién fue, pero tengo mis sospechas», espetó, pensando, imagino, en sus aspirantes a vecinos, los de las inmobiliarias. En

determinado momento las cosas debieron de ponerse bastante feas, pero de una cosa estaba condenadamente seguro: los años de cachorro de Marco ya habían pasado hacía mucho cuando el muy cabronazo la diñó. «De todas formas», dijo en un tono más jovial, «decidí sacar algunos más del sótano para que los vieras.»

Aquello había sido toda una revelación para mí, pero había consumido cierto tiempo y, con Los Ángeles y el rodaje del spot de Volkswagen en perspectiva, pensé que el tiempo era un bien que iba a escasear cada vez más. Enseguida me puse cómodo y le pregunté por el marido anterior a Glen Halliday.

«Larry Briggs era concejal en la ciudad. Se presentó dos veces a senador por el estado. Era el hijo de puta más salido que he conocido en mi vida», dijo con cierta añoranza, antes de que se le amargara el tono. «El problema es que había bastantes otras que pensaban lo mismo. La diferencia más importante entre Larry y Glen era que cuando descubrí que Larry andaba detrás del rancho, por el agua, no me sorprendió en absoluto.»

«¿Qué fue de él?», pregunté, levantando el vaso de fresco y cristalino líquido dorado y contemplándolo un instante antes de llevármelo a los labios.

«Quién sabe. Para mí que se dio el piro con alguna puta guarra a la que encandiló con su labia. De ésas nunca faltaron. Aquí estaba acabado. Después de fracasar dos veces seguidas en ser elegido senador, nadie lo quería en sus listas. Yo no iba a subvencionar sus borracheras y sus líos de faldas, así que se marchó. Lo último que oí era que estaba en México. Lo curioso es que, de forma indirecta, conocí a Glen a través de Larry.» Ahora adoptó un tono un poco nostálgico. «Glen estaba rodando una película sobre la política del agua en Arizona; habló con Larry y algunos otros aspirantes a promotores inmobiliarios. Apareció por aquí para ver a Larry, que para entonces ya se había marchado. Así que entablamos una amistad… platónica…, bueno, basada en el alcohol al principio», me aclaró mientras se estiraba para coger la botella y recargarse el vaso. «Supe que era un borrachín desde el primer momento, pero entonces era divertido. Creo que al principio se encontraba a gusto aquí, lejos de Los Ángeles; siempre detestó esa ciudad, aunque se pasara la vida cogiendo vuelos para asistir a reuniones allí.»

«¿Y qué me dices de Nueva York? ¿Qué opinión le merecía el hogar espiritual del cine independiente norteamericano?»

«Pues no mucho mejor.»

Aquello no dejaba de encajarme. La gente que vive en Los Ángeles no hace más que quejarse de la mierda de sitio que es, aunque sospecho que la mitad no habla en serio. En Nueva York todo el mundo te dice lo estupendo que es, y sospecho que la mitad de ellos tampoco está demasiado convencidos de lo que dicen. «Pensé que allí se habrían mostrado más receptivos ante lo que intentaba hacer.»

«Puede que en algún momento sí.» Yolanda sacudió la cabeza. «Pero a mí me dio la impresión de que no le caía bien la nueva generación de cineastas independientes que trabajaba allí. Y creo que era porque ellos conseguían sacar sus proyectos

adelante mientras a él le cerraban todas las puertas en las narices», me explicó, y comenzó a hablarme por vez primera del trabajo de Glen y de sus ambiciones de futuro.

El viejo coyote había devorado buena parte de nuestro tiempo, pero para mí no dejó de ser una buena sesión, porque a Yolanda le saqué lo mejor hasta el momento. Pero las cosas cambiaron de forma muy brusca cuando le conté lo del spot del coche y que pasarían unas cuantas semanas antes de que volviera a verla.

Yolanda me miró como si acabara de anunciarle la muerte de su primogénito. Que me aspen si no se puso lívida en el acto. «Pero volveré a verte, ¿no?», protestó.

Su reacción me desconcertó mucho. «Pues claro que sí…, siempre y cuando pienses, claro está, que no te hago perder el tiempo. Me has contado ya tanto que…»

«Por favor, Raymond, vuelve», me rogó, levantándose de la silla a la vez que yo empezaba a levantarme de la mía, «tengo que contarte algunas cosas más acerca de Glenn y también te tengo que enseñar algunas cosas más.»

«Por supuesto que volveré, Yolanda… Pero ¿no puedes contarme esas cosas ahora?»

«No, no, no», aseguró sacudiendo bruscamente la cabeza, «no tenemos tiempo suficiente y tengo que dejar que te marches para ocuparme de nuestro amigo el coyote.»

Mientras tanto me fijé en que después de volver del sótano la última vez se había soltado el pelo. En un primer momento tuve la horrible sensación de que lo hacía por mí, lo que quedó confirmado cuando lo meneó en mi dirección. En tiempos pretéritos es posible que aquel gesto y la sonrisa concomitante le partieran el corazón a algún macho, pero ahora sólo transmitía una fea y grotesca desesperación. No pude evitar que la repugnancia que sentía se me notara en la cara y supongo que debió de darse cuenta.

«Me siento tan sola, Ray. Tan, tan sola, maldita sea. Incluso con Glen me sentía sola», sollozó, sacudiendo la cabeza con gesto abatido.

«Yolanda…»

«Pero volverás a verme, ¿no, Raymond?», volvió a implorarme, dando un paso adelante para aferrar mi mano con la suya con una fuerza sorprendente. A tan poca distancia podía ver los pelos de vieja bruja que le brotaban de la nariz y en la barbilla. «Hay tantas otras historias que quiero contarte…»

«Claro, Yolanda», le aseguré, estrechándola y abrazándola un rato. Pero durante ese abrazo capté su tristeza y desaliento y, a mi vez, he de confesar que la compadecí un montón. Sin embargo, cuando llegó el momento de despedirse, ya estaba distraída, mirando al vacío, a años luz. Así que encontré la salida yo solo.

Cuando llegué al exterior, me puse la gorra de los Dodgers del revés para protegerme la nuca del sol, que ascendía lentamente por detrás de la casa. Había llegado el gilipollas de Barry, con un depósito plateado sobre la espalda que daba la impresión de explotar continuamente bajo la deslumbrante luz solar. Venía por el otro

lado de la piscina y no pudimos evitarnos. Nuestras miradas se cruzaron en una expresión de mutuo desdén y yo se la sostuve, forzándole a apartarla primero y contemplar la tierra del Señor con sus ojos furtivos.

Fue una victoria de lo más cutre, pero no obstante me inundó de euforia durante un rato, mientras me subía al Cruiser y me largaba. Poco después, según iba llegando a la interestatal, el dulce sonido de «Waitin on a Woman» de Brad Paisley inundó el coche. Llené el depósito en una gasolinera y puse rumbo a Los Ángeles. Como Dios manda. Conduje con rapidez durante un rato, tratando de apresurarme por la autopista para poder holgazanear durante parte del viaje por carreteras secundarias. Mientras abandonaba la interestatal se desplegó ante mí un largo crepúsculo rojo, interrumpido sólo por las palomas, que se dirigían rumbo al sur, hacia el río. Me encantaba pasar por aquellas pequeñas localidades mientras iba escuchando todo el rato el ruido sordo y el traqueteo de las máquinas excavadoras, y cuando caía la noche, los ladridos de los perros y la música de mariachis, mientras los árboles bajos, cubiertos de insectos, chasqueaban, restallaban y zumbaban sus propias melodías.

Cuando llegué a Los Ángeles estaba bastante molido, pero seguí tirando a base de adrenalina. El rodaje fue bien. Volvía a estar detrás de una cámara, y había olvidado lo mucho que me gustaba. El concepto era sencillo, la clase de mierda que yo y un millón de otros aspirantes a cineastas éramos capaces de plasmar con garbo y estilo sin que el sudor nos llegara a la rabadilla. En resumen, lo que hicimos fue parodiar la persecución en coche por el lecho seco de hormigón del río de Los Ángeles que sale en *Vive y deja morir*. Salimos a las calles junto a un hospital donde nuestro modelo maricón se bajó de un salto con su «compañera» en avanzado estado de gestación. Terminamos con el eslogan: «Para Esas Pequeñas Cosas Que No Pueden Esperar.» Ninguno de nosotros se engañó creyendo que aquello fuera muy elegante ni muy original, pero al fin y al cabo se trataba de un puto spot de automóvil. La gran diferencia era que esta vez el tiparraco amargado sentado en un bar de Hollywood que levantaba la vista de la banqueta veía el producto acabado en pantalla y decía que aquello estaba chupado y que los que lo hacían eran unos gilipollas a los que les pagaban un dineral por nada no era yo. Yo era el que lo hacía. Y me extendieron el cheque puntualmente, y digan lo que digan, sentaba de puta madre.

Por las noches, de vuelta en el piso alquilado de Santa Mónica, cuando no andaba pensando en Pen, que tampoco era tan a menudo, no paraba de pensar en Yolanda y en su ansia devoradora. Anhelaba tanto de las personas pero al mismo tiempo vivía encerrada, incubando soledad sin parar. De manera que cuando alguien aparecía en su vida, lo abrumaba con su desesperación.

No dejaba de darle vueltas a mi guión, *El Baranda*, sobre todo al personaje de Julia. Era diametralmente opuesta a Yolanda. Ése era su problema: no parecía necesitar gran cosa de nadie, pero aun así metía las narices en la vida de todo el mundo. Una noche, asomado desde mi balcón al Pacífico, que se encontraba sólo a unas cuantas manzanas pero que daba la impresión de estar a una treintena de

kilómetros, me puse a pensar: Quizá si Julia fuera mayor, más marchita, menos serena, menos dueña de sí misma…

Presa de una repentina inspiración, me levanté, me fui a la cocina y encendí el portátil. Abrí Borrador Definitivo. Me senté y pulvericé el maldito teclado; apenas podía creer que aquellos dedos fueran míos. Como escritor, siempre había sido de los lentos pero empeñosos que van descascarillando el huevo diligentemente. Ahora, acoplado a mi subconsciente, iba como el rayo y las páginas me salían volando. En el espacio de las tres noches siguientes improvisé aceleradamente otro borrador, repleto de adrenalina y grandes dosis de café solo.

No soy tan estreñido como para no reconocer que temblé de emoción cuando llevé el disquete a una franquicia local de Kinko's para que me imprimieran una copia. Cuando lo leí no podía creer lo bueno que era, pero traté de tranquilizarme. Sé que los escritores acostumbran a engañarse y convencerse de que lo que acaban de hacer es definitivo. Por supuesto, cavilé que a lo mejor lo que tenía que hacer era dejarlo metido en un cajón durante unas semanas y ver qué tal se leía una vez que me hubiera distanciado un poco. Sin embargo, por algún motivo no lo hice; simplemente volví a leerlo y, dejándome llevar por la intuición, le envié inmediatamente una copia por correo electrónico a Martha.

A la mañana siguiente ella me llama, hablándome con ritmo acelerado. Estoy más emocionado que nunca, pero no tardo en volver a poner los pies en la tierra cuando me llevo el chasco. «Lo siento, querido, estoy encantada de que hayas terminado otro borrador de *El Baranda* y me alegro mucho de que me lo hayas enviado, pero aún no he mirado mi correo. Sin embargo tengo muy buenas noticias.»

Entonces me cuenta que me han ofrecido rodar un vídeo que me habían dicho con anterioridad que no me dieron por muy poco, con un tío que representa a un grupo británico nuevo y muy cotizado, los Majestic Reptiles, que iban a venir de gira por aquí la primavera siguiente. El tío que se suponía que iba a rodarlo había sufrido un accidente de motocicleta y tuvo que renunciar. Y pagaban bien. Puede que no tanto como los del spot automovilístico pero desde luego no estaba mal y estaría bien tener algo más en el expediente, algo que no hubiera que archivar bajo el rótulo «sexplotación». Lo más probable era que sólo me hubiesen ofrecido el bolo a mí por ser el único realizador disponible en Los Ángeles en aquel momento, pero al carajo, a veces necesitas una puta oportunidad. Desde luego, las cosas parecían ir animándose, aunque yo tenía la cabeza en otra parte. «Pero le echarás un vistazo al nuevo borrador de *El Baranda*, ¿eh, Martha?»

«Te prometo que lo leeré ahora mismo si tú me prometes que vas a animarte un poco y celebrar tu buena suerte. ¿De acuerdo?»

«Trato hecho.»

Cumplí con mi palabra. Para celebrarlo, me llevé a tomar unas copas al Chateau Marmont a dos amigos que vivían en Los Ángeles, Brett y Evan. Durante un rato fue como en los viejos tiempos, con la diferencia de que yo era el único que no empinaba

el codo. No paraba de pensar en la pandilla tan variopinta que formábamos; el realizador de porno que aspiraba a llegar a escritor/director de arte y ensayo; el clásico camarero aspirante a actor de Los Ángeles, y el cantante-compositor que hacía bolos en antros de mala muerte como los de Pen, pero que quería componer bandas sonoras para que Mancini se cagara en las bragas. Nuestra triste rutina consistía en pasar el rato fantaseando sobre nuestras películas imaginarias, asignando papeles y luego rechazando a todos los candidatos que se presentaban: Keanu, Kirsten, Val, Bob, Colin. En determinado momento, vía el conducto de su creciente ebriedad, Brett y Evan me hicieron cobrar dolorosa conciencia de que el infeliz que sorbía agua mineral era yo. Mientras ellos despegaban rumbo a aquel otro planeta, yo percibía su resentimiento, apenas velado, burbujeando bajo la superficie. Empezaron a censurar el éxito ajeno de forma cada vez más agresiva y amarga, mientras yo permanecía allí sentado, guardando hermético silencio y aburriéndome durante el resto de la noche. Menudo alivio el que sentí cuando llegó el momento de echar la meada sobre el fuego de campamento y dar por concluida la reunión. Les llevé a casa, a Westwood y Venice Beach respectivamente, mientras a mi alrededor se derrumbaban sus sueños rotos y desesperados de beodos. No me veía desempeñando ningún otro papel en sus vidas que no fuera el de chófer electo permanente. Lo cual es otra forma de decir que no me veía desempeñando ningún jodido papel en absoluto.

Al día siguiente Martha volvió a llamar. Juro por Dios que durante la semana pasada hablé con ella más que durante los cinco años que llevo inscrito en su agencia. Pero cuando empezó a hablar, no habría sabido decir quién de los dos estaba más asombrado. «No puedo creer lo que has hecho con *El Baranda*, querido…, es una obra de arte…, no, olvida lo que acabo de decir, ¡es la obra de un genio!»

Era yo el que no podía creer lo que estaba oyendo. Quien hablaba era Martha, y aquella muchacha nunca había sido precisamente dada a la hipérbole. Por otra parte, supongo que yo tampoco le había dado grandes motivos para entusiasmarse. «Me alegro de que te guste…»

«¿Que si me gusta? Está logradísimo…, y Julia… está completamente irreconocible en relación con el primer borrador. Mira, voy a enviárselo directamente a Don Fennel a Nueva York con una etiqueta que ponga "leer de inmediato". ¡Dios mío, querido, qué racha llevas!»

Llamé a Pen para darle la buena noticia; decidió tomarse unos días de fiesta para cogerse un vuelo hasta Los Ángeles, lo que me animó un montón. Siempre que tenía un hueco nos quedábamos por Santa Monica; hacíamos el amor, veíamos la televisión, comíamos pizza, íbamos a restaurantes chinos, tomábamos el sol y nos quedábamos mirando el océano. Un día, en una de las playas de Venice, mientras veíamos a unos surfistas haciendo lo suyo, no se sabe muy bien cómo, surgió la palabrota que empieza por «M». No sé quién de los dos empezó con la tontería, pero acabó conmigo preguntando «¿Quieres?» y ella contestando «Pues claro». Mientras

recorríamos Santa Mónica en busca de un anillo apropiado, ambos estábamos eufóricos, y ni siquiera el hecho de que ella tuviera que regresar a Phoenix fue capaz de borrarnos la sonrisa bobalicona del rostro.

Estábamos en una nube y no parábamos de hacer planes o más bien de idear escenarios de felicidad: trasladarnos a Los Ángeles y encontrar nuestro propio apartamento en la playa, presentarle a Pen a mis padres, que ya estaban mayores y se alegrarían de tener sangre nueva y más joven en la familia. La vida no podía llegar a sonreírle a uno mucho más. Entonces llamó Martha diciendo que quería que nos viéramos para cenar. No quiso decirme de qué se trataba, pero sin duda parecía entusiasmada. Quedamos en un restaurante de Wiltshire; por primera vez ella llegó antes que yo. Y, lo que era más importante, con la cara del gato al que le acaba de tocar un cuenco lleno de nata.

«No sé muy bien cómo decirte esto. A Don Fennel le ha gustado tanto tu guión que quiere ser el productor de *El Baranda*. Confía plenamente en poder reunir el dinero. Dijiste cuatro millones y medio de dólares, ¿verdad?»

Estaba tan convencido de que me estaba tomando el pelo que ni siquiera me quedé boquiabierto ante aquella «noticia». Al fin y al cabo, Don Fennel era uno de los productores independientes más cotizados de los Estados Unidos, si no el más cotizado de todos. «Ya basta, Martha…»

«Le dije que tenías que dirigirla tú y está de acuerdo», me detalló. Fue más o menos en ese momento cuando me di cuenta de que no se trataba de una broma y tuve que contenerme para no pedirle a grito pelado un vodka martini al maître. Martha señaló con el dedo la copa de Dom Pérignon que acababa de tomar. «Tú no sé, pero yo tengo que hacerlo. A Fennel le encandiló absolutamente la muestra, querido. Si puedes rodarla por cuatro millones y medio…»

«¡Claro que puedo!»

«¡Entonces está hecho!»

«¿Cómo puede gustarle la puta muestra? ¡Si no son más que un montón de spots, vídeos musicales y un par de cortos que no se comieron nada en los festivales de medio pelo donde los echaron!», exclamé jadeando. No lo podía creer. Aquello parecía demasiado bueno para ser verdad.

«Hazme caso, nunca he visto a Don Fennel tan entusiasmado con un guión. Le comenté: “A mí me recuerda a Halliday”, y él se mofó y me dijo: “¿Cuándo en toda su vida fue tan bueno Halliday?”»

¡Al oír eso casi me caigo de la silla! ¡El mundo se había vuelto loco! ¡Juraría por la vida de mi mamaíta querida sobre un almacén repleto de Biblias que aquélla fue la mejor semana de mi vida! Cuando regresé a Santa Mónica, Pen estaba preparando las maletas para volver a Phoenix, y se le pusieron los ojos como platos cuando me vio golpeando el aire con el puño. La agarré, escupí las noticias y caímos dando botes sobre la cama, riéndonos y enredando hasta que nuestros ojos se encontraron en una especie de mirada primaria y nos ayudamos el uno al otro a quitarnos la ropa.

Más tarde, ella se incorporó en la cama y encendió un cigarrillo. Entornó los ojos y dijo: «Ahora sí que me tengo que ir.»

Estaba previsto que el rodaje del vídeo musical durase dos días, pero duró casi cuatro. La culpa la tuvo el cantante, que como muchos de su especie era un mamonazo huraño, irritante y nervioso. Primero dijo que no quería salir en el vídeo. Le dije que el viaje desde Londres era demasiado largo sólo para tomar un poco de sol y comer sushi decente, lo que no le hizo demasiada gracia. Luego quiso ponerse una estúpida chupa de cuero y un sombrero de cazador para retozar con un montón de modelos disfrazadas de animadoras. No sé si sería porque mi cotización había subido tan dramáticamente en las últimas horas, pero el caso es que acorralé al mánager del grupo, un tipo simpático llamado Asad, y le dije: «¡Dile a ese saco de mierda *limey*[3] que hacemos las cosas a mi manera o me largo, coño!»

Dicho sea en su honor, Asad hizo eso precisamente, y, tras una reunión del grupo, decidieron que el director era yo. El mamón del cantante –Tommy Sparrow, le llamaban–, bueno, estuvo hosco durante un tiempo, antes de cambiar radicalmente de actitud y pasarse el resto del rodaje siguiéndome a todas partes como un puto cachorrillo, diciéndome lo de puta madre que era y empeñándose en que cogiéramos un pedo juntos. Con esa constante búsqueda de atención, seguía siendo un puto dolor, y creo que me gustaba más enfurruñado. No obstante, terminamos el rodaje, si no dentro del plazo establecido, al menos sin salirnos del presupuesto.

Todo aquello y el otro rollo me dejaron claro que en realidad Yolanda ya no me interesaba. Tenía toda la información que necesitaba sobre Glen Halliday. Y el libro iba a ser sobre él, un gran artista en la cumbre de su talento, no sobre un viejo borrachín en decadencia y su vida recluida con una ex reina de la belleza convertida en vieja bruja alcohólica y chiflada.

Lo único que necesitaba de Yolanda era un poco de información concreta sobre las circunstancias en las que murió Glen. Pero mientras estuviera aquí en Los Ángeles tenía otra oportunidad para descubrir quién demonios había sido Glen Halliday. Según la amiga de Sandy Nugent, Jenny Ralston, hubo una mujer con la que pasaba «mucho tiempo» cuando venía por aquí. Y Halliday pasaba mucho tiempo aquí. Aunque la mayor parte de los exteriores los rodaba en Texas, o a veces en Florida, tenía un contacto en el laboratorio de uno de los estudios de Los Ángeles que le dejaba hacer todo el trabajo de edición y posproducción por una tarifa muy barata. También pasaba mucho tiempo aquí buscándose la vida sin parar en la noria de la pasta que domina el ambiente del cine independiente.

Su amiga se llamaba Andrea Lyons y vivía en las colinas de Pasadena, en una elegante vivienda de estilo colonial ubicada en un barrio acomodado que gozaba de gran popularidad entre la gente de Hollywood. Su garaje de tres plazas albergaba un gran descapotable. Andrea también parecía cuidarse mucho, de forma un tanto cutre; parecía discretamente satisfecha con su suerte y tenía aspecto de estar agradablemente sorprendida con el modo en que la había tratado la vida. Desprendía

un tufillo a camarera de coctelería que le había echado al lazo al tipo trajeado de la barra montado en el dólar. Aquella muchacha tenía algo de lo más estimulante. No le pregunté por su marido, pero deduje que estaría en algún viaje de negocios, pues se mostró muy franca en lo concerniente a su relación con Glen Halliday. Me contó que Glen y ella se enrollaban cuando Glen venía a la ciudad. «Sabía que estaba liado con alguna zorra miserable allá en Phoenix», dijo, pausando para darle una larga calada a su Marlboro, «que tenía una vieja e inútil granja de agua que no quería vender.»

Así que ahí estaba. Glen Halliday era un cazador de fortunas y le ponía los cuernos a Yolanda. La información estaba confirmada y ahora no sabía si ocultarla o utilizarla.

Una conclusión acerca de la cual no tenía la menor duda era que ya era hora de salir cagando leches de Arizona. Había cumplido su función. Pen y yo decidimos que era lógico trasladarnos aquí, donde Evan conocía a suficiente gente para conseguirle bolos. Calculé que ahora yo ganaría lo bastante para ayudarla en su carrera musical –del mismo modo que ella me había ayudado en la mía como guionista–, pagándole tiempo en un estudio y buenos músicos de acompañamiento con los que grabar una buena maqueta. Demonios, hasta me estaba planteando que ella y Evan colaborasen en la banda sonora de *El Baranda*.

Cargué el Land Cruiser, pagué lo que debía del apartamento y lo alquilé para otros seis meses para que Pen y yo pudiéramos ponernos a buscar tranquilamente un sitio que estuviera bien. Después me dirigí a la salida de Los Ángeles. Esta vez no hice rodeos indulgentes durante el viaje en coche: fui por la interestatal durante todo el camino. Cuando atravesé la frontera del estado con Arizona, llamé a Pen, pero llevaba el móvil apagado; una vez más, tampoco eso me sorprendió. No sé ni para qué se molesta en tener uno. Se ve dónde adquirió la costumbre: librerías, escenarios, estudios de grabación. Cuando me cansé de la carretera, me inscribí en un motel y me puse a ver la cutrevisión. Estaba muy animado, con ganas de celebrar, así que cogí el coche y conduje hasta un bar de carretera, donde en lugar de alcohol compré una tarrina de helado Ben & Jerry’s con la que regresé a la habitación del motel. Vi unas reposiciones de *Sexo en Nueva York* y me sentí como un puto maricón sin que me importara demasiado, la verdad.

Al día siguiente me levanté más tarde de lo previsto. Hacía siglos que no había dormido tanto ni tan bien. Para cuando me eché a la carretera el sol ya estaba casi todo lo alto que podía estar. Después de haberme pasado conduciendo la mayor parte del día, cuando vuelvo al apartamento no hay ni rastro de Pen, que seguía con el móvil apagado. Era sábado, y los sábados nunca trabajaba en la librería. Decidí acercarme a Earl’s Roadhouse. Cuando llegué allí ya era de noche, y entré con cierta expectación, aunque supongo que también con ciertos reparos, por si estaba allí aquel gilipollas de Barry. Pero no vi su furgoneta aparcada en el exterior, ni tampoco, ya puestos, el coche de Pen. El bueno de Earl me guipó a la primera y se acercó de inmediato. Me dijo que aquella noche no tocaba y que no se había pasado por ahí.

Eché un vistazo detrás de la barra. Ni rastro de Tracey. Por supuesto, un sábado de cada dos libraba y muchas veces Pen y ella se iban a tomar unas copas juntas. Era la noche que tenían reservada para echar un bocado y pimplarse unas cervezas; no era algo que pudiera echarles en cara; como yo había dejado de empinar el codo, siempre me preocupa la posibilidad de ser un poco aburrido en grupo. Opté por dejarlas a su rollo, cogí el coche hasta casa de Yolanda, llamándola primero para asegurarme de que no tenía inconveniente. Parecía aturullada –probablemente estaría borracha–, pero se alegró de tener noticias mías. Me dijo que tenía compañía de la que tenía que deshacerse y que me agradecería que no fuera enseguida. A mí me vino como anillo al dedo. Regresé al apartamento un rato y revisé el último borrador de *El Baranda*. Ése era, me dije a mí mismo con satisfacción, el motivo por el que me había puesto en contacto con Yolanda. Me entusiasmé tanto que supongo que perdí la noción del tiempo. Había pasado una hora. Volví a llamar a Pen, sin esperar gran cosa, pues sabía que cuando ella y Tracey se juntaban era para irse de marcha. Entonces volví a salir, me subí al Land Cruiser y dejé Phoenix atrás. Mientras recorría la autopista pensando en Yolanda el cielo oscuro parecía no terminar nunca. Aquélla iba a ser mi última entrevista con ella. Después de lo de la última vez, me preocupaba que se me pusiera en plan psicoloca, pero nunca la había visto tan tranquila y tan serena. Apareció vestida con una bata blanca y unos pantalones de sport negros, con un brillo salvaje en la mirada y una sonrisa retorcida. «Parece que últimamente no hago más que disculparme contigo, Raymond. Siento haberme comportado de forma un tanto indecorosa durante nuestro último encuentro», dijo. «Pero te aseguro que no habrá más disculpas.»

«No hay problema, Yolanda.» Levanté la mano para acallar sus inquietudes. «Aunque tengo que decirte que probablemente sea la última vez que nos vemos. Tengo buenas noticias en el plano laboral; voy a trasladarme de nuevo a Los Ángeles y luego voy a rodar una película en Texas.»

«En cierto modo ya contaba con ello», comentó con una especie de alegría adusta y a la vez ausente. «Eres un hombre ambicioso, Raymond Wilson Butler. Sin duda llegarás lejos.»

Supongo que empezaba a resultarme difícil no sonreír como un comemierda. Era cierto. Iba a llegar lejos. Yolanda sacó algo de beber: ginebra para ella y para mí la limonada de siempre. No estoy seguro de si fue porque ya no iba a volver a verla, o quizá porque, arrastrado por la euforia de mi incipiente éxito, empezaba a comportarme como un soplapollas arrogante, pero decidí preguntarle por sus intervenciones de cirugía estética. «Esto, eh…, te han hecho algún que otro arreglito, ¿no?», le pregunté mientras me tocaba la cara.

«Constatando lo evidente, ¿no?» Se rió, en absoluto ofendida.

Iba a protestar pero me hizo callar con un gesto grandilocuente de la mano.

«No te preocupes en absoluto. Fue hace mucho tiempo y no era precisamente el mejor cirujano que había en Beverly Hills», me explicó con una sonrisa. «De hecho,

no fue en Beverly Hills en absoluto, sino en un puto suburbio infestado de ratas de Houston.» Se rió estentóreamente ante su propio ingenio. En ese momento tenía más aspecto de gárgola que nunca, con los nervios atrofiados por una mala faena de bisturí y un excesivo estiramiento de piel muerta.

«¿Qué fue lo que te decidió a pasar por el quirófano?»

«Larry Briggs fue el que me metió en aquello. Pensaba que parecerme un poco a la de antes, cuando era reina de este maldito estado, a lo mejor le servía para arañar unos votos colgada de su brazo. Pero tengo que reconocer que no tuvo que insistirme demasiado», admitió con una sonrisa triste antes de añadir: «Una se esfuerza por mantenerse bella.»

Eché una mirada al bueno de Sparky; la forma en que incidía la luz en sus ojos vidriosos le daba un aspecto vivo, salvaje. Y también estaba Marco, eternamente fiel, aguardando pacientemente junto a la puerta.

Yolanda se dio cuenta de que los miraba. Asintió con la cabeza lentamente, con una mirada cómplice, lo que me puso un poco los pelos de punta. «El coyote está acabado. Te lo enseñaré dentro de un ratito; está en el sótano. Tenemos que pensar en ponerle nombre, Raymond. Creo que deberías escogerlo tú.»

Estaba pensando en la forma en que aquel malvado coyote me había seguido a todas partes, como si no me pudiera librar de él, y entonces me acordé de Tommy Sparrow, el cantante de los Majestic Reptiles. «Muchas gracias, señora. ¿Qué te parece Tommy?»

«Pues Tommy se ha de llamar», declaró con una sonrisa más ancha que el Mississippi. «Por Tommy el coyote.» Se rió y levantó el vaso, y, sin darme cuenta, yo también me carcajeé.

Cuando dejamos de reírnos, fue con silencio nervioso por mi parte y frío distanciamiento por parte de Yolanda. Entonces le confesé que estaba cambiando el orden de prioridades del libro para volver a centrarlo en la obra de Glen y apartarme tanto de los detalles de la vida de Yolanda como de la vida personal de Glen. Durante una fracción de segundo me miró con dureza, y ahora no me importa reconocer que un escalofrío me recorrió la columna cuando la vi. Después pareció volverse más meditabunda, y asintió lentamente, como para animarme a seguir hablando.

Desde luego, no me apetecía quedarme sentado allí mucho más tiempo. Sólo había una cosa más que quería saber. «Tengo una pregunta que hacerte… Cuando Glen se marchó…»

«¿Qué te hace pensar que ya no está aquí?»

De repente me entró un escalofrío grande y repentino, y aquella casa ya no me parecía fresca, sino fría como la muerte. Solté una risotada forzada. «Yolanda, he visto la lápida en el cementerio, el lugar donde reposan sus restos, en el panteón familiar de Collins.»

«Acompáñame, cariño», me dijo bruscamente, levantándose y acercándose a la puerta que conducía al sótano. La seguí por las escaleras metálicas. Llegamos a una

pequeña habitación que de ningún modo era lo bastante grande para dar la vuelta a toda la casa. El suelo era de hormigón y las paredes de piedra estaban encaladas. Había una puerta de acero reforzado y junto a ella un ojo de buey empañado por el vaho. Yolanda descorrió el cerrojo de la puerta y me hizo pasar. «Puedes entrar, pero tienes que estar muy, muy callado», me dijo en voz baja. Vacilé, pero sólo un instante, intrigado por comprobar qué demonios sucedía allí dentro.

Porque de repente lo vi todo claro: ¡Halliday seguía vivo! Tuve una fantástica visión de Glen doblado sobre la mesa de trabajo de una sala de edición en un estudio secreto del sótano, montando su obra maestra. Tan convencido estaba que hasta empecé a ensayar mentalmente mi saludo.

Señor Halliday…, vaya sorpresa.

Al pasar por encima de un resalto metálico situado en el marco de una puerta para entrar en la habitación, un vaho me picó los ojos. En aquel sitio hacía tanto frío que era como una enorme neve… me volví rápidamente, alarmado, pero la puerta ya se había cerrado a mis espaldas. Empujé con fuerza pero oí cómo corría los cerrojos. Golpeé la puerta de forma desesperada y feroz; la frialdad del acero me quemó los brazos. «¡Yolanda! Estás loca, joder…», pero noté cómo el miedo se apoderaba de mí a la vez que el frío, y me quitaba las ganas de pelea. «Venga, ya está bien…», le rogué. «Oye, vamos a seguir en contacto…»

Y entonces vi su rostro por el ojo de buey; monstruoso, abotargado y pálido, mientras su voz crepitaba por un altavoz situado encima de mi cabeza. «Todos quieren marcharse, pero nunca lo consiguen. Permanecemos todos juntos. Siempre.»

«Yolanda, esto es una locura…» Y me volví para tomarle la medida a la habitación mientras mi vista se adaptaba al vaho. Entonces los vi a todos de pie, a los cuatro, mirándome fijamente con ojos de vidrio mortecinos y eternos.

Glen Halliday, con aquellos abalorios negros como el carbón hundidos en su rostro abatido. Aquella camisa de algodón a cuadros roja y azul oscura y los vaqueros lavados a la piedra que eran su sello característico. El cabello gris todavía tupido, peinado hacia atrás. Incluso lleva en la mano una botella de cerveza, una Coors Lite. Y luego los demás: Humphrey Marston, con esa expresión de intensa concentración que debió de impregnar su labor, sentado ante su mesa mientras trabajaba sobre algún animal pequeño. De pie y detrás de él, Dennis Andersen, rifle en bandolera, luciendo esa sonrisa dentuda y de tipo sano que seguramente no le abandonaba jamás, ni siquiera cuando apretaba el gatillo para liquidar a algún animal o partirle los morros a una mujer con el dorso de la mano. Y ahí está Larry Briggs, detrás de una tribuna de orador, trajeado impecablemente: con aspecto libertino y furtivo hasta después de muerto.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis personal de esa vieja bruja retorcida. Saqué el móvil del bolsillo. «Maldita seas, vieja enferma de mierda…»

«Ahí dentro no tienes cobertura, cariño. Esta "vieja enferma de mierda" ha forrado las paredes para insonorizarlas e impedir el paso de las ondas. Así que haz el

favor de ahorrarte la terrible indignidad de gritar y chillar pidiendo “socorro”. El pobre Glen fue tan infantil… Tan cínico respecto de la vida durante sus últimos días, pero hay que ver cómo suplicó para aferrarse a la suya cuando le llegó su hora. Curioso, ¿no te parece?»

No quise escuchar a aquella bruja chiflada. Tenía que haber otra forma de salir de aquel lugar…

No paraba de despotricar y su voz crepitaba por los altavoces. «¿Quién demonios te crees que eres, Raymond Wilson Butler? ¿Piensas que puedes entrar en mi vida con esa presunción de artista y venga a aprovecharte, igual que los demás, y hacerme largar sin parar y luego marcharte cuando ya te has hartado? ¡No es así como funcionan las cosas, cariño! ¡Aquí no!»

Entonces vi una puerta que conducía a una antesala; me dirigí hacia ella. Ahí estaba el coyote, agazapado, listo para saltar sobre su presa entre el vaho. «Ahí no puedes entrar, tengo a Tommy montando guardia en la puerta, ¿no lo ves?», se burló Yolanda.

Avancé con cautela pero según me acercaba vi que el coyote estaba más muerto que un dodo. En efecto, era el pobre bicho al que atropellé, colocado en una pose de acción por la mano artesana de Yolanda. Lo derribé de una patada y cogí el frío pomo de latón de la puerta.

«Yo que tú no entraría ahí, bonito», me dijo en tono arrullador.

«¡Que te den por culo, puta foca chalada!»

La abrí. En cuanto me di cuenta de lo que había dentro caí de rodillas. No pude hacer otra cosa que gritar no no no una y otra vez, levantando la vista para contemplar aquella piel que los productos químicos habían vuelto gris y que devoraba la escasa luz que había en la habitación. Guitarra en mano y con la boca abierta mientras tocaba un silencioso acorde de potencia, petrificada en aquella pose para toda la eternidad.

«Qué encanto de chica. Fui a verla tocar y después la invité a venir aquí. Creo que se sintió intrigada por lo que le habías contado de mí. Me costó un buen rato prepararla; Barry y yo tuvimos que trabajar muy duro toda la noche para dejarla a punto. Es mi hijo, sabes, y además era uno de sus mayores fans. Pero queríamos dejarla lista para ti. Éste será vuestro nidito.»

El frío empieza a calarme poco a poco los huesos, porque ha debido de subirlo, y no puedo hacer otra cosa que sentarme aquí, desplomado y derrotado, con la cabeza dándome vueltas y la voz de la vieja Miss Arizona repitiéndome: «¡Ahora estaréis siempre juntos, Raymond! ¡Estaremos todos juntos!»

1. JASON Y LOS CELOS

Cagüenlaputa, en este sitio la conversación acabaría por ruborizar a un pornógrafo. «Ya conoces a Big Monty, no es que esté poco dotado precisamente o algo por el estilo. Le pilló algo de metanfetamina de cristal a un tío de Edimburgo y se le puso como dos latas de Tennent's una encima de otra. Sus palabras, no las mías», declara con circunspección el Duque de Musselbury, llevándose la pinta de Guinness a los labios y echando un trago. Le cuelga un borde de espuma –o de crema, como pretenden que la llames esos tipos de la Porter Brewery de Dublín– del bigote color canela apagado. Es un sábado por la mañana y somos los únicos presentes en el Goth, nuestro bareto local. Un sitio estupendo, el Goth; es un garito de lo más acogedor, con esa madera de color caoba por todos lados. Delante de la barra hay una pantalla grande para el fútbol, por lo general sólo escocés (aburrido, sólo dos equipos que pueden ganar), o inglés (peor, sólo puede ganar uno), pero a veces echan algún partido de la Liga española o de la Bundesliga. Hay una gran sala de billar anexa, separada por una mampara acristalada, que hace que todos los zumbaos que están dentro parezcan pececillos de colores.

Eso sí, hoy no hay ninguno. El centro está más muerto que el estilo discotequero Tel Aviv. Eso significa que el Duque tiene un público cautivo de dos para su relato. «Así que se está follando a la tía esta y a ella no le cabe del todo, ¡venga de darse contra las paredes, tío! Y ojo, que la tía es una guarra de cuidado, con el coño más transitado que el puto Nilo. Conque no me vengáis hablando de cruzar el Mississippi… Así que se la saca, le da la vuelta y, ¡zas!, se la mete por el puto bul. Aquello está más prieto que la piel de un tambor y por fin le está sacando un polvo decente.» El Duque suelta un pequeño regüeldo y deja la birra en la barra.

«¡Fua, cabronazo estás hecho!», exclama Neebour Watson, quitándose sus gafas de montura plateada para pulirlas un pelín.

El Duque de Musselbury sacude enérgicamente su enorme cocorota, calva y pelada, y la coleta pelirroja le azota la espalda de un lado a otro. «No, pero ahí está lo bueno: es una metedura de gamba que te cagas, tío, porque la tía también lleva unos cuantos días de marcha por ahí y en cuanto le mete el puto rabo por la bombonera se le llena el prepucio de diarrea, como si fuera salsa de *fish n' chips*, abrasándole el capullo.»

Veo que a Neebour Watson empiezan a llorarle los ojos bajo las gafas; las lágrimas caen ya en cascada y todo, como el contenido de la raja de una puta cuando llega al final de la fila.

«Ella también le había estado pegando a la metanfetamina», explica el Duque, «y se estaba yendo de la olla, diciéndole: "Te la voy a doblar, joder, te la voy a partir", echándose patrás sobre el cabrón en plan suma de fuerza irresistible y objeto

inamovible, ¿no?»

«¿Y qué pasó?», pregunta Neebour Watson, sacándose un moco reseco de la nariz. Lo examina, lo hace rodar entre los dedos hasta hacer una bola y tirarlo al suelo del Goth.

El Duque arruga el ceño en un gesto de asco. «Pues todo esto sucedió en el hotel ese que está en Dunfermline. ¿Cómo se llama?…, el burdel con pretensiones ese…, el Prince Malcolm, eso es. Así que Monty estaba tan salido que por equivocación le sacudió al cristal del panel de incendios con el cazo ese lleno de anillos y se armó una del carajo…»

¡Cabrón! Estoy pensando: el Hotel Prince Malcolm. Es el feudo de mi vieja. Trabaja en recepción y todo, con el capullo ese pelotillero al que se folla, Wee[1] Arnie Gayumbos Cagaos.

«… la puta poli, los bomberos…, toda la pesca. Un compromiso para todo dios.» El Duque coge su pinta y echa otro trago.

Entonces Neebour se vuelve hacia mí y me suelta: «¿No trabaja allí tu madre, Jase?»

«Sí…», contesto. El muy tocapelotas está perfectamente al tanto de la situación.

Pero el Duque de Musselbury pasa por alto la posibilidad de abochornarme, porque no quiere perder el hilo. «Así que está dándole lo suyo a la muy putilla. ¿Y sabéis quién era? La de los caballos, la hija del médico, esa que vive en la carretera que lleva a Lochgelly. Lara Grant», dice adelantando el mentón. Después saca la lengua en plan lagarto, limpiándose la espuma del bigote como si retirara la nieve de un parabrisas. Un escalofrío de ira me recorre la columna al oír la noticia, pero el Duque se limita a mirarme con expresión ladina y decir: «Eh, ¿tú no andabas en tiempos detrás de ella, Kingy?»

«Sigue al acecho», se ríe Neebour.

«Sólo para seguir teniendo opción, cacho cabrón», me explico. Pero es como si todo el puto oxígeno del Goth Tavern se hubiera consumido de golpe, porque a mí no me entra nada en los putos pulmones de ninguna manera. El objeto de mi deseo y ese puto feto de Monty…, ¡y encima en el jodido hotel de mi madre y de Gayumbos Cagaos!

El bocazas-calvorota-cabrón-coletudo del Duque de Musselbury, con sus dientes amarillos y su bigote…, anda que no le gusta ser el portador de las malas nuevas ni nada. «Ya me parecía a mí que era tu putita», me suelta.

Aprieto el vaso con fuerza. Este cabrón se la va a llevar por difundir embustes, pero entonces pienso: Tranqui, Jason, párate y piensa…, matar al mensajero no es forma de hacer las cosas.

Pero Lara no, hostia puta, mi primera novia. Bueno, supongo que si de follar hablamos, la primera de verdad fue Alison la Canadiense.

«Es verdad, ¿no te la cepillabas hace años, cuando eras yóquey?», pregunta Neebour como la cotilla que es. Me lo imagino con un pañuelo en la cabeza entrando

en el Premier Bingo, cagüenlaputa.

Me limito a asentir: «A ella le molan los concursos hípicos, así que compartíamos el interés por los caballos, ¿sabes?»

«¿No te la tiraste en aquella época?», pregunta el Duque.

«Salimos un tiempo, pero por entonces ella no era más que una cría», le expliqué indignado. Cuando andas en según qué compañías, convendría que te preguntaras quiénes *no* deberían figurar en el registro de delincuentes sexuales.

«Pues ahora ya no lo es, ¿eh? Por lo que cuentan, le va la marcha a tope.»

«Sí, ya. Por lo que cuentan en los pubs», suelto yo.

«No estoy de acuerdo con esa forma de clasificar a las chavalas como vírgenes o como putas», suelta Neebour. «Para mí que falla por la base.»

El Duque sacude la cabeza. «De todos modos, aquí en Fife no se nos puede hacer ese reproche. ¡Aquí son todas putas, y sus maridos, padres, novios, hermanos e hijos también!»[2]

Levantamos las pintas y brindamos. El Reino de Fife: antisexista que te cagas.

Entonces dice el Duque: «Pero ¿Lara no va por ahí con la hija de Tam Cahill?»

«Así es, cabrón», le suelto, «la pequeña Jenni.»

«No te las habrás tirado, pero desde luego has andado olisqueando alrededor de sobra», dice Neebour. «¿Ya te has hecho las cuarenta pajas de rigor con ellas, Jase?»

«Más de cuarenta, cagüenlaputa, ya estoy en cinco cifras. Le he sacado más placer a esas chicas que ese mentiroso cabrón de Monty», suelto mientras apuro mi pinta.

Eso lleva a Neebour a especular un poco. Se quita las gafas y se las limpia, frotándolas por la parte donde se le estaban marcando en las aletas de la nariz. «Y yo me pregunto: ¿qué pensarían las chavalas si supieran que pasamos tanto tiempo pajeándonos con ellas? Tanto esfuerzo de pensamiento y de voluntad invertido en imaginar escenas tan elaboradas… Todos esos putos superventas porno hollywoodienses proyectados en nuestras cabezas una noche sí y otra también, ¡y protagonizados por alguna putilla modorra que trabaja en Greg’s!»

Mientras termino mi pinta le miro: «¡Contado así, seguro que se sentían halagadas, cabrón! ¡Hostia puta, yo lo estaría si me enterara de que alguien que apenas sabe que existo invirtiese tanto tiempo y esfuerzo en mí! ¡Acabaría follando con ellos por compasión!»

Neebour sacude la cabeza y vuelve a ponerse las gafas. «Pero así no es como funciona la cosa. Lo que pensarían es que eres un asqueroso pervertido de mierda que lleva una vida de lo más triste. La sexualidad femenina, tío: otro mundo. Sus putas pajas tienen que ver con fuerzas etéreas y tal. Caballos y caballeros y toda esa mierda. Por eso a las pijas les van los caballos», suelta, animándose y entrando en materia. Hay que reconocer que aquí el experto en chochitos es Neebour, si tenemos en cuenta que llegó a estar casado. «Se lo dije a Irene Carmody en la escuela, ¿te acuerdas de ella?»

«Estaba buena, por lo que recuerdo», asiento mientras trato de evocar su imagen.

Neebour pone cara triste y compungida. «Intenté serle franco y contarle el placer que me daba imaginármela en bolas montándose tríos conmigo y Andrea McKenzie. ¿Acaso me felicitó por mi buen gusto y mi ingenio? ¡Y una polla! ¡Se lo contó a su padre! El muy cabrón me pilló por banda a la salida de la tienda de *fish n' chips*, me echó un broncón y me dijo que dejara de hacerle proposiciones indecentes a su hija. ¡Alguna gente», concluye Neebour sacudiendo la cabeza otra vez, «cree que no ha roto un plato en su vida!»

Por mucho que pueda dar de sí la vida sexual del varón de Central Fife, yo estoy por pirarme.

«¿Adónde vas, Jase?», pregunta el Duque.

«A lo mejor doy una vuelta y me acerco a ver a mi corredor de apuestas.»

Así que salgo fuera a que me dé el aire fresco y echo a caminar por la calle principal.

Puede que este pueblo haya conocido tiempos mejores, pero en el centro sigue habiendo un montón de abrevaderos. JJ's y Wee Jimmie's son los que frecuento yo, aparte del Goth, que tiene reputación de ser un pub de viejos, y supongo que es cierto. Y luego está el Partner's Bar, no muy lejos de aquí; puede ser buen sitio para llevar a una tía por las noches, pero no de día, no señor.

Ladbrokes contra Corals. ¿Quién se va a quedar con mi pasta? Corals es una tienda regentada por *hunos*,[3] pero hace mucho que el pueblo despide esa vibración general de los *Gers*, según mi viejo desde los tiempos de Jim Baxter.[4] Opto por Ladbrokes, pero no veo nada que me llame la atención en pantalla. Me doy cuenta de que tengo un hambre feroz, así que salgo a buscar papeo.

Como en el Central Park Café, ese de donde sacaron el nombre del local de la serie *Friends*. El nuestro lleva ese nombre por su vecindad con Central Park, sede del Cowdenbeath F. C., también conocido como «The Blue Brazil». Y es mucho, pero que muchísimo más antiguo que el parquecillo idiota del mismo nombre que está en Nueva York.

Tras decidirme en contra de las patatas fritas con guisantes, opto por un bocata de huevo frito con morcilla y una taza de té. El sitio está vacío salvo por dos chavalas que van con un crío en su cochecito. Hace un día curioso para ser marzo: llueve pero también hace un calor sorprendente. Una de las chavalas lleva un anorak blanco. Se lo quita y le anuncia a todo el mundo: «¡Estoy muerta de calor!» La otra lleva una camiseta de algodón blanco y se queja. «¿Y yo qué? ¡Estoy empapada de lluvia!»

Creo que el crío debe de ser de Empapada de Lluvia, porque la camarera se pone a hablar con Muerta de Calor.

Joder, a estas chavalas no las sexualizarías ni metiéndote todos los alijos de Timothy Leary. Sólo me empalmo cuando entra una maruja pelirroja que tiene unos dientes tan protuberantes que parece que algún cabrón hubiese intentado saltárselos desde dentro. Con tanto guarro por ahí suelto, se me ocurre que a lo mejor a alguno se

le fue un poco la mano con el *fist-fucking*, cagüenlaputa, lo que por algún motivo me lleva a pensar en Big Monty y Lara.

Me excité, así que tuve que ir al tigre que hay al fondo del local con el aviso obligatorio «Sólo para clientes» a meneármela tranquilamente. Casi no hay sitio ni para que se dé la vuelta un gato, pero aun así consigo descargar un poco de pasta dentro de la pila. ¡Toma ya! ¡Un golpe en pro de la liberación de los salidos de más y los infrafollaos del mundo entero!

Cuando salgo la cabeza me da vueltas, y me encuentro de narices con la mujer de las palas mirándome, pero como del tigre no sale peste alguna, yo tranquilo. Por suerte, la mayoría de la gente sólo piensa que utilizas el local para meterte drogas.

Pago lo que debo por la mesa número cinco.

Pavoneándome por el centro en sábado, voy pensando en acreedores a evitar y deudores a los que encontrar y cómo nunca son los mismos. En un lugar como éste te das cuenta de que formas parte de la cadena alimentaria. El bueno de King: flirteando constantemente con el descenso, pero unos peldaños por encima de Richey el Agredido, al que veo subiendo la cuesta que lleva a la estación, sin duda poco después de haber salido del New Goth.

De todos modos, este pueblo es el no va más: patatas fritas y puré de guisantes por 1,90 libras; con eso ya puedes tirar todo el día. ¡Combínalo todo con un par de pintas de oro negro y hasta Gillian McKeith se lo pensaría dos veces antes de serrar uno de estos troncos![5] ¡Anda que no!

Pero el bocata de huevo con morcilla acompañado por la taza de té me cuesta 3,05 libras, lo que erosiona seriamente los fondos destinados a oro negro. Así que me acerco a la oficina de empleo para ver qué hay en el ordenador, pero todo son empleos de salario mínimo y a nivel nacional. Sólo hay uno local (suponiendo que uno considere que Dunfermline sea tal, lo que desde luego no es mi caso):

SE BUSCAN PEONES EN DUNFERMLINE,
5 LIBRAS POR HORA, 40 HORAS SEMANALES.

Es un trabajo temporal de seis semanas de ocho a cinco, de lunes a viernes y librando los fines de semana. Eso son doscientas libras semanales netas, sin contar impuestos y seguridad social, con lo que se quedarían en ciento setenta, lo cual no es sueldo ni es nada. Si no le pago el alquiler al viejo y me corto un poco con el oro negro –evitando al mismo tiempo encontrarme con mis acreedores (y hacer nuevos deudores)–, eso quiere decir que podría ahorrar quinientas libras en seis semanas. Que le den. Dicen que la experiencia no es esencial porque te formarán, pero en la vida van a darle trabajo en la construcción a un alfeñique como yo.

Al salir me encuentro con la sorpresa de un sol que me deslumbra, y la primera persona a la que veo sentada contra la pared es nuestro ex pastor caído en desgracia,

Jack *Jakey*[6] Anstruther, dándose gusto con un vino abocado de dudosa cosecha.

«¡Jason King!», me grita. «¿Qué? ¿Hay suerte en el mercado laboral?»

«No, Jack, nada de nada, socio. No tienen ofertas de empleo para ex yóqueys comunistas.»

Jakey se ríe de tal forma que seguramente se revienta unos cuantos capilares más de su abotargado y rubicundo careto. Sigue llevando el pelo de punta, como el puto promotor de boxeo ese, Don King. Sumado a los ojos de chalado, le da un aire permanente de shock, como el de un crío que hubiera localizado los dos agujeritos de la pared con los dedos. El abrigo ha visto tiempos mejores y está más pasado que la fruta que venden en el mercado de Central Park. «Es curioso, hijo, pero los ex pastores comunistas de la Iglesia de Escocia tenemos el mismo problema», dice riéndose a la vez que me tiende la botella.

«Eh, no, gracias, Jack, no es lo mío», me excuso. No me gusta rehusar una invitación a beber, pero uno es lo que bebe, y, a pesar de mis tribulaciones financieras, mi puesto como campeón de los pozos de petróleo negro me sitúa unos cuantos peldaños por encima de la congregación de los muchachos de *El-D* y *Buckfast*.[7]

Dejo al clérigo con su solaz. Veo a la pequeña Jenni saliendo del polideportivo, orgullo y alegría del Cowdenbeath, aunque, al igual que Lara, ella estudió en St. Andrews, sitio pijo por antonomasia. ¡La nena se está poniendo en forma a tope, mecagüen! Igual ha ido a la clase de Pilates esa. Es el mismo local donde se celebrará mi partido de la Copa Escocesa contra el cabrón de Mossman. Joder, le echo un repaso a ese culo rotundo mientras lo desliza en el asiento delantero del buga. ¡Me alegro de haber acabado de vaciar la tubería, porque de lo contrario me sentiría tentado de hacerme una manola en pleno día!

En lugar de eso, vuelvo a subir por la calle. Cada vez que paso por delante de Spider’s Web Tattoo Parlour me estremezco. Ahorré que te cagas para tatuarme un gran corazón con la leyenda ALISON antes de que la muy puta me diera puerta. El chico del Canadá, un cabrón de Lochgelly, tenía patrocinadores para ir a las colonias, y mejores perspectivas con el título de fontanero en su haber. Según ella, no era lo único que el muy cabrón tenía en su haber, afirmación que hizo en tono agresivo cuando nuestra ruptura se puso un poco acalorada.

El Clansman está muy cerca de aquí, con su cóctel Crazy Vimto, o dos libras y media por un WKD Blue[8] con un chupito de oporto; me tienta mucho, pero podría darse el caso de que estuviera dentro Big Monty. En lugar de hacer eso, me dirijo al corredor de apuestas y miro el formulario con la esperanza de descifrar el enigma que conduce a riquezas sin cuento.

2. JENNI Y LA MUERTE

Me levanto, me acerco al ordenador, lo enciendo y compruebo mis correos. Hay uno de anoche, de Lara, que de todas formas va a pasarse por aquí más tarde.

Para: mscahill@hotmail.com
De: msgrant@hotmail.com

Jen

Dios, cómo odio este pueblo. Este condado. Este país. Quiero largarme. Si no fuera por Scarlet Jester, los establos, las competiciones y, por supuesto, tú, no quiero ni pensar en lo insoportable que sería. Acababa de regresar del (triunfal –¡si puedes presumir, hazlo!) torneo en Irlanda el otro día, cuando iba por el centro camino del polideportivo y me acordé de las palabras de «Ginny» Wolf: «Nos encontramos en el camino de sirga y tuvimos que pasar ante una larga fila de imbéciles… todos y cada uno de los individouos que había en aquella fila eran criaturas miserables e idiotas que caminaban arrastrando los pies, carentes de frente o de mentón y dotados de una sonrisa imbécil o una mirada demente y suspicaz. Fue perfectamente horrible. Sin duda habría que matarlos.»

Eso es lo que siento por todos los habitantes de este pueblo. Sobre todo por ese colgao de Jason King, al que literalmente se le cae la baba cada vez que me ve. ¡Y pensar que en tiempos salía por ahí con él!

Espero que Midnight se esté recuperando. En las caballerizas, Fiona La Rue y todos los demás están muy contentos conmigo.

De todos modos, nos vemos mañana.

Besos
Lara xxx

Vaya una zorra presumida. Pero resume a la perfección mis sentimientos, no sólo acerca de Cowdenbeath, sino también acerca de esta casa. Actualizo mi blog en MySpace y compruebo a qué se han estado dedicando algunos de mis interlocutores habituales. Después me pongo una sudadera, unos leotardos y unas zapatillas que tengo metidas en una bolsa de deporte junto a la cama. Bajo las escaleras de puntillas.

Pretendía colarme en el pequeño gimnasio casero para utilizar el equipo de cardio. Pero él estaba ahí dentro con su perro nuevo, enganchado a la cinta de correr. Pasa todo su tiempo con él. Me mira, y el perro hace lo mismo, echándome una mirada tristona por el rabillo del ojo. «Le estoy musculando las patas a Ambrose», dice con cierto deje de culpabilidad. «Las tiene bastante débiles para ser de la raza que es.»

«¿Y por qué no lo sacas a pasear?», le pregunto. Con ese chaleco y esos horrorosos tatuajes de viejo, tiene una pinta repugnante y brutal. Son tan de matón y tan carentes de estilo: un dragón, una calavera y unas tibias cruzadas y la bandera de Escocia con el nombre de mi madre escrito sobre pergamino.

«Me hace compañía cuando entreno», responde, acercándose al banco de pesas que está junto al multigym. «Puedes unirte a nosotros si quieres», añade, fijándose en mi chándal.

«No…, me voy al polideportivo.»

Se encoge de hombros y empieza a hacer press de banca. Su cara redonda se pone de un color rojo inverosímil y los ojos se le desorbitan. El perro lleva la lengua fuera y jadea intensamente. De repente me pregunto cuál de los dos morirá antes. Y luego me pongo a pensar: ¿Lloraría en su funeral? Seguramente. Vaya una idea tan deprimente.

Les dejo ahí, me meto en el Escort y bajo al polideportivo. Hago unos estiramientos y luego me pego veinte minutos en la cinta y otros diez en el Stairmaster. Me peso: sesenta y cuatro kilos. ¡He perdido casi kilo y medio desde la semana pasada! Después de ducharme me tomo un café y leo unas cuantas páginas de mi novela, *Sobreviví a mi pesar*, de Danielle Sloman. Va de una chica, Josephine, que

está en coma tras sufrir un accidente de tráfico en carretera. Ella quiere que la desconecten, pero los médicos y la familia se niegan. Entonces Steven, uno de los médicos, se enamora de ella. Entretanto, Josephine nos va narrando su vida desde su estado vegetativo, sin saber que su prometido, Curtis, que era seropositivo, ha muerto en el accidente. Después de leer un rato vuelvo a casa.

Tengo algo de agujetas así que me preparo un baño, recordando que Lara va a venir más tarde y que seguramente sacaremos a los caballos a pasear a medio galope si el estado de la pata de Midnight lo permite.

Estiro mis propias patas en la bañera; son tan feas y tan cortas que me quiero morir. No están nada definidas. Abro el grifo para no tener que vérmelas bajo todas esas burbujas espumantes. Me sorprendo a mí misma considerando la posibilidad de suicidarme ahogándome deliberadamente. Por supuesto, saltando desde un barco a un mar turbulento. Pero ¿podría una ahogarse en la bañera? Si estuviera resuelta a hacerlo, ¿sería posible?

Haría falta un ejercicio de voluntad hercúleo. Haría falta desear morir de verdad, pero durante algo más que el segundo que lleva tirarse por un acantilado.

Me recuesto, dejándome caer en la bañera, ahora viscosa por las sales de baño, y me sumerjo bajo el medio metro de agua.

Quiero morir.

R.I.P.

JENNIFER LOUISE CAHILL
1987-2006

Hija bienamada de Thomas Cahill y Margaret Mary Cahill, de soltera Alexander,

Queridísima hermana de Indigo Sunita Cahill

No consigo hacerlo. No consigo abrir la boca y tragar. Ni siquiera consigo dejar de echar aire por los agujeros de la nariz. No puedo, es así de sencillo. Después intento absorberla por la fuerza, pero en cuanto me llega un hilito de agua a los pulmones, mi cuerpo se dispara hacia arriba como un resorte mientras toso y resoplo para expulsarla. El suelo del cuarto de baño está encharcado, y las sales de baño disueltas en el agua tibia me irritan los ojos. Jadeo; mi cuerpo es una máquina, un biomecanismo que ejerce un poder escalofriante sobre mi voluntad, que hace acopio de aire y se resiste con todas sus fuerzas; se impone a mi deseo consciente. Sobrevive.

Voy recobrando el aliento a medida que remite el latido de mi cabeza. Escribo en

el vapor condensado sobre las baldosas azules:

QUIERO MORIR

Y luego lo borro con la mano. Anulemos ese pensamiento: ¿quién cuidaría del pobre Midnight?

Oigo a mi madre, que ha ido a abrir la puerta. Grita escaleras arriba: «¡Jenni! ¡Ha venido Lara!»

Mi mejor amiga Lara. Recién llegada de Irlanda y saboreando su triunfo; ha venido para regodearse. Y entonces le oigo a él, gruñendo con voz grave. Estará olisqueando a su alrededor, con la polla tiesa y la lengua fuera. Igual que ese pobre y triste perro asesino que le acompaña a todas partes.

Salgo de la bañera, me envuelvo en una toalla, me seco y me pongo la ropa que escogí cuidadosamente. Esos pantalones de camuflaje ceñidos que a Lara le parecen tan guays me valdrán. Lo sé por la forma en que los mira. Si no le gustaran, la muy zorra diría: «¡Ay, qué bien te sientan!» Vuelvo a oír la voz de mi madre, insistente y desesperada, consciente quizá de que dos terceras partes de su ser están destruidos (las dos terceras partes mejores).

«Sube, Lar», grito.

«Vamos a las caballerizas a echarle un vistazo a Midnight», grita mi padre a su vez con esa voz bronca, embutida en un corset de despreocupación que no le pega nada.

«Qué divertido», gruño yo. *Como si a él le importara*.

«Baja y ven con nosotros», vuelve a gritar él en un tono falso a todas luces. Por supuesto, no quiere que yo esté allí. Quiere comerse a Lara con los ojos, quizá hasta meterle mano. Es una basura. Pero ella es otra. Es una guarra. Una vez que nos fuimos de copas llegó a confesarme que él le «ponía bastante». Creo que sólo lo dijo para escandalizarme, pero me da igual; vaya una forma más asquerosa de hablar del padre de tu amiga.

Razón de más para aguarles la fiesta.

Lo dejo estar un poco más, aguardando hasta que salgan al exterior. Es como si lo viera, con el perro siguiéndoles siempre unos pasos por detrás. Tanto el chucho como mi padre vistos de espaldas: rechonchos y bajitos, cuadradotes, versiones matonescas de su respectiva especie.

Oigo a mi padre gritarle al perro: «¡Quieto!» Desde detrás de la ventana escarchada del cuarto de baño, les veo bromear y reírse de un modo asquerosamente insinuante, ella con el anorak y las botas de montar puestas, siguiéndole a él a las caballerizas. Entonces bajo sigilosamente las escaleras y salgo corriendo para reunirme súbitamente con ellos. «¡Eh!», les digo alegremente, estudiando primero la cara de él y luego la de ella para comprobar el efecto que ejerce mi presencia no

deseada. Se apartan un poco el uno del otro; puede que sólo sea mi imaginación, pero tengo la impresión de que sus rostros están devorados por el sentimiento de culpa y la desilusión.

Lara se ha cortado la melena castaña, dejándosela corta y un poco de punta por arriba. Con esa nariz respingona y esa cara pecosa, le da un aspecto travieso, como de duendecillo. El rasgo más bonito de su cara son los ojos: almendrados, luminosos, de color castaño cálido; eso y una boca de labios carnosos tras los que se ocultan unos dientes blancos y pequeños hasta que sonríe. Pesa cuarenta y cuatro kilos y no le ha salido un grano en toda su vida. Es rica, hija única y consigue todo lo que quiere. Es mi mejor amiga y joder cómo la odio.

Midnight está en las caballerizas, junto a Clifford, el poni de Indigo, su animal de compañía. El que se compró en principio con ese fin fue Curran, el cerdo psicótico, que les amarga la vida a los dos a base de cabezazos y mordiscos. Incluso el perro se mantiene alejado de Curran.

Lara me explica que ha venido a ver a Scarlet Jester, que está recuperándose tras sus esfuerzos en Irlanda. «Se le veía paliducho y un poco mocoso. Lo está cuidando Fiona en la cuadra.»

Lo guarda en las caballerizas de Fiona La Rue, que están a sólo kilómetro y medio de aquí, en las afueras. Es obvio que allí le cuidan mejor de lo que nosotros cuidamos aquí al pobre Midnight, que se ha forzado un tendón de la parte inferior de una de las patas delanteras y está tomando antiinflamatorios. Dobson, el veterinario, se pasó por aquí ayer para echarle un vistazo; le masajeó los tendones y los ligamentos, además de manipularle la pezuña para comprobar su movilidad. Midnight se hizo daño cuando estuve saltando vallas con él hace unas semanas.

Hago lo que me dijo el veterinario, intentando imitar lo que hizo él. Luego le pongo a Midnight el arnés y le doy un paseo por el campo, dejando a mi padre y a Lara en las caballerizas. Oigo su risa: estridente e insistente, desesperada por mostrar que le ha hecho gracia algún comentario realizado por él con su acento de James Bond de pega. Acaricio el largo y aterciopelado rostro de Midnight y le miro cuando resopla. «Menos mal que te tengo a ti, Midders», le susurro.

3. EL ESTILO FIFE

Es la última hora de la tarde y estoy en el New Goth otra vez, disfrutando de una pinta decente de oro negro. Ya sé que nuestros primos celtas del otro lado del mar de Irlanda dirían que el oro negro de por aquí sabe como si lo colaran por los bombachos de una puta veterana de Lochgelly, pero a mí ésta me está sentando de vicio.

«El tío está loco. Loco de rajar-a-su-padre y follarse-a-su-madre», dice Neebour hablando de Monty. Ya, ese cabrón es un mal bicho. Y tanto.

Pero no me apetece hablar de zumbaos; ahora no. Así que cuando Reggie Comorton, el Señor Gloria Ajena en persona, empieza a hablar del tal Mossman contra el que juego mañana en la Escocesa, me lanzo de cabeza a la discusión. «Mecagüenlaputa, el capullo ese no tiene ni media. El tío es un puto cagarro, te lo digo yo.»

Así que Comorton, que lleva un cochino gabán que le da una pinta que recuerda al bueno de Peter Falk en *Colombo*, se vuelve hacia mí y me dice: «El problema es el estilo de juego de Fife. Sigues estancado en el estilo Fife, Jason. El juego ha evolucionado.»

«¿Qué es lo que intentas decirme, Comorton?»

«Después de la Copa del Mundo de dos mil dos en Corea del Sur se vendieron casi un millón de futbolines. ¿Crees que en Fife vamos a hacer las cosas a nuestra manera para siempre?»

Miro a Neebour para ver si se adhiere a este sentir burgués-revisionista, pero pone una cara glacial e inexpresiva. Tampoco es que me moleste. Ando un poco escaso de fichas para oro negro, y mañana es el gran partido, así que me despido y vuelvo a mi residencia, que está nada más dar la vuelta a la estación de ferrocarril. Central Fife: más céntrico imposible.

Subo a mi habitación, me pongo el disco de Cat Stevens, me lío un petardo y me empiezo a hacer una paja pensando en Lara y su amiga rellenita, Jenni, con sus respectivos culos enfundados en pantalones de montar botando sobre las sillas de los caballos y sus sudorosos chochitos azotándoles el lomo al emprender el trote, ¡y consigo lanzar un buen chorro *sin* la asistencia del vídeo! ¡Toma ya! *Tea for the Tillerman*, sí, señor.

A algunas de esas chicas a las que les va el rollo ecuestre no debe de ser nada fácil satisfacerlas, os lo aseguro. Más de una se ha reventado el himen a lomos de un caballo. ¡Y aprovecho para recalcar que en buena lid deportiva, sin nada indecoroso de por medio, mecagüen! A lo largo de los siglos ha habido un buen puñado de ceremonias nupciales declaradas nulas e invalidadas a cuenta de la ausencia de esa cosita elástica en el extremo del chochete durante la primera noche en el tálamo conyugal, pero tratándose de una doncella deportista es algo que puede ocurrir de la

forma más pura e inocente. Es curioso pensar en la pobre princesa Diana, que siendo apenas una cría tuvo que pasar por la humillación de la «prueba del chochito intacto» para poder casarse con el príncipe Carlos. ¡Camilla no corre el menor peligro de tener que someter su almeja talludita a la misma prueba! ¡Eso es el progreso, mecagüen!: cuando el feminismo llega a los servicios ginecológicos de la monarquía. Pero estábamos con lo de las chicas y los caballos; pues sí, una vez que sientan esa clase de potencia entre las piernas, ¡es de esperar que se pongan un pelín más exigentes!

Lara siempre estuvo buena, pero era muy engreída ya en aquellos tiempos. Salí con ella cuando tenía catorce años y yo veintiuno. Tengo mis dudas de que en aquel entonces su padre, el doctor Grant, que tenía el consultorio en Lochgelly Road, hubiera dado su bendición a una relación sexual con todas las de la ley. No deja de ser una cuestión puramente teórica, porque me mandó a paseo justo después de que lo hiciera la puta caballeriza a la que pertenecía. ¡Pura coincidencia, claro! Aunque para mí que le sigo haciendo tilín. Pero sí señor, mecagüen, en estos tiempos no debe de ser fácil satisfacerla, según cuentan.

Eso sí: según cuentan en los pubs, y según esos relatos sería difícil satisfacer a cualquiera. Se lo comenté a mi viejo y me dijo que en su época las cosas eran muy distintas. En aquellos tiempos las chavalas se alegraban de echar un polvo, y según todos los viejos todas explotaban como bombas atómicas. Por citar al viejo, «Una utopía sexual del carajo, aquí mismo en Fife». Cagüentodo.

Mecagüenlaputa, más me valdría volver a juntarme con Alison Broon; siempre fue la chica que me convenía. Quise volver con ella, pero como campeón de futbolín de Escocia. A ésa no le molestaba que la chorra me midiera once centímetros y medio. O eso dijo en su momento. Eso sí, ahora está en Canadá y casada. Con tres críos y todo, según tengo entendido.

Demasiado lejos para plantearse una visita basada en la posibilidad meramente especulativa de echar un polvo, así que saco el futbolín y practico para el partido de mañana. Acabo de alinear al Cowdenbeath y al Dunfermline cuando suena el teléfono. No oigo al viejo por casa; estará en la biblioteca leyendo literatura subversiva. Así que bajo corriendo y descuelgo el auricular.

«¡Kingy! ¿Cómo es que has tardado tanto? ¿Te la estabas pelando o qué?»

Es mi viejo colega Kravy, que llama desde España. «Para qué te voy a mentir, amiguete: sí, una gayola de considerables proporciones, con las sospechosas habituales en la gramola.»

«¿Las de la hípica? ¿Nunca cambias de disco o qué?»

«Si no está roto, ¿para qué vas a arreglarlo, tío?»

«Perdona si te he hecho perder el ritmo.»

«Ahí no hay peligro», le suelto, y aunque ya sé que sólo son líneas telefónicas y que todas son iguales, tengo una ligera corazonada de que andamos un poquito más cerca que España. «¿Por dónde andas?»

«Acabo de entrar ahora mismo en el New Goth, Cowdenbeath, Fife, Escocia.

¿Dónde si no?»

«¿Y qué pasa con España, cacho cabrón?»

«He tenido que volver para cuidar de la vieja. Iba bolinga, se cayó y se destrozó la cadera bajando los escalones del Centro Social de los Mineros.»

«La Sala de Billar y el Fountain Bar, como lo llamamos ahora.»

Tras un breve silencio, me suelta: «Ya, oí que le cambiaron el nombre. Ahora también le han cambiado la cadera a la vieja.»

«Putada.»

«Ya, pero de todas formas pensaban que la tendría artrítica perdida, así que le pusieron una de plástico», me explica el cabrón. «¿Te bajas a tomar una pinta?»

Estoy pensando en la competición de mañana con Cara-cartón Mossman. «Ando un poco corto de siclos, hermano; el cheque del paro de la semana pasada ya no es más que un recuerdo lleno de nostalgia.»

«Yo me hago cargo. Llevo encima drogas suficientes para hundirles el negocio a los de Boots.»[1]

¡Ah, pues entonces no había nada más que decir!

En ese preciso momento oigo abrirse la puerta y veo entrar el viejo con comida y bebida para llevar. «¿Qué pasa, hermano?», dice, y entonces, al ver que tengo a Cat Stevens puesto en el estéreo, me mira mientras sacude la cabeza y deja la priva sobre la mesa. «Ni dios oía a Cat Stevens, ni siquiera en aquella época. Era música de mamones incluso entonces. 50 Cent, ése sí que mola.»

El viejo se pasa todo el día escuchando a tipos de la cuerda de 50 Cent.

«¿Cómo puedes decir eso, padre, después de haberme criado a base de Eldridge Cleaver, Bobby Seale y Malcolm X? El hombre negro ha perdido los papeles; lo único que quiere son joyas a manta, fulanas y cargarse a sus hermanos. Como los de Fife, supongo.»

«Pero los negros todavía tienen rabia, hijo; los escoceses la hemos perdido.»

«Yo no estaría tan seguro, padre. Los del Young Team[2] local están bastante pasaos de la pelota.»

«Pero son todo navajas, hijo, nada de pistolas como los negros de América», replica arrastrando las palabras. «Al hombre blanco de Westminster nunca lo vas a derrocar con navajas.»

Ya veo que el viejo ha estado pegándole a la priva, y que tiene más; mete la mano en la bolsa y abre una de la media docena de latas de Tennent's; también hay una botellita de Johnnie Walker.

Me hace un gesto con la cabeza, como si quisiera compartirla; normalmente querría, pero hoy tengo mejor oferta, y no me apetece oír sus rollos de mierda.

Así que bajé directamente al Goth para ver a Ally Kravitz, mi apuesto colega motero, que se fugó a España hace un montón de años. Tiene buen aspecto, además. Sigue teniendo esa mata de pelo negro y está bien moreno, con ese aspecto romaní que las almas menos caritativas calificarían –y califican– de color «tano». Es

estupendo volver a verle. Eso sí, sobre nuestra amistad siempre planeó un pequeño ingrediente de traición. Cuando Kravy consiguió la moto, se suponía que íbamos a ir a España en ella los dos, rumbo al sur, y dejarlo todo atrás. Entonces apareció Shona Cameron y no hubo color. A ella le tocó la plaza para España a lomos de la moto y a mí empezaron a ponerme de beber en el Centro Social de los Mineros, y después en el Goth.

Sin embargo, doce años después, ha vuelto. «¿Qué pasó que ya no eres yóquey?», me pregunta.

«La cosa nunca llegó a cuajar. ¿Y qué tal España?»

«Un país espiritual, tío», dice Kravy, echando un gran trago de sidra, «un país tope espiritual. Shona no se enteraba. Cada tierra tiene sus propias voces, que lleva y trae el viento. Shona nunca las oyó, ¿sabes?»

«Ya.»

«Llevaba el viento en el pelo y era como un sueño hecho realidad, pero no oía las voces que traía el viento, ¿sabes?»

«Di que sí, cagüentodo.»

«Ya sabía que tú lo entenderías a la primera, Jase.»

Kravy sólo había vuelto una vez, para el funeral de su padrastro, Coco Forsyth, su padre de facto, pues a excepción del nombre y la nacionalidad, el esperma, el apellido y la identidad del donante estaban envueltos en un aura de misterio. Al parecer, era un ruso cuyo barco atracó en Rosyth por un día y cuya polla atracó en la madre de Kravy por una noche antes de levar anclas para la antigua URSS y dejar el hueco libre para Coco Forsyth. El pobre Coco murió de un infarto. No era un tipo que le pegara mucho a la bebida ni al fumeque, pero a cada tostada que se merendaba le ponía un buen pegote de mantequilla Lurpak. Y dado que esto es Fife, no escaseaba precisamente. ¡Mecagüen, hasta un solo vicio llevado al extremo puede ser fatal! Con suerte a lo mejor te libras con una tarjeta amarilla por parte del árbitro de la guadaña antes de cumplirse los setenta que nos tocan según el Libro de los Salmos. Si de verdad tienes potra, puede que hasta te concedan una pequeña prórroga, aunque aquí en el Reino, todo hay que decirlo, no lleguen a disputarse muchas.

Kravy me lleva fuera para enseñarme la última bestia a lomos de la cual ha estado recorriendo Europa de una punta a la otra; una Thruxton 900, un producto Triumph de primera calidad. «Ese motor de dos cilindros de 865cc en paralelo da una sensación cojonuda, Jase», me cuenta Kravy, extasiado. «También es muy cómoda para transportar chochitos en largo recorrido; la suspensión delantera y trasera es de precarga ajustable. Si le añadimos unas llantas de aluminio, unas ruedas que agarran bien y unos discos frontales flotantes, ¡tienes todo lo que hace falta para que a cualquier moza campesina pechugona con dos dedos de frente que esté harta de su pueblo de mala muerte opte por montar primero y pensar en el pago-en-especie después!»

Estoy impresionado, pero lo estoy más todavía cuando volvemos a entrar y él

pide un par de vodkas con Red Bull para acompañar mi oro negro y la sidra que se está tomando él.

«¿Qué tal está tu madre, Kravy? Ni siquiera me enteré de que había sufrido un accidente.»

«Pues sí, se cayó por las escaleras heladas del Centro Social cuando iba bolinga. Lo peor fue la humillación. ¡Se le subió la falda y se quedó con todo a la vista para que lo viera Fife entero!» Y entonces bajó la voz y dijo en tono amenazador: «Un par de los del Young Team le sacaron unas fotos indiscretas con las cámaras de los móviles. ¡Y encima las colgaron en YouTube y en una de las páginas web de los Blue Brazil!»

«¡Qué poca vergüenza, hay que ver, mecagüentodo!», digo yo, tomando nota mentalmente de echar un vistazo a los sitios esos en los servicios de la red de la biblioteca. Hace unos cuantos meses me suspendieron por mirar páginas porno, pero no me pueden decir nada por asomarme a una del Blue Brazil. Puede que a Central Park sólo vayan unos cientos para ver jugar a los muchachos, pero a veces da la impresión de que casi todo hijo de vecino tiene su propio sitio web. ¡En cuanto reúna algo de dinero me compro un ordenador y entonces no habrá forma de pararme! Le echo un vistazo a Neebour y al Duque, que están jugando al billar en la pecera de al lado, y entonces bajo la voz: «Oye, pero llevaría bragas, ¿no?»

Kravy hace un mohín y sacude la cabeza. «¡Joder, Jason, era un sábado noche en el Centro Social y es una mujer soltera!»

¡Joder, voy a echar un vistazo a la página del Blue Brazil pero ya!

«A esos cabronazos del Young Team va a haber que enseñarles a no pasarse de la raya que te convierte en un hijo de puta», dice Kravy antes de meditarlo y reírse un poco. «En fin, el puto Fife de los huevos, tío. ¿Qué le vamos a hacer? Oye, dame cinco minutos para dejar la moto en casa de la vieja, y luego nos vamos de juerga por todo el pueblo. Qué digo por el pueblo, ¡por todo el condado, y lo dejamos pintado de rojo!»[3]

«Más rojo que una raja con la regla, con las debidas pinceladas de negrura», me aventuro a sugerir.

El tío se ríe. «Estás zumbao, Jason, pero eres el único tipo que hay en este sitio que está en mi longitud de onda», sonríe, dándome una palmada en el hombro.

«Estoy contigo, hermano», sonrío, mientras le miro marcharse. No tardo en oír a la gran bestia metálica rugiendo fuera y luego turbopedorreando por el pueblo.

Con aire desenfadado, me arrimo al tablón de anuncios del pub, donde veo colgada una nueva página del *Central Fife Times and Advertiser*:

Los competidores concurrieron una vez más en el jardín amurallado del castillo de Necarne para la clasificación final del Campeonato del Ayuntamiento

de Fermanagh el domingo por la tarde. Este año el festival tuvo sabor internacional gracias a los equipos de ponis procedentes de Inglaterra y Escocia. Los escoceses también enviaron equipos de jinetes junior y senior a competir contra sus anfitriones irlandeses. Lara Grant, miembro del equipo Fife Bavarian Warmblood, ganó el prestigioso Campeonato de Mourne Rosettes Medium con Scarlet Jester.

¡Anda que no, mecagüenlaputa! 68,25% en la prueba avanzada 106. ¡Nada de bazofia para principiantes, novatos o intermedios para esa chica! ¡Y encima a lomos de Scarlet Jester!

Neebour Watson se me acerca. «Ni se te ocurra meneártela con pijas en pantalones de montar que no te darían ni la baba del bocado. No quiero que esa mano de futbolín esté débil para mañana.»

«Mecagüenlaputa», le contesto al muy capullo, «las cosas no son así en absoluto. Eso fortalece la mano que te cagas.»

Neebour le echa una mirada al vaso que lleva en la mano. «Ya te diré yo lo que fortalece la mano: rascarte los bolsillos y pedir otra pinta para aquí tus compadres.»

Cagüentodo. Y yo que quería guardarme el último billete de cinco para un *fish n' chips* y una botella de Irn Bru[4] en Marco's. Joder, *hasta los planes mejor fraguados,*[5] cagüenlaputa. Pero Kravy dijo que estaba forrado. Tanto mejor para Jocky Mossman cuando se ponga delante de la mesa. ¡Llénate las fosas con ese pestazo, so cabrón!

Kravy vuelve a entrar y saluda con una inclinación de la cabeza al Duque y a Neebour, que ha vuelto a reunirse con el primero ante el billar. Entonces tamborilea con el dedo sobre la barra. «La verdad es que esto no me entusiasma demasiado, Jase», me dice en voz baja, «¿te apetece venirte a casa? La nevera está llena de cervezas y tengo un gramo de coca», y añade mirando hacia el billar, «que cunde más entre dos que entre cuatro, tío.»

Noto cómo a Kravy se le vuelve a pegar el acento de Fife, más subrepticio que una puta dirigiéndose a su empleo matinal de limpieza de oficinas al finalizar su turno. «Cuando quieras, cojonazos», suelto yo, apurando mi oro negro. Y nos marchamos despidiéndonos discretamente con la mano de los capullos de cara avinagrada del billar. ¡Me alegro de veros, pero no quiero ser vosotros!

4. SU NOVIA

El sol que sale de detrás de una nube atraviesa de repente la ventana cortando por la mitad a Lara, que está despatarrada sobre el extremo inferior de mi cama. Me aparto sigilosamente de ella en vena «pánico vampiro», entrecerrando los ojos al reclinarme sobre la cabecera. Me siento llena de granos y el sol lo pondrá más en evidencia. Mientras me toco la cara, hago una mueca cuando me noto un forúnculo irritado bajo la piel. Estoy hinchada, tengo retortijones y me va a venir la regla en cualquier momento. Me doy cuenta de que cuando empiece, sangraré durante varios días seguidos, como un cerdo sacrificado. Si miramos las cosas por el lado bueno, eso significa que perderé otro par de kilos de asquerosa grasa femenina y, con un poco de suerte, cuando termine habré bajado de los sesenta y cinco.

Lara, o la señorita Grant, como la llamo a menudo (empleamos el tratamiento con una ironía impulsiva deprimente), da otra calada al porro y lo deja en el cenicero antes de pasármelo. «¿Considera usted atractiva a la novia de Will, señorita Cahill?», me pregunta por enésima vez.

Doy una calada profunda y me recuesto sobre las almohadas, colocadas una encima de otra. «El caso es que a todas luces a él se lo parece», la informo en tono cortante. Me resisto a entrar en toda esa tediosa mierda tipo «tú eres mucho más guapa que ella, si te conociera se daría cuenta al instante y entonces tú serías nuestra siguiente reina anoréxica». En otras palabras, la bazofia habitual que tanto necesita oír. «Además, señorita Grant, ¿no le parece que es un poco joven para estar quedándose calvo?»

«No, está buenísimo», dice ella en tono soñador.

Lara entra y sale flotando de la vida de los demás, bueno, de la mía, a su conveniencia. Cuando regresa a mi órbita después de haber estado viviendo en Marte o donde sea, se supone que tengo que echar a todos los demás a patadas para hacerle sitio a ella. Ningunea a mis otras amistades, y lo hace muy bien, señalando las cualidades negativas a las que hasta ese momento yo había permanecido ajena, pero de forma muy benévola, de manera que sea difícil que me ofenda. Y entonces, en cuanto te tiene a su entera disposición, se esfuma. Deja de llamar y de enviar mensajes, mostrándose además reticente a la hora de responder a los tuyos, lo que te hace sentirte muy necesitada. Si me encaro con ella sobre sus desapariciones, me cuenta que tiene «rollos con tíos». Siempre tiene líos a patadas, pero al mismo tiempo es la clase de chica que consigue no tener reputación de guarra. Al menos entre las chicas. Me pregunto lo que dirán de ella algunos de los tíos con los que se ve. «¿Y qué me dices del tipo grandullón ese con el que vienes quedando en Dunfermline? ¿Vas a volver a salir con él?»

«Sí, claro», dice, aunque de una forma muy insegura, antes de dejar caer: «Es

bastante divertido, supongo, de una forma un poco burra. No me trae complicaciones», expone pensativamente. «Tiene confianza en sí mismo. En la cama, quiero decir», y en ese momento los ojos se le iluminan mientras me mira con gesto inquisitivo.

Asiento de forma demasiado apresurada. No quiero hablar de sexo ni oírla a ella hablar de sexo, y como ella lo sabe, eso es lo que va a suceder. Al sol se lo han comido las nubes. La habitación adquiere un tono azul tenebroso.

«Pero ¿por qué hablamos de *mi* vida sexual, señorita Cahill?», pregunta regodeándose. «¡La que necesita de mala manera que la follen es usted!»

«Tengo que largarme de casa», le cuento, devolviéndole el porro.

Lara sacude la ceniza del extremo. «Ya, pero no si quieres seguir compitiendo. Participar en deportes hípicos en Fife desde un piso de Edimburgo es complicado», dice, añadiendo con consideración: «pero no imposible. Siempre podrías dejar a Midnight en unas caballerizas.»

«Ahora mismo no podría. No está acostumbrado. Le rompería el corazón… y a mí también», admito lamentablemente.

«Pues eso significa que mientras quieras seguir saltando con él estás forzada a quedarte aquí», arguye Lara, no sin cierta petulancia.

«¡Lo sé, lo sé!», gimo mientras me recojo las rodillas bajo la barbilla. «¡Ésa es la puta alternativa! Montar a caballo y competir sin vida social de ninguna clase y seguir viviendo en este cagadero en casa de mis padres, o una vida como está mandado en algún sitio, pero renunciando al caballo.»

«Mételo en la cuadra de Fiona, Jen. ¡Está prácticamente aquí al lado! A tu padre no le importaría apoquinar la pasta.»

La miro sin alterarme. «De eso se trata. Piensa que no soy capaz de cuidarle yo sola. Sería una gran victoria para él, y confirmaría que soy tan inútil como él piensa.»

«¿Eres capaz de cuidarle?»

«¡Sí!», salto, y me siento culpable pensando en su pata lesionada. «¡Si no hago otra cosa! Me paso la vida en la cuadra limpiando y alimentándole. ¡Por eso dejé la universidad! ¡Por eso vivo en este cagadero de pueblo!»

«Supongo que Fife no está tan mal. Lo único que necesita es salir más, señorita Cahill», me dice, mirando la pila de CD que hay sobre mi mesa. «¿Cómo no lo vas a ver todo negro? ¡Pero si te pasas todo el día encerrada en la habitación escuchando a Nick Cave y Marilyn Manson! Sal conmigo y con Monty y su amigo. El martes por la noche vamos a un sitio especial.»

«¿Adónde?»

Lara me lanza una mirada fija y desafiante, hasta que consigue hacerme apartar la vista. En sus labios rojos como el rubí se dibuja una sonrisa. «Es un secreto, tienes que prometerme que jamás se lo dirás a nadie.»

Ahora estoy intrigada a mi pesar, aunque intente aparentar aburrimiento. «¿A qué viene tanto misterio?»

«Pues, a que, bueno, no es del todo legal.»

«¿Se trata de alguna fiesta o una *rave?*»

«No, no seas boba», me dice, mirándome de esa forma condescendiente que dice «qué-sofisticada-soy» y que siempre me da tanto asco.

«¿Entonces qué es?»

«Primero prométemelo.»

«Vale», le digo. «Lo juro por la vida de mis padres.»

Ella sacude la cabeza con gesto firmemente negativo. «Júralo por la vida de Midnight.»

Ni hablar. «Venga ya, joder, si quieres me lo cuentas y si no, no», salto.

Lara sopesa el ultimátum un poquito, mirándome como si fuera una insolente infeliz. Y yo no puedo evitar sentirme cada vez más incómoda ante su inminente desaprobación. Justo cuando ya no aguantaba más y me sentía impulsada a disculparme, suaviza la expresión. «Vale», ronronea, y con una sonrisa añade: «Vamos a ir a ver una pelea de perros.»

5. DISCIPLINA

El último par de días ha pasado más rápido que una puta craquera puesta hasta las cejas de metanfetamina de cristal. Estuve de marcha en casa de Kravy todo el día y toda la noche, y yendo de un lado para otro con él en la moto. Dormí en el suelo y al despertarnos vi desparramados por ahí todos esos cartones de comida para llevar y latas vacías. Uno o dos meritorios pedidos de comida china en envoltorios de papel de plata, pero sobre todo cartones de Sandy’s Pizza House, de High Street. Yo lo atribuyo a que Domino’s patrocina *Los Simpsons* en Sky TV y a que Pizza Hut los patrocina en Channel 4. Así que optamos por varios modelitos estrafalarios, con mogollón de piña y tal, todos inspirados por el costo.

Pero a veces hay que poner punto final e irse a casa a dormir. Así que me doy ese largo paseo pasando por delante del viejo edificio de estilo soviético del ahora rebautizado Centro Social de los Mineros. La caída del telón de acero se notó en Central Fife tanto como en Europa del Este y los gélidos vientos del mercado llevan azotándonos desde entonces. En lo que a desarrollo capitalista se refiere estamos mucho más en la onda Bulgaria-Rumanía que pongamos la República Checa o cualquiera de los nuevos y modernos estados bálticos. ¡Apostaría a que en Tallin o Riga hay más locales donde tomar capuchinos que en Central Fife!

Entonces salgo a la rotonda que hay delante del Bruce Hotel. Ha sido un invierno cabrón y desagradable, pero éste viene a ser más o menos el primer día de primavera. Así que salgo al centro; paso por delante del Goth y me meto por el callejón que hay junto a la estación para llegar a casa. Al meter la llave en la cerradura me tiembla la mano. Menos mal que no hay el menor rastro del viejo; seguro que ha bajado a la biblioteca otra vez a leer la propaganda marxista que sigue colándose por la red del ayuntamiento. ¡Menos mal que hay disidentes, joder! Ha dejado una carta para mí en la repisa de la chimenea. La abro.

> Hemos recibido varias quejas en relación con su comportamiento durante el partido de la Copa de Escocia celebrado ayer en el Cowdenbeath Leisure Centre. Su contrincante, el señor John Mossman, ha elevado una protesta formal. El encargado de la supervisión del partido y árbitro de la asociación, el señor Alasdair Sinclair, ha presentado su propio informe. Tengo el deber de informarle de que su conducta es completamente inaceptable para la

Asociación de Futbolín de Escocia Oriental y de que infringe nuestras Normas de Comportamiento, concretamente las normas 14 (c) y 27 (b y c).

Por consiguiente, hemos determinado prohibirle tomar parte en todas las competiciones de la asociación durante dos años. Su regreso al futbolín competitivo dependerá de un período de prueba de seis meses durante el cual su conducta será seguida estrechamente. Asimismo, por supuesto, se declarará vencedor del partido de copa al señor Mossman. De acuerdo con las reglas de la asociación, tengo la obligación de informarle de que dispone de cinco días hábiles como plazo para interponer recurso.

También debo añadir que hemos recibido quejas sobre daños a la propiedad del Ayuntamiento de Fife en el local. Se arrancó un tablón de anuncios de su soporte en un acto de vandalismo absurdo. No hemos podido determinar con seguridad al culpable, pero el conserje, el señor William Carter y el señor Sinclair han transmitido sus sospechas tanto al ayuntamiento como a la asociación.

Le saluda atentamente,
Oliver Mason
Director del Comité de Disciplina
Asociación de Futbolín de Escocia Oriental

¡Hostia puta! ¡Ni siquiera me acuerdo de haber jugado el partido! ¡Cagüenlaputa, al carajo con la siesta! Espoleado por la indignación, voy derechito al Goth y les enseño a todos la carta. Neebour Watson entorna los ojos y me suelta: «¿No te acuerdas, borracho gilipollas, de que apareciste con Kravy bolinga perdido? Estabas tan torpe que le rompiste dos jugadores a tu adversario. ¡Y él sabía que ibas hasta arriba de coca y de *speed*! ¡Saltaba a la vista!»

«¿Y eso cómo puede ser?», me defiendo.

«Te mordiste el labio inferior y derramaste sangre por toda la mesa. ¡Habrías dado positivo en un control antidoping, cabronazo!»

Hostia, sí, anda que no me acuerdo de todo ahora. El polideportivo; durante el descanso me metí aquel rayote enorme que me preparó Kravy. ¡Y encima gané! «No

fue más que un tirito de nada para ponerme las pilas, cagüentodo. Gané con todas las de la ley, dos cero.»

«¡Tres-dos, Jason! ¡Hostia puta, tío!», continúa Neebour. «Hasta arrancaste el tablón de anuncios del Dunfermline Athletic Football Club del pasillo diciendo que no debería estar en Cowdenbeath y que era la cara impresentable de la globalización.»

Mecagüenlaputa: estoy tragando más que una chavala de Kelty. «Eso es un tema aparte, una cuestión de seguridad. ¡Lo cierto es que gané el partido!»

«Pues no es eso lo que dicen los capos, compadre.» Neebour sacude la cabeza como un perro cuando sale del mar y Comorton como uno de esos de juguete que hay en la parte trasera de los coches.

«Eso ya lo veremos, mecagüenlaputa.» Le pongo la carta delante de las narices. «Aquí dice que todavía puedo interponer un recurso.»

«No, no, no, compadre, estás muy equivocado; eso sólo lo ponen para cubrirse las espaldas. Si recurrieras y tuvieras éxito, para ellos sería como admitir la derrota», argumenta Neebour Watson mientras Reggie Comorton asiente cual sabio anciano y venerable. ¡Y un cuerno! Ese cabrón, con su licenciatura en Erudición-*post-festum* y Capacidad Retrospectiva por la Universidad de Si-yo-tuviera-los-contactos-del-Príncipe-Guillermo-en-St. Andrews-no-estaría-tan-marginado.

Así que expongo los argumentos en defensa de mi causa, de cuya justicia estoy convencido. «¿De qué sirve acordar trámites cuando ya has tomado la decisión de antemano, mecagüentodo? Una historia y dos versiones, compadre. ¡Me acercaré por casa del tío este a abogar en mi defensa, mecagüenlaputa! ¡Imploraré clemencia al tribunal!»

«No, no, no, Jase», suelta Neebour, «tú estás hablando de cómo *deberían ser* las cosas, pero cuando los mandamases toman una decisión, date por jodido con "J" mayúscula. Y el caso es», dice sacudiendo la cabeza, «que ni siquiera podemos dejarte jugar nosotros, ni siquiera de broma y tal, porque infringiría las normas de la asociación.»

¡No puedo creer lo que estoy oyendo! La versión de mesa del «hermoso juego» y yo excluido. «Mecagüenlaputa», les digo, «¡sigo siendo el mejor jugador de futbolín que jamás ha salido de Fife!»

Neebour me lleva hacia él y baja la voz para que Comorton no le oiga. «Todo el mundo sabe que tienes talento, compadre. Eso nadie lo pone en duda. Pero tu peor enemigo eres tú mismo. Y no me refiero sólo a cuestiones de disciplina.»

Y ahora se aparta de mí y mira a Comorton. La mirada que le echo al cabrón refleja lo traicionado que me siento. Strachan y McLeish[1] podrán decir que Jock Stein habría podido llevar al Auld Firm[2] a la primera división inglesa si le hubieran dado la ocasión, pero todo el mundo sabe que el Jefe era un escocés de pro y que estaba hecho de otra pasta que los charlatanes de ahora, que son todo ego y ambición y no piensan más que en el dinero. ¡Me están castigando por purista, por ser un

idealista extemporáneo! Miro a Comorton, el pastoso, que no reparó en medios para llegar a supervisor del centro de llamadas de Kirkaldy y ahora predica la doctrina de nuestro Adam Smith en la versión corrupta del nazi cabrón de Hayek y la puta inglesa de la Thatcher, un hombre que no dudaría en destruir la versión de mesa del «hermoso juego».

«También me refiero a tu adhesión decididamente dogmática al estilo de juego de Fife», me dice el colaboracionista cabrón. «En el juego moderno, todo el mundo le da un poco de efecto y desliza un poco la pelota. Sí, claro, ya sé que a todos nosotros nos ganas sin ningún problema, pero en los niveles más altos, el tío que es capaz de hacerla deslizar con disimulo juega con ventaja. Y punto.»

Así que apuré la copa, vaya que sí, joder. De repente me había dejado de agradar la compañía. Visto en perspectiva, sin embargo, hice bien en abandonar el local porque bajo por la calle y me planteo llamar a la puerta de Kravy para ver si su madre ha salido ya del hospital. Entonces las vi, a las dos, montadas a caballo y trotando por la calle: Lara Grant y Jenni Cahill. Así que me agacho detrás de la marquesina para dejarlas pasar de largo y quizá echarles una mirada a esos culos enfundados en pantalones de montar, pero van al paso, no al trote, mucho menos al galope, y no hay el menor indicio de que esas cochinas chaquetas vayan a subirse para poner al descubierto los melocotones que hay debajo. Me hurgo solapadamente los bajos, ¡y ni siquiera se me levanta la puntita! ¡Mecagüenlaputa! ¡Imagen defectuosa!

Así que las sigo, quedándome junto a la gran tapia de piedra con follaje sobresaliente, camuflándome como el *Predator* ese, ese cabronazo espacial rastafari-caracangrejo. Pienso en cómo las drogas han arruinado mi carrera deportiva; ahora sí que no me van a dedicar ningún espacio serio en el *Central Fife Times and Advertiser;* no, sólo aparecerá la nota Jason King (descalificado) contra J. Mossman, cagüenlaputa. Justo al lado de las reseñas de concursos hípicos donde nos contarán con pelos y señales las hazañas «jineteras» de Lara y Jenni.

No me vendrían mal unos «tejemanejes», la verdad, ya te digo. Qué más da la ventaja sexual que trae consigo el éxito deportivo, vayamos al grano: ¡si ustedes no tienen inconveniente quiero que me la chupen hasta dejarla seca como anticipo de la grandeza futura!

Cagüenlaputa.

Después de quién coño sabe cuántos días pegándole al oro negro, a la farlopa, al *speed* y subsistiendo a base de comida para llevar, no me vendría mal un buen baño y una muda, pero opto por perseverar en la persecución de mis presuntas y futuras. Eso sí, el terreno es poco propicio al acecho; enseguida salimos del pueblo y estoy expuesto, caminando tras ellas por la carretera comarcal. Pienso para mí que habrán salido de la escuela hípica-lésbica de la tal La Rue y que se dirigen a la casa grande, la vieja granja que compraron los Cahill hace años. Dinero nuevo procedente del negocio de los transportes. Furgonas rompehuelgas de cuando la huelga de 1984, dicen algunos; bueno, mi viejo, para ser exactos. Así es, mecagüenlaputa. Ahora, en

lo que al viejo se refiere, ningún cabrón que tenga dinero lo ha obtenido limpiamente.

Es curioso, pero la más engreída de las dos es Jenni, aunque eso se dice siempre acerca del dinero nuevo. Con todo, es una mentalidad horrorosa. Estoy esperando a que entren en los *Clark Gables*[3] con los caballos y a lo mejor espiar a Lara y a Jenni divirtiéndose de esa forma que sabemos que en secreto a todas las chavalas les apetece. ¡A lo mejor los caballos también participan! Eso, Scarlet Jester y Midnight.

¡Metidos entre sus piernas, cagüenlaputa!

Así que voy de puntillas por uno de los lados del establo, asegurándome de que en la cocina de los Cahill no hay ninguna luz encendida, porque el viejo Tam es un cabronazo de cuidado, ¡cuando la puerta se abre de golpe y ahí están ellas mirándome! Lara me lanza una sonrisita y me mira mientras Jenni me dice en tono altanero, «¿Qué quieres?»

Estoy de lo más nervioso, pero no tiro la toalla. «Eh…, os he visto bajando por la carretera y me he acercado a darte la enhorabuena por tu victoria en Irlanda», le digo a Lara. Será muy poquita cosa, pero lo poquito que tiene ha ido a parar a los lugares más indicados. ¡Los pantalones y la blusa esos están más rellenitos que cuando ella y yo andábamos juntos por ahí, ya te digo!

«Gracias», suelta Lara. Y estoy seguro de que debe de sentirse un poco culpable por dejarme a palo seco en lo tocante a mojar todos esos años atrás. Como aprendiz de yóquey era el héroe local; en aquel entonces podría haber estrenado todas las putas rajas del Reino, mecagüenlaputa. Pero no; ¡estaba muy obsesionado por el tamaño de mi minga y tuvo que ser un putón de Ballingry el que me desvirgara! ¡Y encima me dijo que había sido el mejor polvo de toda su vida! ¡Aun admitiendo que pudiera tratarse de una licencia puteril, fue todo un bálsamo para mi ego, os lo aseguro! Así que si ahora voy a conseguir montarme un trío a base de palique, más vale que le vaya echando labia. «Lo vi en el periódico. ¡68,25 en la prueba avanzada 106! Montada en Scarlet Jester», añado, señalando al caballo con la cabeza.

Lara mira a su amiga Jenni con una sonrisita, y luego a mí otra vez.

Y yo ahí de pie, mecagüenlaputa, sin que se me ocurra nada más que decir. «¿Y tú Jenni? ¿También fuiste a Irlanda?», pregunto, cada vez más desesperado.

Me mira y se aparta el pelo teñido de negro de la cara. Me gustaba más cuando iba de rubia. Supongo que ser caballero es lo que tiene. Eso sí, se está poniendo en forma y ha perdido mazo de grasa. «Yo no competí», me dice, como si eso la hubiera disgustado. «Mi caballo renqueaba.»

Me entraron ganas de decirle que yo también recuerdo alguna que otra cabalgadura renqueante, pero hay una forma de hablar en el Goth y otra para departir con chochitos pijos, y es fundamental mantener unos mínimos de sofisticación. Jenni me da un poco de lástima por ser amiga de Lara, que está hecha una potranca de cuidado.

Me fijo en que Jenni lleva un tornillito en la nariz. Vaya, estoy seguro de que la pequeña sabría utilizar la fusta esa, cagüenlaputa. «Pues yo obtuve una bonita victoria

en la versión de mesa del hermoso juego», les cuento.

«Qué bien», suelta Lara.

«Pues sí. El caso es que igual me la quitan. Hubo un pequeño problema de disciplina», les cuento, sin poder apartar la vista de la fusta que sostiene Jenni.

Estoy perdiendo el tiempo. Nunca voy a ser popular con esa familia. Hubo un tiempo en que su padre venía por el Goth con un par de tipos más, uno de ellos del ayuntamiento. Uno dijo no sé qué sobre Kelty y por supuesto no pude callarme la boca. Voy y suelto: «¡Mecagüenlaputa, en Kelty sólo hay putas y mineros!» Así que Tam Cahill, el padre de Jenni, que está cachas, me echa una mirada asesina y me dice: «Mi mujer es de Kelty.»

«¡Vaya!», le dije con la mayor sangre fría, «¿en qué pozo trabaja, caballero?»

Pensé que el tipo iba a reventarme allí mismo, dentro del Goth, pero todo el mundo empezó a reírse, así que tuvo que envainársela y unirse. Aunque el padre de Lara, el médico, tampoco me ha tenido nunca en gran estima. Cuando trabajaba en el almacén, de vez en cuando el cabrón me miraba por encima de las gafas y me soltaba: «¿Otra vez con problemas de espalda, señor King?»

Ahora Jenni me mira con ese gesto de impaciencia que los triunfadores de esta localidad tienden a exhibir en sus tratos con la plebe. «Entonces…, ¿alguna cosa más?…, eh…»

«Jason.»

«¿Podemos ayudarte en algo más?», repite, y ahora es Lara la que me mira fijamente, pendiente de la respuesta, mecagüenlaputa.

«Eh, no…, ya me iba. Sólo quería darte la enhorabuena.»

«Gracias, Jason», dice Lara, que se vuelve rápidamente hacia Jenni y añade: «Espero que resuelvas ese pequeño problema de disciplina», y las dos se ríen discretamente.

Así que doy media vuelta y bajo por la calle, ofuscado e incómodo. Si fuera un tipo a lo James Bond, les habría soltado: «Pues sí que hay una pequeñez con la que podríais ayudarme, pero creo que sería mejor retirarnos todos al establo para debatirlo, ¡mecagüenlaputa!»

Por el camino de vuelta al pueblo empieza a llover a mares. Veo unos cuervos picoteando a un conejo muerto chafado por un coche que pasaba por allí, así que preparo un japo lleno de mocos, lo lanzo y le doy a uno de los cuervos de lleno en la nuca. Dicen (al menos eso dice Neebour Watson) que eso induce a los otros a hacerlo trizas, pero los muy cabrones tienen demasiada carne como para tomarse esa molestia ahora mismo, de modo que esa hipótesis concreta queda sin verificar. No importa, ha sido un prodigio de velocidad y precisión, mecagüenlaputa, y canturreo para celebrarlo: *«There wis a wee copper wha lived in Fife… nickety knackety noo the noo, eh goat ehsel a durty big hoor ay wife…»*[4]

Pero entonces veo que se me acerca una furgoneta y que reduce la velocidad. Es Tam Cahill, y el cabronazo la para y se baja. «Hola», me suelta.

Iba a decirle al tío que no andaba detrás de su hija, sino de la amiga, mecagüenlaputa; estrictamente hablando, de mi antigua amada Lara, pero no creo que sea de los que reparan en sutilezas.

«Te llamas Jason, ¿no?»

«Sí.»

Asiente y me mira de arriba abajo. «En tiempos te preparabas para yóquey, ¿no?»

«De eso hace ya mucho, compadre», le digo.

«¿Trabajas en algo ahora mismo?»

«Poquita cosa.»

Vuelve a asentir lentamente, pero sin dejar de mirarme directamente a los ojos. «¿Te interesaría hacer un poco de trabajo eventual para mí? No sería nada muy complicado: limpiar los establos, darles de comer a los caballos y labores de establo en general. Te llamo cuando te necesite y dinero en mano», me dice guiñándome un ojo.

Y yo pensando que me iba a echar la cantada. ¡Pues no, joder! ¡Es el paraíso del acoso y derribo! ¡En la granja, cagüentodo! «Vale, estupendo.»

«Dame tu número de móvil», me dice.

Eso me pone un poquito en evidencia. «Eh, ahora mismo lo tengo averiado. Pero tengo un fijo.»

Me mira como si hubiera cometido un gran error, fijándose en la costra de roña asquerosa de borracho y drogata que llevo encima, sin duda percibiendo por primera vez el tufo que desprendo. «Dámelo, pues», jadea exasperado. Ya veo que currar para él va a ser un asco. Pero si está liado con la mierda esa de los transportes y yo estoy en los establos, debería ser un dulce caso de no coincidir jamás. «¿Qué tal se te dan los perros?», me pregunta.

«Me encantan, sean de la raza que sean», le digo. Eso sí, no he tenido ninguno desde Jacob, el cruce de pastor alemán y collie que murió de un bulto en la garganta cuando yo tenía siete años. Aquello me hirió en lo más vivo. La vieja dijo no sé qué acerca de que los cruces siempre se morían y que teníamos que haber comprado uno con pedigrí. El viejo la llamó puta nazi de mierda. La verdad, nunca estuvieron demasiado unidos.

El viejo decía que ella sólo quiso casarse con él porque le hizo un bombo. La dejó tirada un camarero griego que volvió a su país cuando quebró el restaurante familiar en Kirkaldy; aquello le rompió el corazón. Para los años setenta era una empresa arriesgada: en aquella época hasta los *chinkys*[5] debían de resultar exóticos. Sufrió una depresión muy fuerte pero la superó a base de comer para sentirse mejor, proceso en el que engordó bastante. Entonces el viejo le tiró los tejos en el Centro Social de los Mineros, dejó a la muy puta preñada y yo fui el resultado. Así que en realidad no me puedo quejar, pero qué coño, siempre piensas que lo que hicieran tus viejos antes de que aparecieras tú no tiene nada que ver contigo. Se supone que tienes que estar agradecido de que te dieran el don de la vida. Vaya chorrada de mierda. Todos

sabemos de forma intuitiva que aunque la gente se la pele, el cielo está lleno de almas que de todos modos van a ser adjudicadas.

Así que le estrecho la mano a Tam Cahill y vuelvo a ser un semitrabajador manual. Eso sí, lo de mozo de cuadra nunca ha sido lo mío. Quería ser yóquey, pero los putos jamelgos nunca me gustaron demasiado; como mejor se les aprecia a los muy cabrones es en Ladbrokes. Pero lo cierto es que esa actitud fue una rémora para mí. Y seamos sinceros: cuando los muy hijos de puta se ponían a toda máquina siempre me cagaba. Como Kravy en la puta moto Triumph Boneville; no me gustaba demasiado ir montado en la cabrona esa.

Cae la noche; de forma repentina pero previsible, como las bragas de una puta que está de servicio. Llego a casa, y para celebrar mi nueva situación de empleo me preparo un sándwich de huevo frito y leo el periódico, lo que me toca los huevos. El *Central Fife Times and Advertiser* dice que el Dunfermline Pathetic lleva vendidos tres mil quinientos abonos de temporada. ¡No seré yo quien engrose esa puta lista ni de coña! ¡No deberían dar información acerca de esos cabrones en los medios de comunicación de Cowden! ¡Esos cabrones tienen su propia prensa, joder!

El viejo está en casa; los únicos sitios donde se le encuentra es o aquí o en la biblioteca. Además de en el Goth, pero sólo hacia la hora de cierre. Ya no sale tanto de casa porque tiene un lado del careto muy desfigurado debido a que se quemó en un accidente. Se prendió fuego a sí mismo en 1989. Él le echó la culpa al chándal de acetato barato e inflamable que llevaba, y la vieja se la echó al fumeque. De todas formas, no creo que a la vieja le encandilara nunca mucho su careto, así que el pequeño Gayumbos Cagaos se lanzó al ataque y se la llevó como una exhalación para gozar de una existencia decadente y disipada en Dunfermline.

El viejo me mira y después se sienta con el *Record* y empieza a sacudir la cabeza ante las noticias. Enseguida vuelve a su tema favorito, los años setenta y la traición infligida a la clase obrera. «Ahora ya nunca nos devuelven dinero de los impuestos. Y además siempre llegaba en el momento justo, joder. ¡Ay, los años setenta! ¡Qué tiempos aquéllos! Y entonces llegó esa puta inglesa y lo jodió todo. Ahora este puto país es sólo para los ricos. ¿Cómo va a ser eso un laborista? ¿Con esa boca? Eso es una boca de puta. Seguro que con esa boca estaría cotizadísimo en el colegio pijo Fettes ese, ya lo creo, ¡me juego lo que quieras a que estaba de lo más solicitado, joder! ¡Y qué me dices del gilipollas Tory de Eton que lo va a sustituir! ¡Es un puto clon!»

«Pero, padre, hay mucho que decir a favor del progreso. Algunas de esas grandes y vetustas instituciones de los setenta eran horribles; por ejemplo, los incendios provocados por las sartenes haciendo patatas fritas. Los microondas, las freídoras y los restaurantes de comida para llevar que se quedan abiertos hasta muy tarde acabaron con aquello.»

«Ya, supongo que *alguna* clase de progreso ha habido», dice mientras devora sus Pot Noodles.[6] «Pero yo culpo a Scargill, tendría que haberse presentado delante del

Parlamento al frente de una puta horda, y haber despedazado hasta el último ladrillo y lapidado a esos cabrones salidos de los colegios de pago con los escombros hasta que no quedara ni uno.»

«Pero, padre, las élites siempre tratan de perpetuarse con el tiempo. La vanguardia revolucionaria de hoy es la clase dominante de mañana.»

«Ya, hijo, pero por eso hay que hacer la revolución permanente; para construir un conjunto de estructuras antijerárquicas y…»

Estoy mirando por la ventana y veo que han dejado los contenedores de basura con ruedas en la calle y que hay que volver a dejarlos en el jardín. «Pero, padre, toda estructura es jerárquica por naturaleza. Y la gente no quiere hacer la revolución permanente, a veces sólo quiere un poco de calma.»

El viejo estampa el bote de Pot Noodles sobre la mesa. Gira el tenedor para hacerse con el control de los correosos fideos que cuelgan de él. «Entonces, ¿tú qué propones? ¿El alcohol, las drogas, la tienda de *fish n' chips* y más gobiernos conservadores? ¿Van a ser ésos los pilares de tu vida?»

«Yo no he dicho eso.»

«Palabrería derrotista, hijo», sentencia mientras menea el tenedor lleno de fideos. «Ése es el problema de tu generación. ¡No tenéis conciencia colectiva! ¡Tendrías que estar en la biblioteca atiborrándote de educación política y social para estar bien preparado para sacar partido cuando cambien las tornas! ¡Willie Gallacher y Auld Bob Selkirk[7] tienen que estar revolviéndose en sus tumbas!»

«La verdad, tampoco creo que les impresionara mucho el rollo *gangsta* rap que te traes tú, padre.»

Se vuelve y me mira echando chispas por los ojos: «¡Hay más política de verdad en una sola línea de 50 Cent que en cien elepés de ese hippy maricón que pones tú!»

Hostia puta, esperaba disfrutar tranquilamente de mi huevo frito con tostadas y mantequilla aderezado con salsa HP y pimienta, pero ahora ya la hemos cagado.

6. ANIVERSARIO

Una de las cosas más tristes que quepa imaginar es ver a mi madre en ropa de deporte poniendo un DVD de ejercicios y realizando unos cinco minutos más bien desganados de un programa que dura cuarenta y cinco, para después apagarlo y marcharse a la cocina. Cuando te acercas a ella puedes ver los surcos de las lágrimas que han rodado por sus orondas mejillas y su aire aturullado. Luego echas un vistazo al gran Tupperware de galletas de chocolate y compruebas que las existencias han descendido en un cincuenta por ciento.

Mientras se pone a podar y regar las plantas, mamá anuncia distraídamente: «Hoy es nuestro aniversario.» Al fijarme en la pantalla del DVD me doy cuenta de que el disco sigue dentro del aparato, reproduciéndose para nadie. Yo estoy sentada en el sofá con Indy viendo dibujos animados en otro canal por puro aburrimiento.

«Entonces, ¿cuántos años lleváis casados?», pregunta Indigo.

En ese preciso instante entra mi padre. Mamá estaba a punto de contestar cuando él se adelanta: «¿Y eso qué coño importa? El amor es todo cuestión de química», gruñe. «No es más que una gran estafa, igual que el Día de los Enamorados ese.»

Dios mío, qué grosero es. «No sabes ni lo que dices», le corto. «Además, eres un hipócrita. Llevas el nombre de mamá tatuado en la muñeca.»

Se mira la muñeca y luego se queda boquiabierto viendo a Scooby Doo y a Shaggy huir de un monstruo que inspira muy poquito miedo antes de volverse hacia mí sonriendo de forma tensa. «Tú eres idealista porque eres joven. Con los años ya entrarás en razón.»

Aparto la vista de la pantalla por un momento y le miro. «¿Como tú cuando eras joven?» Indy también le mira.

«Yo nunca he sido idealista; siempre fui realista.» Sacude la cabeza de lado a lado mientras se deja caer en el sillón. «Estaba demasiado ocupado ganando dinero para que tu hermana y tú pudierais montar a caballo y llegar a odiarme de mayores», se ríe, estirando la mano y dándole un golpecito con los dedos a las largas trenzas de Indy.

«¡Yo nunca te odiaré, papá!», chilla ella levantándose del sofá de un salto y sentándose en su regazo.

Papá cierra su voluminoso puño y se lo aprieta suavemente contra la cara. «¡No, tú no, guapa, porque eres un bomboncito!»

Ella le corresponde con el mismo gesto; boxean y juegan a pegarse un ratito. No lo soporto, porque hay una parte de mí que quiere tomar parte. Me levanto y me marcho. «Échale cinco años más, unas hormonas y un poco de perspectiva», comento mientras me dirijo hacia la puerta.

«¿Y a ti qué mosca te ha picado, marquesa de Carabás?», salta.

Mamá se vuelve despacito, atónita y sin comprender, mientras rocía de agua el clorofito. Me señalo el antebrazo. «Si crees que nunca fuiste idealista, lee lo que pone en tu muñeca. Eres un cobarde, eso es todo.»

«¡Cuidadito con lo que dices, guapa!», vuelve a saltar. «Te estás pasando de la raya.»

Ésa es una de sus expresiones favoritas. Salgo y subo los peldaños de las escaleras de dos en dos. En esta familia me he convertido en una marginada. Ahora el pilar de sus vidas es la niña mimada; es como una droga; en cuanto entra en una habitación los reduce a ambos a un estado de imbecilidad funesto y baboso. Yo soy un estorbo, la alborotadora que les recuerda que son unos fracasados. El dinero que aflojaron para la Universidad de Stirling, donde cateé, y ahora más para Midnight, que seguramente está cojo porque yo lo obligué a saltar una valla demasiado alta sólo por seguirle el ritmo a esa zorra de Lara y Scarlet Jester, y porque no soy tan buena como ella ni de lejos.

Estoy tumbada en la cama escuchando el «(s)AINT» de Marilyn Manson, de mi elepé favorito de todos los tiempos, *The Golden Age of Grotesque*, mientras leo a Danielle Sloman. He visto al tío ese de la moto, el guapo, el que vive en España. Detrás iba montado el asqueroso de Jason. Fantaseo con ser yo la que llevara detrás, y me estoy acariciando la entrepierna con los dedos cuando llaman a la puerta y él irrumpe, todavía claramente disgustado. Llevo mi mano libre hacia el libro. «Tendrías que estar en las caballerizas pateándole el culo a ese caballo en lugar de aquí tumbada oyendo esa mierda.»

Levanto la vista de *Sobreviví a mi pesar*. «El veterinario dijo que Midnight tenía que descansar. Aún no ha terminado su tratamiento de antiinflamatorios.»

«¿También dijo que tenías que descansar tú? Tendría que estar en las caballerizas de La Rue, donde le cuidarían como es debido.»

¡Dios mío, cambia el puto disco! «He hecho todo lo que me dijo Dobson…»

«Ya, ese tal Dobson es un desastre», dice mirándome, «no tiene ni idea. ¿Y cómo vas a ganarle a la pija esa de Lara con un caballo de lechero como ése? Lo único que sabe hacer ese parásito es comer sin parar. Si le colocaras un morral con suficiente comida comería hasta reventar. Espero que no le estés sobrealimentando.»

«Ay, por favor, déjalo ya.» Le doy la espalda. Cuanto más tosco se pone, más remilgada me vuelvo yo. Es casi el único de nuestros juegos en el que siempre gano yo, porque él acaba quedando como el tonto del pueblo.

Pero esta vez veo que luce una discreta sonrisa. «Aunque te diré una cosa, guapa, estás perdiendo una de peso impresionante. ¡Así sí que podrás ganarle! Sigue así», dice, guiñándome un ojo.

Lo horrible es que su forma de intentar establecer lazos afectivos es ésa.

Cuando se marcha, me siento envilecida e impura. Me entran ganas de ir al Burger King. Desde luego, sabe cómo sacarme de quicio. ¿Qué es lo que vería mi madre en él? Entre ellos no hay nada. Ni siquiera soy capaz de imaginar lo que pudo

haber en tiempos. Pienso en las fotos de cuando eran jóvenes, ella guapa, él igual que ahora. Intento imaginarme a un hombre más sensible y lo bastante tierno, aunque sólo fuera por unos fugaces instantes, como para tatuarse el nombre de una mujer en la piel. ¡Cómo me gustaría resucitar al hombre de entonces, aunque no fuera más que por un día!

Es tal la distancia entre él y mi madre que él ni siquiera soporta pasar el tiempo que sea a solas con ella en el día de su aniversario. Por consiguiente, se empeña en que salgamos todos juntos «a celebrarlo en familia». Podría haberla llevado, a ella sola o a todos, a Edimburgo o Glasgow, o incluso a Dunfermline o Kirkaldy. Hasta el simple detalle que supondría ese pequeño esfuerzo le supera. Nos va a obligar a ir a La Ducal, lo más parecido a la buena mesa que hay en Cowdenbeath.

«Eso es, tira la casa por la ventana», comento, rezumando sarcasmo al enterarme de la noticia.

«La Ducal es un sitio estupendo», gimotea mamá con gratitud lastimera.

«No puedo conducir por culpa de nuestros amigos de la policía de Fife», me recuerda él.

Es curioso, pero cuando se trata de trabajar, nunca le ha supuesto ningún problema. Casi estoy por ofrecerme voluntaria para hacer de chófer, pero eso ni pensarlo: necesitaré una copa para poder aguantar esto hasta el final. «¿Y qué me dices de los transportes públicos?», pregunto.

«¡Puaj! ¡Qué asco!», exclama Indigo arrugando la nariz.

«Paso de andar esperando trenes y los taxis son un robo», se explaya él. «Decidido, entonces. Vamos a lo más selecto de Cowdenbeath.»

En justicia, hay que decir que La Ducal está bastante bien, incluso mucho mejor de lo que tiene derecho a serlo un restaurante de un lugar como Cowdenbeath. Al menos las tapas y los capuchinos son decentes. Si no te asomas al exterior puedes hacerte la ilusión de que estás en otra parte. Como dijo el *Sunday Post:* «Buena comida, servicio atento, ambiente agradable.» Lástima lo de los comensales, pero no se puede tener todo.

«Qué sitio tan agradable», dice mamá. Si la hubieran enviado a Auschwitz en los años cuarenta habría dicho lo mismo.

«Entonces, ¿cuántos años lleváis casados?», pregunta Indy mientras muerde un colín.

«Dieciocho, y los que nos quedan», comenta papá con una sonrisa, apurando el vino y volviendo a llenar su copa. Le tiendo la mía para que me dispense el mismo trato. Me mira con recelo, pero de todos modos la llena.

Cuando llega el plato principal, suena el móvil de papá. «Ay, Tom», protesta débilmente mamá.

«A ésta tengo que contestar», dice guiñándole un ojo. «Perdonadme un

momentito, chicas. ¿Qué tal?», escupe al teléfono. «Un minuto», dice lacónicamente mientras sale a la calle. Le veo por la ventana, sosteniendo el teléfono como si fuera un aparato robot que le exprimiera la vida misma, moviéndose sin parar, como si estuviera en llamas o se muriera de ganas de mear.

No sé qué andará tramando, pero sé que no puede ser nada bueno. El único motivo por el que me importa no es porque haya echado a perder esta velada ya jodida de antemano, sino porque me obliga a mí a darles charla a estas dos mientras él urde sus lamentables planes. «Me pregunto a qué estará jugando», cavilo en voz alta.

«¿Hace falta?», pregunta mi madre antes de contestarse ella misma: «Trabajo. No para nunca», dice poniendo los ojos en blanco con gesto nostálgico.

Me dan ganas de gritarle a ese estúpido rostro: «Está jugando a follarse a otra, y eso suponiendo que seas muy, muy afortunada.» Pero no lo hago. Y me doy cuenta con un estremecimiento de que lo único que me impide hacerlo es que su sórdido negocio y sus aburridas vidas ni siquiera me importan lo suficiente. Quiero largarme. Salir de Cowdenbeath, Fife, Escocia, y de esa casa para siempre.

7. RECURSO

Vaya cómo se nos tiraron encima los putos tíos de Dunfermline esos. Big Monty se quedó ahí sonriendo, y desde entonces anda por ahí con ellos. Encima de embustero, un puto traidor. Me acusó a mí de buscar bulla. Me llevé una buena tangana y me duele en mi orgullo de nativo de Cowdenbeath quedar segundo ante esos cabrones. Da igual que fueran varios y estuvieran bastante cachas: no cabe duda de que yo y Boaby Shek, el del *chinky,* nos llevamos la del pulpo.

Las películas de kung fu, mecagüenlaputa; cuando me hice amigo suyo, pensé que Shek sería capaz de defenderse, o incluso que conocería algún movimiento de ésos. Pero lo único que hace es leer cómics y oír a gente como los Coldplay y Marillion y hablarle a todo dios de cuando estudiaba ingeniería en Heriot-Watt antes de que lo suspendieran tantas veces que tuvo que dejarlo. Hasta me hizo acompañarle a Haddington una vez, para asediar al cantante Fish, alias Derek Dick, en su casa. Yo siempre he sido más de asediar a los chochitos que a los famosos, pero Sheky se empeñó. Lo peor fue que me tocó a mí ir a por el autógrafo porque de repente Boaby se había convertido en una nena de doce tacos. Consiguió decirle una sola frase en plan despedida, y le costó siglos soltarla: «¿Algún… algún pro… proyecto nuevo… algún proyecto nuevo en ciernes?» Y entonces el cabrón salió corriendo, absolutamente avergonzado, antes de que Fish, desconcertado, pudiera responderle. Me dejó allí plantado, en el umbral de la puerta, explicándole a la cara pública del grupo que Boaby padecía una forma leve del síndrome de Tourette; el tío se limitó a asentir de forma circunspecta antes de volver a entrar en casa cuando alguna periquita supermodelo se puso a reclamarle a gritos.

Pero donde esté Haddington que se quite Dunfermline. ¡Eso no es Fife, coño! Dunfermline es un suburbio de Edimburgo. Pero pese a que el sitio me traiga malos recuerdos, quiero ver en qué clase de casa vive el tipo este de la Asociación de Futbolín de Escocia Oriental. Así que después de una buena ducha y una muda, me echo una pinta rapidita en el Goth. Podría elegir entre los autobuses 15, 30 o 19 para ir a Dunfermline si estuviera dispuesto a caminar un poco, pero paso, así que salgo del garito y de allí me voy a la estación de tren.

Siempre le digo a la gente que vivo en Central Cowdenbeath. Desde el andén de la estación se puede echar un lapo y darle a mi casa, cagüentodo. Fuera se ve el bloque de viviendas municipales y los contenedores de basura con ruedas, los de basura y los de reciclaje; negros por el carbón y azules por el Blue Brazil.

Ya a bordo del chu-chú, Richey el Agredido se acerca a perforarme el billete. El tío es una leyenda local; aparece constantemente en los medios de comunicación de Central Fife a cuenta de las palizas que le propinan los jóvenes (sin mediar provocación alguna, debo añadir). Ahora, eso sí, hay quien diría que la cocorota

pelirroja es provocación de sobra, aunque yo no me cuente entre esos cabronazos.

Cuando el tío empezó a trabajar en ScotsRail los mandamases no podían creer en la potra que habían tenido. Un hijastro pelirrojo víctima de abusos y con un par de ojos que hacen que Bambi parezca el tiburón de *Buscando a Nemo*. ¡Y venía a trabajar con ellos en un puesto de primera línea! Por supuesto, se empeñaron en que Richey fuera el chico del cartel para la campaña en contra de las agresiones que sufría la plantilla. Le dijeron que tenía la cantidad exacta de patetismo que precisaban. Le contaron que podría ser famoso, como el negro cabrón ese de gafas-de-culo-vaso del banco Halifax.

Richey sopesó la propuesta valorando los pros y los contras, pero optó por permanecer relativamente anónimo. Dijo que no quería llamar todavía más la atención entre «los jóvenes marginales de la comunidad local, que ya me ven como una especie de figura autoritaria debido al uniforme». Sus palabras, mecagüen, no las mías.

He oído toneladas de veces la historia de su padrastro, el de las manos rápidas y duras. Hasta intenté orientarle en el Goth en más de una ocasión. A mi manera, yo era como el Alexander Shulgin[1] ese, sólo que utilizaba oro negro en lugar de éxtasis. De todos modos, Richey se diculpa por perforarme el billete. «No soy yo quien te cobra, Jason, son los de ScotsRail», alega el pobre cabrón con ojos llorosos, como si fuera a sacar un machete y hacerlo rodajas allí mismo. «Si por mí fuera…»

«No te preocupes, tío», le digo.

Me mira y me suelta: «Eres un verdadero amigo, Jason. Yo te considero mi amigo. ¿Y tú a mí?»

«Sí, Richey, claro que sí», le digo. Joder, menos mal que ya es hora de desembarcar. Ese cabrón es capaz de hablar hasta ganársela; noté cómo me subía la bilis y los puños se me cerraban y abrían de forma involuntaria con sólo estar cerca de él.

Dunfermline. Sales del puto tren y te quedas tirado al pie de una puta colina en las afueras de la ciudad. ¿Cómo puede ser ésta la principal ciudad de Fife cuando ni siquiera está atravesada por la principal línea ferroviaria? Preferiría vérmelas en cualquier momento con unos de esos capullos de Kirkaldy que con uno de estos cabrones, os lo juro.

Es una casa grande, del estilo de esas de granito que hay en Aberdeen. Empieza a hacerse de noche cuando llamo a la puerta; me abre una maruja obesa con un vestido estampado. Tiene el cabello negro y corto, ojos escrutadores y el tipo de voz que dice «¿te das cuenta de lo superior que soy yo a un enano cascarrabias como tú?».

«¿Sí?»

«Eh, he venido a ver a su marido, el señor Mason. Eh, Oliver», le explico, pensando que si no quiere que lo utilicen, el cabrón no debería poner su nombre de pila por escrito.

Me pone careto de chupar limones antes de entrar y gritar: «¡Oliver! ¡Alguien

quiere verte!»

Al cabo de un minuto aparece en el marco de la puerta un tío con el pelo canoso y cada vez más escaso. Entorna los ojos y me mira por encima de las gafas. Parece una versión un poco avejentada de Neebour Watson. «¿Quién es usted y qué quiere?», me suelta de repente.

Le enseño la carta. Se quita las gafas y se las guarda en el bolsillo de la chaqueta de punto. La lee y luego me mira con careto de asco. «¡Se presenta usted en mi casa, dándole un disgusto a mi mujer, para molestarme por una nimiedad como ésta!»

«Lo siento, compadre, pero la carta dice que sólo tenía unos cuantos días para recurrir. No me fío del correo, así que pensé ¿venir en persona sabe?»

«¡Los cauces reglamentarios son los cauces reglamentarios, señor King! Por escrito y dirigi…»

Ya que el tío me recuerda a Neebour, me envalentono un poco y le corto. «Es que pensé que a lo mejor era más civilizado presentarme, conocer al responsable, llevarle a tomar una pinta al East Port o algo así y exponerle mi caso de hombre a hombre…»

Se lo piensa un poco mientras me mira de arriba abajo; luego se me queda mirando fijamente los pies durante un par de segundos. Después me mira a los ojos. «Ummm…, de acuerdo, estaré en el East Port en cinco minutos. En el salón-bar. Allí sirven buenas pintas de Guinness. ¿Es usted aficionado a la cerveza negra, señor King?»

«Siento una enorme debilidad por el dorado elixir negro, señor Mason.»

«Empezamos con buen pie, señor King. Le veré dentro de cinco minutos», dice el tío, guiñándome un ojo.

Así que me siento en el East Port, pido las Guinness y, en efecto, aparece el bueno de Olly Mason. Señalo su pinta con el dedo, lista para tomar, y sonríe. «Disculpe, señor King, quizá le juzgara mal. Le había tomado por uno de esos sujetos insolentes y anticonvencionales. No soporto a la gente que pretende saltarse los trámites, señor King. Hay maneras correctas e incorrectas de hacerlo todo. No obstante, su presencia aquí demuestra que siente pasión por el juego, y eso es algo que nunca está de más en el Futbolín Escocés.»

«Es mi vida», le cuento, aprovechando la oportunidad de arrimarme estratégicamente a él y de hacer sitio a un montón de currantes que están entrando en ese momento.

«Bien, pues por irregular que esto sea, estoy dispuesto a darle la oportunidad de explicarse.»

«Señor mío, es usted todo un caballero.»

Se lleva la pinta de oro negro a los labios y le da un sorbo mientras me enfoca con esos ojillos de rata. «Aunque dada la naturaleza un tanto irregular de este recurso, he de insistir en que todo lo que aquí se diga permanezca en la más estricta confidencialidad.»

«Ni que decir tiene, compadre. Estoy seguro de que está usted jugándosela por mí

y se lo agradezco.»

Asiente con gesto impasible. «Expóngame su caso, por favor, señor King.»

Así que le cuento los particulares de mi caso, y durante todo ese tiempo me mira como si me estuviera tomando la medida. «Si no le importa que se lo pregunte, señor King, ¿cuánto mide usted?»

«Uno cincuenta y ocho; bueno, uno cincuenta y siete y medio si nos ponemos quisquillosos.»

Se recuesta en el sillón y no le falta más que ronronear como un gato. «Maravilloso…, y es usted de complexión tan delgada y menuda que calculo que pesará unos cuarenta y siete kilos y medio.»

«Estoy más cerca de los cuarenta», le digo al cabrón. «No consigo aumentar de peso, y no es porque no me esfuerce. En tiempos fui yóquey, ¿sabe?»

«Ah…, ¿truncó su carrera alguna lesión, quizá?»

«Un estirón repentino más bien. Cuando medía uno cuarenta y tres podría haberme inscrito oficialmente como enano. El paraíso pituso», le explico mientras disfruto del oro negro. No soy nada fan de Dunfermline como ciudad, pero el East Port este es todo un oasis. «Así fue», le explico, «y entonces di aquel infausto estirón, y antes de darme cuenta medía uno cincuenta y ocho. ¡Siempre me pasa lo mismo, los centímetros de más siempre van a parar al departamento equivocado!»

Olly vuelve a mirarme como si me estuviera midiendo. «Sí…, es más o menos lo mismo que medía y pesaba mi hija», resuella con gesto un poco triste. «Lo asombroso es que tiene usted el mismo tono de tez y de cabellos y unos rasgos muy parecidos a los de ella. Esos ojos… como de gacela, decía yo siempre…»

«¿Qué le pasó?»

«Una tragedia, King, una tragedia.» Olly sacude la cabeza y sorbe su pinta. «Era una muchachita en la flor de la vida de la que nos privó un espantoso accidente de carretera. Había ido a una de esas malditas *raves* y el idiota que conducía el coche probablemente iba hasta las orejas de drogas…, en fin, que perdió el control del vehículo y perdimos a mi Kathleen», dice con voz quebrada, derrochando nostalgia y patetismo.

¿Qué podía decir yo? Me cuenta que sólo tenía diecinueve años, la misma edad que Lara. Era su orgullo y su alegría, me explica el tío.

Entonces recobra la compostura. «Discúlpeme por extenderme tanto», dice antes de consultar el reloj. «Oiga, ¿por qué no vuelve conmigo a casa a tomar un whisky de malta? Aún nos queda mucho por debatir.»

Vaya, debo reconocer que yo pensaba que más o menos eso era todo, pero se ve que no. «Puedo garantizar que lo readmitirán», dice volviéndose hacia mí y mirándome como un policía mientras pasamos por delante del Carnegie Halls, iluminado para un espectáculo, «pero no puedo amparar el vandalismo. ¿Me asegura que no tuvo usted nada que ver con los daños sufridos por el tablón de anuncios?»

«Se lo juro por la vida de mi madre», aduzco en tono muy sincero, antes de

añadir: «Corre el rumor de que fue un elemento levantisco de la hinchada del Cowden, por aquello de que también es el tablón de anuncios de los Pars.»[2]

Olly lo piensa un poquito. «Sí, por desgracia aquí en Dunfermline también tenemos nuestra proporción de mala hierba, señor King. Pero veo que usted está hecho de otra pasta.»

Así que volvemos a casa del bueno de Olly Mason. No hay ni rastro de su mujer. Parece que me haya leído el pensamiento. «June ha ido al Club de Rotarios, se pasa la vida allí.» Me hace pasar a una gran sala de estar. Después coge una foto que hay encima del piano. Es de una chavala jovencita. «Kathleen», dice, sosteniéndola ante mí.

Mecagüenlaputa, y encima era una preciosidad de chavala. ¡Pero qué cruel puede llegar a ser la vida! «Aayy…», suelto yo, como mi madre cuando se entera de que han atropellado a un perro.

«Acompáñeme, señor King», me dice el cabrón. Sale y sube apresuradamente por una vieja escalera mientras yo me esfuerzo por no quedarme atrás. De momento sigue sin haber ninguna señal de la puta priva.

«Jason», le suelto.

El tío se detiene y me mira por encima del hombro desde arriba. «Mantengamos cierta formalidad hasta que hayamos cerrado el trato, porque es usted la clase de persona con la que se puede contar para hacer tratos, ¿no?»

«Por supuesto», le aseguro.

Asiente con gesto cómplice y entramos en un dormitorio. No contiene ningún *Margaret Thatcher*,[3] pero hay un montón de ropa de chica colgada del perchero. «La habitación de Kathleen… está igual que la dejó…, yo nunca…» Empieza a sollozar en voz baja, quitándose las gafas y frotándose los ojos. Después coge una de las perchas, de la que cuelga una camiseta Next que me pone por encima para ver cómo me queda. Me mira un segundo, y luego la aparta. «No querría usted…, no, qué tontería…, discúlpeme, King…, atribúyalo a la locura de los desconsolados…, cuando uno lo ha perdido todo, llega a un punto en que está más allá de la desesperación y está dispuesto a probar cualquier cosa con tal de aliviar el dolor…, lo sé, es una estupidez…»

«Eh, ¿cómo dice?», me oigo decir. «Si puedo ayudarle en algo, lo haré.»

Cuando el bueno de Olly me mira con esos grandes ojos llorosos yo pienso en *Bambi*, la película aquella. La vieja y yo la estábamos viendo juntos, el trozo triste ese donde muere la madre. Y ella dijo: «Si ésa fuera yo, a nadie le importaría», y yo le solté: «A mí sí que me importaría, mamá, soy tu pequeño Bambi.» Luego ella volvió a llenarse la copa de jerez y se puso toda llorosa. Qué momentos tan conmovedores, antes de que se marchase a aquella cama de cuatro columnas en Dunfermline con Arnie Culomierda, recuerdo que me saca de quicio. Pobre Olly. «Si hay algo que pueda hacer…»

«Pues podría hacerme usted un gran favor, señor K… Jason. Verá, nunca tuve la

oportunidad de despedirme de Kathleen y me recuerda usted tanto a ella…, sé que es estúpido por mi parte y que es un favor muy caprichoso…, pero se lo agradecería muchísimo.»

Yo estoy pensando: Pobre tío, si puedo ayudarle a él a la vez que me ayudo a mí mismo, mecagüenlaputa, lo haré. El Ulster, Palestina, Fife. ¡Que comience el proceso de cicatrización! «Lo que quieras, Olly.»

«Bueno, pues estaba pensando que si puedo pedirle que se ponga esta ropa…, es una locura, ya lo sé, pero si pudiera fingir que es usted Kathleen; sólo serían unos minutos, le estaría tan agradecido…, para que pudiera despedirme y llegar a…, no sé, creo que la palabra de moda en estos tiempos es "clausura".»

«Bueno, vale…»

«Como un guante, Jason, muchacho. Esta ropa le sentaría como un guante.»

La miro de arriba abajo. Bonita es, desde luego. «Me apostaría algo a que sí.»

Así que estaba por la labor si era cuestión de ayudar al pobre tío y al mismo tiempo silenciar a algunos de los críticos del New Goth, a los que les encantaría que al Rey de Fife le hicieran a un lado y lo consignaran al basurero futbolinístico. Así que me pongo los trapos; blusa, minifalda, medias, ligas, toda la pesca, y por supuesto los zapatos de tacón; el tío estaba especialmente encantado de ver que los zapatos eran de mi número.

Entonces aparece con una peluca y una bolsa de maquillaje, cosa que me perturba un poco. «No lo puedo creer, está usted idéntico a como vestía ella en sus últimos días, cuando trabajaba como agente de seguros en Scottish Equitable…» Me pasa la peluca y el maquillaje, mecagüenlaputa. «Permítame suplicar su indulgencia, señor King, pero el asombroso parecido que tiene usted con Kathleen sería completo con estos accesorios.»

«Eh…, vale…», le digo al tío. De perdidos al río.

«Eso sí, no abuse del maquillaje, señor King. Que la mesura y el comedimiento guíen su mano. A mi Kathleen nunca le gustó parecer una putilla.»

«De eso no me cabe la menor duda, Olly, no lo dudo en absoluto», le digo mientras me siento delante del espejo. «Aunque ahora me acuerdo de que dijo usted algo acerca de un whiskito de malta, ¡y la verdad es que ahora mismo no me vendría mal para darme un poco de valor!»

«Cómo no», dice Olly mientras abandona la habitación, «discúlpeme…, Jason. ¡Vaya una forma de desatender mis obligaciones de anfitrión!»

Oigo sus fuertes pisadas al bajar las escaleras y acabo enseguida; y debo decir que no tengo demasiado mal aspecto cuando me veo en ese espejo de cuerpo entero. Bajo las escaleras y ahí está Olly con dos grandes vasos de whisky.

«Es asombroso…, ¡no me lo puedo creer! Se parece usted más a Kathleen que…, por favor, siéntese.»

Así que tomo asiento en el sillón grande y él se postra ante mí y empieza a besarme los pies, empezando por los zapatos, mientras me suelta: «Lo siento, cariño,

lo siento tanto, tantísimo», gimotea de forma súbita y voluminosa, ¡y entonces me echa la cabeza sobre el regazo!

Yo me limito a mirarle la parte superior de la cabeza, la calva reluciente con hebras grises atravesándola, sin saber dónde poner el careto.

Él sigue dale que te pego con lo mucho que lo siente, así que simplemente digo en voz baja: «No pasa nada, papá.»

«Dilo otra vez…», me ruega en tono de urgencia.

«No pasa nada, papá…, papi…, de verdad», le suelto.

Olly está llorando pero noto cómo su codo se me clava en la pierna. Durante un ratito parece ponerse todo tenso, jadeando; luego se estremece antes de decir entre jadeos: «Gracias…, gracias, Dios mío…»

Durante unos instantes yace relajado a mis pies, sin tensión alguna en el cuerpo, pero luego se oye el ruido de una llave girando dentro de la cerradura y se levanta como un rayo. «¡Cielo santo! Es ella, que ha vuelto de ese estúpido Club de Rotarios.» Me mira como si estuviera a punto de cagarse encima. «Oiga, tiene que marcharse», y se pone en pie y empieza a empujarme, ¡haciéndome atravesar la cocina y sacándome por la puerta trasera!

«¡Y mi puta ropa, mecagüenlaputa! ¡Así no puedo salir a la calle!»

«Por favor, señor King… Jason, mi mujer me…, el trauma de ver a alguien con un parecido tan grande con nuestra hija la mataría, no lo comprendería. ¡Hágame este favor y le garantizo que su recurso prosperará! ¡Se lo prometo!»

¡Así que me quedo allí afuera, en el jardín de atrás, vestido de mujer, cagüenlaputa, sin tener siquiera una puta linterna con la que regresar a Cowdenbeath! ¡Y encima con el billete de tren en el puto bolsillo de los vaqueros, que se han quedado arriba, mecagüen! Y no es que fuera a subirme al tren con esta facha. Por si no bastara con la compasión que me prodigaría Richey el Agredido, ¿encima tener que bajar la colina con el Goth a la vista a la hora del cierre? ¡Y una puta mierda!

Lo único que cabe hacer es tratar de caminar con toda la dignidad posible. Doy la vuelta a la casa y salgo a la calle, donde una maruja con un perro se me queda mirando. Intento pensar en el lenguaje corporal de las chicas a las que he seguido, y me esfuerzo por menear el culo lo menos posible y dejar que los tacones hagan lo demás. Así que me dirijo hacia el este, más allá del East End Park, hacia la gran rotonda, ¡donde no me queda otro remedio que sacar el pulgar porque están cayendo chuzos de punta y nunca lograré recorrer diez kilómetros con tacones!

8. TRANSIT

Quedamos con los chicos en el café de Dunfermline Glen, ya bien entrada la tarde. Estábamos todos tomando unos cafés Kenco, cuando uno de ellos, el grandote con el que anda follando Lara –Monty, le llama–, saca una pequeña botella de whisky del bolsillo. Lleva una camiseta con la leyenda *Guns n Roses-Appetite for Destruction* estampada encima. Con esas enormes manos, tan grandes como las de mi padre, echa un poco de whisky en el café de Lara y después hace lo mismo con el café del otro tío, al que nos ha presentado como Klepto. Hace ademán de servirme a mí, pero tapo la taza con la mano. «No bebo y conduzco», le aclaro.

El chico grande tiene la piel de color ceniza, salpicada con incongruentes pecas anaranjadas. Parece un pan de pita con sarampión. Pelo rubio y corto con canas en las sienes. Es un monstruo y no puedo dejar de preguntarme sobre la clase de relaciones sexuales que mantendrán Lara y él.

Monty se encoge de hombros mientras el tal Klepto comenta: «Muy sensata», cabeceando de forma irónica. Es un muchacho delgado y fibroso, con grandes dientes de conejo y unos ojos muy fríos y muy oscuros que parecen clavarse permanentemente en ti.

Monty se reclina en el asiento y se estira, exhibiendo su musculoso físico. No está gordo, pero no tiene la musculatura cincelada de culturista que les veo a los chicos del gimnasio, aunque tenga unos bíceps enormes. Lo he visto en otras ocasiones, entre algunos conocidos de mi padre: es el producto de trabajar en la construcción. «¿Qué, chicas? ¿Hay ganas de emociones fuertes esta noche?», pregunta en un tono como de amenaza.

Me siento violenta, y creo que Lara también, pues se ríe un poco antes de espetar en tono desafiante y provocador: «¿Insinúas que hemos venido al lugar indicado?»

«Ni-lo-du-des», bromea Monty con una sonrisa.

Un poco más tarde, mientras vamos hacia los coches, le cuchicheo a Lara: «Desde luego, el príncipe Guillermo no es.»

Lara pone gesto impasible. Me está excluyendo. El corazón me da un vuelco cuando se sube al coche de Monty. No logro disimular mi aprensión y Monty se da cuenta. «Klepto irá contigo para que no te pierdas», dice en tono misterioso.

La furgoneta arranca; después de permanecer bajo la lluvia uno o dos segundos, me subo a regañadientes al coche y abro la puerta del asiento del pasajero para dejar entrar a Klepto. Salimos tras ellos. Ahora llueve con fuerza sobre el grasiento parabrisas; enciendo el limpiaparabrisas.

Klepto se pone cómodo, el cinturón de seguridad paralelo a la raya diagonal de su suéter. Me doy cuenta de que me mira, como evaluándome. «¿Qué me cuentas, Jenni? ¿Tienes novio?»

Empiezo a tener mucho frío y subo la calefacción. «Sí, estoy saliendo con alguien.»

El instinto me dice que levante unas cuantas barreras entre este tío y yo. Está claro que no lo he dicho con demasiada convicción, porque sonríe y me espeta: «No te creo», antes de añadir: «Porque no es eso lo que dice tu amiga.»

Esa puta zorra: ¡mira que montarme una encerrona con este pringao! «La verdad es que me da igual lo que tú creas o no.»

Me levanta ligeramente el tono de voz y veo el aire amenazador de su mirada. «Eh, no te me pongas chula, guapa», salta. Ahora tengo la sensación de que en el coche hace demasiado calor. Menos mal que vuelve a adoptar un tono juguetón. «Vale, si tienes novio, entonces ¿cómo se llama?»

«Jason», digo de pronto.

«Jason», repite Klepto en voz baja. «¿Y dónde está ese Jason esta noche?»

«Tenía que ir a ver a unos amigos», le cuento.

Espero que eso ponga fin al interrogatorio. Vana expectativa, no obstante. «Es curioso que tu amiga no sepa nada de ese tal Jason», comenta con una sonrisa de oreja a oreja. Apenas veo la furgoneta delante de nosotros.

Decido concentrarme en la carretera y le pregunto, sin volverme hacia él: «¿Se entera tu amigo de todo lo que haces tú?»

«¿Monty?», pregunta riéndose. «Sí. Poco más o menos.»

Eso parece suscitar un paréntesis de reflexión y afortunadamente se calla un ratito. Bajo la calefacción y miro las colinas marrones saturadas de humedad, que parecen estremecerse bajo la lluvia. En el preciso momento en que empezaba a relajarme, su espeluznante voz vuelve a inundar el coche.

«Pues me juego algo a que novios tienes unos cuantos. Una tía buenorra como tú…, seguro que se dan de bofetadas.»

Intento no hacerle caso, pero a pesar del asco que me inspira, no consigo evitar sentirme halagada. Son tantos los chicos a los que me gustaría oírles decir eso, pero a él…

«Oye, Jenni, ¿puedo hacerte una pregunta?»

¿Qué se contesta a algo así? Ni siquiera puedo hacer caso omiso. Miro directamente la carretera a través del parabrisas.

«¿Eso qué quiere decir? ¿Que sí o que no?»

«Pregunta si no hay más remedio», bufo en tono derrotado. Después, enfadada conmigo misma por ceder terreno, salto: «¡Estoy intentando centrarme en la carretera!»

Él ni se inmuta; me presenta su propuesta, previsible pero inquietante. «¿Crees que si alguien está saliendo con otra persona debería poder morrearse con otra gente? Sólo morrearse y tal.»

A pesar de la ansiedad y el asco que siento, no puedo dejar de pensar en lo mucho que me divertiría flirtear así si quien me lo preguntara no fuera un psicópata violador

imbécil y con dientes de conejo. «Depende», le espeto.

«¿De qué?», pregunta él, boquiabierto.

Vuelvo a interpretar el papel de cretina condescendiente. «De lo que hayan acordado ambas partes, del tipo de relación que mantienen.»

«Ya», asiente estúpidamente.

Y hay algo en esa estupidez, en ese grado de cretinismo predatorio en *mi* coche, que me hace reaccionar como no debería. «Ya», repito, «y fuesen cuales fuesen las circunstancias, no concibo que jamás quiera morrearme contigo. Así que te agradecería que cambiaras de tema. O mejor aún, que te callaras de una puta vez.»

No me vuelvo para mirarle, pero noto que el ritmo de su respiración ha cambiado. Se ha vuelto fatigosa, como si tuviera que forzarla contra el aire acondicionado del coche. Entonces resuena su voz: ahogada, ronca, áspera como una sierra circular. «Crees que tu asquerosa mierda no huele, ¿eh, zorrita pija?»

Mi confianza empieza a esfumarse. No debí haber dicho eso. Estaba ganando. «Oye, que estoy intentando conducir.»

«Estupendo, tú sigue conduciendo», dice. ¡Y entonces se inclina hacia mí y me mete la mano por debajo del jersey!

¡Joder, esto ya no lo puedo creer! «¡Vete a tomar por culo! ¡¿Qué coño te has creído?!» Pego un frenazo; por suerte, no hay nadie detrás de nosotros. Le aparto la mano. «¡Bájate! ¡Bájate del puto coche!»

«¿Por qué no me obligas?», me desafía, mirándome con ojos como los de un oso medio muerto de hambre en un documental sobre la vida salvaje.

Saco el móvil del bolso. ¡Y me lo arranca de las manos!

«¡Devuélvemelo!»

«De eso nada. Enséñame un momentito una teta y te lo devuelvo», me propone con una sonrisa mientras se lo coloca tras la espalda. No voy a forcejear con este pervertido para recuperar mi teléfono. ¡Eso es lo que quiere!

En lugar de eso, intento razonar con él. «Oye, como lleguemos tarde Lara me llamará.»

«Nah, para mí que ella y Monty estarán ocupados en alguna parte», me dice con una sonrisa. «Venga, enséñame un momentito una teta y me conformo. Soy un hombre de palabra. De lo contrario», levanta la voz en tono amenazador, «tendré que darte un bofetón en los putos morros.»

Hostia puta, ¿cómo puede estar sucediendo esto? Echo una mirada a la puerta.

«No empieces con eso», salta él. «Venga, no seas boba. Lo único que quiero es verte las tetas un momentito. Mantendré las manos quietas. Palabra de boy-scout.»

«Si tanto te importa», maldigo, llena de impotencia y de rabia. ¡Esa puta de Lara, encanallándose con psicópatas y arrastrándome por su mierda! Me desabrocho la blusa y me subo el sostén. «Ya está. Me has visto las tetas. ¿Estás contento?»

«Extasiado», se ríe mientras yo me arreglo la ropa. «Como te he dicho, soy un hombre de palabra. Pero tengo que pensar en mi reputación de donjuán. Así que

ahora cuando esté en el pub y la conversación se ponga cochina, podré describir tus pezones. Y decir que tienes un pequeño lunar en la teta derecha.»

«Dios, qué lamentable eres.»

La sonrisa vuelve a esfumarse. «Tú cierra la puta boca y conduce.»

Pese a lo furiosa y humillada que me siento, eso es exactamente lo que hago. Me odio a mí misma por dejarme endilgar un psicomatón como pasajero, pero por encima de cualquier otra cosa odio a Lara que te cagas. Al menos el cretino este cierra su sucia boca, salvo para ladrar indicaciones de vez en cuando.

Entramos en Clackmannashire y paramos en una granja próxima a Alloa. Es una vía de acceso que tiene una entrada sin señalizar por la que pasarías sin darte cuenta si no supieras que estaba allí. Muy pronto desaparece el asfalto, que da paso a un lodo pedregoso. La casa de labranza tiene aspecto abandonado y hay un gran establo anexo en el exterior donde hay muchos coches aparcados, buena parte de ellos voluminosos 4×4. Me muero de ganas de bajarme del coche y lo hago apresuradamente. Resultado: mis botas se hunden en el barro. Quiero decirle algo a Lara pero está con ese psicópata de Monty. «Nos perdimos un poco», dice ella con una sonrisa.

«Ya veo que vosotros también», comenta Monty dedicándole una risita a Klepto. Lleva consigo a esa mole de pit-bull, menos mal que con el bozal puesto, que se acerca a olisquearme la pierna.

«Un poco sí, pero lo que le da aliciente son los rodeos», comenta con sorna Klepto, ese puto delincuente sexual incompetente. «Eso sí, un poco antes de llegar vi un par de colinas bien monas», añade mientras se agacha y da unas palmadas en los musculados costados del perro.

Trago saliva y me aparto de ellos, dirigiendo la mirada hacia el establo. Hay un tipo vigilando la entrada; Monty le hace un gesto con la cabeza y nos deja pasar. El sitio está abarrotado. En el suelo hay unas puertas viejas tumbadas de costado y atornilladas unas a otras para formar un ring de poco más de un metro cuadrado. Está cubierto de alfombras viejas, cabe suponer que para evitar que los perros resbalen al atacarse. He de reconocer que en conjunto esta grotesca pantomima resulta inesperadamente fascinante.

Al cabo de un rato, los dueños entran en el ring con sus perros, un rottweiler y un pastor alemán. Los sujetan, cada uno en su rincón, detrás de unas rayas marcadas en el suelo, desde las que los perros se miran el uno al otro como dos boxeadores. Si exceptuamos a un hombre flaco con el pelo engominado y peinado hacia atrás, que deduzco que es el árbitro, los únicos cuerpos presentes en el ring son los de los perros. El ambiente se está volviendo infernal. Los rostros de los hombres que hay en el establo son uniformemente demoníacos; me siento como si me encontrara sumida en una extraña pesadilla. Lara parece fascinada, y sin embargo está tan horrorizada como yo. De repente, el árbitro ladra: «¡¡Suelten a los perros!!», y los animales se lanzan al ataque, confluyendo salvajemente en el centro del improvisado foso y

revolcándose entre ráfagas de feroces gruñidos.

Se oyen vítores; la multitud anima rabiosamente a los animales enloquecidos. Pero no parece haber demasiada acción; se produce un extraño impasse durante el cual da la impresión de que los rostros de los perros están pegados el uno al otro con cola de contacto. De pronto empieza a oírse un alirón –«enganche, enganche, enganche»– que va aumentando cada vez más en velocidad y volumen. Monty interpone su enorme cara entre la de Lara y la mía y nos explica: «Cuando un perro le muerde al otro el labio y se lo atraviesa, se dice que están enganchados. Paraliza la acción por completo.»

No permanece paralizada por mucho tiempo, porque el cuidador entra en el ring con un palo y se lo introduce en la boca al perro para abrirle las mandíbulas. «El cuidador tiene que meterle el palo en la boca al perro para romper la presa», nos explica Monty con regocijo.

Su perro, con bozal y a su lado, sujeto por una correa estranguladora, es muy disciplinado; no reacciona en modo alguno ante la carnicería que se está produciendo en el ring. «Aquí Kenneth es de los que atacan a la cara, no a la garganta. Eso es una ventaja», nos explica con evidente fruición. «Muy pocos de los que atacan a la garganta son lo bastante rápidos como para entrar a matar y reventarle la garganta al otro. Con suerte a lo mejor consiguen hacerle perder el conocimiento al otro perro si consiguen trincarlo bien de la garganta y dejarle sin oxígeno», nos explica, contemplando con desdén a los perros que están en el ring. «Ésos no son auténticos perros de pelea», nos explica, «un pit-bull en condiciones se los merendaría a los dos a la vez.»

Una vez separados, los perros vuelven a lanzarse al ataque, fusionándose en un solo animal que gruñe sin parar y azota con fuerza la puerta que tenemos delante de las piernas. Vuelven a separarlos y se lanzan al ataque otra vez; el pastor alemán parece el más agresivo de los dos. Tras este último intercambio, el rottweiler tiene el rostro desgarrado y gañe de forma horrible. Me entran ganas de gritar «Basta». «Ya veis», dice Monty en tono triunfal, «la presa del rotty es tres veces más fuerte que la del pastor alemán, pero el muy capullo no tiene coraje. La mayoría de los perros que atacan a la garganta sólo tienen una oportunidad y lo único que consiguen es llenarse la boca de pelos. En cuanto el que ataca a la cara empieza a reventarles el careto se acojonan y ya están vencidos. Es como si un boxeador que no tuviera más que un golpe devastador se pasara toda la pelea tratando de acertar con un derechazo tremendo mientras el otro le hace picadillo a base de directos de izquierda y combinaciones. Los pit-bulls son los verdaderos peleadores; los demás sólo valen para las exhibiciones. Son fenómenos de feria», sentencia con una carcajada, «el plato fuerte somos nosotros. Esto tiene una tradición enorme detrás; las reglas llevan fijadas un porrón de años. Es un deporte, igual que los toros en España», dice presuntuosamente.

Lara se estremece. «Me parece espantoso», suelta antes de mirarle y añadir con

una sonrisa, «pero también divertido.»

El pastor alemán sujeta por la nuca al quejumbroso y atemorizado rottweiler. El pobre bicho está paralizado de miedo y no hace más que estremecerse y gimotear, encogiéndose y agachando la cabeza mientras el pastor alemán le gruñe por la nariz desde encima. Un vejete enloquecido y aterrador levanta en alto una botella de whisky medio-llena, medio-vacía, y ruge: «¡Mátalo!» Un tipo fornido que lleva la cabeza afeitada y viste una chaqueta negra Stone Island saluda a Monty y le pasa un espejo con rayas de cocaína ya preparadas. Él se mete una y le pasa el espejo a Lara, que a su vez me lo pasa a mí. Yo paso; me apetece colocarme, pero no con esta puta gente. Veo que Klepto se mete una.

«Para mí que en el siguiente asalto eso es lo que va a pasar», anuncia Monty con sorna.

Los dueños separan por fin a los perros. Al pastor alemán le ponen el bozal mientras el dueño del rottweiler mira a su perro con asco. Lo que en un principio tomo por una especie de veterinario venido a menos, pero al que después reconozco como el borracho de la botella de whisky, restaña sus heridas echándole un producto de color oscuro que lleva en una botella, que imagino será alguna solución de tintura de yodo. Él se lo aplica mientras el dueño sujeta al perro por el hocico.

«Ese cabrón me ha costado quinientas libras. Hijo de puta», maldice Stone Island. «La verborrea de Ronnie no vale una mierda. Ese puto perro no podría luchar ni contra el sueño.»

«Siempre hay que apostar por los que van a por la cara, Mike. ¡A ver cómo vas a pelear cuando te están arrancando la cara!», le dice Monty.

Estoy fascinada, aunque el frío me está calando los huesos y me recorran escalofríos con la regularidad de una luz estroboscópica. Por lo visto, Lara, envalentonada por la cocaína, está disfrutando de la matanza. «Ha sido estupendo», declara, antes de mirarme y añadir: «¿Qué? Los han criado para eso. A esos perros los crían para pelear, igual que a los caballos para correr, saltar y que los monten. No veo cuál es el problema.»

«El problema», empiezo yo, bajando la voz y cuchicheándole con urgencia al oído, «no son los perros, sino la gente que hay aquí», y mientras escruto los rostros de los hombres que me rodean, de pronto reconozco a uno al otro lado del ring. ¡Es mi *padre*, conversando con un tipo bajito y calvo! ¡Gracias a Dios que no me ha visto! Doy un paso atrás, presa del pánico. Me llevo a Lara a un lado.

«Tengo que marcharme. Ahora mismo.»

«¿Por qué? ¿Nos rajamos, señorita Cahill?», me pregunta con aire de suficiencia. «¡El siguiente perro que va a pelear es el de Monty!»

«No es eso. ¡Está aquí mi padre! ¡No quiero que me vea!»

Lara rechina los dientes y enarca las cejas. «Pues yo me quedo. Me lo estoy pasando bien.»

«No le digas que he estado aquí», le ruego, echándome hacia atrás un poco más.

Klepto se me queda mirando. *«¿Ése es tu padre?* ¿Tam Cahill?»

«¡Sí!», le digo entre dientes. «Por favor, no le digas que he estado aquí.»

Se ha quedado lívido. «¡Por eso no te preocupes!»

Me abro paso entre la multitud. Alguien me soba el culo. Me vuelvo y veo a Stone Island ladeando su cabeza pelada mientras me dedica un guiño insolente. Sigo caminando mientras un viejo se ríe y me dice: «¡Ése es de los que no tienen pedigrí, guapa!» Salgo al exterior y me subo al coche. Mientras me largo, veo el 4×4 de mi padre aparcado junto a algunos vehículos más en un patio asfaltado que está al otro lado del establo. Salgo de ese lugar espantoso y vuelvo a la carretera que lleva a Cowdenbeath pasando por Dunfermline. La llovizna se ha transformado en aguacero.

Me alegro inmensamente de volver a estar sola. Pienso en mi padre y en el perro. Ay, Dios mío. No es posible…, veo una figura solitaria de pie, junto a la alcantarilla, que al verme corre tambaleándose hacia la carretera. Asombroso: alguien haciendo autostop en las afueras de Dunfermline. Es una chica. Paro y se acerca.

Pues no es una chica. ¡Es un tío vestido con ropa de mujer y además le conozco!

Bajo la ventanilla. «¿Qué haces así vestido? ¿Y qué haces por aquí?»

Se envuelve el cuerpo con los brazos. ¡No lleva abrigo! «Es muy largo de contar. ¿Podemos discutirlo dentro del coche?»

Abro la puerta del asiento del pasajero. Cuando sube, no puedo dejar de pensar en lo femeninas que parecen sus piernas, enfundadas en esas medias empapadas. Me entra un ataque de celos, porque las mías las veo tan informes y gordas bajo los vaqueros…

«¿Y tú de dónde sales?», me pregunta.

«De ver a unos amigos», le contesto apresuradamente. «Aunque me parece que viene más al caso preguntar de dónde sales tú.»

Jason me mira con esos ojos de susto casi permanente mientras yo sopeso el hecho de que fue su nombre el que utilicé para intentar salir del atolladero con ese pervertido. ¡Fue el primero que se me vino a la cabeza cuando me preguntó por mi novio! Y ahora va vestido de chica. «Me metí en un grupo de teatro amateur. Hacía de chavala en una obra. Había venido a ensayar en Carnegie Hall y tal. Así que salí a echar un traguito, uno dio paso a varios más, ¡y me acabé quedando fuera y sin poder entrar! ¡El problema es que toda mi ropa y mi dinero se han quedado en el vestuario! Estas cosas sólo me pasan a mí», dice con una sonrisa desconsolada.

Cuando entramos en Cowdenbeath, le cuento lo de Hawick y mis expectativas cada vez más reducidas de participar en el torneo. Mientras bajamos por el centro veo que está nervioso.

«Eh…, por supuesto, no me importaría que me dejaras en la puerta de casa. La gente podría, eh, malinterpretar las cosas…»

Empiezo a reírme incontrolablemente mientras él se encoge en el asiento y me da indicaciones para llegar a la pequeña urbanización de viviendas municipales que está detrás de la estación de ferrocarril. «Joder», maldice, agachándose todavía más

cuando ve a un grupo de gente saliendo del cochambroso y viejo pub de la esquina, «¡es Neebour Watson!»

En cuanto el tío que no quiere que le vea pasa de largo, paramos delante de casa de Jason. «Jenni, ¿puedo pedirte otro pequeño favor? ¿Te importaría llamar a la puerta y pedirle a mi viejo que te baje mi parka, las zapatillas y los pantalones del chándal?»

Me siento un poco reacia a transigir con esta última petición, pero le veo tan desesperado que acepto. «Bueno, vale…»

Salgo del coche y recorro el sendero. Al llamar a la puerta, me percato de que del interior de la casa sale música rap a todo volumen. Por fin me abre un hombre con la cara arrugada y amarillenta por uno de los lados, como si se la hubiera quemado. Por el otro me recuerda a alguien que me resulta un tanto familiar, pero no a Jason con más años. Del interior de la casa sale un ruido casi ensordecedor, así que vuelve a entrar y lo baja. Cuando reaparece, le cuento la historia que Jason me ha contado a mí. Sacude la cabeza con gesto dubitativo, pero me hace pasar al vestíbulo. Parece todo muy viejo y huele a fritanga. «Perdona por el estruendo. Es 50 Cent», me explica con un gesto de la cabeza; después, accediendo a la petición de Jason, sube las escaleras y regresa con los artículos solicitados. Saco la ropa al coche y me quedo fuera mientras Jason se pone como puede los pantalones del chándal y las zapatillas antes de envolverse en la parka.

Sale del coche y me mira un instante. «Muchas gracias, Jenni. Te debo una», me dice con una gran sonrisa que le transforma el rostro por completo; ahora es todo dientes, ojos y entusiasmo. «Eres una tía de primera: guay del Paraguay.»

Entra en casa y yo me voy a casa pensando que Jason es mucho más dulce y un buen puñado más interesante de lo que había creído hasta ahora.

Cuando llego a casa, tengo la cabeza revuelta por los acontecimientos del día, así que me quedo levantada viendo la reposición de un documental sobre la muerte de Kurt Cobain. Me gustan estas horas, cuando todos los demás están en la cama; tengo toda la casa para mí y hasta se puede soportar la televisión. Cobain era un genio. Ser capaz de optar por la muerte antes que por la adulación: ¿acaso no es la manifestación suprema del coraje moral que todos quisiéramos poseer? Se me empañan los ojos. Fantaseo con que Kurt se presenta en Cowdenbeath a lomos de una gran moto, me invita a montar detrás de él para salir del pueblo y acabar recorriendo carreteras rurales del sur de Europa, antes de detenernos para hacer el amor en la cima de una soleada colina toscana. Estaba a punto de masturbarme cuando oigo que se abre la puerta principal.

Es muy tarde. Quién coño…

Entonces entra papá con Ambrose, ¡que lleva el rostro lleno de vendajes! Al ver que sigo levantada, se muestra anormalmente apocado. «Eh…, ¿qué tal?»

Me acerco al perro, al que sólo se le ve un ojo tristón a través de las gasas. «¿Qué coño le ha pasado?», pregunto reprimiendo un grito, como si no lo supiera.

Mi padre mira al pobre bicho. «Unos rottweilers, dos para ser exactos; le han atacado en el Glen esta tarde. El pobre hijo de perra casi pierde un ojo. He tenido que llevarle al veterinario para que le cosiera la cara.»

«¿Y tú lo has permitido?»

«¿Qué otra cosa podía hacer?», gimotea, y al ver que me levanto del sofá de un salto, añade: «¿Desde cuándo te importa a ti el perro?»

«Desde que lo explotas, joder, ¡como intentas hacer con todo lo que se te cruza en tu camino!», le grito. Protesta diciendo que voy a despertar a mamá y a Indy. Cierro de un portazo para no tener que oírle.

En efecto, mamá está en lo alto de la escalera en camisón, preguntando en tono suplicante: «¿Qué pasa, Jenni?»

«¡Pregúntaselo al puto monstruo con el que cometiste la estupidez de casarte!», ladro mientras entro en mi habitación.

«¡Muestra un poco más de respeto por tu padre y por esta casa, jovencita!», chilla mientras le oigo a él apaciguarla en la escalera. No sé cuál de los dos es peor: él con su moral de rata de alcantarilla, o ella, que tiene el cociente intelectual de un gerbo.

9. EN EL GOTH

Neebour Watson está diciendo algo muy pertinente sobre un tema que lleva mucho tiempo dando qué pensar a los hombres propensos a la especulación. «No entiendo que las tías se pongan tan raras con lo de la ropa interior VPL, como si no fuera sexy, pero un par de calzoncillos con la etiqueta Calvin Klein asomando por encima de los vaqueros se supone que sí.»

«Mecagüenlaputa, te entiendo perfectamente; vi a Lara saltando la valla a lomos de Scarlet Jester, y a través de los pantalones de montar se le veían las bragas. Ya te digo, esa escena la volví a ver mil veces en el reproductor de DVD.

«¿Quién la grabó?»

«¡Yo, tontolculo! Fue el año pasado, durante el torneo de Perth», digo mientras me vuelvo hacia él, «con la cámara de vídeo que Sheky cogió prestada de la escuela de extensión cultural para adultos. Me refiero al Campus principal de Halbeath Road en Dunfermline, no al piojoso puesto de avanzada que esos cabrones tienen en el polígono industrial de la carretera», informo a los notables del Goth.

Entra el Duque de Musselbury y aunque guipa mi pinta casi vacía no hace el menor ademán de pedir otra para mí al encargar la suya. Tomo nota, cabrón.

«Me dijeron que ella y Jenni Cahill iban a bajar a los Borders,[1] a Hawick y tal, para el gran torneo de allí», les cuento. Anoche esa pequeña bien que me salvó la vida con el coche. Y aceptó la explicación que le di sin hacer más preguntas. Eso es un comportamiento de alto nivel en una tía.

El Duque me mira como si fuera un chalado. «¿Vas a bajar?»

«Pues sí. Habrá que apoyar a un par de buenas mozas de Fife contra todas esas zorras ricachonas de Perthshire. Es mi deber patriótico como embajador del Reino, mecagüen.»

Es bueno disfrutar de un poco de paz aquí en el Goth. El viejo no paraba de poner el tema ese de 50 Cent «Many Men (Wish Death Upon Me)» una y otra vez, cada vez con el volumen más alto. Y mientras tanto ahí estaba, sentado en aquel sillón desvencijado, con los ojos llenos de lágrimas y pegándole sorbos a una lata de Stella.

10. CAMAS SOLARES

Me quedo en la cama hasta que el Hijo de Puta se va a trabajar, Indy se va al cole y la Insignificancia se va a hacer la compra; así no tengo que ver a ninguno. Vivo en una casa habitada por monstruos, y me inspiran una aversión que me da náuseas. Cuando no hay moros en la costa, me masturbo larga y deliciosamente, imaginándome montada en la moto de Ally Kravitz, como dijo Lara que se llamaba el tío bueno ese que anda por ahí con Jason. Noto el sol del Mediterráneo en la cara, pero no es más que la sensación de la sangre subiéndome a la superficie de la piel cuando me corro entre sacudidas espasmódicas y violentas. Hasta la fecha sólo he tenido relaciones sexuales con dos tíos, y ninguna de las dos veces fue tan buena como cuando lo hago yo sola.

Me quito el edredón de encima para refrescarme. Tras pasar un rato sumida en un estupor vertiginoso, me levanto y me preparo. Luego cojo el coche y me voy a la clase de steps del polideportivo. El extraño anciano borrachín que se sienta delante de la puerta me dice algo o quizá algo acerca de mí. Sorprendentemente, no me suena demasiado grosero. «Lo que tú digas», digo, encogiéndome de hombros, mientras entro.

Hago una buena sesión. Luego veo un mensaje de texto en el móvil; es de Lara. Me encuentro con ella en el Alpha Leisure Training Studio del centro.

Nos metemos en unas cabinas colindantes y nos tumbamos en las camas. Apenas nos separa un finísimo tabique. Las camas se encienden con un zumbido todopoderoso y una intensa explosión de luz que sigue irrumpiendo de manera formidable bajo mis gafas protectoras. Al principio lo llevo bien, porque me pongo a pensar en playas tropicales y me cuesta creer que estoy en Cowdenbeath High Street. Pero al cabo de un rato empieza a hacer muchísimo calor y la imagen que tengo en la cabeza cambia bastante. Me veo como un pollo asado dando vueltas en el asador. Juro que hasta me llega el olor de mi propia cocción. «No sé si me apetece seguir con esto, Lar», le grito desde debajo de los bancos de luz, con el culo desnudo aplastado contra el cristal helado. «Creo que me estoy quemando. Esto no puede ser bueno.»

«Tonterías, señorita Cahill», suena su voz espectral desde la máquina adyacente, «te vendrá la mar de bien. En cuanto te hayas deshecho de esa piel pálida y de esa complexión pastosa, a lo mejor te tienta comprar ropa de colores más alegres en lugar de siempre negra. Te vendrá estupendamente para Hawick.»

«¿Y cómo es eso? A Midnight no le va a curar antes la pata ni a nosotras nos hará saltar más.»

«Hay que tener el mejor aspecto posible para los fotógrafos. Me han dicho que quizá hasta vienen cámaras de televisión del programa ese de la STV, *Country Pursuits.*»

Después acudimos al bar-cafetería del polideportivo. Pienso en ese monstruo de Klepto, y en Jason, buitre rarito pero encantador, y en mi puto padre y el pobre Ambrose, el perro. En cómo parece que mi sino sea estar rodeada por los asquerosos a los que Lara atrae a su órbita.

Cuando llego a casa y estoy echándole un vistazo a Midnight en las caballerizas, aparece papá con Indy y empieza con uno de sus temas recurrentes. Dice que estoy «enganchada» a Midnight. «Es veterano con mucha experiencia, pero para competir en condiciones te hará falta un animal más en forma y más voluntarioso. Venden uno de seis años bien entrenado. A ver si te gusta. Está castrado pero tiene espíritu de semental. Los dueños hasta dijeron que fue un error castrarle, porque lo tendrían que haber utilizado para inseminar. Es un Warmblood de Oldenburg. Los caballos alemanes son insuperables. Y encima purasangre. Caballos como ése no se ven todos los días.»

Indy entra en la cuadra a echarle una ojeada a Clifford el poni. Mi padre se acerca hasta la valla y la sacude. El pobre Ambrose le sigue, hecho una pena y con el rostro aún vendado. «¿Cómo lleva la cara?», pregunto mientras les sigo.

«Veintidós puntos. Tiene una pinta horrible, pero las heridas son superficiales. Es tres cuartas partes pit-bull. ¡Tendría que haberse defendido!», exclama, lanzándole al perro una mirada cargada de ira y de desprecio.

Pienso en Monty y en su perro asesino, Kenneth. «Es curioso que los perros se lanzaran directamente a la cara. En el cuerpo no lleva marcas.»

«Pues sí…, los perros son así. Hacen esas cosas.»

«Sobre todo cuando se les entrena para hacerlas, ¿eh?»

Me mira con expresión inquisitiva durante un instante, antes de encogerse de hombros. «Será mejor que vayas a echar un vistazo al establo. Está hecho un puto asco.»

«Lo intento, pero requiere un trabajo tremendo», protesto. «¡Y encima me endilgas el poni de Indy y los animales de compañía!»

«Eso tiene fácil remedio.»

Va a empezar otra vez dale que te pego con dejar a Midnight en las caballerizas de Fiona La Rue, con Scarlet Jester. ¿¡Cuántas veces voy a tener que repetirlo para que le entre en la mollera que eso no va a suceder!?

«Sé lo que vas a decir», refunfuño.

«Te he oído», dice, levantando las palmas. «Creo que nos hace falta ayuda en el establo. Cuesta conseguir buenos empleados en estos tiempos», comenta con una sonrisa que me esfuerzo por devolverle. «Pero a lo mejor conozco a la persona indicada», añade, guiñándome un ojo.

«De acuerdo», le respondo en voz baja. Me doy cuenta de que acabo de comprometerme a no decir nada acerca de las heridas de Ambrose a cambio de que él pague a alguien para hacer de chacha en los establos. Caigo en la cuenta de que debo de ser tan superficial como él, puede que más aún.

11. EAST PORT

Al día siguiente por la tarde vuelvo a estar en Dunfermline, sentado en el East Port con Olly Mason, que me ha traído la ropa en una bolsa de plástico y se deshace en disculpas. «No sabe cuánto lo lamento, Jason, pero mi mujer no entendería mi necesidad de comunión simbólica con mi hija. June es una mujer maravillosa, pero es terriblemente reaccionaria; no es una persona de mente abierta, como usted o como yo.»

Sabe cómo dar masajes de ego este cabrón, eso tengo que reconocerlo. Hay geishas que se pasan años aprendiendo el oficio que no llegan a su nivel. *Cosas que no Enseñan en la Escuela de Administración de Kelty*, ya lo creo. A mí me ha localizado el clítoris, en cualquier caso. «Vaya, pues yo me enorgullezco de ser un librepensador en la mejor tradición de Fife, ¡cagüenlaputa!»

Olly asiente con ese gesto de comprensión mutua que emplean los doctos del mundo entero. «No se imagina cuánto me ha ayudado lo que hizo usted ayer», me comunica, levantando el oro negro en un brindis al que correspondo. «Puede dar por anulada la suspensión. Hablé con los del comité y estuvieron de acuerdo en que nos precipitamos un poco y que el resultado del partido con Mossman debe mantenerse tal cual. ¡Y también que Jason King disputará con el representante de Perth, Derek Clark, la siguiente ronda de la copa! ¡Salud!»

«¡Salud! Encantado de serle útil, Olly, aunque si le digo la verdad, tener que andar por la ciudad vestido de mujer fue un agobio del carajo.»

Al cabrón se le hacen las cejas un nudo. Qué menos. «Por supuesto…, no sabe cuánto lo lamento.»

Eso sí, esta pinta de Guinness es excepcional. Me relamo para limpiarme el inevitable bigotito de espuma. «Bien está lo que bien acaba. Una chavala muy maja que conozco me acercó a casa en coche. Es de las que no hacen preguntas. Le va el rollito gótico y tal, pero no lo digo por el garito», me apresuro a añadir.

«Excelente…, excelente. Oiga, Jason, ¿estaría dispuesto a ayudarme otra vez?», me suplica. «La última sesión fue… tan catártica…, un par más con el mismo nivel de… intensidad… seguramente me permitirían pasar página y seguir con mi vida…»

«Pues no sé…»

«Por supuesto, le compensaré», me corta el tío. «¿Le parecerían bien cincuenta libras?»

Me lo pienso un minuto. Bien mirado, mecagüen, es algo totalmente inofensivo. «Por mí bien, pero como haya el menor meneo de por medio, serán cien», le advierto. «No es por ofender, pero ser testigo del orgasmo de otro hombre no me pone nada, ¡sobre todo cuando aquí lo único que lleva faldas soy yo, cagüenlaputa!»

Olly me mira con tristeza, como si reconociera que todo esto no es más que una

transacción comercial. Pues sí, nexo dinerario, relaciones, como dice el bueno de Karl. Después asiente lentamente con la cabeza. «Perfecto, siempre y cuando…, ¿podría grabarlo? Sería, por supuesto, exclusivamente para mi… terapia personal. Se lo aseguro.»

Lo pienso un rato y finalmente me encojo de hombros. «De acuerdo.»

El viejo Olly no parece la clase de tipo al que le interese que nadie más esté al tanto.

«Hoy es el día en que June se va de compras a Edimburgo», me explica en voz baja antes de que apuremos las pintas y regresemos a su casa. Hay que ver lo que uno es capaz de hacer por amor al hermoso juego versión de mesa. Pero ya que hemos de prostituirnos con ese proxeneta llamado comercio, por lo menos que sea por la tarifa completa de piastras vigente. Principios sindicales elementales, mecagüen.

Antes de que pongamos manos a la obra, Olly prepara la cámara y el trípode. Creo que ya me maquillo un poco mejor, pintándome los labios como hacía la vieja. Olly está escenificando las cosas mucho más y tengo que trabajar a tope por mis siclos. Al cabrón le mola que tenga aspecto ausente mientras sostengo diferentes libros que me va pasando, como *Mujercitas* o *Jane Eyre*, como si acabara de leer alguna de las frases de las obras y la estuviera sopesando.

Antes de que me dé cuenta estoy sentado en sus rodillas leyéndole pasajes en voz alta, simulando sin duda la formación que recibiría la tal Kathleen de pequeña. Cuando me dijo que tenía «un aire de inocencia», me puse todo colorado. Aquello me decidió de verdad a echar un polvo, vaya que sí.

La respiración de Olly se volvió más superficial que una puta que dice «te quiero», y tuve la seguridad de que el vestido de la pobre Kathleen iba a necesitar una buena limpieza.

Cuando vuelvo a vestirme de civil y bajo las escaleras para encontrarme de nuevo con él, me suelta: «Creo que ya casi he conseguido atravesar las procelosas aguas del dolor con el puerto de la serenidad casi a la vista, Jason. Eh, ¿alguna posibilidad de otra visita? ¿Sólo una?»

«Creo que será mejor que de momento lo dejemos, Olly. A ver, no se me ofenda, cada cual lidia con la pérdida de un ser querido como puede, pero si no le importa, el timón de este barco particular se lo cedo para que lo lleve en solitario.»

Asiente de forma lenta y comprensiva mientras va contando los billetes antes de entregármelos. «Está bien, pero si alguna vez cambia de parecer, ya sabe dónde encontrarme», dice mientras me acompaña a la salida. Enfilo el sendero del jardín y me despido con una mano mientras con la otra palpo el fajo que llevo en el bolsillo trasero; me siento de fábula, cagüenlaputa.

Luego sigo en Dunfermline, porque he quedado aquí con Kravy. Tenemos previsto ir al hospital Queen Margaret a visitar a su madre. Husmeo un poco por el centro durante un rato, pero veo a Monty salir de la papelería con dos o tres de los tipos que nos dieron de leches a Sheky y a mí. Doy media vuelta; por suerte los muy

cabrones están demasiado absortos en su propio drama de caza de mariquitas como para reparar en mi presencia. ¡Por los pelos! Me planteo ir a ver a la vieja al hotel, pero no quiero exponerme a que Sperminator, el cabrito de Arnie, me haga el vacío. De todas formas, ya casi es hora de acudir a la cita con Kravy. Cuando llego al centro y a la calle principal, la noche ya ha caído, como las proverbiales… de una puta. Con esas torrecillas que le sobresalen, el ayuntamiento parece un castillo de cuento de hadas. Doy la vuelta a la colina y me meto en Tappie Toories, establecimiento conocido mucho más allá de las fronteras de Fife porque en tiempos fue propiedad del gran Stuart Adamson, difunto ex miembro de Big Country and the Skids.

Acabo de pedir un poco de oro negro cuando oigo el rugir de una moto en la acera y a continuación entra Kravy. Le pido una rubia. «¿Qué llevas en la bolsa, Jase?», me pregunta.

«Eh…, un poco de ropa. La otra noche tuve que salir por patas de casa de una tía y me la dejé.»

«¿La conozco?»

«Si no quieres que te mientan, no preguntes.»

Así que nos echamos un trago rapidito y luego me monto a desgana en la moto tras él para ir al hospital.

Cuando llegamos a la sala nos encontramos a su madre incorporada en la cama. A su lado hay una mesita con ruedas en la que hay un *penne picante* que lleva frío un buen rato. Le chorrea la nariz, como si se hubiera estado metiendo coca a saco. «¿Qué tal, señora Forsyth?»

«Tengo serias dudas de que vaya a estar mucho más tiempo en este mundo, Jason; ya he hablado con el padre Maguire.» Mira a Kravy con los ojos llenos de lágrimas. «Lo único que quiero es que mi chico vuelva a casa, conozca a una buena chica escocesa y siente la cabeza.»

«Pero, mamá, a mí me gustan más las españolas», protesta Kravy, «sobre todo las rellenitas.» Y traza en el aire una silueta más tirando a oronda que tipo reloj de arena. «Tienen unos polvos guays; será el espíritu latino. En Setúbal hay una a la que llevo un tiempo calzándome. Le molan los tríos y toda la pesca.»

La madre de Kravy se incorpora y aparta el carrito con la bandeja de la cama. «Eh, que nosotros también hacíamos esas cosas, hijo. Fíjate», me dice, «éste se cree que puede escandalizar a su anciana madre.»

La verdad es que le da a uno bastante que pensar, pero en fin. «Es curioso, señora Forsyth, todos los abuelos del Goth dicen lo mismo. Me cuentan que antes del sida en Fife se follaba a tope. A los del Young Team también les va mucho ese rollo; ya te digo, mecagüen: ¡bastaría con poner los pies en el Ballroom ese un sábado por la noche para acabar en el registro de delincuentes sexuales! La cosa se limitó a saltarse una generación, ¡o al menos mi parte de esa generación! En Lorenzo’s también», les digo, ahora ya en plena efervescencia, «¡el Centro Social de los Mineros de Cowden no puede competir con eso!»

«Ya, pero aquí el amigo», dice ella, mirando a su hijo, «sigue pensando que el sexo lo inventó él. Además, cuando se llega a mi edad, te das cuenta de que en la vida hay más cosas.»

Kravy le echa a su convaleciente madre una mirada desdeñosa mientras esos ojos castaños y agitanados se le suben hasta la frente. «Ya, ¿y vas a decirme que todo esto no te lo hiciste buscando a alguien que te cepillara los bajos?» La hostia; yo no me atrevería jamás a hablarle así a mi madre. ¡Me dejaría el morro más caliente que el culo de Lara después de una sesión de cama solar!

«Estaba tomándome unos vinos con las chicas del bingo», protesta ella solemnemente.

Y así me pasé la mayor parte de la velada: oyéndoles tomarse el pelo el uno al otro. Cuando salimos, hacía un tiempo capaz de congelarle las pelotas a un mono de latón y no me apetecía nada montarme en la moto. Casi estuve por ampliar mi *porky pie*[1] acerca de la tía de Dunfermline y decirle que había quedado con ella, para luego subirme subrepticiamente al 19 o al 30 en Halbeath Road o incluso bajarme hasta la estación. Pero trago saliva y me subo a la moto.

¡Kravy sale tan disparado que mis intestinos y mi corazón siguen en Dunfermline cuando empiezan a avistarse las afueras de Cowdenbeath!

Dios, qué bien sienta bajarse de esa hija de puta. Cuando llego a casa el viejo me suelta, «Te ha llamado por teléfono el gángster de mierda de Tam Cahill. Aléjate de esa escoria, es un mal bicho.»

«Creía que los gángsters te molaban.»

«Los *gangsta*, hijo. Hay una gran diferencia.»

«Sí. Ya», le suelto yo, demasiado cansado para discutir. «¿Y qué quería?»

El viejo frunce los labios y resopla. «No sé. Le dije que se fuera a tomar por culo.»

«¿No lo dirás en serio?»

«No. Pero no fue por falta de ganas», dice el viejo frunciendo el ceño. «No se te ocurra meter esta casa en ningún lío.»

«No se trata más que de trabajar un poco en el establo», le digo, levantando las palmas para apaciguarle.

«Ya no queda trabajo estable», me responde el cabrón, malinterpretándome por completo. «Para la clase obrera no, al menos.»

Como no me apetecía tragarme otro sermón político, me puse de tiros largos y decidí pasarme por Starkers, club nocturno propiedad del reputado empresario de Fife Eric Stark. Cuando llego, veo que han destrozado el letrero; apostaría a que han sido los del Young Team, ya que encima de la primera «R» han pintado una «L».[2] Veo a dos chicas sentadas a una mesa, tan arregladas y tan maquilladas que tardo un rato en darme cuenta de que se trata de Muerta de Calor y Empapada de Lluvia. Una de ellas me saluda con la mano. «A ti te conozco de alguna parte», amenaza.

Me entraron ganas de decirle «¿Cowdenbeath, por ventura?», pero tomo asiento

porque, para mi asombro, con la pintura de guerra puesta a Muerta de Calor podría hacerle un favor. Eso sí, antes de hincarle mi bayoneta de carne de cerdo a Empapada de Lluvia tendría que meterme unos cuantos chupitos más. Pasatiempos predilectos: preñez, tabaco y televisión diurna.

«Oye, ¿en tiempos tú no eras vecina de Alison Broon?», le pregunto a Muerta de Calor.

«Sí. Su hermana pequeña Evelyn era mi mejor amiga.»

La pequeña Evelyn, la de la prótesis aparato dental. La llamaba «doctor Lecter», pero sólo era una broma, mecagüen.

«Creía que tu mejor amiga era yo», tercia Empapada de Lluvia, ofendidísima.

«Ya, pero antes lo era ella. Hace siglos y tal», se apresura a aplacarla Muerta de Calor.

Vuelvo a pensar en la prótesis aquella. Me pregunto si a Evelyn podría convencérsela para dejársela puesta. Como algo excepcional, con el único propósito de proporcionar placer oral, mecagüen. Lo cual me lleva a indagar: «¿Y qué fue de Evelyn Broon?»

Muerta de Calor le coge un pitillo a Empapada de Lluvia y lo enciende. «Se fue a Canadá con Alison y su novio. La subvencionaron. Supongo que tendrá pareja, porque sé seguro que tiene un crío.»

«¿Y de Alison qué sabes?»

«De ella lo último que supe es que tiene tres», me suelta Muerta de Calor, mientras Empapada de Lluvia muestra su aprobación asintiendo vigorosamente.

«Ya. Hay que ver, ¿eh? ¿Y de ustedes, señoras mías, qué me dicen? ¿Alguna de las dos disfruta de la grandiosa institución de la maternidad?»

«¿Qué?», pregunta Empapada de Lluvia.

«¿Tenéis críos?»

«Ella tiene dos», declara Muerta de Calor, señalando a Empapada de Lluvia, que rebosa orgullo bovino.

Me mira como si ahora a mí me tocara decir «pues tan mayor no pareces». «¿Y dónde andan esta noche?»

«Están con mi madre», me informa. Acto seguido arruga el gesto y le dice a su amiga: «Vigílame el abrigo, que voy a echar una meada.»

Cuando se ha marchado, Muerta de Calor se vuelve hacia mí y me hace una confidencia. «Está preñada otra vez. Es de ése», dice, delatando y señalando con el dedo a uno de los peques del Young Team. Que no es tan peque, la verdad. De hecho, es un monstruo; cabello negro ensortijado, camisa blanca y un mentón que parece el cajón inferior de una cómoda, abierto para ver si atrapa alguna mosca descarriada. «Big Craig. Iban los dos pedos perdidos por el parque y se la folló. Tres críos con tres tíos diferentes», declara Muerta de Calor, sacudiendo la cabeza en un gesto supuestamente indicativo de asco. «A ver, que yo quiero tener críos, pero sólo con un tío, que sea majo y que quiera estar conmigo.» Le da una calada al cigarrillo mientras

echa una mirada esperanzada alrededor. «No es tanto pedir, ¿no?»

Pienso para mis adentros que en un sitio como éste, ya puestos, podría aspirar a adivinar el gordo de la lotería.

De todas formas, el tufillo a desesperación es bromuro social, así que me marcho a patrullar la pista de baile en busca de mejores perspectivas. Eso sí, la mayor parte de ellas han sido apartadas y acotadas como propiedad del Young Team. Cada vez que intento establecer contacto visual con algo decente, no tardo en topar con una mirada acerada, de esas que suelen andar emparedadas entre dos prendas con estampado Burberry's.

Y cuando digo que los chochitos no pican, quiero decir que podría estar en cueros en medio de una sauna de Edimburgo con un fajo enrollado alrededor del nabo y seguiría sin comerme un torrao.

Me cabreo un poco y pido una gran pinta de rubia en la barra. Entonces oigo una voz diciéndome algo al oído. «Todo el mundo tiene derecho a un poco de marginación, Jason, pero tampoco hace falta que la monopolices. Anda, vente con nosotros.»

Cuando me doy la vuelta veo a Tam Cahill. Me indica el sector VIP, separado por un cordón, donde se encuentran reunidos y cómodamente sentados algunos de los pesos pesados del cotarro social de Central Fife. Allí está Sammy F. Hunter, el que escribió aquella novela de ciencia ficción sobre un asteroide que chocaba con Fife sin que a nadie le importara un carajo. De eso hace años, pero en el preciso momento en que su estrella comenzaba a declinar, apareció el huracán Katrina en Nueva Orleans y empezaron a decir que era un visionario ¡y que había pronosticado con exactitud la reacción del gobierno estadounidense ante aquella crisis! Desde luego, hay una nutrida representación del mundillo literario de Fife; si no me equivoco, al lado de Sammy está sentado el poeta Ackey Shaw, al que se considera una de las máximas influencias de Jim Leishman.[3] Es el autor del poema «Un capullo inofensivo», que la revista literaria *Chapman* reseñó de forma muy positiva, sí señor.

¡Mecagüen! En cuanto pasas por debajo de ese cordón entras en otro universo: una auténtica galaxia de cubos de hielo llenos de botellas de champán, zorrones de cama solar y conversaciones sobre chanchullos de los gordos. ¡Toda una fracción del club de striptease Stringfellows trasladada a Fife Central!

«Jason King. En cierto momento fue nuestra gran esperanza blanca en el deporte de reyes», dice Cahill para presentarme a la concurrencia. «En tiempos estuviste adscrito a las caballerizas de Cliff Redmond, en Berkshire, ¿no es así, Jason?»

Odio esta parte, porque siempre acabo teniendo que explicar por qué nunca llegué a competir, no digamos ya ganar una carrera como profesional. ¿Qué puedes decir cuando tu vida empezó a los catorce años y se acabó a los dieciocho?

«Sí», suelto yo.

Por suerte, me quito un peso de encima cuando Tam Cahill se vuelve hacia Sammy F y suelta: «Aquí el amigo también fue aprendiz de yóquey.»

«¿Sí?» Estoy sorprendido, y parece que el escriba de ciencia ficción también.

Tam da una palmada a su abultada tripa y suelta: «Aprendiz de Jocky Wilson,[4] claro.»

Todo el mundo se ríe un poco y yo pienso que en el fondo Tam Cahill no es tan mal tipo.

12. TRADICIONES

Anoche tuve unas pesadillas espantosas. Me detesto a mí misma y también detesto lo estúpida y lo débil que fui con aquel idiota de Klepto. Detesto a Lara por mezclarme con esa escoria. Pero sobre todo le detesto a él. Y no es que vaya a olvidarlo; algún día, de algún modo, veré retorcerse a ese hijo de puta cuando le parta esos dientes de conejo de una patada.

Me bajo a desayunar. Tengo pensado ir al polideportivo para la clase de introducción al kick-boxing. Lo del step es muy aburrido y quiero aprender a pegar y patear fuerte. Por estos lares parece ser requisito imprescindible. Estoy sentada a la mesa y de repente, al mirar más allá de la mampara y ver una figura que se levanta del sofá entre la penumbra, me sobresalto. ¡Casi grito cuando me doy cuenta de que es el asqueroso de Jason!

«Eh, hola…», dice, frotándose los ojos y despejándose. «Anoche me encontré con Tam… y acabamos, esto…»

Entonces aparece en el marco de la puerta mi padre, envuelto desaliñadamente con el albornoz. Se frota los ojos. «… nos días», saluda sin vocalizar apenas.

«Ah, Tam…, ahora mismo le estaba contando a Jenni que anoche estaba un poco perjudicado y que fuiste un Buen Samaritano y me dejaste volver a casa contigo a dormir en el sofá.»

«Cierto», confirma mi padre, animándose de repente, «pero mi amor al prójimo tiene sus límites, Jason. Así que en cuanto te hayas zampado la tostada o lo que sea esa mierda», dice, mirando mis cereales de alto contenido en fibra, «te pones a limpiar la cuadra. ¡Así sudas un poco de esa cerveza!»

«Estoy en ello, Tam», le asegura mientras se levanta, «¡listo para hacer una jornada completa!»

Jason se sirve un poco del café que he preparado y coge un par de tostadas.

«Así que vas a trabajar en las caballerizas, ¿eh?»

«Sí… Tam…, tu padre…, cree que se me dan bien los animales. Limpiaré las cuadras, daré de comer a los caballos y sacaré al perro a pasear. A tu padre le parece que necesita hacer más ejercicio.»

Esto es una espada de doble filo. No me gusta un pelo tener a otro conocido rarito de Lara por en medio sin que se me haya consultado siquiera sobre quién va a cuidar a Midnight, ¡pero al mismo tiempo tengo que reconocer que estoy encantada con todo el tiempo libre que eso me va a dejar!

Mi padre vuelve a entrar, con Ambrose de la correa. «Así es, Jason, eres un Doctor Dolittle de pro. Necesito tu buena mano con los animales, hijo.» Y le pasa la correa del pobre Ambrose.

«Es precioso», dice Jason, cogiendo la correa con cautela. Parece horrorizado al

fijarse en las heridas que tiene en la cara. «¿Qué le ha pasado en el careto?»

Estoy a punto de decir algo pero me detengo al recordar el pacto tácito del que supongo que Jason forma parte. Mientras aparecen mi madre e Indigo, mi padre repite la mentira.

«Qué putada, Tam, para el bicho, quiero decir», dice Jason, meneando la cabeza.

Mamá coge su abrigo y saca a Indy al coche para llevarla al colegio en St. Andrews. Empiezo a salir detrás de ellas, pero decido quedarme merodeando junto a la puerta de la cocina.

Oigo a mi padre hablar en tono grave y cómplice. «Tres cuartas partes pit-bull y una cuarta parte retriever: un asesino inteligente. Tendrás que cuidarlo cuando yo no esté. No me fío de que mi mujer sepa hacerlo, es una sesomierda. Y no me atrevo a dejarlo con la pequeña.»

«¿Y qué me dices de Jenni?»

«No le interesa», se burla desdeñosamente. «A ella lo único que le importa es ese caballo sarnoso.»

«Eh…, vale, Tam. ¿Anoche mencionaste alguna otra cosa?», pregunta vacilante Jason.

«Sí…, pero mira a ver qué tal te va con éste primero», contesta mi padre levantando la voz; presiento que va a volver a salir, así que salgo al pasillo y me escabullo por la puerta principal. Veo a Lara acercándose a lomos de Scarlet Jester. Me había olvidado de que habíamos quedado para entrenar en las caballerizas de Fiona La Rue. «¡Hola, Lar!», grito mientras salgo a recibirla. Jason y mi padre aparecen detrás de mí en el umbral de la puerta y nos saludan con la mano, o más bien a ella, antes de mirarse el uno al otro, repentinamente incómodos.

«¡Hola, Jen! Hola, chicos», dice Lara con una sonrisa, desmontando a Scarlet Jester y dejándolo en la cuadra junto a Midnight y Clifford el poni. Curran el cerdo se escabulle hacia el fondo del corral; todos parecen contentos de verse. Todos menos el pobre Ambrose, al que mi padre ata miserablemente al poste de fuera. Después vuelve a entrar en casa y Jason empieza a limpiar la cuadra. Lara y yo hablamos de la inminente competición de Hawick, y al cabo de un rato enjaezamos a los caballos para cabalgar por el campo a medio galope, pero Midnight apenas puede caminar. Me doy cuenta de que sufre, porque echa la cabeza hacia delante y me arranca las riendas de la mano y eso no suele hacerlo nunca. Decidimos quedarnos aquí, así que Lara llama a Fiona La Rue para cambiar la cita para otro día. Midnight y yo tenemos que quedarnos viendo cómo Lara y Scarlet Jester vuelan por encima de las vallas pequeñas.

Saco a Midnight de las caballerizas, librándolo del cabestro y de la brida, y lo engancho al poste de las riendas. Antes de empezar a almohazarle, le quito la brida, la silla y la mantilla. Con el cepillo para los cascos, que está colgado del poste junto a los enganches, le limpio las plantas de las pezuñas, poniendo especial cuidado con la pata delantera lesionada. Un intenso bufido me dice que eso lo incomoda, así que lo

dejo estar. Saco la almohaza y empiezo a frotar en sentido circular. Le encanta, y pronto se le acompasa la respiración y, complacido, acaba durmiéndose.

Veo a Jason salir de las cuadras con las katiuskas llenas de mierda de caballo. Nos mira a Midnight y a mí con los ojos desorbitados. Después me saluda de una forma un tanto extraña cuando Lara se acerca con Scarlet. «Hola, Jason», saluda ella con una sonrisa serena mientras desmonta de un solo movimiento, grácil y atlético. «¿Qué? ¿Echando una mano?»

«Eh, sí. Hola. Eso es, ayudando un poco.»

Por suerte, a Lara le apetece ir al centro, así que volvemos a dejar a los caballos en la cuadra y nos subimos al coche. Cuando salimos vuelvo la vista atrás y veo a Jason mirándonos con cara de embobado. Entonces aparece mi padre, le grita algo y se pone firmes.

Yo me vuelvo hacia Lara: «El que le hizo eso a Ambrose fue el perro de Monty, ¿no?»

«Sí, pero entonces él no sabía que era el perro de tu padre.»

«¿Y eso qué importa?»

«Por lo que yo tengo entendido, bastante. Creo que tu padre le da un poco de miedo», me dice Lara con los ojos desorbitados de emoción, antes de añadir: «Como si fuera una especie de gángster.»

Entorno los ojos desdeñosamente.

Lara, sin embargo, parece impresionada. Y recuerdo el temor tan satisfactorio que mostró esa basura de Klepto al descubrir quién era mi padre. «¡Es mejor que tener un padre médico!», sostiene.

A mí lo que me parece es que en este pueblo hay gente a la que le sobra imaginación. «No es más que un transportista viejo y aburrido», sentencio en tono displicente, «y es demasiado lamentable y deprimente para dar miedo.»

Hacemos una sesión de entrenamiento en el polideportivo y después tomamos un café. El narcisismo de Lara empieza a aflorar, y enseguida me entran ganas de quedarme sola para acabar de leer el último tercio de *Sobreviví a mi pesar.* He llegado al trozo donde el doctor Shaw besa con ternura la boca de Josephine. Eso le excita, y empieza a cubrir su cuerpo entero de besos y finalmente le hace un cunnilingus. Ella se despierta, atónita pero en última instancia aliviada, mientras un ruborizado Shaw tiene que confesárselo todo. Se está poniendo de lo más interesante. En lugar de eso, tengo que escuchar a Lara, que no hace más que hablar de Monty; cada vez que sale a relucir el nombre de esa alimaña de Klepto se me revuelve el estómago. Quiero contar, a ella o a quien sea, lo de ese hijo de puta.

Cuando volvemos, Lara recoge a Scarlet y se marcha a casa. Jason ya no está y cuando he dejado a Midnight en el establo otra vez aparece papá. «Quiero que compitas con esa pijilla. Ese caballo está como para llevarlo al matarife. Te está impidiendo progresar.»

Le miro con expresión de pánico y de ira, pensando en lo que le hizo al pobre

Ambrose. «Como alguna vez se te ocurra hacerle daño a Midnight…»

Extiende las palmas de las manos en un gesto de inocencia fingida. «Sólo estoy diciendo que necesitamos un equipo como está mandado, sin ceros a la izquierda… ni caballos renqueantes. Fíjate en mi negocio. Somos un equipo. El que no trabaja como es debido se va a la puta calle y adiós muy buenas…»

«Midnight se queda. Se pondrá fuerte, lo sé.»

«Puede», dice dubitativamente mi padre, «pero piensa en lo que te dije acerca del capón ese.»

13. «EXILE ON HIGH STREET»[1]

Un perro de pelea: eso es el lanudo complemento de moda de Fife del que voy tirando por Main Street rumbo a la High Street. Ambrose, se llama. Y no está tan mal una vez que te has acostumbrado a él. ¡Los niñatos chulitos aquellos que estaban a las puertas del *chippy*[2] me evitaron con mucho cuidadito cuando iba pavoneándome por la calle con él de la correa!

Está claro que Cahill cree que mi pasado de yóquey y aquella vez, hace un par de años, cuando Neebour Watson y yo comparecimos ante los tribunales acusados de cazar liebres con galgos en campo abierto (el cabrón del demandante se quedó con las ganas, puesto que según la ley escocesa sólo te pueden procesar por caza furtiva), me convierten en todo un pirata de la economía sumergida. ¿Y quién soy yo para sacarle de su error? Sobre todo teniendo en cuenta que para mí supone dinero en mano sumado al cheque del paro sólo por limpiar las caballerizas y echarle el ojo al culito de su hija mientras demuestra de lo que es capaz ese pedazo de caballo. Me muero de ganas de verla saltar esas vallitas, pero me dice que el bicho aún no tiene la pata en condiciones. Seguro que la de en medio sí lo está, joder. El otro día no podía creer lo que veía. Estaba limpiando los establos, mientras la veía a ella almohazarlo, atado debajo de la tela. La estirada de Lara estaba saltando aquellas vallas con todas sus fuerzas y yo en el paraíso de los buitres.

Pero por sabroso que sea el buitreo en el rancho de los Cahill, lo cierto es que sacar a pasear a Ambrose me gusta. El problema está en que eso me impide gozar de los placeres fundamentales de los marginados, a saber, la pinta de oro negro del mediodía en el Goth. Pero luego lo pienso: por un traguito no se va a ir al carajo todo el verano. Nos echamos una rapidita y a lo mejor luego podemos acercarnos a la costa un poco.

Los muchachos están todos ahí, y recelan bastante del perro. Me encantaría que el Big Monty de los Huevos viniera a decirme algo con este de la correa. «No pasa nada», le digo a Neebour Watson, «no le haría daño a una mosca, ¿verdad, Ambrose? ¡Eso sí, te arrancaría las pelotas de cuajo! ¡Anda que no, mecagüenlaputa!»

Neebour guarda cierta distancia y el Duque está menos bocazas que de costumbre, eso os lo digo gratis.

«¿Te enteraste? La otra noche lo empapelaron, al tal Mason», me cuenta Neebour Watson.

«¿Quién?», pregunta el Duque, sin perder de vista a Ambrose.

«El sumo jerarca del futbolín», le explica Neebour antes de volverse hacia mí y añadir: «Menos mal que antes te anuló la suspensión, Jase.»

«Uf, ya lo creo», le suelto yo, tratando de que no se me vea demasiado preocupado, pero me doy cuenta de que sujeto con más fuerza la correa de Ambrose,

que se ha tumbado para adoptar la posición perro de pub.

Sin dejar de observar cautelosamente a Ambrose, Neebour está a punto de ponerse en vena cotilla. «Me extraña que Cahill no te lo comentara, compadre, ¡porque ahora pasas tanto tiempo allá arriba que eres poco menos que de la familia!»

«Haciendo tareas concretas, mecagüen», digo, volteando la correa de Ambrose pero no lo bastante para incomodarlo, «ganadería. Tienen un cochino y un poni y un caballo de lo más guarro con un pito que ya quisiera para sí más de un árbitro de Central Park, si me captas. Pero es un capón y no le sirve para nada. ¡Ahora, desde mi perspectiva no lo parece!»

¡Pedazo de cochina bestia equina cabrona y cuadrúpeda!

«Pues sí, esos bichos están pero que muy bien dotados», corrobora Neebour.

Intento cambiar de tema, pero el Duque de Hierro ya ha cogido carrete y suelta: «Pues sí, resulta que al guarro ese de Mason lo denunciaron unos chavalines del colegio a los que pagaba por vestirse de niñas y luego hacerse pajas con ellos. Por lo visto, después de que hablaran los primeros algunos de los otros dieron la cara.»

«Joputa de mierda», maldice Neebour sacudiendo la cabeza.

«Pues sí», asiente el Duque mientras yo sigo punto en boca, igual que el bueno de Ambrose, ahí tumbado tranquilamente, dilatando las aletas de la nariz y resollando suavemente, casi como un gato ronroneando. «Les contaba una película de que había perdido a su hija en un accidente de coche y de que ellos eran de la altura, el peso y el tamaño idóneos y que si no les importaría hacerle el favor de vestirse como ella. Vaya, que los muy tontos del culo le tenían lástima y le dejaban hacer. A algunos les pagaba y todo, ¡así que ha estado haciéndolo durante siglos! ¡Sacaba fotos y hasta lo filmaba! Es cierto, Andy el poli, el *huno*[3] gigantón de la logia, me dijo que encontraron toneladas de material.»

Hostia puta. El tío Davie es gran maestre de esa logia. Seguro que me cubre las espaldas, por aquello del parentesco. Seguro.

«De todas formas, esos tipos son muy raros», suelto yo, «y siempre me ha dado la impresión de que éste tenía un ramalazo a lo Tam Hamilton»,[4] dejo caer, ansioso por enfriar la pista pero sintiéndome al mismo tiempo desleal para con el pobre Olly.

«Cochino hijo de puta, mira que explotar de esa manera la ingenuidad de los chavalillos. Ya sé yo lo que haría con ese cabrón», suelta el Duque.

«Pero nunca les metió mano, sólo se hacía pajas», precisa Neebour, volviéndose hacia mí con el careto dividido en dos por una enorme sonrisa. «¿Y tú, Jase, qué tuviste que hacer para que te anulara la suspensión esa? ¡Seguro que con tu talla la ropa de niña esa te entraba sin ningún problema! ¿También se hizo una paja contigo, cacho puta?» Lo dice riéndose, pero me mira fijamente, y el Duque también, con cara muy seria, por lo que pienso: Toda mi credibilidad y mi futuro en el Reino dependen de lo próximo que diga. Es como tener la bola en el área cuando el partido está empatado y sólo queda tiempo para un disparo. Tranqui, Jase. «No hubo nada de eso», les suelto. «Se la chupé y punto.»

El Duque suelta una salva de risotadas y Neebour también, antes de darme una palmadita en la espalda y exclamar: «¡Joder, a mí no me habría sorprendido nada que lo hubieras hecho con tal de que te revocaran la suspensión, eh!»

«Cacho cabrón, ojalá hubiera podido optar por chupársela o vestirme de chavala en lugar de tener que aguantarle todo el rollo ese de los cauces y el protocolo y la conducta apropiada. ¡Hubiera sido mucho menos humillante, os lo aseguro!»

Y ellos venga a descojonarse mientras yo pido otra ronda. Pero me he librado por los pelos; me tentaba hacer otro chiste pero es mejor no dejarse llevar por el entusiasmo. Es el momento de concentrarse y mirar hacia el futuro, y lo fundamental es que en la siguiente ronda me toca jugar contra ese cabrón de Perthshire, Derek Clark. Y el muchacho juega en casa, dado que el local en el que se disputará el partido es el Salutation Hotel de la «Bella Ciudad». St. Johnstone contra el Blue Brazil; algo más que un choque entre dos individuos, dos ciudades o dos condados, ¡se trata ni más ni menos que de una lucha a muerte entre dos filosofías de la vida diametralmente opuestas!

¡Venga, cabrones, a ver si hay huevos!

Neebour se puso a evocar los viejos tiempos hablando del Show del Caballo del Año en Wembley Arena, cuando los dos estuvimos trabajando en el servicio de comida y bebida. «Caroline Johnson a lomos de Accumulator, a esa yegua sí que habría valido la pena montarla.»

Por supuesto, siento el impulso de devolverle al muy cabrón la sonrisa inane que luce en el careto.

«A Accumulator, por supuesto», ladramos al unísono.

Eso también me pone a mí en vena de reminiscencias. «Ahí estaba yo, mecagüenlaputa, haciéndolo lo mejor que podía con el papeo y esos pijos cabrones tocándome los huevos. Ya sé que el Show del Caballo del Año es su gran juerga y eso, pero tampoco hay que sobrarse tanto. El viejo coronel del bigote empezó a gritarme como si él fuera mi viejo y se tratara de la última ronda en el Goth, ¡mecagüenlaputa!»

«Es verdad, había unos cabrones de lo más borde», ratifica Neebour.

Nunca dije una palabra a nadie, mecagüen, pero os juro que me fui derechito al paquete ese de matarratas de la bodega y me puse a aliñar por Fife. ¡Anda que no!

Cuando al día siguiente leí el periódico, no lo podía creer:

> El capitán de fragata Lionel Considine-Duff, Oficial de la Orden del Imperio Británico, Caballero Comendador de la Orden del Imperio Británico y Miembro de la Marina Real (retirado), apareció muerto en su domicilio de Belgravia a primeras horas de esta mañana. La criada, que alertó a la policía y a los servicios sanitarios, halló el cadáver cuando fue a despertarle para que acudiera a desayunar. Considine-Duff se había quejado de dolores en el pecho y en el estómago tras una grata velada en el Real Show del Caballo del Año de Wembley

Arena. Él mismo había sido un jinete entusiasta, y se retiró de la vida política después de sufrir dos infartos leves.

Nuestro corresponsal político Arthur McMillan escribe: Buffy Considine-Duff fue un diputado sin ansias de protagonismo, culto y lleno de compasión, cuya distinguida carrera militar y deportiva le hizo poco proclive a trepar hasta las procelosas cumbres de la política. Dado que su apetito de altos cargos y su vanidad ya estaban saciados, Buffy era más feliz manteniéndose en segundo plano y ofreciendo desde allí sus servicios. Incansable defensor del lobby petrolero, también batalló sin tregua en pro de los intereses del electorado de Wessex. Su vida personal fue un tanto pintoresca. Divorciado en tres ocasiones, Buffy tenía cierta propensión a reconocer que las yeguas de cuatro patas siempre fueron las que más placer le proporcionaban. Cuando abusaba un poco de su brebaje preferido, era propenso a canturrear a voz en cuello «Cuatro patas bueno, dos patas malo» a cualquier bípedo que le contrariase…

Y así seguía sin parar, mecagüenlaputa.

Me echo el último trago de oro negro, tiro muy suavemente de la correa de Ambrose y, ¡quién lo diría, se levanta y salimos por la puerta! ¡Al muy cabrón lo tengo dominado!

14. DOBSON, EL VETERINARIO

Dobson acaba de examinar de nuevo la pata de Midnight. El trote le resultó excesivo y ha vuelto a cojear. Llamé por teléfono a Fiona La Rue, que acudió de inmediato; después, siguiendo sus recomendaciones, llamé a Dobson. La cosa no pinta bien. El veterinario arruga la cara en un gesto de asco cuando el caballo excreta. Clifford el poni relincha mientras Curran el cerdo (mi padre le puso el nombre del policía que le empapeló por conducir borracho) le arrea cabezazos en las piernas por detrás. «¿Estará recuperado para la competición de Hawick?», le pregunto, aunque sé perfectamente lo que me va a decir.

Me mira con semblante sombrío, primero a mí y luego a mi padre. «Me temo que no. Mira, Jenni, siento tener que decirte esto», y pone cara de perro abatido mientras esos labios carnosos van desgranando las palabras, «pero quizá conviene que vayas aceptando que la pata de Midnight le impedirá participar en concursos hípicos. Es un deporte de mucho impacto, y lo único que se conseguiría sería debilitarla cada vez más.»

Clifford el poni suelta un relincho juguetón, como si celebrara la noticia.

Mi padre nos ha estado vigilando todo el rato, con una mano embutida en el bolsillo y llevándose el cigarrillo a la boca con la otra. Le cuelgan pliegues de grasa debajo del mentón. Es como si verle desde este ángulo me permitiera apreciar lo mucho que ha envejecido y ahora me inspirara una extraña ternura. Que se evapora de forma instantánea en cuanto abre la boca. «Te lo dije», tercia sacudiendo la cabeza con gesto cómplice y con la cara partida en dos mitades por una sonrisa desdeñosa que le ilumina los rasgos y tira de ellos en dirección norte. «Ese caballo no va a ir a ninguna parte, como no sea a la fábrica de alimentos para mascotas Spiller's.»

Trago saliva y miro en busca de apoyo a Dobson, que sacude con repugnancia la cabeza. «Es un caballo perfectamente sano, Tom, y no hay la más remota necesidad de sacrificarlo. No es más que una tendinitis, pero necesita mucho más descanso y otra ronda de antiinflamatorios le sentará de maravilla. En mi opinión, sin embargo, los concursos hípicos son algo a descartar.»

«¿Así que está acabado? ¿Eso es lo que está diciendo?», pregunta mi padre mirando con gesto agresivo al veterinario.

«Yo no diría eso, Tom», gime Dobson. «Podría servir para menesteres más ligeros, paseos de placer o por pistas, como caballo de salto y cacería, para la doma y esas cosas. Pero los concursos hípicos son muy duros para los caballos y esa pata es débil.»

Mi padre arroja el cigarrillo fuera del establo con los dedos. «Un lastre, eso es lo que es», sentencia mientras sacude la cabeza. Midnight parece muy consumido, tiene una mirada tan triste que casi me dan ganas de decirle a gritos a mi padre que se calle.

«Lo compramos para saltar. Para competir. Ahora se va a convertir en otro parásito y no hará más que consumir recursos», maldice, metiéndose las manos en los bolsillos de la chaqueta y mirando a su alrededor con gesto despectivo.

¿Quién demonios se habrá creído? ¿Qué sabrá él de caballos?

«Midnight es un Cleveland Bay», protesto. «Son unos caballos que en realidad están hechos para tirar de carruajes», le explico al viejo bobo mientras acaricio el morro de Midnight y le cuchicheo al oído para tranquilizarle. Les tiene miedo a mi padre y al cerdo ese, el supuesto animal de compañía. Es curioso, pero con Ambrose, el perro, no tiene ningún problema.

«Sí, ¿eh? Pues a lo mejor le compro un carruaje», dice en son de burla, «para que puedas organizar visitas guiadas de *Cowdenbeath.* Su fuerza de tiro viene a ser más o menos ésa. ¡Así a lo mejor hasta ganabas algún dinero en lugar de gastarte todo el mío en causas perdidas!»

Su grosería y su egoísmo me indignan, y no se me ocurre otra cosa que decir: «¡Yo no pedí venir al mundo!»

«¡Es casi lo único que no pediste!», se mofa él.

Dobson, el veterinario, que nos mira con cierto nerviosismo, anuncia: «Creo que debería ir marchándome.» Y yo pienso para mis adentros: Joder, qué buena idea.

15. PEÑA DE PERTH

Teniendo presentes las lecciones de excesos anteriores, me tomé con calma los preparativos para la siguiente ronda de la Copa Escocesa. Me compré un bonito trozo de abadejo en Boak's, en el mercado de Central Park: proteína, mecagüenlahostia. El tío hasta me lo empanó, así que una vez en casa me lo freí: todo para mí entre rebanadas de pan de molde untadas con mantequilla, pimienta y salsa HP, delante del televisor viendo *Scotland Today;* el viejo, tradicionalista él, se sienta a la mesa con los Pot Noodles a un lado mientras tararea por lo bajini el «What Up Gangsta» de 50 Cent.

Fue un festín doble, además, porque por la noche Kravy me invitó a un sustancioso curry en el Shimla Palace. Es la única vez que he estado allí que no coincide con el bufet dominical coma-cuanto-quiera. Cuando llegué a casa me sentía como un puto sultán. Por una cuestión de sinergia, me hice una buena *ham shank*[1] con un poco de pornografía asiática y vacié la tubería mientras el *vindaloo* burbujeaba en mis tripas en sintonía con la birra. Con el curry quedan excluidos el oro negro y las sirenas escandinavas sonrientes: hay que tener cierto sentido del decoro.

A la mañana siguiente vuelvo a estar detrás de Kravy en la moto. Atravesamos la calle mayor de *Cowdenbeath* más rápidamente que una puta sedienta de Kelty recién salida del turno de noche con unas cuantas latas de cerveza. Vamos a tomar la carretera a Perth; me entran ganas de decirle a Kravitz que le dé un poco de tregua a los reactores, pero sería completamente inútil. Por suerte, cuando ve a las dos chavalas a caballo sí que aminora la marcha.

«Será mejor no asustar a los equinos», me chilla, o algo por el estilo, mientras reduce la velocidad hasta ponerse a la altura de las chicas.

«Hola», nos grita Lara (que va vestida como para matarse a pajas con ella). «¿Adónde vais?»

«A Perth», contesto yo. «Tuve suerte. Al final se impuso la sensatez en las esferas administrativas y vuelvo a disputar la copa. Voy a luchar por Fife y demostrarles qué filosofía futbolinística se acaba imponiendo. ¿Cuándo es vuestro torneo en los Borders?»

«El jueves», dice Lara.

«Pues puede que hasta hagamos una excursioncita hasta allá nosotros, ¿eh, Kravy? A apoyar a las chicas y tal», me atrevo a sugerir. Kravy se limita a encogerse de hombros, sin comprometerse. Siempre ha sido un tío muy cool. Pero se nota que con esa pinta oscura y perturbadora que gasta tiene las rajitas de las chicas chorreando a mansalva. Y se me ocurre que no sería mala jugada dejarle el campo libre con Lara y concentrar mis esfuerzos en Jenni Cahill, ¡que tiene un culito

riquísimo! Así que pregunto: «¿Tú también vas, Jenni?»

«Me apunté pero he tenido que retirarme. Midnight no está en condiciones», me informa con tristeza. «El veterinario dice que quizá no pueda volver a saltar en competición.»

«Estoy segura de que sí podrá», dice Lara con una sonrisa.

«Vale», suelta Kravy, «agárrate fuerte, Jase, tienes un torneo que ganar», y dicho eso arranca y salimos jalando millas por la carretera; para cuando he conseguido relajarme lo bastante como para volver la vista hacia atrás y mirar a las chavalas, ellas y los caballos se han convertido en meros puntitos.

¡Mecagüen, no me gustan un pelo todos estos virajes bruscos para salir y entrar del tráfico en autopista! Pero no puedo decir nada; me limito a pensar en la otra vida, preguntándome si no habría forma de que Fife se convirtiera en el nuevo Sussex, ¡un próspero condado de la corona donde los escoceses sin inclinaciones sectarias pudieran cantar el «Dios salve a la Reina» sin la menor ironía! Hasta cierto punto mis ensoñaciones logran su propósito, pero cuando paramos en el Little Chef a tomar un café con un pastelito Mr Kipling’s por aquello del subidón de azúcar, tiemblo más que una puta de Hill of Beath dándose gustito con un martillo neumático en lugar de un vibrador.

«¿Te encuentras bien, Jase?», pregunta Kravy.

«Son los nervios, no la moto», le miento. «Al fin y al cabo soy un ex yóquey, bueno, aprendiz de, pero es por lo del partido con Clarky. El tío es bueno, y empiezo a acusar el peso de las expectativas del condado sobre estos hombros estrechos y redondeados. Pero cuanto mayor el miedo escénico, mejor se actúa, mecagüen.»

Kravy me mira profundamente a los ojos. «Tienes los arrestos, el espíritu y la pasión. No podrá contigo, Jase.»

«Ya vale, cabronazo», le digo, avergonzado por el despliegue de emoción en el Little Chef. Ése es el problema que tenemos los chicos guapos; no podemos fiarnos de nosotros mismos cuando hay deportes de por medio. Creo que fue el gran bardo Rabbie Burns el que dijo una vez: «La cocaína y el fútbol nos convierten en homosexuales a todos.» O quizá fuera Ackey Shaw, natural de este condado.

Cuando llegamos a la ancestral villa de Perth, la repugnante ostentación de riqueza hace que me entren ganas de reunir a una cuadrilla de Cowden dotada de unas cuantas furgonetas, y empezar a atizar nuestra propia forma de redistribución socialista del botín. Que les den por culo a las promesas de felicidad ultraterrena que propugnan los defensores con alzacuellos de lo establecido (exceptuando al bueno de Jakey Anstruther): hagámoslo aquí y ahora. Pero he de reconocer que tengo debilidad por el Salutation Hotel ese, con tanta caoba por todas partes; es más de la vieja escuela que una puta de Kelty al pronunciar las palabras tranquilizadoras «cuando en este oficio hablamos de tamaño, siempre nos referimos al fajo y no al badajo». Y habría que tener el corazón más encallecido que yo para no apreciar los retratos de varios recientes visitantes VIP que hay en la pared; Sir Bob Geldof, los

parlamentarios Boris Jonson y Tommy Sheridan, Clarissa Dickson o como se llame la gorda esa que cocina (la que no se murió) y el boxeador Frank Bruno. Todavía no hay ningún Jason King, pero es inminente, mecagüen; lo dicho, inminente.

Y cuando llego a la suite Moncrieff, donde están dispuestas todas las mesas para esta fase de la competición, se capta un zumbido de expectación en el ambiente. ¡Puro teatro deportivo! Ando por ahí dando grandes zancadas y calibrando a mis compañeros gladiadores cuando de repente el corazón me da un vuelco al ver al colaboracionista resentido de Mossman entre los hinchas de Clark, animando al cabrón de Perth. Puto Dunfermline de los cojones: capital de *le Fife de Vichy.* Cuando voy a los servicios, Mossy hasta me obsequia con un cuchicheo teatral que le hace Clarky, pero claramente destinado a mis delicados oídos: «A ver si aniquilas a ese cochino yóquey.»

Me vuelvo hacia Kravy mientras rociamos la porcelana del tigre con nuestra orina. «¿Has oído cómo ese cabrón de Mossman me llamaba "cochino yóquey"? ¡Por lo menos algunos hemos intentado dejar nuestra marca en el mundillo del deporte!»

Kravy se la sacude y se sube la cremallera. «Creo que ha dicho "cochino *jakey"*, [2] Jase.»

«Ah, entonces no pasa nada», le suelto, acordándome una vez más de Jack *Jakey* Anstruther, y rogando, a pesar de mis tendencias marxistas-leninistas, para que si existe un dios, el cabrón sea de Fife y no de Perth.

Pero al carajo con la asistencia divina: no necesitaba mayor motivación que el comportamiento descortés de Mossman. Con alguien de su calaña podías ir a saco, pero Clark era harina de otro costal: el muchacho tenía cierto talento. Mi táctica consistía en jugar a pasar la bola, mantener posesión, impedir que Clark levantara el vuelo, y así frustrar al muy cabrón. Sabía que era dado a jugar de forma arrogante y que perdía un poco los papeles si pasaba mucho rato sin dar un golpe de muñeca.

Así que eso hice: retuve la pelota, no en situaciones peligrosas al principio, posicioné poco a poco a mis jugadores y aguardé a estar en buena posición antes de hacer el menor intento de marcar. El primero lo metí cuando desvié un tiro contra uno de sus defensas (intencionadamente, por cierto), colocándome así en cabeza. El segundo fue un disparo largo desde medio campo; la bola estaba en la línea de tiro y el jugador fue a parar a la red detrás de ella. ¡Toma ya! Al encajar por segunda vez Clark mostró su desagrado golpeando la portería y las redes, lo que obligó al árbitro a decirle unas palabritas.

Retuve el control de la pelota y esperé a que sonara la campana, y la cosa siguió dos-cero hasta el final.

El cabrón ni siquiera aceptó mi gentil oferta de una pinta de oro negro en la barra después. El trago de después de la competición es la copa simbólica de la amistad; hasta Sir Alex Ferguson y el puto *dago*[3] ese comparten una botella de tinto después del partido, ganen, pierdan o empaten. No soporto el comportamiento antideportivo.

16. «GYPSY BOYS»

Estoy en mi habitación oyendo a Marilyn Manson y pensando en cómo escaquearme de «apoyar» a Lara en la competición de Hawick. Estoy alucinando en colores con «Better of Two Evils» cuando oigo un extraño silbido seguido de un carraspeo; entonces noto que mi padre se ha materializado ante mí. No ha llamado a la puerta; ha abierto y entrado sin más. Está a los pies de la cama. «¿Podríamos hablar un poco?»

A ver quién te lo impide. «Como quieras», digo encogiéndome de hombros.

Baja el volumen del equipo de música y acomoda su mole en el gran sillón de mimbre, que cruje bajo su peso. En la última semana o así ha hablado conmigo más veces de lo que lo ha hecho en años. Es evidente que ahora piensa que vale la pena salvarme. Por supuesto, lo preocupante es saber para qué piensa que vale la pena salvarme. No obstante, cruzo las piernas y hago un esfuerzo aceptable por ser todo oídos.

«Sé que soy duro contigo», admite, y añade con un grado de convicción sorprendente, «pero sólo es porque no quiero que acabes echando a perder tu vida.»

Lo único que se me ocurre replicar es: «Mi vida es mía.»

«No me vengas con ésas», me dice en tono solemne, como si esperara mayor comprensión por mi parte. «Soy duro contigo, pero es porque sé que tienes lo que hay que tener.»

A mi pesar, noto que la euforia nauseabunda que me inspira su elogio se abre paso entre mi frustración. A su particular e inepta manera, al menos lo intenta: «No soy una amazona, papá», le digo. Las palabras casi se me atascan en la garganta. «Aunque me consiguieras el mejor caballo del mundo, nunca llegaré a ser tan buena como Lara.»

«Sí que lo harás», replica mi padre con una convicción tranquila y categórica que me irrita. «Últimamente me fijo en ti, me he dado cuenta de lo mucho que has adelgazado. ¡Has perdido un montón de peso!»

«No quiero hablar de eso…»

«Tu madre no hace más que hablar de anorexia y toda esa mierda. Eso son celos y nada más. Es incapaz de pasar por delante del mostrador de golosinas de la papelería sin atiborrarse la boca de chocolates; yo la he visto delante de la caja del supermercado», dice en tono burlón. «Nunca tiene suficiente, como si fuera una yonqui desquiciada. Es asqueroso. ¡Una persona que está bien de la cabeza no hace esas cosas!»

Es de su esposa de quien habla. Pero tiene razón. Coño, qué razón tiene. «Papá…»

«Sé que tú eres distinta, Jenni. Sé que vas al polideportivo y haces ejercicio con

regularidad.»

En mi interior salta una chispa de despecho. «¿Es que en este puto pueblo no se puede tener una pizca de intimidad, joder?»

«¡Eh! ¡Ojito con lo que dices!», exclama, y tras hacer un mohín añade en tono conciliador: «No te critico por ello. No lo decía como una crítica. Me parece estupendo. Demuestra que eres disciplinada y orgullosa. Porque me llevas dentro a mí», dice, arrugando su rostro curtido. «Eres una Cahill», se jacta con orgullo. «Pero puedes utilizar mi gimnasio cuando quieras. Eso ya lo sabes, ¿no?»

Tengo un nudo en el estómago. Ver a mi padre intentando comportarse con amabilidad resulta mucho más perturbador que verle comportarse de forma odiosa. Sencillamente no le cuadra.

«Tienes que pensar en tu futuro, Jen. Si no crees que vas a triunfar como amazona, no harías mal en aprender cómo funciona el negocio de los transportes.»

Joder, qué idea tan genuinamente vomitiva. «Dudo que fuera lo mío», le respondo enseguida.

Él suelta una carcajada burlona y enciende un cigarrillo, haciendo caso omiso de las señales de Prohibido Fumar que tengo colocadas por toda la habitación. El enorme cenicero de pub está debajo de la cama, y ahí se va a quedar. No estoy dispuesta a que consuma cochino y apestoso tabaco en mi habitación. «Demasiado vulgar para ti, ¿eh? Todos esos horribles camiones llenos de conductores sudorosos, claro. No olvides que fue ese negocio el que te dio de comer y alimentó a ese inútil parásito de cuatro patas que está en el establo de abajo. ¡No he visto que le hicieras ascos a todos esos viajes al exterior, ni a los torneos, ni al material, ni a este terreno! La culpa es mía, por haberte malcria…»

Se interrumpe en pleno sermón, aparentemente consciente de lo que está haciendo… «Gracias», le digo.

«¿Por qué?»

«Por volver a ser el de siempre. Durante un par de segundos has parecido un ser humano decente.»

«Tú… mira», se sosiega, reprimiendo su exasperación mientras se levanta y se pone a buscar un cenicero. Cuando hace ademán de acercarse a una de mis plantas le lanzo una mirada que dice «ni se te ocurra». Se acerca a la ventana, echa dos rápidas caladas y arroja el cigarrillo al exterior. «No seas así. Venga. Dale una oportunidad. Al menos ven conmigo y entérate de cómo funciona el negocio.»

«Lo pensaré», le digo, más que nada para que se marche.

«Ésa es mi chica», me responde en tono alentador. Me estiro para subir el volumen del equipo de música. Él capta la indirecta y se marcha, con una mueca en los labios y taponándose los oídos con los dedos.

17. ACCIDENTE DE MOTO

Así que llegamos a las afueras del pueblo, y yo pensando otra vez: Joder, menos mal que lo hemos conseguido; el puto cabrón de Kravy no le tiene miedo a nada; venga a salir y entrar de todos esos putos carriles de tráfico; ni que fuéramos iconos en un juego de la PS 2, ¡pero Cowden ya está a la vista! Cogemos la curva a gran velocidad… y de pronto no vamos a ninguna parte…

… salgo despedido de la moto y es como si revoloteara por los aires como una mariposa; tengo la impresión de ir tan despacio que cuando pare será como caer sobre un montón de almohadas, pero entonces siento el impacto; es como una explosión, ¡pero que empezara desde dentro de mi cuerpo! Luego, durante un rato, tengo una extraña sensación de paz. Es como si de repente descansara todo lo me hubieran prometido jamás, antes de despertarme entre ruidos de crujidos y roces por todas partes. Al cabo de un rato me doy cuenta de que estoy atrapado entre las ramas de un árbol.

Bajo la vista y veo a Kravy de pie pero inclinado hacia delante, al pie de un gran roble que está junto al mío, como si se estuviera echando una siestecita. Encima de donde está hay como una larga raya de pintura roja en el tronco del árbol. Parece fresca. No veo de dónde ha podido salir. Oigo graznar a un cuervo. Entonces veo de dónde ha salido lo del árbol: del cuello de Kravy. Porque entre sus hombros no se ve más que un muñón rojo con algo de hueso en el centro. Porque el cabrón se ha quedado sin cabeza.

Joder.

Después de palparme huevos, ojos, brazos y piernas (por ese orden) y comprobar que, en efecto, siguen ahí, empiezo a bajar. Tengo heridas en las manos y sangro sobre las ramas y el follaje, pero no me molesta porque me siento raro que te cagas: estoy como un poco atontado e hiperactivo a la vez. Llego al final del suelo para echarle un vistazo a Kravy. Me acerco un poco más.

¡Ay mecagüenlaputa, no estaba viendo visiones!

Ha perdido la puta cabeza.

El cuello no es más que un muñón; veo la columna, cercenada limpiamente, como por una puta guillotina; sigue saliendo sangre a borbotones; salen chorros del cuerpo, que se estremece como si hubiera comido una pastilla y ahora le estuviera entrando el subidón. Es como si siguiera enredando, como si esto no fuera más que una broma idiota y mientras tanto yo siguiera buscando la cabeza esperando encontrármela con una sonrisa de oreja a oreja. Pero de eso nada. Kravy es historia.

Noto que me caen gotitas de lluvia sobre la cabeza y los hombros, así que levanto la mirada. Una de ellas va a parar sobre mi camiseta blanca. Es la sangre de Kravy que cayó sobre las hojas y las ramas del árbol y ahora me está goteando encima.

Me doy la vuelta y miro por el terraplén, colocándome la mano como visera para que no me entre sol ni sangre en los ojos; veo la moto, tendida en la carretera donde salió volando. Se ha parado un coche, y como estoy cubierto por la sangre de Kravy, sale el vejete este de la chaqueta a cuadros y me grita: «¿Estás herido?»

«No, estoy bien», le grito a mi vez.

«¡Pero si estás cubierto de sangre!»

Al oír eso empiezo a reírme. «Ya», le digo, acordándome por algún motivo de las chavalas esas, Empapada de Lluvia y Muerta de Calor. Yo podría ser el tío que necesitan para rematar el trío, vaya que sí. «Estoy Cubierto de Sangre», reconozco, fijándome en el clarete que corre por mis brazos llenos de brechas sin saber si es mío o de mi compa y sin que en realidad me importe. «Pero mi amigo… ha perdido la cabeza.»

«Es fácil que suceda, con la velocidad que llegan a coger esos cacharros», suelta el vejete. «Es peligrosísimo ir en moto. ¿Había tomado drogas?»

«Sólo un poco de hachís y una pinta en el Sally, en Perth», digo mientras el tío se acerca al arcén. Al ver el cuerpo de Kravy dice: «Santo Dios…, es una persona de verdad a la que le falta la cabeza… Santo Dios…», y empieza a potar y vuelve al carro dando bandazos. E inmediatamente después llama por el móvil.

Yo no hago más que pensar en que la madre de Kravy está en el hospital, y por algún motivo en su raja, de la que salió Kravy hace un puñado de años, tan cruelmente expuesta por los del Young Team en la página web del Blue Brazil.

Ahora me doy cuenta de lo que ha pasado, mecagüen; algún vándalo del Young Team, sin duda, dobló el borde afilado de la señal de carretera que dice «DISMINUYA LA VELOCIDAD», y Kravy salió despedido de la moto a toda velocidad conmigo y con la cabeza alineada con la señal…

Ay, no.

Uno de los lados de la señal tiene un borde ensangrentado y toda ella está llena de salpicaduras rojas. Como una puta guillotina. Central Fife: medieval hasta la puta médula, mecagüen.

¿Pero dónde está la cabeza de mi compa?

Me lanzo de cabeza a la espesura y las hileras de ortigas en busca de la cabeza, que seguirá dentro del casco; no puede haber ido muy lejos. Entonces oigo ruido de cascos en la carretera y unas voces y el vejete que les advierte: «No os asoméis, chicas, quitaos de ahí…»

Y oigo a Jenni: «Pero es nuestro amigo…» Y entonces grita: «¡Jason! ¿Estás bien?»

«Por favor, quedaos atrás; ha ocurrido un terrible accidente», insiste el vejete.

Estoy metido hasta la cintura entre ortigas pinchudas pero me vuelvo y levanto la vista. Veo que Lara se queda atrás con cara de shock pero que Jenni avanza. «¡JASON!»

Le suelto: «Sí, mecagüen, estoy bien, pero no encuentro la puta cabeza de mi

amigo, ¿vale?»

Así que sigo revolviendo en ese gran bosque de ortigas pinchudas en busca de la cabeza de Kravy metida en el casco rojo, pero siento que me fallan las piernas; trato de ponerme un rato en cuclillas, para descansar un poco y tal, pero entonces noto cómo me entra una arcada y me caigo hacia delante, ¡y cuando me despierto estoy en el puto hospital, mecagüen!

18. CABEZA

Su amigo era tan atractivo…, el chico guapo que salió del pueblo montado en su moto para emprender una nueva vida en España. Tenía visiones; soñaba que me llevaba allí con él en la moto, o a cualquier otro lugar lejos de aquí.

Pero me sorprende inmensamente comprobar que me alivia que Jason esté bien, y que fuera su amigo el que murió y no él. «Voy a ir a ver a Jason al hospital», anuncio distraídamente mientras meto los platos en el lavavajillas, apartando primero a Indy para abrir la puerta, pues está apoyada en la encimera leyendo un cómic.

«Ese *ham shanker*.[1] Más le habría valido acabar igual que el idiota de su amigo», rezonga mi padre mientras extiende un poco de crema de cacahuete sobre las galletas de avena.

No entro al trapo, pero mi madre, que está sentada ante la mesa de la cocina limándose las uñas, decide terciar. «Tiene amigos y familia, Jenni. A la gente como él tienes que verla venir. Lo cierto es que tienden a aprovecharse. No lo pueden remediar.»

«Como hizo papá contigo», le respondo.

«¡No! No sabes de lo que hablas», gorjea mientras me dirijo hacia la puerta, antes de aullar de pánico: «¡Vuelve aquí! ¡Te estoy hablando!»

Me río en voz alta sin dejar de caminar. «Bajo ningún concepto. ¡Eres innatamente trivial e incoherente!»

«¿Qué quiere decir incoherente?», pregunta Indigo levantando la vista del cómic. Ahora está echada sobre la encimera, como un gato.

«¡Nada!», chilla mi madre. «¡Quiere decir que Jennifer se cree muy lista, como de costumbre! ¡Y tú bájate de ahí y siéntate en la silla!»

Mientras me marcho oigo a Indy decir algo entre dientes y luego voces que se levantan. Disfruto de la enorme sensación de satisfacción que me produce haberles hecho perder los papeles a todos. Fuera hace un tiempo deprimente. Están cayendo cortinas de agua sucia y notas cómo se te incuba una bronquitis en el pecho. Así que subo en coche al hospital, a Dunfermline, adonde fui con Jason cuando lo ingresaron ayer. Cuando llego a su planta, veo que su cama está rodeada de pantallas. Noto cómo el pánico se desata en mi interior y me lo imagino luchando por sobrevivir, pero de repente las pantallas se abren de golpe y aparece una enfermera pelirroja. Mientras retira la cuña, veo cómo Jason se la come con los ojos.

Al percatarse de mi presencia prorrumpe en una gran sonrisa, aunque acompañada por una leve expresión de culpabilidad. «¡Jenni!»

«Hola, Jason», le sonrío a mi vez. No tiene demasiada mala pinta, aparte de uno de los lados del rostro, que se le ha llenado de grandes manchas blancas por la parte donde cayó sobre las ortigas.

«Siéntate y ponte cómoda», me ruega. «Heather acaba de terminar de atender a mis…, eh, necesidades más apremiantes, ya me entiendes.»

«¿Cómo te encuentras?», le pregunto, fijándome en la sonrisa imperturbable que ilumina el rostro de la enfermera Heather mientras cumple con sus obligaciones.

«Estoy como nuevo, pero me han dicho que no me mueva hasta que les devuelvan el resto de los rayos X. Heather es de Tayport», agrega. La enfermera me sonríe con frialdad y se lleva la cuña con las ofrendas de Jason, cubiertas por una servilleta de papel.

Me siento en una de las sillas rojas de plástico duro que tienen para las visitas. La taquilla de Jason está llena de Irn-Bru y uvas. Se le ve mejor que ayer, cuando le trajeron. Está mucho más reposado. Pensaba que se había fracturado el brazo, pero los rayos X revelaron que sólo lo tenía muy contusionado. En la espalda se hizo algunas laceraciones que hubo que coser, pero lo cierto es que tuvo una suerte asombrosa. «No puedo imaginar cómo debe ser que muera un amigo tuyo y que tú sobrevivas…, vuelve a contarme exactamente lo que pasó.»

«Te agradezco mucho que hayas venido, Jenni, pero no pienso volver a pasar por eso. Te lo conté todo anoche.»

«Claro, por supuesto», asiento con gesto adusto. «Tienes que descansar; tuvo que ser una impresión tremenda», le digo, haciéndome cargo y mirando directamente a esos enormes ojos de expresión turbada. «¿Seguimos sin noticias de la cabeza?»

De repente Jason se da una palmada en la frente con el brazo bueno; parece auténticamente consternado. «No, la policía de Fife ha estado peinando la zona toda la noche y toda la mañana y siguen sin encontrar nada de nada. No lo puedo creer. ¡Está dentro de un casco de moto rojo, hostia puta!»

Una muerte como ésa… tiene algo tan maravilloso, magnífico y simbólico. Me excita. «Me encanta imaginar su preciosa cabeza, como de ángel incorpóreo, flotando por ahí y contemplándonos a todos desde arriba. La vida no hará envejecer ni corromperá ese rostro perfecto y maravilloso. ¡Se mantendrá siempre tan bello como Kurt, la princesa Diana y Jimmy Dean!»

Pero no parece que esta reflexión consuele al pobre Jason, que está alteradísimo. «Ya, ¡pero su madre es una *green grape*[2] y querrá una maldita ceremonia de cuerpo presente! Así que tengo que encontrar la cabeza. ¡Si la puta bofia no puede hacerlo –y tengo mis dudas sobre el grado de compromiso de la policía de Fife en este caso concreto–, entonces tendré que hacerlo yo!»

«¡No puedes hacer eso, Jason, tienes que descansar!»

«Tú mucho hablas de su preciosa cabeza, pero no será tan preciosa cuando la hayan pillado los cuervos, las ratas y los gusanos», dice horrorizado. Y lo cierto es que es un pensamiento espantoso. «Ayúdame, Jenni; tienes que hacerme un gran favor», me ruega.

Miro esos ojos de loco, que me recuerdan los perros de pelea del granero, y siento que no puedo negarme. «¿De qué se trata?»

«Ve a mi casa y dile a mi viejo que necesito algo de ropa. Y luego vuelves y me la traes.»

Sé dónde está su casa porque le dejé allí aquella vez que iba vestido con la clase de ropa que no creo que le hiciera gracia que le trajera ahora. Me vuelve a dar la dirección exacta. «Vale, pero con una condición: yo voy contigo y te ayudo a encontrar la cabeza.»

Le cuesta dos segundos enteros decirme que sí. «Y de paso mira a ver si consigues unas tijeras de podar», añade.

«No creo que sea muy difícil. Pero ¿por qué?»

«Porque las putas ortigas esas se van a enterar», dice malhumoradamente mientras se palpa el rostro hinchado.

Me dispongo a marcharme y me siento inclinada a besar castamente su ceño perlado de sudor, cuando entra cojeando con ayuda de un andador una mujer delgadísima con los ojos pintados y una larga melena castaña. «Señora Forsyth… Frances…», la saluda Jason con pesar.

La señora Forsyth se pone a los pies de la cama. Primero me mira a mí, luego a él, y se muerde el labio inferior. Después comienza a hablar en un tono pausado y abatido. «Este condado me ha quitado a mi hijo, Jason. Me ha quitado a mi niño. Y yo me pregunto: ¿por qué volvió cuando aquí no tenía nada?»

«Quería estar con usted porque no se encontraba bien», responde Jason con tristeza.

«Eso pensaba yo. Así que fue culpa mía. ¡Yo le maté! La sangre de mi sangre», y aparta la vista de Jason y me mira a mí un instante.

«Nah…, eso no es así», protesta Jason con voz entrecortada. «Ya sabe cómo era Kravy. Era un espíritu libre. Nadie pudo obligarle nunca a hacer algo que no quisiera hacer. Si alguien tuvo la culpa fui yo por dejar que me llevara a Perth a ese estúpido partido de futbolín. ¡Tendría que haber ido en tren o en autobús!»

La mujer, la señora Forsyth, tiene un aspecto de lo más espectral, como si llevara tres mil años enterrada y acabara de salir del sepulcro. «Me dijeron que chocó con una señal de tráfico torcida», cavila melancólicamente, «doblada por manos humanas», añade, casi aullando mientras los labios de su rostro ceniciento empiezan a temblar.

Siento la necesidad de decir algo, así que interrumpo. «Los críos hacen esas cosas. Es vandalismo. Van torciendo las señales de tráfico.»

«Este espantoso condado se tragó a mi niño», solloza, llena de dolor antes de dar la vuelta al andador y empezar a marcharse. Antes de salir se vuelve un instante y añade: «Márchate de aquí mientras puedas, Jason; y tú también, cariño. Salid de este lugar mientras estéis a tiempo.»

«Señora Forsyth», le ruega Jason, «déjeme hacer una cosa por Kravy… y también por usted.»

Ella se detiene y se coloca en ángulo para poder inclinarse y verle.

«El funeral de Ally. A él no le iba el rollo cristiano de mie…, no es por faltar. Sólo le pido que me deje organizarle una despedida de la que se pudiera sentir orgulloso.»

«Adelante, hijo. Cualquier clase de ceremonia que te apetezca. Yo lo único que quiero es verle por última vez de cuerpo presente.»

«Pero, señora Forsyth…», suplica Jason.

Pero ya le ha dado la vuelta al andador y se marcha.

Mientras ella se aleja, Jason me comenta: «Llevo siglos pensándolo. En lo de salir de aquí, quiero decir. Es más, casi no pienso en otra cosa.»

«Aquí nadie piensa en otra cosa», le digo. «¿Ésa era su madre? ¿La madre de Ally Kravitz?»

«Sí.»

«Qué forma tan terrible de perder a un hijo. Algo que ha crecido dentro de ti…»

«Pues sí, la pobre no ha tenido nada de suerte», observa Jason, que ahora parece cansado mientras mira al vacío. «Primero la espichó su pareja, Coco Forsyth, después la pillan en posición comprometida en las escaleras del Centro Minero, y ahora esto…» De repente me mira fijamente. «Necesito que me hagas un favor más.»

«¿Qué?»

«¿Conoces al viejo ese que siempre está sentado en el banco que hay delante del polideportivo?»

«¿El indigente? ¿Ese vejestorio repugnante?»

A Jason parece ofenderle un poco mi descripción del vagabundo. «Ése», corrobora con cara de lástima.

Aparece la enfermera para comprobar sus constantes y Jason baja la voz, lo que me obliga a arrimarme más. Huele a una transpiración dulce y fresca, casi a artículos de tocador para chicas. Y me comunica lo que quiere que haga.

«¿No lo dirás en serio?», le pregunto boquiabierta.

«Jamás he hablado más en serio», me dice con toda seriedad.

Al llegar a casa, voy a echarle un vistazo a Midnight. Siento que me hundo cuando intuyo que algo no va bien. La puerta de los establos está abierta. Me recorre un escalofrío de pánico. Entro y el alivio dura menos de un segundo, porque está dentro del establo, pero tumbado de costado. Me inunda una sensación horrible. Caigo de rodillas y rompo a llorar. Respira de forma poco profunda y resuella de un modo horrible y seco.

Alguien ha dejado abierta la trampilla del comedero.

Entro en casa corriendo y le digo a mi madre a gritos que llame al veterinario. Indigo sale corriendo conmigo a los establos. Dobson aparece enseguida, pero para entonces Midnight ya ha muerto. Abrazo a Indigo; las dos estamos llorando. Clifford el poni olisquea el cadáver de Midnight y suelta un relincho de aflicción. Tras

examinarle, Dobson me pone la mano en el hombro. «Parece un cólico extremo; se ha matado a fuerza de comer.»

Un coche se para delante de casa. Mi padre baja y se acerca al establo. Luce una falsa expresión de shock; no puedo mirarle. «Lo siento, cariño», dice.

«¡Apártate de mí, joder!», salto, empujándole en el pecho. «¡Has sido tú! ¡Querías ver muerto a Midnight! ¡Jamás volveré a montar otro puto caballo mientras viva!»

«Pero, princesa…»

Ahora me otorga el título de Indy. Lleva años sin llamarme así, seguramente desde que tengo la regla. «¡Vete a la mierda!»

Salgo en tromba y me dirijo a mi coche.

«¡Pues vete, hala!», grita mi padre, «¡vete y llórale como una nena atontolinada al idiota de tu novio! ¡Si me hubieras dejado meterle en los establos de La Rue para que lo cuidasen, esto no habría pasado!»

Mientras me acerco al coche oigo a Indigo romper a llorar y a mi padre consolándola. «No pasa nada, cariño, ha sido un accidente. Vamos, vamos. Ahora ya descansa para siempre.»

Arranco el coche y me largo, llorando y riéndome a la vez. Pienso en Jason; en que si él hubiera estado aquí se habría fijado en que mi padre o quien fuera se había dejado abierta la trampilla del comedero.

Al cabo de un rato, y como por casualidad, estoy en el vivero del centro comercial B&Q mirando tijeras de podar y pensando en el daño que podría hacerle a alguien con ellas.

Al caer la noche me tomo un café en el Starbucks nuevo. Después me subo al coche y me voy a Cowdenbeath. Pienso en mi padre, un hombre que tiene amor propio pero que no deja de ser un fracasado de provincias. Nunca ha salido de este lugar y nunca se ha puesto a prueba; se conforma con ser dueño y señor de la gente con la que trabaja y bebe. O en el neuras del doctor Grant, con su consultorio en la colina; igual que su padre, que enviaba de nuevo al pozo a todos aquellos mineros silicóticos perdidos para extraer más carbón y dejarse ahí los pulmones. Y también la engreída de Fiona La Rue: todos los supuestos triunfadores de este pueblo; tan derrotados e insignificantes como los presuntos plebeyos a los que tanto desprecian.

Siento un violento furor contra todo y contra todos los que habitan este mundo. Y alguien lo va a pagar. Me doy cuenta de que llevo las tijeras de podar en la mano. Y ahí está, justo al lado del polideportivo, todavía en posesión de sus facultades, aunque por poco rato. Ese viejo vagabundo asqueroso y apestoso.

Todavía estoy jadeando como consecuencia del horror de lo que acabo de tener que hacer al llegar a casa de Jason, que está justo detrás de la estación de ferrocarril. Llamo al timbre y me abre su padre. Soy incapaz de no quedarme mirando un instante esa terrible marca que lleva en un lado de la cara.

«¿Sí?»

«Me llamo Jenni», le digo jadeando. «Soy amiga de Jason. Ya estuve aquí una vez.»

«Sí, ya me acuerdo.»

«Me pidió que viniera para llevarle algo de ropa al hospital. Le han dicho que puede ponerse su ropa.»

Me mira con gesto dubitativo durante un instante. «¿Eres su asesora de imagen oficial? Porque no lo estás haciendo demasiado bien.»

«No», empiezo, «sólo intento ayudar.»

El señor King me honra con una leve pero cordial inclinación de la cabeza. «De acuerdo, cariño, entonces será mejor que pases. Llevo mucho tiempo sin hacer una colada.»

Le sigo hasta la cocina, donde empieza a sacar ropa: vaqueros, camiseta, jersey, calcetines, calzoncillos. «Vale, gracias», le digo mientras va metiéndola dentro de una bolsa de plástico.

«Creo que los zapatos siguen en el hospital, pero de todas formas tiene zapatillas aquí. Dile que mañana iré a verle.»

«Así lo haré. Gracias, señor King.»

El padre de Jason es muy parlanchín pero bastante excéntrico y de ideas un tanto raras. Me cuenta que dispone de «pruebas irrefutables» de que el ayuntamiento entrenó a un equipo de gatos para abrir las bolsas de basura y así poder introducir los contenedores en el distrito. Por lo visto, el contratista que los fabrica es socio de un destacado concejal local. «Aquí todo se hace para sacar tajada y provecho personal. ¡Voy a escribir a Gordon Brown, mecagüen! Si aún quedaran en el parlamento tipos como Willie Gallacher o Bob Selkirk en el ayuntamiento…»

Midnight ha muerto.

Midnight era lo único que me retenía en este lugar. Ahora me doy cuenta de que jamás me habría marchado si siguiera aquí. Joder, mi padre… ¡me ha hecho un favor! ¡Me ha liberado!

«… conque si yo fuera cualquier jovencito o jovencita –y no paro de decírselo a Jason–, me largaría de aquí con viento fresco. No es lugar para la juventud. Ya no. Ya lo decía 50 Cent: enriquecerse o morir en el intento. ¿Qué pueden hacer aquí con su tiempo, aparte de gamberrear?»

«Pues sí. Creo que tiene usted razón, señor King», le digo para interrumpirle, disculpándome por tener que marcharme.

Me meto en el coche y vuelvo a hacer el trayecto hasta Dunfermline y el hospital. Cuando llego otra vez a la sala y le entrego la bolsa a Jason, el horario de visita está a punto de terminar.

«¿Cómo has tardado tanto?», salta él.

Le miro con ojos llorosos. «Es Midnight. Ha muerto. Alguien dejó abierta la trampilla del comedero. Nunca debió pasar. Todos sabíamos que era propenso a la

glotonería…»

«Ay no…, cuánto lo siento…»

«Si uno de nosotros hubiese estado allí lo habríamos podido salvar. Para que un caballo se muera de un cólico tiene que pasar mucho tiempo. ¡Tendría que haberle echado un vistazo! ¡Prácticamente es como si lo hubiera matado yo!»

«Qué va, Jenni, seguro que fue un accidente…»

«¡Mi padre dijo que teníamos que haberlo metido en las caballerizas de La Rue, donde lo habrían observado de cerca y con regularidad! Tenía razón.» Me esfuerzo por reprimir un sollozo. «¡No soy más que una niña mimada y egoísta empeñada en tener en casa a su propio caballo! La he cagado. ¡No he sabido cuidar de él, igual que he fracasado en todo lo demás!»

«Qué va, Jenni…»

«Ha sido mi padre, ¡lo sé! Ha matado a Midders para sustituirle por un caballo más fuerte para que pueda competir con Lara.» Ahora dejo correr las lágrimas. «Antes tenía un sueño de lo más bobo, Jason…», me oigo despotricar a mí misma. «Soñaba en salir para siempre de Cowdenbeath montada a lomos de Midnight…, salir y no volver…»

«Ya…, fantasías de montar…», balbucea Jason boquiabierto. «Perdona», me suelta. Parece completamente deshecho. «Yo me culpo a mí…, quiero decir, si yo no estuviera aquí, habría podido cuidarle.»

«No, ha sido él, el muy hijo de puta. ¡Al poni de Indigo no le pasó nada!»

Jason se levanta de la cama y se me acerca, vestido con su pijama a rayas. Me pasa el brazo alrededor de los hombros y luego se arrima más y me abraza un poco. Sienta bien. Huele bien. Podría quedarme así para siempre. Después se aparta, mira a su alrededor y me cuchichea con urgencia: «Tendríamos que salir de naja, se ha acabado el horario de visita.»

Me pide que vigile mientras se viste. Accedo, pero tengo que sobreponerme al impulso, tan extraño como intenso, de darme la vuelta y mirar cómo se cambia.

Ay, Midnight. ¡Qué mierda de sitio! ¡Me largo de aquí! Para siempre.

«Venga», me cuchichea, y recorremos sigilosamente los pasillos del hospital. Cuando salimos se nos acerca un camillero ya entrado en años. Por un momento he pensado que iba a dar el alto, pero sólo quería fuego. Jason se lo da a toda prisa y entonces es cuando salimos y atravesamos el parking hasta llegar al coche.

Regresamos a Cowdenbeath, atravesamos el pueblo y volvemos a salir a la curva que lleva a la carretera de Perth. Paro el coche en un área de reposo pedregosa que está junto a la curva y salgo. Cojo la linterna que guardo en la caja de herramientas del maletero. Saltamos la barrera de protección. Jason hace un gesto de dolor al apoyar el peso de su cuerpo sobre el brazo malo. Ilumino la espesura de ortigas. En muchos metros a la redonda no se ve nada salvo esas enormes plantas, algunas de las cuales nos llegan a la altura de los hombros. Cuando empezamos a abrirnos paso entre ellas, me doy cuenta demasiado tarde de que el follaje disimula que las ortigas

están en cuesta; al sentirme impelida hacia delante me agarro a Jason. Entonces grito pensando que vamos a caer los dos, pero él nos estabiliza. «¡Joder, mi puto brazo!», salta.

«Cuánto lo siento, me olvidé», digo con voz entrecortada mientras voy recobrando el aliento.

«Despacito…», me ruega mientras saca las tijeras de podar y empieza a segar ortigas. Jadea y suda más a medida que va abriéndose paso entre la maleza. La luna proyecta una luz plateada sobre las plantas caídas, que yacen como soldados heridos en un campo de batalla. «¡Ahí!», grita, y mi linterna ilumina algo rojo.

De pronto, Jason, iracundo, arruga el ceño. Da una patada al objeto, un cono de tráfico que vuela por los aires unos metros antes de aterrizar sobre las hileras de ortigas situadas más al fondo.

Seguimos avanzando entre las ortigas durante lo que se me antoja una eternidad, pero no encontramos nada. A pesar de los guantes y los calcetines, tengo picaduras en las manos y los tobillos, y eso que detesto las ortigas desde la infancia. Empieza a abrumarme, entre un frío entumecedor, una desesperación casi insoportable ante la inutilidad de todo esto, y estoy a punto de proponer que recojamos y volvamos a probar por la mañana cuando la luz de la linterna se refleja sobre algo.

Ahí está; el dorso del casco rojo.

Y ya sabemos lo que hay del otro lado. «Mira, Jason», le espoleo. No tenía por qué haberme molestado. Lo ha visto y juro que sus ojos serían capaces de iluminar todo este erial.

Jason lo mira con enorme reverencia antes de inclinarse y levantarlo lentamente. «Pesa mucho, está…»

Le da la vuelta. Lo ilumino con la linterna. El rostro está blanco y azulado alrededor de los labios y los ojos. Jason le quita unas hojas y un poco de tierra. No ha sido devorado; aún se le reconoce como Ally Kravitz. «Lo siento, colega», dice Jason estrechándola contra su pecho.

Desde la parte inferior del casco veo caer al suelo lo que parecen unos granos de arroz. Los enfoco con la linterna y los veo retorcerse bajo el haz luminoso. «¡Jason!»

Cuando le da la vuelta al casco vemos que el muñón ensangrentado está infestado de gusanos. «¡Hijos de…! ¡Hijos de puta!» Jason los saca con las manos desnudas y vuelve a abrazar la cabeza enfundada en el casco. «No permitiré que se te coman estos cabrones, colega, te lo juro, joder», solloza, mientras sus ojazos vierten lagrimones encima del casco rojo. Al cabo de un ratito me mira con aire abatido, y después de asentir mete la cabeza en una bolsa de basura.

«Déjame mirarle una vez más», le suplico.

«No», dice Jason con lágrimas rodándole por las mejillas, «no le va a ver nadie. ¡Lo que hagan con el resto me da lo mismo, pero la cabeza vuelve a España conmigo!»

Le rodeo los hombros con el brazo mientras llora de forma incontrolable, sin

dejar de sujetar la bolsa de basura. Me doy cuenta de que yo también lloro, al acordarme de mi precioso caballo.

19. FUNERAL

El domingo fue cuando empecé a notarlo todo; los dolores, las picaduras de las ortigas y la cochina y negra depresión. Eso fue lo peor de todo: era como llevar a cuestas a un gordo invisible. El viejo trajo un *vindaloo* de gambas del Shimla en plan detalle, pero no me sentí capaz. Me animé un poco más cuando vino a verme Jenni Cahill, pese a que no dejó de preguntarme qué había hecho con la cabeza de Kravy. Guardé silencio, mecagüen, pero no me resultó fácil, porque es de las voluntariosas. Cuando se marchó me encontraba demasiado depre y agotado para acariciar fantasías masturbatorias, y eso que había venido con carmín escarlata y todo. Lo único que me consoló fue ir a echar un vistazo por el mercado de Central Park, y la gran nevera portátil que encontré en uno de los tenderetes.

«Te vendrá bien en verano, para las merendolas», me dijo la señora McPake, que vive donde nosotros, al verme bajar por la calle con la puta cosa aquella.

«Huy, claro», asentí.

El lunes me encontraba mejor. No me quedaba otra: tenía que organizar el funeral de Kravy. Jenni me deja utilizar su ordenador para mandarles correos electrónicos a los colegas de Kravy en España. Encontré unas direcciones dentro de un libro que dejó en casa de su madre. No pensaba que fuera a venir ninguno con tan poco tiempo de aviso, pero tenían derecho a saberlo. Me llevó un rato conseguir los dos gramos de coca y el pedrusco de *speed* que hacían falta para el bolo de nuestro chico. Tuve que acercarme a la capital y toda la puta pesca. No me gusta un pelo cruzar el puente. La capital está bien, pero en cuanto sales del centro en busca de sustancias prohibidas se convierte en un lugar completamente distinto, lleno de psicópatas que captan el olor a puto condado rural que despides a cincuenta metros.

Una labor bien hecha, con todo. Así que el martes por la mañana tuvo lugar el funeral en el crematorio de Kirkaldy. Su madre quería celebrarlo en el crematorio de Dunfermline. La suma de trescientas diez libras para los cabrones del ayuntamiento habría sido la misma y también habría sido más fácil volver desde allí a la fiesta en el Centro Social de los Mineros, pero la convencí para que lo celebrásemos en Kirkaldy. Si hubiéramos despedido al muchacho en territorio Vichy jamás me lo habría perdonado.

Fue una fiesta muy concurrida, ya lo creo, mecagüenlaputa. Puede que Kravy le diera la espalda a Cowdenbeath pero Cowdenbeath nunca le dio la espalda a él. Además, a nadie le gusta que muera un joven, coño. No vino ningún español, pero mandaron montones de coronas por Interflora y mogollón de mensajes emotivos por el correo electrónico de Jenni, que los imprimió y los metió en una carpeta decorada con sendas banderas de España y de Escocia, y se la entregó a su madre. Tengo que reconocer que Jenni se portó de forma excepcional. No le gustó nada lo de tener que

abordar a Jakey Anstruther, y más teniendo en cuenta lo disgustada que estaba por lo de su pobre caballo, pero me ayudó a colocar al viejo pastor en la parrilla de salida.

El sermón fue sin duda alguna el plato fuerte del acto. Antes tuve que embolingarle un poco, pero no hasta el punto de que no pudiera cumplir. Cuando subió tambaleándose y se puso ante el atril llegué a temerme lo peor. «Hola»… saludó arrastrando la voz. «Me alegro de veros…, uno o dos viejos amigos… y unos cuantos forasteros…»

Se hizo un silencio de muerte. La madre de Kravy se me quedó mirando durante uno o dos segundos. Seguía mosqueada porque no se había recuperado la cabeza, así que el funeral no podía ser de cuerpo presente. Tuve que ocultárselo. No podía dejar que la pobre mujer viera cómo se lo comían los gusanos. Jakey, sin embargo, no tardó en coger el ritmo.

«A medida que uno se hace más viejo, cada vez le engaña menos toda la coña eclesiástica esta. Lo que la mueve es el miedo: el miedo de no haber sido lo bastante buenos para que nos seleccionen para el equipo que se va a llevar la copa y de que tengamos que quedarnos en la versión satánica de este tugurio. Pero a Ally Kravitz nunca le atormentó ese miedo. Decían que era un espíritu libre. ¡¿Pero se puede saber qué cojones quiere decir eso?! ¡Yo digo que era un espíritu de Fife!», ruge, y es como si no se hubiera alejado nunca del púlpito. Vi cómo una lágrima resbalaba por la mejilla de la señora Forsyth al oír aquello.

Nada más ver a unos cuantos asentir con la cabeza, Jakey mete la superdirecta oratoria. «Pensad en este condado: un lugar que le dio al mundo el capitalismo, y que sin embargo fue de los primeros sitios en darse cuenta de que el capitalismo era una mierda y en combatirlo de forma incondicional. Porque este condado es un microcosmos del auténtico espíritu de Escocia, mucho más que cualquiera de esos caraduras *Weedgies*[1] con su rollo paleto-irlandés de mierda o esos cabrones esnobs, maquinadores e ingleses de Edimburgo. Y Allister Kravitz, un joven audaz e internacionalista, lleno de pasión y brío, fue, válgame todo, un microcosmos de este maldito condado, ¡en el interior de cuyas fronteras aún es posible que resida la clave de la salvación, tanto global como nacional!»

La madre de Kravy sonríe a pesar de las lágrimas y el velatorio se ha convertido en un alto horno de emoción. «Y ahora os pido que recéis por el alma de Ally Kravitz, *sobre todo* si no sois dados a la oración. ¡Porque puede que mi Dios os escuche! ¡Mi Dios tiene que estar hasta la polla de oír las mismas voces pidiéndole un coche o una casa nuevos, o una lancha motora, o que dé el visto bueno a otra bárbara guerra petrolera de mierda!»

El velatorio reverbera bajo el estruendo de una enorme aclamación. Hasta al Duque de Hierro tiene una lagrimita en el ojo, os lo juro, joder. No veo a Comorton, el Rey del Centro de Llamadas, pero para mí que en estos momentos el cabroncete Tory-revisionista ese debe de tener la cabeza más gacha que el culo de una culebra. Jakey sigue despotricando: «¡Mi Dios quiere que las cosas cambien un poco de una

puta vez! ¡Y quiere tener noticias de alguien que no quiera nada a cambio, aparte de esas pequeñeces que llamamos libertad, justicia e igualdad!», brama antes de resollar un poquito y echarse un trago de Buckie para tranquilizarse un poco. «¡Me cago en Cristo todopoderoso!», suelta con una sonrisa. «Ya ni me acordaba de lo bien que sienta subir al púlpito con la espesura del cebollón de la noche pasada, animado por unas copichuelas de elixir del Diablo. En este estado –a un pelo de escroto de la posesión demoníaca– es cuando más cerca me siento del Salvador. ¡Y que conste que hablo de Dios, no de ese puto soplapollas del Jesucristo de los huevos! Y ahora, como última andanada contra esos cabrones empingorotados de George Street,[2] quisiera darle las gracias a Jason, aquí presente, por darme la oportunidad de oficiar en un púlpito de Fife en honor de uno de sus hijos más excelsos, Allister Graham Kravitz. ¡Amén, mecagüen!

Cuando baja de la tarima la gente se pone en pie y le ovaciona estruendosamente sin parar hasta que el ataúd desaparece de la vista.

Ya en la calle, la madre de Kravy y yo damos las gracias a los dolientes. «Ha sido Jason», oigo cómo le dice al viejo, «fue él quien hizo que todo fuera tan especial.»

Y, ahora, al Centro Social de los Mineros para el convite; hojaldres de salchicha, huevo con mayonesa y berros, pasteles estrambóticos, té, whisky, toda la puta pesca; organizamos un buen banquete. Las pequeñas colectas que hice en los garitos del pueblo lo sufragaron todo. Jakey está en su elemento; la gente no hace más que invitarle a copas y decirle que monte su propia iglesia, una Iglesia de Escocia de verdad. Y, todo sea dicho, se ha acicalado y aseado para la ocasión. A lo único que huele es a borrachín y a aftershave. Rodeo sus viejos hombros con un brazo. «Me has quitado las palabras de la boca», le digo. «¿Qué se puede decir después de eso?»

Jakey me guiña un ojo. «Puede que el chaval fuera un camello chuloputas y veleidoso, pero esto es lo fundamental…»

Me sumo al coro: «¡Era *nuestro* camello chuloputas y veleidoso!»

Jakey se ríe y yo le doy otra palmadita en la espalda. «¿Qué vas a hacer, Jack? No puedes pasarte el resto de tu vida sentado en ese banco.»

Él se encoge ligeramente de hombros. «No es tan mal sitio, Jason. Aún cobro la pensión de la I de E. He de confesar que, desde mi titularidad como pastor protestante, no he hecho gran cosa.»

«De eso hace ya más de diez años, so cabrón.»

«Once años y tres meses, hijo. Vistos y no vistos, como las bragas de una puta en un tendedero primaveral. Pero ¿qué se puede hacer contra la represión calvinista de la Iglesia presbiteriana?»

«Habría venido bien que creyeras en Jesucristo, Jack. Tarde o temprano eso tenía que mosquearles.»

«¡Tonterías! Cuando los pillas a solas, son poquísimos los pastores que reconocen creerse toda esa bazofia de Cristo-hijo-de-Dios», salta con desprecio. «Para aplacar a los elementos descerebrados todos tenemos que tragar con esa puta cosmovisión a lo

Hans Christian Andersen-Lewis Carroll, pero la mayoría somos lo bastante cultos para saber que eso no son más que niñerías. ¡Además, lo que puso fin a mis relaciones con la Iglesia fue el puterío, no que no creyera en un viejo hippy tristón!»

Mecagüen, casi me veo obligado a salir en defensa de Cat Stevens, pero entonces me doy cuenta de que hablaba del otro cabrón. Me intrigaba averiguar un poco más, pero Jack se estaba empezando a poner vocinglero y yo tenía obligaciones que atender, así que le presento mis excusas y empiezo a circular entre los asistentes.

La señora F, como era su obligación, se emborrachó y se puso un poco sentimental, y el viejo tuvo la galantería o el oportunismo de acompañarla a casa (táchese una u otra opción en función de los gustos de cada cual, mecagüen) y sin duda la sujetó bien fuerte al bajar por las escaleras del Centro Social.

Así que luego me los llevé a casa; Jenni, el Duque y Neebour Watson, con los restos mortales de Kravy metidos en la urna; bueno, la mayor parte de ellos. La verdad es que la ceremonia de cuerpo presente nunca tuvo demasiadas opciones. Por algún motivo la estirada de Lara nunca apareció; Jenni cree que fue porque se había ido por ahí con el cabrón de Big Monty.

«Esto es de enfermos», suelta Neebour Watson mientras mezclo las cenizas del chaval con la coca y el speed y preparo las rayas sobre mi ejemplar de *Tea for the Tillerman*.

«Para enfermo tu asqueroso y peludo ojete», contraataco, saboreando la reacción de Jenni, una carcajada tan deliciosa como sexy. «Kravy era un espíritu libre; habría captado perfectamente la trascendencia New Age de nuestra ceremonia, mecagüen.»

«A mí me parece preciosa», tercia Jenni a la vez que me estruja el muslo de tal manera que me llena de sangre las pelotas. «Ojalá pudiera haber hecho yo algo parecido por el pobre Midnight.»

«No se puede comparar un caballo con un ser humano», suelta el Duque.

Jenni sacude la cabeza enérgicamente. «A todos nos encantan los espíritus bellos y primarios; da igual la forma que los aloje», dice. Una nenita muy dulce, aunque puede que un pelín chiflada. Ya sabía yo que de perdidos al río tendría que haber dejado a la vista el CD nuevo de Marilyn Manson.

«El chaval seguirá viviendo dentro de todos nosotros», proclamo mientras me abalanzo sobre la primera raya.

El subidón no estuvo mal, pero tengo que reconocer que a lo mejor habría sido mucho mejor si Kravy no hubiera formado parte de la mezcla. Durísimo para la tocha y los pulmones. Pero con eso no quiero decir que le guarde rencor.

Le ofrezco a Jenni la segunda, y bien que la aspira toda. Después echa la cabeza hacia atrás, arruga la tocha un poco y los ojos se le llenan de lágrimas, pero resiste.

«¿Estás bien?», le pregunto.

«Sí…, está bastante agradable», me dice suspirando con una sonrisa antes de añadir: «¡La idea de llevarle todos dentro me parece muy excitante!» Entonces estornuda y me vuelve a estrujar la pierna.

Neebour y el Duque se meten la suya. Después de transcurrido un tiempo prudencial, les digo: «En fin, gente, os voy a tener que echar. A todos menos a Jenni, que tenemos un asunto privado que discutir», le explico mientras los muchachos desfilan por la puerta con gesto abatido, sin duda para ir al Goth a echar la última antes de que cierren.

En cuanto desaparecen me acerco al armario. Saco la nevera. La abro y volvemos a echar una ojeada a nuestro chico, al que liberamos de entre ortigas pinchudas que llegaban al hombro. De una palidez fantasmal, pero con los ojos y los labios azulados, como si fuera una máscara de plastilina, y a estas alturas ya empieza a apestar cosa mala.

«¿Qué vamos a hacer con él?», pregunta Jenni con voz jadeante.

«Tengo una idea. Y hay que darse prisa. Está fatal, y estoy seguro de que en el cuello todavía quedan unos cuantos gusanos hijos de puta. Pero primero nos metemos otra raya como homenaje.»

Mientras Jenni se abalanza sobre ella y le entra el subidón, me cuenta: «Hacía siglos que no me metía coca: desde que Lara y yo fuimos a St. Andrews y tratamos de colarnos en la ceremonia de graduación del príncipe Guillermo. Ella tenía una amiga que se graduó al mismo tiempo. Eso sí, no conseguimos acercarnos a él.»

«Un chico muy sensible, de eso no me cabe ninguna duda», le digo, pero mis ojos no se apartan en ningún momento de los clisos mortecinos del pobre Kravy, metidos dentro del casco rojo.

20. TUMBADA

Me despierto en el suelo de la habitación de Jason. Creo que ya es de día. Está tumbado a mi lado y los dos estamos completamente vestidos, así que no ha pasado nada. Me duelen las sienes por la mezcla de speed, cocaína y cenizas, y tengo la garganta como un trozo de papel de lija.

Me levanto y me agacho sobre él; le beso la frente, pero está profundamente dormido. Bajo las escaleras y salgo a la calle en el momento exacto en que su padre dobla la esquina luciendo la misma cara de corte que yo. Nos saludamos con una discreta sonrisa.

Estoy pasándolo fatal con la resaca esta y sé que será mucho peor en cuanto se pasen los efecto de la cocaína y del alcohol que todavía llevo en el organismo. Me acuerdo de que anoche Jason puso una música interesante; nunca había oído nada parecido. Me subo al coche, que se ha pasado toda la noche aparcado en la calle.

En cuanto mi trasero hace contacto con el asiento noto humedad en el culo. Seguro que me he sentado sobre algo. Me huelen un poco las axilas. Debería ir a casa, ducharme y dormir, pero estoy inquieta y excitada y subo a ver a Lara. Cuando llego a la casa, me abre el doctor Grant, con el rostro arrugado, enjuto y tubercular. Es como si por un extraño proceso de ósmosis las enfermedades respiratorias que diagnostica a los antiguos mineros del distrito se hubieran filtrado hasta sus propios pulmones. Se entiende por qué a Lara le encanta ir por ahí follando con trogloditas. ¿De qué otro modo podría hacer reaccionar a este personaje reprimido y estoico? A pesar de que Marilyn Manson ya «le queda pequeño», sigue cargando con una ira profundamente soterrada. Sus costumbres siguen siendo las mismas y son peores que las mías. Se le da bien el barniz civilizado, eso es todo. A la mierda, ya he visto adónde conduce eso. Ejemplo pertinente: mi madre.

«¿Está Lara?», le pregunto.

El doctor Grant me mira como si no existiera. Este hombre se detesta a sí mismo y al mundo en igual medida. Se limita a indicar con la cabeza las escaleras, así que las subo. Me pregunto si podrá ver la mancha húmeda y pegajosa que llevo en el culo.

Llamo a la puerta de su dormitorio y entro directamente, sin aguardar la respuesta. Lara está sentada en la cama leyendo una revista; cuando la baja asoma un ojo morado. «Hoy no puedo ir a Dunfermline».

«¿Qué ha pasado?»

«¿A ti qué te parece?», pregunta con gesto desafiante antes de añadir alegremente: «Mi cavernícola se volvió psicópata. Le dije que se había acabado. Discutimos. Él quería hacerlo, ya sabes, por última vez.»

Pienso en esa escoria de Klepto y en hasta dónde están dispuestas a llegar basuras

malvadas como ellos. «¡Dios mío! ¿Te…? Ya sabes…»

«No me violó ni mucho menos», me explica ella con una sonrisita de suficiencia. «La verdad es que la idea me ponía bastante. Más que a él, a decir verdad.» Sacude despectivamente la cabeza. «No pudo cumplir. Fui un poco más ácida de la cuenta y vaya, no se lo tomó muy bien.» Reprime una lagrimita, abrumada, al parecer, por un ataque de desesperación y de ira.

«Oh, cariño», exclamo mientras la estrecho entre mis brazos.

«Qué buena eres», me dice cuando rompemos nuestro abrazo. Me mira con gesto abatido. «Fue culpa mía. Tendría que haberlo supuesto. No trae más que problemas, lo mismo que su amigo. Pero pensé que…, no sé…»

Casi estoy a punto de contarle lo del asqueroso de Klepto, y no puedo evitar terminar la frase: «… ¿Que podías cambiarle?»

Lara se ríe de mí con ganas. «Eso no, joder. Tan imbécil no soy, señorita Cahill», me bufa, y en ese momento sé que nunca más volveré a hacerle ninguna confidencia importante. «Pero piensas que podrían estar un poco más agradecidos por pasar tiempo con alguien que tiene un cociente intelectual y no aspira a quedarse embarazada. Me equivoqué. ¡Ahora no habrá manera de que la puta contusión esta me baje a tiempo para lo de Hawick! ¡Voy a parecer una puta craquera de alguna barriada de Glenrothes!»

«No está tan mal», le digo mientras saco mi neceser. «A ver qué podemos hacer.»

21. LA MAMÁ DE JASON

La vieja se está poniendo de lo más fondona, sobre todo por los brazos. Sigue llevando un moño rubio tieso y lleno de gomina, y espesas capas de maquillaje en el careto. No obstante, es una retaca tremenda; el gen de la deficiencia vertical es suyo y no deja de peturbarme la idea recurrente de que hace más de un cuarto de siglo que me arrancaron de su raja. «¿Qué demonios te ha pasado en el brazo?»

«Sólo son unas moraduras», le explico antes de contarle la historia del pobre Kravy.

Me escucha, boquiabierta y en silencio, con los ojos desorbitados, como si se hubiera metido un buen rayote de coca. No para de preguntarme: «¿Eres feliz, hijo? Y no lo digo sólo por lo del pobre Allister; quiero decir al margen de eso. ¿En general eres feliz?»

«Sí, claro, mamá», le digo. Entonces me echa una de esas miradas suyas y me suelta: «Pero… ¿de verdad eres feliz?»

Como yo no digo nada, ella hace lo que hace siempre: echarle la culpa a mi padre. «Ese hombre extendía el sufrimiento a su alrededor como yo extiendo mantequilla en las tostadas cuando preparo aquí los desayunos. Por si querer establecer un Estado marxista no fuera desgracia suficiente, encima quería que lo construyeran los demás. Porque a Alan King no había forma de hacerle mover el culo. Bastante esfuerzo me costaba levantarle a tiempo para que cogiera el autobús y se reuniera con los del piquete.»

«¿Qué tal te trata tu nuevo amor?», le pregunto, aunque ya no sea tan nuevo; llevan ya quince años juntos, más tiempo del que estuvo con el viejo. Pero sigo siendo incapaz de pronunciar el nombre del enano ese. Y me gusta que aunque sea más alto que yo, todo dios anteponga a su nombre el calificativo *«wee»*. A ver, a mí me lo dicen de vez en cuando, pero nadie me trata de Wee Jason.[1] Yo lo llamo r-e-s-p-e-t-o, mecagüen.

Mamá me echa una mirada torva. Supongo que aquel momento Bambi fue el punto culminante de nuestra relación y el que en nuestros muy esporádicos encuentros siempre tratamos de recrear subconscientemente. Pero siempre se salda con un fracaso. «Mira, Jason, no voy a decir que Wee Arnie sea perfecto, porque nadie lo es y ninguna relación es perfecta. Pero siempre que le he necesitado ha estado aquí», dice echándole una mirada de reojo a la teta que le falta. No me acuerdo de cuál de las dos le cortaron, porque tapadas con ese gran jersey rojo las veo iguales. Esas cabronas me amamantaron; de una forma un tanto extraña, me alegra que me tocara mi parte antes de que los cirujanos hicieran lo que tenían que hacer.

«Oye, mamá, ¿me harías un pequeño favor?»

«Ya me parecía a mí que habrías venido por algo así», espeta malhumoradamente

mientras echa mano del bolso.

Las señales de alerta me dicen que es el momento de que el velocista Allan Wells y el filósofo moral Davie Hume se encuentren en Fife Central, pues se impone una carrerita para hacerse con la autoridad moral. «No, no es eso», le suelto. «Necesito que me prestes una de las cacerolas grandes de tu cocina.»

Primero se la ve aliviada, después se siente culpable y por último perpleja. «No estarás pensando en hacer una sopa, ¿verdad? ¿Te acuerdas de la última catástrofe que montaste cuando trataste de hacer sopa? De todas formas, entonces todavía eras muy chiquitín», rememora con aire nostálgico. Acto seguido me mira con súbito interés. «No estarás pensando en irte a vivir con alguna chica, ¿verdad? ¿Aún sigues sin novia?»

Pienso en Jenni, que se marchó temprano esta mañana después de «pasar la noche», y le suelto: «Bueno, hay un pequeño romance en ciernes. Pero muy en ciernes», insisto.

«¿Y cuándo me la vas a presentar?»

«Pronto, si me prestas una cacerola.» Anoche Jenni se quedó fuera de combate. Aparte de la paja con la que le puse perdido de leche el culito prieto de los elásticos esos, fui un perfecto caballero. Después volví a quedarme dormido como un tronco. Fue como ver el cielo a través de una neblina tan roja y tan espesa que puede que fuera el otro lado, mecagüen.

Así que bajamos a la cocina y cojo una cacerola bien guapa que está colgada de la pared y parece ideal para mis necesidades. Cuando me la pongo encima de la cabeza, suena perfecta.

«¡Saca la cabeza de ahí, niño, que eso es para meter comida!»

«Perdona. Sólo estaba enredando», le digo para probar el eco antes de quitármela.

«¿Para qué quieres un caldero tan grande? ¿Vas a montar un comedor de beneficencia para todos los vagos y gorrones de Cowden?»

Qué fácilmente olvidan. Una temporadita de vida sofisticada en Dunfermline y enseguida se pasan a la burguesía con armas y bagajes. Esta ciudad se llenó de ínfulas y pretensiones cuando abrieron el Costa Coffee ese. Me los imagino, a ella y al mierdecilla de Arnie –*Wee Spermin Rhino*–[2] con las bolsas de plástico de Marks & Spencer bajo el brazo, haciendo una paradita antes de cargar el coche de cinco puertas. Y sin que falte un aparte del tipo «¡A mí pídeme un *mocca* tamaño grande!». Pero en esta ocasión no pienso entrar al puto trapo. «Tú no hagas preguntas y no te contaré *porkies*.»[3]

Pone los ojos en blanco, enciende un pitillo y le da una gran calada. «¿Qué estás tramando, niño?»

«Nada ilegal. Y tú no deberías estar fumando después de lo del cáncer aquel.»

Se estremece cuando me oye pronunciar esa palabra. «Fue C mayúscula de teta, no de pulmón.»

«Pues tampoco ayuda.»

Sacude la cabeza. «Para mí que ya he pasado todo el C mayúscula que me tocaba. Lo del pecho fue culpa mía por andar siempre hablando de ponerme implantes.»

«Pero al final no te los pusiste, ¿no?»

«No, pero lo pensaba», dice levantando la vista hacia las alturas, «y ésa fue Su manera de recordarme que había estado pensando en cosas frívolas y vanas. Y le estoy agradecida.»

Hace años que el Mierdecilla le metió en el rollo este de dar la tabarra con Dios. «Para mí que más bien es Su manera de recordarte que vives en Fife», le digo mientras cojo el caldero.

Al oír eso, pone cara de mala uva, y, señalando el caldero con la cabeza, salta: «¡Bueno, pues tú acuérdate de devolverlo!»

«Claro que sí, mamá.»

«Y con la misma prisa con que te lo llevaste. Y si quieres un sombrero te compraré una gorra de béisbol, ¿vale?»

«Sí.»

«Pues acuérdate. Wee Arnie es un demonio haciendo inventario y el Chef es un purista de la higiene.»

«No hay cuidado.»

Me lo mete dentro de una bolsa de basura. «¿Qué tal andas de dinero, hijo?»

«Brassic»,[4] le suelto instintivamente, aunque ahora mismo, con la liquidación de Cahill por servicios especiales prestados y el *«Egyptian fae Cairo»*[5] que me cayó sobre la alfombrilla ayer, estoy forrado. Hasta me hice con un ordenador de segunda mano por cien libras en Ideal Computers, al lado del ayuntamiento. Toda una inversión: tecnología punta (más o menos), mecagüen.

Mi madre saca el monedero del bolso mientras me mira con gesto severo, de un modo que me recuerda cuando estábamos todos en casa y el contenido del mismo se esfumaba como por milagro. Al mismo tiempo, yo iba acumulando, muy conturbado, maquetas de aviones que nunca montaba. «Toma, hijo», me dice, y me entrega dos billetes de veinte.

«Mamá», le suelto yo, agradecido, «no sé qué decir, así que mejor algo bueno y breve: vale.»

Y, dicho eso, arramblo con la liquidación del sentimiento de culpa de la vieja, cojo el caldero y pongo rumbo de nuevo a *Cowdenbeath*.

22. CABALLO NUEVO

Lara me hace caso y me acompaña al polideportivo. Al principio se mostró reacia y se negó a quitarse las gafas de sol hasta que llegásemos allí. Casi esperaba verla salir del vestuario y entrar en el gimnasio con ellas puestas, pero las ha sustituido por pegotones de crema. Hacemos todo el circuito; pesas, clase de steps, Stairmaster y el insoportable aburrimiento de la cinta de correr. Nos cuesta siglos, porque antes de iniciar cada nueva actividad Lara desaparece para ponerse maquillaje fresco. Menos mal que está reventada y tiene que parar mucho antes de que yo me quede sin fuelle, ¡cosa de la que ambas nos damos perfecta cuenta aunque no digamos una palabra! Después vamos al solárium. Le cuento que mi padre no para de hablar de un puto caballo nuevo y que Indigo tampoco para de rezongar al respecto a todas horas.

A las dos se nos ha puesto la piel de un tono cobrizo, y cuando regresamos al polideportivo nos sentamos en la cafetería a tomar unas aguas minerales sin gas. Lara enreda con una galleta de chocolate que no va a comerse, y resulta que ella es otra que no quiere dejar estar lo del caballo nuevo, cuando se atreve a sugerir: «Indigo tiene algo de razón. De todos modos os hará falta algún animal para hacerle compañía a su poni. Así que, ya puestos, mejor un caballo que puedas montar y que te guste. ¡Si pasas de todo, lo más seguro es que a esa zorrilla mimada le compren otro poni!»

Ese comentario me enfurece. Indy será una zorrilla mimada, pero es *nuestra* zorrilla mimada. Dijo la sartén al cazo…

«Es demasiado pronto», le digo con rudeza, «y no creo que quiera otro caballo…»

Lara, exasperada, enarca las cejas. «Al menos échale un vistazo al capón ese para ver qué tal.»

Sacudo la cabeza mientras veo pasar a una chica con la que fui al colegio. Está empujando una sillita con un niño pequeño dentro a la vez que intenta llevar una bandeja con dos platos de patatas fritas y dos coca-colas. «No me estás escuchando. Quiero largarme de aquí. Estoy harta.»

«Es igual en todas partes», argumenta Lara. «Lo que te pasa es que estás un poco depre.»

«No, lo que necesito es salir de aquí», declaro categóricamente. No me creo su repentina historia de amor con este pueblo, este condado y este país. Se pasa la vida criticando el pueblo y a todos los que viven en él. De hecho, todo eso lo aprendí de ella. ¡Así es como nos hicimos amigas! ¿Qué fue de Virginia Woolf?

«Pero si eres una amazona excelente. Con un caballo nuevo…»

«Ni de coña. Sabes tan bien como yo que soy una amazona de mierda. Sólo lo hacía por complacer a mi padre, y hasta cierto punto para complacerte a ti porque eres mi amiga.» La escruto para ver si reacciona ante esta última afirmación, pero su rostro hipermaquillado y moreno permanece tan inexpresivo como si lo tuviera lleno

de Botox. Sonrío forzadamente y le digo la verdad que tanto yo como todos los que me rodean necesitan oír. «Adoro a los caballos y adoraba a Midnight, pero no soy una amazona, nunca lo he sido y nunca lo seré. ¿Y sabes por qué?»

La miro inquisitivamente. Es toda orejas y me doy cuenta de que de verdad espera oír algo del estilo de «porque estoy demasiado gorda».

Y su enojo es evidente cuando se lo digo: «Porque sencillamente no quiero. Me encantan los caballos; sacarlos por ahí, montarlos…, pero no me interesan los concursos hípicos. No me interesa presionarles ni a ellos ni a mí misma para correr más, volverse más deprisa o saltar más alto. La verdad, me importa un carajo», sostengo pomposamente. «En lo sucesivo, sólo voy a hacer lo que a mí me apetezca.»

Durante unos segundos me mira con una expresión boquiabierta de incredulidad. Jamás la he visto con semejante cara de pasmo. Cuando por fin recupera el habla, es para gimotear: «¡Pero todo el mundo quiere que te vaya bien!»

«Que le den a todo el mundo. Como no salga de aquí lo único que haré será convertirme en mi madre.»

«¡Pero no puedes dejarme aquí!», lloriquea Lara. «Yo no puedo marcharme. Tengo que ir a lo de Hawick, luego a Bedfordshire y después…»

«Harás otras amistades aficionadas a los caballos, Lara. Por eso no te preocupes. Tampoco voy a desaparecer de la faz de la tierra. Seguiremos siendo amigas», la tranquilizo. Siento una euforia vertiginosa cuando me doy cuenta de que pronto saldré de aquí; ya está, ha pasado de ser una fantasía a ser una certeza y no me asusta lo más mínimo.

«¿Te apetece que salgamos de marcha esta noche?», pregunta Lara, más desesperada de lo que recuerdo haberla visto nunca. «¿Tú y yo solas? ¿En Edimburgo? Podemos quedarnos en casa de Sophie y…»

«Nah, no puedo», le comunico con enorme satisfacción. «He quedado con alguien más tarde.»

En su rostro aparece un mohín de tristeza y de dolor. ¿Cuántas veces, pienso, le habré dado yo la misma impresión lamentable?

23. VIAJAR

Así que estoy sentado con Jenni Cahill en el Goth, y es como que hay rollo, como si estuviéramos saliendo y tal. Así que tendría que estar contento, pero no dejo de pensar en el pobre Kravy, el chaval que volvió a Fife para cuidar de su madre y acabó decapitado. Nueve años en España, recorriendo Europa a toda hostia como un cabrón; vuelve a Fife para pasar una semana, coge una curva de lo más sencillito (conmigo de paquete), la moto se sale de la puta carretera y ya está: final de partida.

La carretera estaría jodida, sin duda; seguro que eso es base suficiente para reclamar una indemnización por lesiones, eso sin tener en cuenta los daños emocionales que me ocasionó la pérdida de mi mejor amigo. Pobre Kravy. Aquí estoy sentado y lo tengo todo: la chorva pija a mi lado, un puesto en la semifinal del futbolín, pasta en el bolsillo, la pinta de oro negro delante y los dos viejos celosos y célibes, Neebour Watson y el Duque de Musselbury, en la barra con cara de amargados, testigos forzosos de mi éxito. Pero no siento la menor satisfacción en esta mi hora triunfal.

No puedo hacer otra cosa que hablar del pobre chaval. «Las palabras de Kravy fueron proféticas», le cuento a Jenni. «Una vez me dijo: “Si quieres vivir una vida larga, aléjate del hachís y viaja mucho. Si no, será muy corta.”»

«Yo las calificaría más de irónicas que de proféticas», especula ella, «… visto lo corta que fue la suya…»

«Ya, pero escucha», insisto. «Todos esos años que se pegó viajando por Europa estuvieron marcados por el concepto de la diferencia, por nuevas experiencias, la asimilación de diferentes visiones, olores y sonidos. Tanta absorción de nuevos idiomas y culturas forja cauces neurológicos diferentes. Eso no sucede si te enganchas al costo en un pueblo de viejos como *Cowdenbeath.* Te dedicas a cobrar el “egipcio” y vivir para el finde, y muy pronto todos los findes son iguales. ¡Aunque yo llegase a cumplir doscientos años, él habría vivido una vida más larga que la mía! Fumar hachís y quedarse en el mismo sitio comprime el tiempo. Viajar y conocer gente nueva siempre lo dilata. No diría que es física pura pero no deja de ser cierto. ¿Tú quieres quedarte aquí toda la vida?»

Jenni pone los ojos en blanco. «Desde luego que no. Y no tengo la menor intención de hacerlo. ¿Y tú?»

«Nah, pero seguramente será lo que acabe haciendo.»

Me mira con cierta cara de mosqueo. «¿Por qué?»

Así que intento explicarle, sin dar la impresión de compadecerme demasiado de mí mismo, que no soy como ella, o siquiera como Kravy. «Porque no he sido capaz de adquirir la clase de bagaje que me ayudaría a adaptarme a otro sitio. No soy más que un retaco descerebrado de Fife que se gana la vida limpiando cuadras.»

«Pues a mí me pareces muy guapo», comenta ella, como si estuviera un poco borracha. Me imagino que no está acostumbrada ni al oro negro ni al hachís. Al menos, no en las cantidades que nos hemos metido durante los últimos días. Mis cantidades.

«Ya, pero a lo retaco-descerebrado-de-Fife-que-se-gana-lavida-limpiando-cuadras», me río antes de hablar en serio. «Pero voy a ir a España, ya te digo. Eso fijo y…»

«¡Chitón! Hablas demasiado», me corta, y estaba a punto de ofenderme cuando me dice: «Bésame.» Sus labios rozan los míos y empezamos a morrearnos. ¡La hostia! ¡Casi suelto el chorromoco ahí mismo, en los pantalones y en un rincón del Goth!

Cuando nos separamos, echo un vistazo al otro lado y veo a ciertas partes en la barra intentando mirar a todas partes menos a nuestro rinconcito. Entonces Jenni capta la onda, porque me suelta: «Podríamos ir a tu casa, ¿no te parece?»

Y yo le digo con voz ronca: «Sí.» Me preocupa no estar seguro de poder levantarme con la cosa esta en los pantalones –¡once centímetros y medio de mierda!–, pero me pongo de pie. No vuelvo la vista hacia la barra según salimos del Goth (¡hasta dejo atrás media pinta de oro negro!), pero espero que los muchachos lo hayan visto todo. Jason King, Departamento F, mecagüen: ¡F de Follar!

Entramos en casa y asomo la cabeza por el cuarto de estar, donde el viejo está viendo los jamelgos vespertinos en Channel 4 con las páginas hípicas en el regazo. «¿Nunca te hacen recomendaciones los de las caballerizas esas con los que estuviste?», pregunta mientras se da la vuelta para mirar a su única descendencia (al menos, eso tengo entendido).

«No…, hace bastante que no…, eh, oye, padre, que me voy a subir con Jenni a oír un poco de música…»

«¡Joder, Jason, que ya tienes veintiséis años!», se ríe. «¡No hace falta que utilices eufemismos de criajo para decir que vas a mojar el churro!»

Espero que Jenni no lo haya oído, pero subimos las escaleras y de ahí al tocador de los King, donde los acontecimientos se suceden con rapidez. Nos arrancamos la ropa; ella tiene como unos bultitos en el pecho, pero no tetas de verdad, no sé si me explico, y un gran lunar negro en uno de los pezones. Y ya se ha quitado la braguita roja; está que se le cae la baba, y hay mucho más felpudo de lo que había imaginado, lo cual no deja de ser una pequeña sorpresa. Con todo, a lo mejor fue el potorro afeitado de la madre de Kravy el que me indujo a ver las cosas desde esa perspectiva.

Mecagüen, no deja de ser un poco de sobredosis sensorial…

24. MORREO

Sólo quiero follármelo. Me gusta; deseo su cuerpo flaco y ligero, su mirada enloquecida y su aire de locura apenas reprimida. Además, su historia con la zorra de Lara le hace aún más atractivo. Ella me confesó que cuando era joven quería follárselo.

Pero Jason parece un poco raro, como si no quisiera desnudarse. Estoy sentada aquí en pelota y él ni siquiera hace ademán de quitarse la ropa. Me pregunto si, siendo él tan flaco, me encontrará demasiado gorda y repulsiva. «¿Es que no te gusto?», le pregunto.

«No…, eres preciosa…», jadea boquiabierto.

«Pues entonces desnúdate», le espoleo.

«Antes quiero enseñarte una cosa; lo hice por ti.» Y entonces abre un gran armario que contiene un depósito de agua, aunque mete la mano en una estantería escondida que hay debajo, ¡del que saca lo que parece un cráneo humano!

Claro…

«Alas, poor Kravy»,[1] declama, antes de encender una vela colocada en un plato y poner el cráneo encima. La llama arde tras los ojos y despide una resplandeciente luz amarilla por toda la habitación. Es bellísimo; la mirada de Ally Kravitz vuelve a estar iluminada por esa luz tan asombrosa. «Es… tan… precioso…», le digo. Y lo es.

«Tenía que hacerlo, Jenni.» Los oscuros ojos de Jason brillan a la luz de la vela. Aquella carne azulada no le hacía justicia. Apestaba. Los gusanos…, no era él. Los escaldé hasta matarlos. Pero el cráneo… desprende una especie de… pureza.»

«Es cierto, Jason. Es lo que él habría querido. Lo sé. Pero ¿qué hiciste con la carne, el cerebro, los ojos…, todo eso?»

«Lo metí todo en una bolsa de la compra y la enterré en el césped detrás de una de las porterías de Central Park», me cuenta Jason con una sonrisa melancólica antes de dejarse caer sobre la cama. Se sacude los zapatos, se quita los vaqueros y cierra los ojos.

Me arrimo a él y le saco la camiseta de un solo movimiento; tiene el cuerpo del color de la leche. Tiembla y se estremece, pero se queda ahí tendido sin moverse. Con la luz brillando y parpadeando a nuestro alrededor, le chupo los pezones y le muerdo uno de ellos hasta que emite un estridente alarido de dolor y un hilillo de sangre roja y oscura le corre por el pecho.

Después le arranco los pantalones y me meto su polla en la boca. Se pone tiesa bajo mi tacto, y noto cómo crece dentro de mi cabeza. Durante unos instantes tiene sabor salado que desaparece a medida que voy trabajando la punta con la lengua y recorriendo la verga con la boca y la mano. Al cabo de un rato tengo la impresión de que se va a correr, así que paro y le cuchicheo: «Aquí la yóquey soy yo.» No consigo

entender su gorjeante respuesta.

Me monto encima de él y me la meto poco a poco. Empiezo a cabalgarle lentamente, introduciéndomela más adentro, subiendo y bajando sobre ella a la luz de la vela que ilumina los ojos muertos de Ally Kravitz.

Jason es el chico más pasivo con el que he estado nunca, aunque supongo que sólo es el tercero con el que tengo relaciones completas. Se echa hacia atrás farfullando delirantemente y lo cabalgo hasta que empiezo a correrme en pequeños espasmos hasta alcanzar un clímax demencial. Me apetece desplomarme sin más, pero Jason me sujeta por las axilas (es más fuerte de lo que parece, y fuerza todos los tendones y músculos de su enjuto cuerpo) y entonces se corre entre convulsiones trepidantes, con los ojos desorbitados, de una forma tan violenta que durante un segundo me preocupa que pueda estar dándole una especie de ataque. «¡Mecagüen…!», resuella por fin.

Cuando siento que su polla agotada se desinfla dentro de mí y se sale, como una fruta madura al caer del árbol, me bajo de encima y me hago un ovillo junto a él, envolviendo su delgado cuerpo con los brazos. «Eso… ha estado… muy bien…», le digo mientras nos hacemos arrumacos en la cama.

«Una chavala de Ballingry… me dijo una vez lo mismo», balbucea antes de quedarse dormido.

25. MEDIO METRO DE MÁS

Entro en el Goth Tavern como con medio metro de más, ¡y lo mismo en el departamento de paquetería, mecagüenlaputa! Estoy en la barra pero la verdad es que no hago demasiado caso al Club Célibe formado por Neebour Watson, el Duque de Musselbury y Reggie Comorton, porque estoy pegando la hebra con el bueno de Archie el bígamo, que suele beber en Jimmie's.

Archie fue camionero de largo recorrido. Durante años tuvo dos familias, una aquí en Fife y otra en Hull. Tuvo que poner las cartas boca arriba cuando su hijo de aquí arriba, Kenny, conoció a una tía en Tenerife cuando estaba de vacaciones. Los dos se enrollaron y se sintieron atraídos el uno por el otro más allá del típico rollito de verano, así que ella subió aquí a visitarle. Archie se quedó completamente boquiabierto cuando Kenny la trajo a casa: ¡era su hija de Hull! Eso es; Nadia, así se llamaba. Joder, la que se armó; no obstante, las dos esposas llegaron a la conclusión de que el sostén de ambas familias era él, por lo que no tenía ningún sentido denunciarle. Así que lo compartieron; el arreglo siguió siendo el mismo, media semana para cada una. Estaban de acuerdo en que a Archie se le podía aguantar la mitad del tiempo, pero que más habría sido excesivo.

Archie me está hablando de historia; es su tema favorito, o más bien «Historia de Escocia F», como la llama él. El tío es un puto doctor en folleteo de posguerra en Caledonia. «¡Nueve meses después de estallar la crisis de los misiles de Cuba el número de nacimientos ilegítimos se disparó! ¡Críos bastardos por todas partes!»

«¿Y eso por qué?»

Tose y se traga lo que le estaba subiendo, que se le había atascado en el gaznate como la bola de pelo de un gato. En cuanto dejan de llorarle los ojos, suelta: «Hombre, creyeron que todo se había acabado. Con todas aquellas bases yanquis en Escocia, teníamos todos los boletos para la rifa de misiles balísticos intercontinentales soviéticos que iba a caer. La gente se iba a casa con desconocidos y desconocidas y los mataba a polvos. Las chavalas se tiraban a todo tío al que pillaran.»

Es verdad, en ese mismo instante me acordé; en cuanto cayeron las putas Torres Gemelas esas de Nueva York, me fui derechito a casa de Lara con mi nuevo CD de Slipknot, seis latas de Red Stripe y un pollo *jalfrezi* del Shimla. Y también me llevé a Cat Stevens en plan refuerzos. ¡Estaba de vacaciones en el sur de Francia, sin duda en brazos de algún gabacho cabrón que apestaba a ajo y lleno de falsos temores de Apocalipsis inminente!

«Por lo visto, Lara hasta subía a St. Andrews a ver si cazaba al príncipe Guillermo», les cuento a los muchachos intentando sumar a Neebour Watson y al Duque a la conversación. Después de lo que me contó Jenni, se ha abierto la veda de

esa puta. «Os lo aseguro», prosigo, «le mola un huevo. Haríamos un buen cuarteto; fuera del catre, quiero decir. Yo contra el de Windsor no tengo nada; no me cabe duda de que es un chaval sensible, ¡pero no me gusta la idea de compartir cama con otra polla!»

Archie se ríe a gusto al oír esto último, y Neebour esboza una sonrisa enfermiza mientras el Duque pide una ronda de oro negro. ¡Joder, eso sí que es increíble!

«Pero imagínate si Lara se quedara preñada y Will asumiera la responsabilidad de que el niño varón resultante accediera al trono», dice Neebour, «¡la sorpresa sería todavía mayor si les sale un cabroncete al que le gusta montar a caballo, pero que además tiene un talento innato para el futbolín y encima es aficionado al hachís!»

Al oír eso el Duque suelta una risotada, y tengo que reconocer que yo tampoco me resisto a echar una pequeña carcajada.

«Pues sí, mecagüen», digo yo, «el Reino está bien: habría que inyectarle un poco de ADN de Fife al rancio banco genético aristocrático ese para animarlo un poco. Ya se dieron casos en el pasado. ¡La pobre comadrona igual se desmaya al ver que el hijo de puta tiene un mentón a lo Dan Dare! ¡Vaya, que a lo mejor me precipité un poco al descartar partidas a dos bandas debajo del edredón!»

Se echan todos a reír y entrechocamos los vasos de oro negro como en los viejos tiempos. Pero no del todo, porque después de este trago viene a recogerme Jenni para ir a Kirkaldy, al certamen de poesía oral en el que me ha inscrito. Le enseñé algunas de las cosas que escribí cuando estaba fumado; en un principio tenían una finalidad catártica; me ayudaron a superar lo de Kravy. Les echó un vistazo y dijo que tenía talento. Acepto el cumplido, mecagüen.

Hasta el viejo se va a acercar. Le enseñé los poemas y todo, y le impresionó un montón el contenido político de algunos de ellos. «¡Joder!», soltó con los ojos desorbitados, «¡ahora veo que en realidad sí que me escuchas!»

«¿Acaso tengo otra puta opción?», le digo con sorna, pero anda que no le alegra el día. A mí también, todo hay que decirlo.

26. CERTAMEN DE POESÍA ORAL EN FIFE

El salón medio lleno sigue inundado por una humareda increíble. Los pies se me pegan a la alfombra desgastada al pasar por delante de varias vitrinas llenas de trofeos antes de acomodarme en mi asiento delante de la barra. Jason está muy nervioso. «Lo vas a hacer muy bien», le tranquilizo.

No le quita los ojos de encima a un tipo delgado y de aspecto anémico, de pelo negro, sentado en un rincón. «Ya, pero también va a recitar Ackey Shaw. La noche de mi debut y comparto cartel con mi mentor, mecagüen.»

Cuando el maestro de ceremonias le presenta, Jason se levanta y se abre paso por las mesas entre algunos gritos de ánimo antes de subirse al estrado de un salto y, confiado, colocarse delante del micro y ajustárselo a su altura. Con la mano vendada saca unas gafas de una funda que lleva en el bolsillo interior del gabán y se las pone. Después abre un pequeño maletín de cuero que lleva y extrae un pliego de hojas. «Éste se lo dedico a los *soccerati*»,[1] anuncia. «Se titula “John Motson con ocasión de la muerte de Sylvia Plath”.»

Se hace un respetuoso silencio mientras Jason empieza a leer el primer poema con un exagerado acento inglés:

Sylvia Plath
se bañó temprano.
¡Qué asombro!

Yo tampoco lo pillo, porque no tengo ni idea de quién es John Motson.[2] Pero entre el público se ríe bastante gente. Me fijo en el tío al que llama Ackey Shaw, que asiente con gesto de aprobación silenciosa. Una pareja con la que hablo en la barra, y a los que tomo por estudiantes universitarios, opina que Sylvia Plath lo habría considerado un homenaje; con eso me vale. Está claro que Jason es un mago de las palabras y es evidente que le encantan los aplausos. Creciéndose, vuelve la vista hacia donde estoy yo y sonríe. «Quiero darle las gracias a Jenni, aquí presente, por animarme no sólo a escribir sino también a recitar en público.»

Y me guiña brevemente un ojo, lo que me hace ruborizarme.

Ahora me doy cuenta de lo mucho que me equivoqué con él. Y pensar que había llegado a creer que no era más que un asqueroso pervertido. No lo es; es estupendo. En el siguiente poema, Jason se muestra aún más convincente. Mientras espera a que el público vaya callándose, se aclara la garganta y anuncia con contundencia y orgullo: «Éste se titula “Panegírico para Robin Cook”,[3] que falleció de forma trágica el año pasado. ¿O fue el año anterior? Da igual.»

Edimburgo está abarrotado hoy
pero muy circunspecto
por un estadista escocés que cayó muerto
y ahora presentémosle nuestros respetos

Puso su granito de arena
por la justicia y la verdad
No como ese gilipollas de Downing Street
El de la boca de puta

que le lame el culo a ese hijo de puta yanqui
en el tema de Irak
Enviando a nuestros muchachos al frente
Algunos de ellos no volvieron

Pero Cooky tenía sus principios
Su coraje, su descaro y su valor
«¿Dónde están, pues, las armas de destrucción masiva?»
Allí no están – pues que os den

Sus viejos camaradas en los bancos del parlamento
Fueron unos puercos cobardes y apocados
Con el culo bien prieto
Y a remolque de la línea del partido

Su único solaz del debate sobre Oriente Medio
era el hipódromo
La prensa Tory lo llamó traidor
Con su odio racista por los árabes

Murió en las colinas que tanto amaba
No había médicos de guardia
Pero fueron los embusteros de Londres
Los que quebraron su bravo corazón.

El público parece regodearse mucho con este último poema. Sobre todo el padre de Jason, que está en una de las mesas de la primera fila bebiendo con algunos de sus amigos. Aplaude histéricamente, vitoreando y animando a su hijo. «¡Ése es mi negro!», grita señalando a Jason con el dedo.

Ackey Shaw se levanta y declara con gentileza: «Excelente recital de Jason King, de Cowdenbeath», antes de lanzarse a su propia intervención.

Después del acto, Jason me saluda en la barra y pide algo de beber para ambos.

Opta por unos whiskys, que no es su consumición habitual. Le dice a Ackey Shaw, que parece un poco desconcertado: «Uno de tus mejores versos: *whisky and freedom gang thegither»,*[4] antes de exclamar: *«Slainte!»*[5]

La gente se acerca a felicitarle por la audición. Su padre parece dubitativo, pero acaba dando un paso adelante. «Me he sentido muy orgulloso de verte allí arriba, hijo», dice con los ojos llenos de lágrimas.

Jason parece abrumado. «Vaya, padre…, no siempre he sido una fuente de orgullo para ti.»

Su padre abre mucho los ojos, y por primera vez padre e hijo presentan una gran semejanza. «¿Qué quieres decir?»

«Fracasé como yóquey… Me quedé aquí viviendo del paro… Mi falta de interés en la lucha política…»

Su padre sacude la cabeza con tristeza. «Ay, hijo, lo siento. No me hagas caso. Son otros tiempos. Siempre estoy orgulloso de ti», dice mirando a sus amigos, «fíjate, he venido con todos mis hermanos y todo. Y ahora asegúrate de ir mañana a Bathgate para llegar a la final de la copa esa.»

A Jason se le crispa el rostro de dolor, como si hubiera comido algo repugnante. «Padre, estoy pensando en pasar de esa movida y dejarles a todos con un palmo de narices.»

«¿Qué quieres decir, hijo?»

«Como uno de tus grandes héroes literarios, padre, Allan Stillitoe: *La soledad del corredor de fondo,* mecagüen.»

«Un gran libro, hijo», admite su padre mientras me pasa una pinta de cerveza que ni siquiera le he visto pedir. «Excelente película, también; la dirigió Tom Courtney, si no me equivoco.»

Jason asiente con la cabeza ante una Guinness que acaba de aterrizar sobre la barra, donde va reposando y poniéndose más oscura. «Ya, pero acuérdate de la tesis central de la obra, padre: a veces uno sólo puede ganar negándose a participar.»

Echo un trago de mi cerveza. Está muy gaseosa, pero no soporto el matarratas ese de la Guinness que le gusta tanto a Jason.

Su padre me sonríe, antes de asentir con la cabeza de forma entusiasta. «Cuando tienes todas las de perder, darle la espalda al sistema es la única salida. Como el del libro, que ganó la carrera pero se negó a atravesar la línea de meta. El colmo de la rebelión, hijo, y mi compa 50 Cent lo entendería de sobra», dice antes de preguntar, preocupado: «¿Qué planes tienes?»

«Papá, Jenni y yo estamos pensando en irnos a España. Para siempre. Kravy tenía amigos allí», le explica Jason, «y me he puesto en contacto con ellos… por la red y tal.»

«¡Adelante, hijo! Es una noticia estupenda.» Su padre echa un gran trago a su pinta. «Si yo fuera joven y tuviera a mi lado una joyita como ésta, es lo que haría», dice dedicándome una sonrisa, «¡Vaya que sí! ¡Saldría para España pitando!»

Noto que una sonrisa me ilumina el rostro. «Tu padre es un encanto, Jason.» El señor King se corta un poco.

«¿Te apañarás bien solo?», pregunta Jason con cierta preocupación.

En los ojos de su padre aparece un pícaro resplandor. «¿Qué te hace pensar que voy a estar solo?»

«¿Eh?»

Su padre le guiña un ojo mientras una sonrisa moldea sus facciones. Me doy cuenta de que algo ha cambiado. Es la marca de la quemadura; parece desvaída, pero veo que simplemente se ha puesto algo de maquillaje encima. «A lo mejor este viejo negrata también se lo sabe montar. No pierdas comba, pero no pienso decir nada más, salvo que de la adversidad nace el triunfo.»

«Comparto de todo corazón ese sentimiento, padre, de todo corazón», dice rodeándome con el brazo mientras nos damos un pequeño morreo.

«¡Eh, ya está bien!», salta el señor King. «¡Acuérdate de que estás en Fife! Modera tus ardores e invita a tu viejo a una cerveza. ¡He visto cómo el tío ese te pasaba cuarenta libras por el bolo!»

«Esta ronda la pago yo», digo, acercándome a la barra y pidiendo. ¡Antes de largarme de este pueblo, quiero que todos sepan que soy Jenni Cahill, no la hija de Tom Cahill, el transportista!

27. DESAPARICIÓN DE AMBROSE

Lo de anoche en Kirkaldy fue estupendo; de ahí nos fuimos a la fiesta que se celebraba en Glenrothes. A Jenni también le gustó; se fumó un montón de porros y hasta se metió un par de rayas. Eso sí: Glenrothes no es Fife. Ya en los años sesenta acabó llena de *Weedgies*. Tres o cuatro generaciones después, siguen sin haber sido asimilados por la población local. Al contrario, es la gente de Fife de toda la vida la que anda por ahí soltando esa muletilla de mierda de «por cierto»[1] y pavoneándose por ahí con camisetas del Auld Firm.[2] En este sitio hay algunos experimentos sociales que están condenados al fracaso, como la conservación de la ardilla roja nativa frente a la invasión de las cabronas grises norteamericanas.

También empiezo a tener la impresión de que Tam sospecha que entre su primogénita y yo hay algo, porque me llama a primera hora de la mañana. Así que tengo que salir para allá antes de lo normal. Recuerdo que a Jenni no le hizo ninguna gracia pirarse tan pronto, pero dijo que tenía que llevar a su madre a la capital al día siguiente.

Entro en la casa con el duplicado de la llave que me dio Tam, esperando pillar allí a Jenni y echarle un tientito y un morreíto. Pero en la casa no hay ni dios; ya se ha ido de compras a Edimburgo con su madre y la malcriada de Indigo. Veo una nota y las llaves de un coche.

J.
Hemos decidido ir en tren. Coge el coche si quieres
J. Besito.

Así que le pillo el buga con idea de llevar al perro a la costa de Abby-Dabby,[3] porque hace un calor impresionante. ¡Parece un día de verano!

El agua ni siquiera era como esa mierda aceitosa que normalmente contiene el estuario del Forth, era tipo St. Andrews: de color azul cobalto, y más tranquila que una puta bien follada y forrada con el monedero guardado en los pololos. Por tanto, no vi nada malo en lanzarle el palo ese al agua, para que el bicho fuera a buscarlo y se refrescara. No fuera a ser que con tanto calor se pusiera de mala leche y acabase arrancándole un trozo de paquete a alguien. A mí, por ejemplo. Ya, puedes hacer lo que te dé la gana con once centímetros y medio si le echas media docena de Bacardís a la mezcla, pero con ocho y medio nunca más volvería a funcionar. ¡Al menos, no en este puto condado!

Pues sí, Ambrose está jadeando de calor. Me da mucha lástima, de verdad.

Así que cojo un trozo de madera largo y viscoso, lo volteo sobre la cabeza y lo tiro tan lejos como puedo. Antes de que pudiera decir «Jim Leishman»,[4] el perro sale disparado al mar tras él cabeceando. ¡Cagüenlaputa! ¡Tres generaciones después el gen de perro cobrador sigue activo!

El caso es que el pobre Ambrose no volvió la vista atrás ni una sola vez, ni cuando me puse a llamarle a gritos a todo pulmón. Sólo se veía la cabecita subiendo y bajando sin parar como…, en fin, que de repente dejó de verse.

¡Estoy aquí en la playa en plan *Jack Jones*[5] y el orgullo y la alegría del gángster transportista Tam Cahill, su perro de pelea, está camino de que la corriente acabe dejándolo ahogado en el canal de Ámsterdam!

¡Primero me follo a su hija, y ahora le ahogo al puto perro!

La cabeza me da vueltas. Lo único que se me ocurre es que nadie me ha visto marcharme ni volver; tenía la casa a mi entera disposición. Se habían marchado todas temprano a la capital y Tam se había ido al tajo después de dejar a Ambrose atado en el jardín. Cojo el coche de Jenni y vuelvo derechito a Cowden, dejándolo aparcado en el mismo sitio donde estaba. Me armo de valor para interpretar mi papel y llamo a Tam al almacén. «¿Qué tal, Tam? ¿Dónde está el perro? Por aquí no hay nadie y estoy mano sobre mano. ¿Paso a recogerlo por el almacén o qué?»

Se hace un breve silencio y entonces me suelta: «¿Qué?… Aquí no está, está atado en el jardín. ¡Lo he dejado allí esta mañana!»

«Pues ahora no está. ¿No se lo habrán llevado las chicas a Edimburgo con ellas?»

«¡Y una mierda! Joder, no puedo creer…, ¿está Jenni por ahí?»

«No, cuando he llegado yo, ya no estaban; anoche acabé un poco tarde. No me pegaba que se lo hubieran llevado con ellas así que imaginé que estaría contigo.»

Otro silencio, seguido por: «¡Esa pequeña zorra le ha hecho algo a mi Ambrose! ¡Me acusó de cargarme a ese caballo de tiro inservible y ahora se ha vengado!»

«Yo no me precipitaría, compadre», le digo. Y a continuación le pregunto, muy inquieto: «No creerás que sospecha algo de lo del caballo, ¿verdad?»

«No tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza a esa zorrilla ingrata»… y se detiene un instante, «joder, Jason, ¡cuéntamelo tú a mí!» Y lo dice en un tono de mucho reproche, mecagüen.

«¡Eh, no tan deprisa! ¿De qué me estás hablando, Tam?»

«De que te la estás tirando. ¿O no?»

«Alto ahí, Tam. Un momento, hombre…»

«No lo niegues, donjuán. Lo sé. He leído sus putos diarios», dice, añadiendo enseguida, «por accidente, porque buscaba información para ver qué sabía del caballo, ¿vale?»

«Ya, vale, Tam», le suelto. Pero el muy cabrón se ha pasado tres pueblos. No me extraña que Jenni quiera largarse de esa casa.

«¡Conque no se te ocurra decirle nada si no quieres que te desencaje la mandíbula para los restos!»

«Yo no diría nada, Tam…»

«El señor Pichabrava.» Me hace una pedorreta por teléfono y cambia de tono. «Me has sorprendido pero bien. Creía que me enteraba de todo lo que pasaba en este pueblo», dice en tono desilusionado antes de volver a ponerse borde. «¡Joder, te dejo las llaves de mi casa y me lo pagas cepillándote a mi hija!»

«No fue así, Tam. Simplemente sucedió, empezamos a vernos y una cosa llevó a otra.»

«¡Fóllate a quien te dé la gana, pero no se te ocurra joder a Tam Cahill!»

«Eso ya lo sé, Tam. ¡Joder, ya sabes que nunca haría eso! Te has portado conmigo y te estoy agradecido.»

«Menos mal, porque debes de ser el único», me espeta en un tono que a mí me parece de lo más lastimero. Será un hijo de puta pero da la impresión de que debajo de la fachada se siente bastante solo y un poco triste. Aunque, por supuesto, alguien como él no lo reconocería jamás. «Una pregunta. ¿Le habéis hecho ella y tú algo a mi perro?»

«¡No! ¡Le tengo cariño a Ambrose! ¡Nunca le haría nada!», chillo indignado. Eso me lo enseñó el viejo: si vas a mentir, asegúrate de que lo que digas se ciña a la verdad todo lo posible.

«Vale. Espero que seas más listo que todo eso.»

«Pues claro que sí, Tam. Trabajo para ti.»

«Que no se te olvide», dice el cabrón en tono de amenaza. «Ahora quiero que encuentres a ese puto perro. ¡Algún cabrón se lo ha llevado y más vale que averigües quién ha sido!»

«No te preocupes, Tam, voy a ponerme a investigar ahora mismo», le digo. Y entonces se me ocurre una pequeña idea. «Estaba yo pensando, Tam…, ¿a quién le convendría que Ambrose desapareciera?»

«¡A Jenni!»

«Eso lo dudo, Tam. Estoy seguro de que me habría dicho algo, o que yo me habría dado cuenta de que tramaba algo», intento explicarle. «¿Quién más? Acuérdate de que Ambrose es un perro de pelea…»

Se hace un silencio prolongado.

«Ese carapolla de mierda de Montgomery…, ¡lo mato, joder! Empezó a follarse a esa pijilla de Lara cuando estaba a punto de hacérmela yo…»

Pienso en Calculón, el actor robot de *Futurama*, y en el latiguillo tan guapo que gasta: «Eso es lo que quería que pensaras.» «No te precipites, Tam, déjame investigar», le digo, dejando al transportista hirviendo de indignación al otro lado de la línea.

No obstante, la semillita ya está plantada. Y, más que una semillita, es un sembrado que te cagas.

Pero regreso al pueblo apesadumbrado. Nunca le conté a Jenni lo que le pasó a Midnight. Puede que como competidor no fuera gran cosa, pero estaba dotado que te

cagas. Así que supongo que estuve de acuerdo con la iniciativa de Tam Cahill porque tenía celos. Ella con esa gran espalda entre las piernas y venga que si Midnight esto y Midnight lo otro todo el puto rato. Así que pensé que si el caballo desaparecía a lo mejor la chica me prestaba un poquito más de atención. ¡Funcionó de cojón! ¡En cuanto tuvo mascota nueva no tardó en olvidarse del pobre Midnight!

Ha estado intentando meterme en todo este rollo pseudogótico; leer poesía de Sylvia Plath, Anne Sexton y toda esa onda. A mí no me dice nada, pero me da igual con tal de que ella participe en las dos cosas que más me interesan a mí: follar y Cat Stevens (encarnación preislámica, que conste), mecagüen. Hay una cosa que me dio que sí me encantó: la novela esa, *Sobreviví a mi pesar*, en la que el tío devuelve a la chica a la vida comiéndole el chochito. A lo mejor está tratando de decirme algo. Uno de los capítulos es poco menos que una guía del cunnilingus, ¡y tiene las esquinas dobladas, mecagüen!

Steven no le había dicho a Josephine que, aunque su cuerpo le resultaba irresistible, él se enorgullecía de su talento para el sexo oral. Para él era una obsesión comer coños, y alardeaba ante Tom en los vestuarios después de entrenar o de jugar al squash de que no había mujer a la que no pudiera hacer reaccionar. Así que, hasta cierto punto, ella era para él una cuestión de vanidad. Nadie se sorprendió más ni quedó más encantado que él cuando se comprobó la eficacia de su técnica.

Sigo leyendo mientras medito acerca de cada una de las fases. Primero separar los labios para aislar el vello púbico y apartarlo. Acumular un montón de saliva e ir aplicándola, dejando que caiga de la lengua al coño. Asegurarse de que los primeros lametones sean lentos, y no tener miedo de manifestarte vocalmente para que se vea que te mola. Probar con delicadeza el clítoris para comprobar las reacciones de sensibilidad y ver si la tía se vuelve loca al primer contacto, con lo que ya puedes empezar a jugar, o si el camino va a ser largo y difícil. No te preocupes por utilizar los dedos: ¡ahí abajo hay muchas cosas con las que jugar!

¡Nunca supuse que la cosa tuviera tanta enjundia, mecagüen!

Así que estoy sentado en casa, viendo tele de sobremesa empalmado. Es la serie esa *Richard and Judy,* un equipo de marido y mujer; ya, mecagüen. Hasta podía ver que Jenni y yo tendríamos futuro en un papel parecido, aunque a lo mejor emitiéndolo sólo en Escocia y no en todo el Reino Unido.

Cuando llaman a la puerta sé que es ella. Me da un beso y el palitroque de abajo se pone listo para revista. No sé si es la presión sobre el muslo o la luz que despide mi mirada, pero en sus ojos veo un brillo follador y nos ayudamos a desnudarnos el uno al otro mientras subimos las escaleras rumbo a mi rancia cama individual.

¡Pues sí, mecagüen, no me extraña que me regalara la puta novela esa!

Después del acontecimiento hacemos planes poscoito para dos encuentros deportivos consecutivos. Mañana vamos a ir a Hawick para ver a Lara y luego, esa misma tarde, subiremos a Bathgate para disputar la semifinal contra el favorito y

actual campeón, Murray Maxwell, de Corstorphine. Dicen que el que gane este partido se lleva la copa. Pero veo a Jenni un poco pensativa. No para de hablar de Tam y del perro, Ambrose, y de la pelea entre él y el otro perro. Me cuenta que estuvo allí con Monty y con el cabrón ese de los dientes de conejo de Dunfermline.

«Odio a esos matones. Ojalá alguien los pusiera en su lugar. A todos.» Y me clava una mirada penetrante.

«Eh, sí, nunca me han caído bien ni Monty ni su colega», suelto con voz débil. Pero la idea de pegarme con Big Monty, en fin… En el colegio habría hecho ondear un par de prostibularias bragas blancas en el asta metafórica en señal de rendición antes de que pudieras decir Mixu Paatelainen.[6] Big Monty, Wee Jason. El jugador de fútbol, el mediocampista feo y curtido, contra el pequeño yóquey. Sería un caso de «híncale los dientes en los huevos y agárrate como si te fuera la vida en ello», igual que el perrillo malababa ese que salió en el telediario y que hizo lo propio para evitar que a su dueño lo hiciera trizas un oso en Estados Unidos. En esas circunstancias es tu única posibilidad, mecagüenlaputa.

Ay, qué tiempos aquellos los del instituto de *Cowdenbeath*. Ni la esnob de Lara ni Jenni estudiaban allí, claro; a ellas las llevaban a St. Lenny’s, el Colegio Para Nenes Pijos y Ricos de St. Andrews. Me acuerdo de cuando subían al coche de la señorita Grant vestidas con el uniforme del colegio. ¡Me acordaba todas las noches, mecagüen!

28. HAWICK Y BATHGATE

Vamos a Hawick en el coche, detrás del remolque para transportar caballos enganchado al vehículo del señor y la señorita Grant, donde viaja Scarlet Jester. Jason tuvo el detalle de sentarse en la parte de atrás y dejarnos ir a Lara y a mí delante, y no lo digo porque me apeteciera de forma especial estar a su lado.

Cuando llegamos al recinto, vamos a tomar algo para relajarnos un poco. Bueno, Jason y yo nos relajamos mientras Lara se va a buscar café; está nerviosa e inquieta. Jason se pasea, mirándolo todo y hablando con todo el mundo. Veo cómo se presenta a una pareja de ancianos diciéndoles: «Hola, me llamo Jason King», con su mejor sonrisa de anuncio mientras les tiende una mano que estrechan dubitativamente. No dejo de reírme con sus payasadas; aunque de una forma perversa, parece completamente sincero: «Hay que intentar ser sociable y tal, sobre todo con los vejetes. No van a estar en este planeta por mucho más tiempo, y no es cuestión de que toda esa sabiduría acumulada se eche a perder», dice con tristeza. Después alza la vista hacia el cielo de los Borders, cada vez más encapotado. «Hay unos cúmulos enormes listos para aguarles la fiesta. Espero que Lara le saque a ese caballo la corrida de su vida», dice guiñándome un ojo.

Le doy un golpecito con el codo en las costillas y a los dos nos entra la risa; después nos vamos a dar un paseíto. Paro para saludar a Angela Fotheringham y a Becky Wilson. Becky tampoco compite. «Si te he de ser sincera», me confiesa en voz baja y tono cómplice, «empezaba a parecerse demasiado al trabajo duro.»

«A mí me lo vas a contar», le digo, haciendo una mueca y echando una ojeada a Lara, que está inusitadamente nerviosa y haciendo contactos como si le fuera la vida en ello.

Becky y yo intercambiamos nuestros números de móvil: el suyo es un modelo nuevo. Cuando se marchan, veo que Jason se fija en ellas. «Deja de mirarles el culo», le censuro, «ahora tienes novia. Cuando menos, espero que tus miradas lascivas sean discretas.»

Me mira con gesto apesadumbrado. «Perdona, nena, es la costumbre.»

«Pues ya te la estás quitando. A mí no me pillas mirándoles el paquete a los tíos», le digo. «No me pillas» es la parte relevante del comentario, por supuesto.

El pobre Jason se limita a decir: «Vale.»

En el fondo es tan inocente…

En uno de los salones nos cruzamos con un toro enorme y precioso. Su mirada inteligente parece turbar a Jason. «¿Qué pasa?»

Sacude la cabeza. «Ese toro me está mirando. De forma astuta, calculadora, resabiada. La última vez que vi a alguien con una expresión semejante fue al amiguito de mi madre en ese hotelito de esnobs, mecagüen», dice, señalando con la

cabeza al toro. «Vaya si te conozco, Wee Arnie, cacho cabrón.» Entonces se vuelve hacia mí y añade en tono cómplice: «Esa mirada que dice “a lo mejor sería buena idea quitarle a Jason las ganas de venir por aquí tan a menudo”. Ya, ya lo sé.»

«No seas tan paranoico, Jay», digo riéndome mientras estrujo ese culo huesudo. «Esta noche, después de que ganes en Bathgate, te voy a matar a polvos.»

Los ojos se le salen hasta tal punto de las órbitas que se diría uno de esos efectos especiales generado por ordenador. «¿Y si no gano?»

«Entonces tú me matas a polvos a mí.»

Se queda boquiabierto, lo que intensifica el efecto de los ojos.

Corre el rumor de que en la tienda de los patrocinadores están sirviendo champán gratis, así que Jason y yo nos vamos allá de cabeza. Disfrutamos de la munificencia con moderación, porque yo tengo que llevar a Jay a Bathgate al torneo, pero ha aparecido Lara y sigue hecha un manojo de nervios. La oigo hablar de la princesa Diana con un megapijo. «La última teoría que circula dice que fue asesinada por sus opiniones sobre Palestina.»

Jason lo ha oído y parece horrorizado. «¿Qué opiniones sobre Palestina ni qué hostias? ¡Vete a la mierda!», salta enojado cual terrier. De pronto las cosas se ponen muy tensas entre ellos. El megapijo se despide, y además con muy poca discreción, dando media vuelta y marchándose con olímpico desprecio.

«¡Muchas gracias, Jason!», le espeta Lara. «¿Tienes alguna idea de quién era ése?»

«Algún hijo de puta», dice Jason remedando la arrogancia del megapijo y marchándose mientras hace ademán de caminar como si fuera de alta cuna.

¡Ése es mi chico!

Resulta más que evidente que a la señorita Grant no le agrada el acompañante que he escogido. «¡Estoy intentando quedar bien con los patrocinadores y a ti no se te ocurre otra idea que traerle a él!», chilla mientras Jason se acerca con todo descaro a su padre y su madre, a los que no se ve demasiado cómodos, y entabla conversación con ellos. El doctor Grant mira para otro lado, mientras la señorita Grant pone cara de lástima. ¡Lo que es más delicioso todavía es que sé que Jason sabe hasta qué punto les está tocando las narices y lo está disfrutando a tope! Y yo también.

«¡Pero es divertido!», protesto, disfrutando con el malestar de Lara. La moradura se ha desvanecido un poco, pero aún se ve. Por supuesto, antes de venir le dije que era prácticamente invisible.

«¿No habrás estado, ya sabes…?», me pregunta.

Me encojo de hombros con gesto indiferente. «No pienso decir una palabra, señorita Grant.»

«¡Lo has hecho! ¡Con un mozo de cuadra! ¡Un yóquey fracasado! Un buitre enano y drogadicto…, qué espanto.» Entonces se da cuenta de que no me hace gracia. «Pero, Jen, tú podrías aspirar a algo mejor. Con lo bonita que eres.»

«Por mí no te preocupes», le digo. «Estoy muy bien. Me están follando. Ése era

mi gran problema, ¿no te acuerdas? Pues problema resuelto.»

«Pero, Jason…, ¡si nos ha seguido a las dos por todo el puto país!», exclama Lara con un grito ahogado de asombro.

Miro de forma deliberada su ojo amoratado. «Sí, ya sé que carezco de tu gusto inmaculado en materia de hombres.»

«¡Rayos!» Lara se lleva la mano al rostro de forma instintiva. «Se nota un montón, ¿no?»

De pronto resuena una voz por los altavoces pidiéndole a Lara que acuda al paddock y prepare a Scarlet Jester.

«Puede que un poquito», admito, «pero no tienes por qué preocuparte.»

Me mira lánguidamente, se toca el rostro y se marcha, muy desasosegada.

«¡Buena suerte, señorita Grant!», le grito.

Tengo que reconocer que Lara es una buena amazona y una competidora con agallas. A pesar de todo, acosa a Gillian Scott durante toda la lucha por el trofeo. Pero Gillian es desgarbada, tiene la cara llena de granos y fuera de la silla de montar es un desastre. Tiene los dientes más protuberantes que cualquiera de los caballos aquí presentes. La gente de la tele cumple con las formalidades en lo que a ella concierne, pero lo que en realidad quieren es hablar con Lara Grant, la perdedora sexy y batalladora. No, no hay por qué preocuparse por la señorita Grant. Es un icono nazi y algún día dominará el mundo. Pero he de reconocer que me preocupé cuando se acercó a nosotros furiosa, trastornada de verdad. «¡Ha sido un desastre!», grita con los ojos llenos de lágrimas.

«Quedar segunda ante Gillian Scott no es un desastre, Lara. Ha ganado…»

«¡No! El entrevistador ha bromeado ante las cámaras sobre mi ojo morado!»

«Seguro que eso lo cortan», dice Jason mientras se aproxima todo ufano con una copa de champán en la mano. A Lara le tiembla el labio inferior; resopla como un dragón enfurecido. Dudo de que nunca haya odiado tanto a nadie como detesta en estos momentos a Jay, aunque el presentador de la tele no debe de andarle muy a la zaga. «Pero que no te importe; ser segunda no está tan mal», suelta Jason en ese instante, y tengo que reprimir una carcajada. «Es mejor luchar y ser derrotado, al menos así lo veo yo.» Se vuelve hacia mí, cabeceando de forma leve y reflexiva mientras hace una mueca con el labio inferior. «¡De todas formas, si se me permite la licencia, tendríamos que ir saliendo de aquí echando leches!»

«¿Vienes a Bathgate con nosotros?», le pregunto a Lara.

Ella me espeta a modo de respuesta: «No puedo ir a Bathgate a… ¡un partido de futbolín! ¡Es que no te das cuenta! ¡Se ha ido todo a la porra!» Y sale corriendo hacia el doctor y la señorita Grant, donde se derrumba entre sollozos contra el estrecho pecho de su padre, mientras su madre le acaricia el pelo y nos lanza una mirada de reproche.

«¡Dios mío, qué retrasada emocional es! ¡Cuántos años tiene!», chillo de puro y desenfrenado placer a la vez que absolutamente espantada. «¡Vaya un arrebato!

¡Jamás habría podido imaginar que fuera tan hija de papá!»

Nos acercamos a despedirnos; Jason les saluda con la mano mientras grita: «¡En fin, ya nos veremos!» Mientras nos dirigimos al coche me comenta: «Nunca me ha caído bien el doctor Grant ese. Cuando trabajaba en su almacén era un cabrón de lo más rata con los justificantes de baja.»

Nos subimos al coche y salimos para Bathgate. La segunda copa de champán fue un error; conduzco despacio y con mucha calma. No dejo de pensar en algo que me ronda la cabeza desde hace un tiempo y decido sacar el tema. «Cuando saliste con ella sólo tenía catorce años. ¿No era una historia un poco chunga?»

Jason hace esa cosa tan loca con los ojos y después se encoge de hombros. «Dicho así, puede que sí, pero en el momento no lo veía así. A ver, no hubo nada sexual, sólo una amistad que surgió a partir de la pasión compartida por los caballos. ¡Además, seguro que en ese momento ella tenía más experiencia que yo!»

Eso es lo que tiene Jason de asombroso; llega incluso a alardear de su celibato. Eso le diferencia de cualquier otro chico al que haya conocido jamás. «No me extrañaría. No lo digo por ofenderte, Jay, pero Lara siempre ha sido una zorrita muy atareada.»

«Ya, pero entre nosotros no hubo nada de eso. Algún que otro morreíllo, pero sobre todo, como he dicho, lo que nos unía era la pasión común por los caballos. Todo lo demás fue platónico.»

Le miro fijamente. «Habría follado contigo en aquella época si hubiera pensado que era eso lo que querías.» Vuelvo a prestar atención a la carretera, y luego acelero para adelantar a una autocaravana. «Me lo dijo ella.»

Mientras permanece sentado en silencio, veo cómo se le desorbitan los ojos un poco más.

Entramos en Bathgate. En Whitburn Road se alza un edificio victoriano bastante imponente, el Dreadnought Hotel, con sus cinco agujas y cinco ventanas en saliente. Entramos y un recepcionista nos hace pasar al club nocturno, la sede donde se celebra la semifinal.

El tal Maxwell es el favorito, y ha traído consigo a unos cuantos fans de Corstorphine. Llevan camisetas granates del Hearts F. C. con la leyenda «Maxwell n.º 1» en la espalda. Sin embargo, algunos muchachos del Goth pub de Fife también están aquí, y el padre de Jason ha venido con unos amigos. Uno de ellos es el viejo pastor indigente, que parece haberse puesto un poco las pilas. Veo a su padre mirando a un Maxwell arrogante y confiado y diciéndole a Jason: «Ese negro no engaña a nadie. Veo el canguele en su mirada.»

Jason no responde; se limita a apretar los dientes.

La multitud está entusiasmada. Es obvio que han estado bebiendo, sobre todo el contingente de Fife. Cambio de opinión acerca del pastor caído en desgracia cuando me dice, arrastrando las palabras, algo que no consigo entender. Por lo menos no huele demasiado mal. Es evidente que Jason está nervioso. «¿Estás bien?», le

preguntó.

«Mecagüen, no quiero decepcionar a todo dios», me responde, tendiéndome unas manos temblorosas.

«No pasa nada. Tú hazlo lo mejor que puedas», le exhorto.

Asiente lacónicamente y se acerca a la mesa.

Es un partido muy ajustado, pero Maxwell parece dominar y a Jason le cuesta mantener la posesión de la pelota. Tensa la mandíbula por el esfuerzo de concentración, pero de vez en cuando la exasperación le hace soltar un «mierda» o un «joder». En realidad no es más que un bufido dirigido más contra sí mismo que contra su adversario, pero el árbitro le echa alguna que otra mirada de reprobación. Entonces Maxwell inaugura el marcador; en el bando de Fife se respira pesimismo y catastrofismo mientras varios tíos obesos y gafotas con camisetas de color granate se ponen a dar saltos.

Entonces, de repente, a Jason le conceden un penalti que Maxwell discute acaloradamente. Jason lo transforma y nos volvemos todos locos; se desata un coro de «Blue Brazil, Blue Brazil, Blue Brazil…» que los responsables de la organización nos ordenan interrumpir. Me doy cuenta de que por primera vez tengo la sensación de formar parte de verdad de mi localidad natal, de pertenecer a ella. Y no es como para celebrarlo; de hecho, es lo más triste que quepa imaginar: divertirme en un torneo de futbolín en compañía de una partida de inadaptados en estado de perpetua preadolescencia a los que ni siquiera conozco. Peor aún: en este momento me siento todo menos triste.

«Pero le está machacando», me cuchichea al oído su amigo Colin Watson, o «Neebour», como le llaman. No obstante, Jason está inspirado como portero y hace varias paradas brillantes mientras los disparos de Maxwell llueven sobre la portería. Empiezan a disputar la prórroga, pero siguen empatados. El partido tendrá que resolverse mediante una tanda de penaltis.

Al principio pensé que era mi imaginación, pero ahora estoy segura de que Maxwell me ha estado mirando las tetas antes del partido y durante. No cabe otra posibilidad; la única mujer que hay aquí soy yo. Inspirada, me quito el jersey. Debajo llevo una camiseta sin mangas y el Wonderbra, para lucir delantera al máximo.

Estoy detrás de Jason, que posiciona al portero para el penalti de Maxwell. Veo cómo éste pasea la vista entre mis tetas y la portería y entre la portería y mis tetas. Le miro directamente a los ojos y me paso la lengua por los labios. ¡Dispara a puerta y Jason lo para! Me aseguro de quedarme detrás de Jason mientras éste transforma entre los vítores del contingente de Fife al otro extremo. El pobre muchacho de Corstorphine ya está prácticamente llorando por lo que considera una flagrante injusticia. «Ésta no es forma de decidir quién disputa la final de un torneo tan importante», gimotea.

Mete el siguiente gol, pero sigue desconsolado, pues Jason transforma y el marcador está en dos-uno. Maxwell parece sumido en una depresión rabiosa mientras

el árbitro le insta a realizar su tercer tiro. Dispara con violencia y la pelota rebota sobre el guardameta de Jason y sale botando por la mesa. Después de un hurra, se hace un silencio de muerte seguido por un rugido cuando Jason transforma tranquilamente, golpeando el aire con el puño, y vamos tres-uno. Comienza a sonar un cántico de «jo-der-qué-fá-cil» entre la hinchada de Cowdenbeath, sofocada por los responsables de la organización con amenazas de descalificación. Todos cerramos el pico.

El árbitro insta a un abatido Maxwell a disparar por cuarta vez. Tiene que meter los dos últimos y contar con que Jason falle los dos últimos disparos sólo para poder seguir lanzando penaltis. Maxwell marca, lo que parece infundirle vigor y consigue poner cara desafiante. Ahora todo está en manos de Jason. Si mete ésta ganamos. Se nos cae el alma a los pies cuando realiza un disparo demasiado alto y demasiado largo.

Ahora es el turno de Maxwell. Me coloco exactamente encima del hombro de Jason mirando a Maxwell, que no quiere mirarme. Aguardo el instante en que está a punto de chutar y saco rápidamente una teta, esperando que el árbitro no me vea. Mientras pongo rápidamente en orden mi escote, la pelota no da en el blanco y la muchedumbre de Fife lo celebra. ¡El ambiente se llena de gritos de «Blue Brazil» y Jason ya está en la final de la Copa de Escocia!

Se levanta y estrecha primero la mano del árbitro y después la del desconsolado Maxwell, que le tiende el cazo a regañadientes pero es incapaz de mirarle a la cara. «Quiero hacer un pequeño anuncio», declara Jason de repente levantando la voz mientras la muchachada de Cowdenbeath urge silencio al público y la multitud acaba por callarse. «No voy a disputar la final de la Copa de Escocia.» Sacude la cabeza entre gritos de incredulidad. «Vosotros veréis lo que hacéis», dice, volviéndose hacia los organizadores. «Por tanto, renuncio a mi victoria a favor de mi muy talentoso adversario Murray Maxwell. Y quiero aprovechar la oportunidad para desearle toda la suerte del mundo en la final.»

Maxwell se marcha meneando la cabeza de un lado a otro. Un tipo gordo intenta levantarle el brazo, pero lo aparta.

Uno de los responsables se acerca a Jason con evidente nerviosismo. «¡Pero, señor King, esto es de lo más irregular! Nosotros, como Asociación de Futbolín de Escocia Oriental…»

Jason le corta en seco. «A vosotros, los de la Asociación de Futbolín de Escocia Oriental, lo que os hace falta es meterla en caliente. Es un juego de críos para retrasados mentales. ¡A ver si crecéis de una vez, putos memos de los cojones!»

«¡Señor King!», se indigna brevemente el organizador antes de marcharse sacudiendo la cabeza con expresión de asco.

El padre de Jason sonríe y mira a su hijo con admiración. «No vamos a pactar nada con ese puto fiscal de distrito», grita. Neebour y el Duque se miran el uno al otro, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. En la cuadrilla de Fife todo el

mundo se troncha de risa mientras los muchachos de Corstorphine empiezan a dispersarse discretamente con la cabeza gacha.

Veo a Maxwell dar media vuelta para sacudirse de encima las tentativas de apaciguamiento de otro responsable. «No pienso participar en esta mierda desorganizada», le espeta. «¡Dejáis participar en el torneo a gente que lo desprestigia! ¡De acuerdo con las reglas de la asociación, he perdido! Se acabó, ¿me oyes? ¡Se acabó!»

En el pub de enfrente, el padre de Jason se acerca con las copas que acaba de pedir. «Bien hecho, hijo.»

«Así es, me mantuve firme durante el tiroteo, padre.»

«No, hijo, me refería al discurso», le dice con ojos empañados mientras el pastor caído en desgracia muestra su aprobación asintiendo enérgicamente con la cabeza. «Ha sido puro James Connolly, o John McLean.[1] Un discurso del tipo "comparezco aquí como acusador, no como acusado" desde el banquillo, sometiendo a las estructuras autoritarias a juicio en su propio tribunal de mierda», y entonces se vuelve hacia mí y enarca una ceja, añadiendo: «Si me disculpas por ser tan grosero. Te lo aseguro», le dice a Jason, «el espíritu de Auld Bob Selkirk y de Willie Gallacher estaba presente, hijo. ¡El mismo espíritu que necesitamos para transformar este supuesto Reino en la República Popular Socialista Soviética que estaba destinado a ser!»

Jason mira al cochino reverendo y dice: «La inspiración se la debo a Jack.» El ex pastor borracho luce una sonrisa de oreja a oreja.

Entrechocamos enérgicamente nuestras pintas y brindamos por la inminencia de la revolución comunista. ¡Ojalá mi padre pudiera verme ahora!

29. EL REGRESO DEL BUENO DE CUATRO PATAS

Así que por la mañana estoy de vuelta y me duele la cabeza por todo el champán y las cervezas de anoche: la bebida de la clase trabajadora (de ambos sexos). Pero a pesar de que me esté tirando a su hija, no hay forma de librarse de las fuerzas del mercado: Tam Cahill sigue exigiendo un turno completo en la cuadra. Curro más que una puta atendiendo a un tren lleno de anfetamínicos y lo único que me alegra el día son las miradas seductoras que de vez en cuando me echa Jenni.

Apenas nos lo podíamos creer cuando los de la Sociedad Protectora de Animales se presentaron en casa de los Cahill y abrieron la puerta trasera de la furgoneta. ¡Ahí estaba el bueno de Ambrose, metido en una jaula y con el trozo de madera todavía en la boca! ¡No lo quería soltar!

Evidentemente, el chucho tontorrón siguió nadando con la madera más incrustada en las fauces que la mano de una puta en tus bolsillos. La marea del estuario de Firth lo arrastró hasta Leith, donde lo dejó la corriente. Un pescador solitario, que le vio llegar chapoteando y hecho polvo al puerto de Newhaven, alertó a la policía y las autoridades.

Así que Tam Cahill se pone a gritar: «¡Es él! ¡Ahí está mi chico!» Pero cuando abren la jaula el perro no le hace ni caso; baja de un salto y viene corriendo hacia mí, dejando el trozo de madera a mis pies.

Me agacho y le acaricio la cabeza. «Buen chico, muy bien chico», le suelto, mirando acto seguido a los demás.

«No dejaba ese trozo de madera solo ni para comer», nos cuenta uno de los de la Protectora, que lleva mostacho militar. «¡Ay de aquel al que se le ocurriera intentar quitárselo!»

«Ya», digo mirando a mi alrededor con nerviosismo, «yo solía tirarle cosas para que fuera a buscarlas.»

Pero Tam no parece tomar nota. Se limita a agacharse y ponerle la correa.

El otro tío de la Protectora, un tipo rasurado y acicalado, le pregunta a Tam: «Esas cicatrices que tiene en el rostro y en el cuerpo, señor, ¿cómo se las hizo?»

«Le atacaron unos rottweilers», responde Tam con semblante compungido. El cabrón tiene tablas y es convincente, eso hay que reconocerlo. «Se le echaron dos encima en Dunfermline Glen. ¡Y cómo le dejaron!» Se vuelve hacia el perro como si éste fuera a apoyar su versión. «Pensé que nos quedábamos sin ti…, ¡otra vez, sinvergonzón! Desde luego, había que ver cómo le dejaron, ¿verdad, muchacho?», dice con gesto compungido, antes de volverse hacia los hombres de uniforme y añadir: «Por supuesto, los sacrificaron. No fue culpa de los perros, sino de los dueños.»

Ahora bien, el tío rasurado y acicalado de la Protectora no parece en absoluto

convencido.

Tam parece darse cuenta y cambia de táctica. Echa mano de la cartera. «En fin, amigos, ¿qué les debo?»

Rasurado sacude la cabeza. «Todo forma parte del servicio.»

«Entonces es un servicio excelente, compadre», dice Tam, «pero ¿y si les invito a tomar algo? La verdad es que no sé cómo agradecerles que lo hayan encontrado y traído de nuevo a casa.»

Rasurado mira a su amigo Mostacho un segundo. El cabrón pone una cara que parece como si le hubieran hincado un hierro al rojo vivo por el culo. «Gracias, señor, pero no es necesario. Sin embargo, si desea contribuir a la Sociedad con un donativo, será muy bien recibido.»

«Cuenten conmigo», sonríe Tam con satisfacción.

«Por desgracia, no nos permiten aceptar dinero en metálico», le informa Rasurado, «pero tenemos unos formularios que puede completar.»

«De acuerdo…», dice Tam con tono abatido, ¡porque el cabrón sabe que se la han metido doblada!

Mostacho vuelve al coche y regresa con un montón de formularios que Tam va rellenando con mala cara; después los tíos los recogen, suben otra vez al carro y salen pitando.

En cuanto desaparecen de su vista Tam le sacude al perro una patada en el costado; el pobre Ambrose suelta un gañido lastimero y se encoge de miedo. «¡Ves lo que me estás costando, so cabrón! ¡Doce libras domiciliadas al mes!» Vuelve a cocear al pobre bicho; se me pone el corazón en un puño.

Jenni se interpone entre los dos de un salto. «¡Déjale en paz, joder! ¡Se lo hiciste tú, en aquella pelea de perros! ¡Lo sé porque estuve allí!»

Coge la correa de Ambrose. Tam se queda allí de pie fulminándome con la mirada.

«¿Qué?», suelto yo en protesta. «A mí no me mires. ¡No he estado en una pelea de perros en mi vida!»

«Alejémonos de este psicópata», chilla Jenni mientras se lleva a Ambrose por el sendero y yo me vuelvo para mirar a Tam, me encojo de hombros y la sigo.

«¿Adónde vas tú, donjuán? ¡Tienes trabajo!»

«Lo siento, Tam, estoy con Jenni», digo. Me siento un poco mal porque tengo que reconocer que Tam se ha portado bien conmigo.

«¡Entonces a tomar por culo! ¡Los dos! ¡A ver cuánto aguantáis sin que yo os lo pague todo! ¡Sois todos unos parásitos de mierda!» Y se da media vuelta y vuelve a entrar en casa.

Jenni lleva a Ambrose al coche y yo la sigo. Debo decir que me alegro de subirme, porque no me apetece nada quedarme por aquí con Tam en ese estado de ánimo. No señor, mecagüen. Jenni arranca y saca el coche de la entrada. Cuando llegamos a la carretera dice: «Es un monstruo. Tengo que salir de este sitio ahora

mismo. ¡Tenemos que llevar a Ambrose con nosotros o acabará como Midnight!»

«Vale…, vamos a mi casa. Me despediré de mi padre y le diré que nos marchamos. ¡A España!»

«Me muero de ganas», asegura Jenni entre dientes, antes de que le aparezca una enorme sonrisa en la cara. «¡Ay, Jase, va a ser cojonudo!»

Entramos en el pueblo y paramos en la licorería para comprar una botellita de champán para celebrarlo. Cuando volvemos a salir a la calle, vemos a Jack Anstruther, con pinta de ir un poco bolinga, pero con un aspecto sin duda más elegante del habitual. Por lo que cuentan, últimamente se deja ver mucho por el Goth. «¿Qué tal, Jack? ¿Te acuerdas de Jenni?»

«Cómo no», responde con una sonrisa, levantándole la mano para besarle el dorso. Jenni, como una campeona, consigue mantener la sonrisa. Pasa por delante una chavala empujando un cochecito con un niño. Jenni la saluda y se ponen a cascar entre ellas. En ese preciso momento aparece Neebour Watson con lo que parece una caja de herramientas.

«¿Qué tal, Neebour? ¿Pluriempleado o qué?»

«Hola, Jack. Hola, Jase», nos suelta él antes de arrimarse un poco más. «No hagáis preguntas y no os contaré mentiras, cabrones.»

Le pregunto a Jack en voz baja: «Nunca me contaron el verdadero motivo por el que te expulsaron de la Iglesia presbiteriana. Fue por putero, ¿no?»

Jack sacude la cabeza con cara de asco. «A pesar de mis detalladas citas de las Escrituras según las cuales follar con putas era admisible, en George Street[1] insistieron en hacer oídos sordos.»

Neebour Watson se indigna cuando oye esto último. «¡Pero no en la iglesia, en domingo, delante de la congregación!»

Me río estrepitosamente, e indico con la cabeza a Jenni y la chavala, que están sobresaltadas. Jakey sacude firmemente la cabeza de lado a lado. «Había pagado veinticuatro horas y veinticuatro horas pensaba sacarle. ¿Qué culpa tenía yo de que esos estirados ancianos de la congregación llegaran antes de tiempo con sus putas mujeres para poner flores y me pillaran con la tía en pleno revolcón sobre el altar? Ahora, os diré una cosa. Neebour, Jason», nos dice poniendo cara de trasgo lujurioso: «Valió la pena. Fue el mejor polvo de mi vida, y la chavala, que era majísima, me dijo que para ella también. Dijo que era de Ballingry, si mal no recuerdo.»

Casi se me escurre la botella de champán de entre los dedos. Me disculpo, voy a buscar a Jen y volvemos a meternos en el coche.

Cuando llegamos a casa no hay ni rastro de mi padre, pero en la mesa de la cocina hay una nota redactada sobre un boleto de apuestas de Ladbroke.

Fiesta sorpresa esta noche a las ocho
en el Centro Social de los Mineros. Tengo noticias.

«¿Qué cojones pasa aquí?»

«No lo sé, pero habrá que ir a la fiesta», dice Jenni. «Llevaremos el champán. Y después salimos de aquí en plena noche…, en la moto.»

La verdad es que no me gusta cómo suena eso. Me parece tentar a la suerte a lo bestia, sobre todo después de lo de Kravy. Pero no quiero ser un cagao carente de romanticismo. «Eh…, ¿y qué pasa con Ambrose?»

«Conozco a alguien que cuidará de él. Podemos pedir que nos lo manden más adelante. Quiero salir de aquí en la moto de Kravy.» Se le iluminan las ojillos como a una puta de Kelty al recibir una paga extra de Navidad. «Sería muy simbólico, ¿no te parece? ¡Él lo habría querido así, estoy segura!»

¿Cómo cojones sabrá ella lo que él habría querido? Si ni siquiera llegó a hablar con él. De todos modos no pienso discutir; la de las tetas y el coño es ella, ¡y pasará mucho tiempo antes de que esté lo bastante saciado para arrugar la nariz ante esa divisa! Si por mí fuera, fijo que preferiría ir en el puto coche, pero ahora no es momento de debatir el tema. Esperaba (y es lo que tendría que haber ocurrido) que declarasen la moto siniestro total, pero la muy cabrona se libró de una forma todavía más milagrosa que yo. Dejamos el champán en la nevera y a Ambrose abajo y nos subimos a mi catre a divertirnos un poco. Tengo que suplicar un poco, pero finalmente (a la cuarta), Jenni me deja ponerme encima.

He calculado que si consigo tener cinco orgasmos diarios hasta que cumpla los treinta habré tenido una vida sexual más o menos normal. No consigo llegar al quinto, sin embargo; para eso necesitaría asistencia química, porque ayudado por la gravedad le vacío toda mi carga de semen dentro. ¡Es lo que tiene ponerse encima!

El sueño me cae encima como un mazazo. Lo último que se me pasa por la cabeza antes de quedarme sobao es «¿Ballingry? ¡Y eso dónde cojones está!».

Cuando recobro el conocimiento, sigue sin haber la menor señal de mi padre y fuera ya ha oscurecido. Tengo la vista borrosa por exceso de sueño-sexo, ese estado comatoso en el que estás profundamente dormido y te sacan demasiado rápidamente, como cuando a un submarinista le entra la enfermedad del buzo. Apenas logro distinguir lo que pone en la pantalla digital del reloj:

20:57

«¡Despierta, Jen!», le grito, presa del pánico. «¡Tenemos que ir al Centro!»

Se da la vuelta y exclama: «¡Joder, Jason, dame cinco minutos para resucitar!»

Pero yo me levanto en el acto y me pongo los gayumbos en un santiamén, seguidos por los pantacas y el resto de la ropa. Ella hace otro tanto. Como una campeona. La miro mientras se viste y me excito tanto que noto cómo el palitroque se me levanta otra vez, pero decido ir de cabeza al tigre y cepillarme los piños para

quitarme la roña del sueño.

Cuando llego al Centro con Ambrose de la correa no puedo creer lo que veo. El sitio está atestado y han colocado un enorme estandarte, una sábana con las palabras en pintura negra en la que se lee:

ENHORABUENA FRANCES Y ALAN

¡Lo único que se me ocurre es que uno de los nombres es el de mi padre y el otro el de la madre de Kravy! Mis estrafalarias especulaciones se confirman cuando ella se acerca, borracha y tan campante, para exhibir el anillo que lleva en el dedo anular. ¡El cabrón del viejo ha estado tomando el bus a Dunfy para ir a ver a los joyeros de HM Samuel!

«Una decisión del momento, coleguitas», dice el viejo con cierta timidez, pasándole el brazo alrededor a la madre de Kravy. «Siempre hubo chispa entre los dos, pero coincidió que cada uno siempre tenía una relación. Después dejé de salir de casa», explica el viejo tocándose involuntariamente la jeta, llena de base de maquillaje.

«Pensaba que el semental este se había fugado de la cuadra y se había lanzado a la carretera», suelta la madre de Kravy, aunque supongo que a la muy puta tendré que empezar a llamarla Frances. Sonriendo entre lágrimas dice: «¡Si me enteré de que tu padre seguía en el pueblo fue porque me lo contó Ally cuando volvió!»

Sus colegas, todos los ex mineros, hicieron una colecta y han preparado un festín magnífico; toda clase de emparedados, hojaldres de salchicha y un karaoke con toneladas de priva. Abro una lata de cerveza y Jenni hace otro tanto. «¡Es estupendo!», exclama, «¡mi familia nunca habría hecho algo así!»

No creo que conozca tan bien a su viejo. Big Tam nunca ha tenido problema para hurgarse los bolsillos y no es mala compañía para salir de marcha. Lo de Starkers estuvo de puta madre, eso lo tengo que reconocer.

Un bufet de lo más agradable, mecagüen. Como goloso, me priva un huevo la enorme tarta de la Selva Negra, así que me sirvo una buena tajada. Cojo un tenedor y me llevo a la boca un denso cacho de nirvana. Jenni me sonríe. «Tengo que ir a hacer un pis», anuncia antes de levantarse e ir al tigre mientras yo le guipo el culo y me siento como si estuviera en el paraíso.

En ese preciso instante aparece una víbora. El cabronazo de Monty entra y echa un vistazo. Los parroquianos que se dan cuenta recelan un poco, pero la mayoría está completamente absorta en la interpretación de «The Green Green Grass of Home» con la que nos obsequia Alec, uno de los colegas de mi padre. Big Monty se me acerca y se agacha para pegar su cara a mi oreja. «Por lo visto andas haciendo insinuaciones sobre perros», me dice. El aliento le apesta a algo. «¿Por qué no salimos a la calle?», me amenaza en voz baja, «salvo que prefieras que entre con

algunos de los muchachos. Sería una lástima estropear el feliz acontecimiento», deja caer con una sonrisa a la vez que mira con cara de asco al pobre Ambrose, que está debajo de la mesa papeando un poco de quiche.

La verdad es que no puedo decir gran cosa, porque tengo un trozo de pastel en la boca. Me lo trago a duras penas y me vuelvo hacia el Duque, que no ha oído lo que me ha dicho pero que tiene cara de muy pocos amigos. «Sólo estamos aclarando un asuntillo», le explico a la vez que le guiño un ojo, «no pasa nada, vuelvo dentro de un minuto.»

Me levanto y el grandullón y yo empezamos a caminar hacia la puerta, con más cara de amigos del alma que de pistoleros.

Lo curioso es que me doy cuenta de que no tengo miedo en absoluto. Estoy dispuesto a llevarme una torta, y aquí, con tanta peña de por medio, la cosa no pasaría de ahí. A lo mejor, como mucho, me llevo un par de guantazos. Caeré, escucharé sus vanas amenazas, su honor quedará restablecido y la fiesta continuará sin alteraciones.

Al salir por la puerta veo que también está allí ese cabrón de los Pars, Klepto. Ahora el corazón me palpita un pelín. A un esmirriao como yo un grandullón como Monty se conformará con sacudirle un par de guantazos y punto. Al fin y al cabo, una masacre de enanos reiterada y abusiva no haría sino poner el honor en entredicho. En cambio, un hijo de puta pequeño y sanguinario como Klepto será más guarro. De hecho, me doy cuenta de que le rehúyo y me arrimo a Big Monty como si fuera mi protector, esperando que sea el primero en abrir fuego y así poner fin rápidamente a mis sufrimientos. Éste se cosca y se aparta, dejando hacer al cabrón de Klepto. «Está claro que ni tú ni tu colega *chinky* habéis captado el mensaje, yóquey», me espeta desdeñosamente el muy cabrón antes de darme un empujón en el pecho mientras se arma de valor para llegar más lejos. Doy un paso atrás en el preciso momento en que Richey el Agredido sale del Centro y se coloca a mi lado.

«¿Y tú quién coño eres?», pregunta Monty con incredulidad.

Richey le suelta: «Oye, este chico es muy buen amigo mío», y oigo a Monty riéndose detrás de mí.

Estoy a punto de decirle al muy imbécil que ya lo tengo todo previsto, que ha metido la pata y que debería volver adentro cuando Klepto le suelta: «Y qué cojones quieres decir con eso, ¿eh? ¿Eh?»

Pero el muy bobo se mantiene firme. «Sólo digo que es muy buen amigo mío. Me parece que tendríamos que tranquilizarnos todos un poco», dice. Directamente sacado del manual de formación de Scotsrail; del capítulo sobre cómo desactivar la violencia, redactado por supuestos expertos en conducta humana que no le han hecho frente a un zumbao en su vida.

Por supuesto, a Klepto no le impresiona lo más mínimo. «¿Qué…?», jadea indignado, como si Richey le hubiera acusado de follarse a su hermano pequeño.

A pesar de lo tontolculo que es, Richey sigue ahí, sacando pecho y clavado en el sitio. «Escucha, amigo…»

«¡Ya te daré yo amigo!», ruge Klepto y acto seguido estrella el tarro contra el careto pelirrojo. Y mientras Richey cae al suelo, estoy seguro de que luce una enorme sonrisa.

«¿Quién es el siguiente?», pregunta Klepto, excitado y con satisfacción, mirándome directamente a la cara. «¿Quieres ser tú, cabrón? ¿Eh?»

Me vuelvo para echarle una mirada a Big Monty, casi apelando, y después al pobre Richey, despatarrado en el suelo. «No», le suelto.

En cierto modo, eso para a Klepto en seco. Por un instante no sabe muy bien qué decir, así que opta por: «¡Cagao!»

«Lo siento, tío, no valgo gran cosa como peleador», le explico, y me meto los cazos en el bolsillo de la chaqueta para que vea que no estoy a punto de arrearle. Dentro noto algo romo y metálico. Es el tenedor. Ni siquiera me acordaba de habérmelo guardado. Pero seguramente no será muy puntiagudo.

«¿Dónde está tu pijilla, pues? ¿No está aquí para cuidarte y que no te pase nada?», me suelta. «La muy guarrilla se…»

Romo o no, no debería vacilarle a un tío surtido; saco el tenedor a toda velocidad y se lo estrello en la jeta. ¡Coño, tan romo no era! ¡Igual que una bala de plata para un vampiro, mecagüen! Le asoma de un lado de la cara, incrustado en ese carrillo de Fife de pega. Doy un paso atrás, pero está paralizado por el shock. Cuando el muy cabrón consigue articular palabra, es para lloriquear como un niñato: «¡Me ha rajado! ¡Me ha rajado, joder!»

«Sólo es un tenedor», protesto a la vez que retrocedo otro paso. Miro a Monty, que se limita a quedarse ahí mirando. «Le dije que no valgo para pelear. ¿Qué más se supone que tengo que hacer?»

Monty está a punto de tumbarme de una coz cuando del otro lado de la calle se oye un grito y una nutrida representación del Young Team local, encabezado por Big Craig con algunas chavalas a remolque, acude corriendo. «Es ese cabrón», dice Empapada de Lluvia, señalando a Monty con el dedo. «¡Me hizo un crío y adiós muy buenas! ¡Los servicios sociales se van a enterar de que estás en Dunfermline!», chilla.

Monty responde gruñendo y sacudiéndole un bofetón a Empapada, que se tira de forma exagerada al suelo berreando a moco tendido. Craig, del Young Team, grita: «¡Está embarazada de un crío mío, joder!» y le arrea un guantazo a Monty, que se tira encima de él, pero los del Young Team se le echan encima a saco, y los muchachos de Dunfy acaban sumergidos en un mar de Burberry. Jenni sale por la puerta del Centro con Ambrose, que luce esa expresión que dice «a mí no me miréis; seré mayormente pit-bull, pero mi alma es retriever cien por cien». Me pregunto si habrá alguna clase de orden con la que pudiéramos activarle, pero los del Young Team lo tienen todo controlado y a los de Dunfy los revientan un poco; en cualquier caso, a los rezagados, porque el resto de esos cabrones sale por patas para su sarnosa villa a toda velocidad. Los del Young Team los persiguen en un principio pero después los dejan estar, optando por hostiar a los lentorros y los heridos. Han vencido a una cuadrilla madura,

con lo que se han apuntado todo un tanto, ¡y yo también! Monty ha conseguido escapar, pero Klepto se ha llevado un palizón del carajo y está tirado en las escaleras del Centro gimiendo de dolor.

Ahora Jenni está flanqueada por Neebour y el Duque, que han salido volando por la puerta. «¿Qué pasa?», pregunta ella, y entonces ve a dos jovencitos dándole a Klepto una buena ración de tortas junto a las escaleras. ¡Veo que algo sale volando por el rabillo del ojo y me doy cuenta de que le han sacado el tenedor de la jeta de una hostia! ¡Jenni baja como un ciclón y aparta a los chicos para meterle al cabrón de los dientes de conejo un patadón en todos los morros! Joder, el culo se me pone bien prieto, ya no digamos cómo tendrá él el suyo. Tomo nota mental: ojito con la nena. Inclinándose sobre él, le grita: «Mi padre es Tam Cahill. ¡Sabemos dónde vives y estás muerto, joder!»

Vuelve a patearle. Yo bajo y se la quito de encima. «Calma, Jenni», le suelto, recogiendo el tenedor ensangrentado del suelo. Él me mira como si suplicara piedad. Está rodeado por los chicos del Young Team, que están boquiabiertos y aguardando la señal para seguir disfrutando con un poco más de ópera callejera. «Más vale que vayas liando el puto petate, chaval», le digo, porque en el mundo contemporáneo la piedad es una virtud infravalorada.

El cabrón se pone en pie tambaleándose y se bambolea por la calle como un ternero recién nacido, entre las carcajadas y los vítores de todo dios. Las cámaras de los teléfonos móviles llevan ya un rato apuntándole, documentando lo sucedido con fríos ojos de insecto: una democracia mediática global donde ni dios tiene intimidad y nadie se libra de la humillación. La única manzana de la discordia son las dimensiones del público que la contempla.

Big Craig grita en tono triunfal: «¡Esta noche el Cowdenbeath Casual Firm ha cumplido la mayoría de edad! ¡Mamones de Dunfy! ¡Vamos a colgarlo para darles que pensar a esos gilipollas de Methil el sábado!»

Mientras se felicitan unos a otros, Craig suelta: «¡Sabía que tenías huevos, Jase!», exclama mientras me da un gran abrazo. «¡Le metiste al cabrón ese de Dunfy con un tenedor en los putos morros!»

«Vi cómo le chorreaba sangre por la cara como una fuente», dice Jenni en tono de admiración y entonces sí que me siento como el puto Rey de Fife. El que dijo que la violencia era una mierda nunca estuvo en la grata situación de haber derrotado a un adversario hijoputa y malón.

«¡Este tío es el puto amo!», vuelve a gritar Craig, y unos cuantos pandilleros juveniles candidatos al presidio me dan de palmaditas en la espalda.

«Gracias, chicos», les digo. «Pues sí, jefe, creo que tú lo has dicho», le comento a Craig. «Esta noche hemos sido testigos del nacimiento de una cuadrilla formidable.»

«¿Dónde estaban los abuelos? ¡Dentro, con las cervezas y los bocatas!», se ríe mientras mira a Neebour y al Duque, que tienen la sensatez de sonreír y tomárselo todo a chacota.

Como hay risas socarronas por todos lados, decido jugármela. «Una preguntita», le susurro al cabrito grandullón. «¿Fuisteis vosotros los que doblasteis la señal esa de Perth Road? ¿Esa que dice “DISMINUYA LA VELOCIDAD”?»

Craig se me queda mirando boquiabierto y se lo piensa, pero poco a poco empieza a ver claro. «Sí. Fuimos nosotros. ¿Por qué?»

«Por nada, sólo me lo preguntaba, colega», digo, dándole una palmada en la espalda al monstruo. «Gracias por el cable y tal.»

«No hay problema. Los de Cowdenbeath tenemos que apoyarnos entre nosotros», proclama Craig en una apasionada elocución dirigida al resto del Young Team, antes de añadir: «¡CCF!»

«Fife Central, mecagüen», asiento.

«Eso es…» Oigo un gemido jadeante, me vuelvo y veo que el pobre Richey se ha puesto en pie.

Alguien le cierra el pico de un puñetazo en un lado del careto seguido por una patada en los riñones. «Vete a tomar por culo, pringao», le dice un tipillo de expresión dura del Young Team.

Richey se marcha tambaleándose calle abajo, gimiendo en una especie de éxtasis agónico. «Nos vemos…, Jason…», se despide con voz entrecortada.

«¿Es amigo tuyo?», pregunta Craig mientras le señala con la cabeza. «Siempre anda montándoselo de listo conmigo en el puto tren… En fin, Jase, nos vemos», se despide Craig, indicándole a su pandilla que se ponga en marcha. Vemos a Klepto, todavía aturdido y sujetándose la cara mientras baja por la calle dando bandazos. Se encuentra totalmente inerme cuando un cabrito espabilao de unos doce años se acerca corriendo a él por detrás y le sacude una patada en el culo entre las risas de la banda, que sigue filmando los sucesos con los móviles.

«¿¡Adónde vas!?», le grita Empapada de Lluvia a Craig.

«¡Te llamaré!», responde éste, levantando el móvil y riéndose mientras recula intercambiando patadas de kung fu de broma y muchas risas con uno de sus colegas que hace no sé qué comentario. Empapada de Lluvia se vuelve hacia otras dos chicas y las exhorta a seguir a los del Young Team. Pero hay que decir que no tienen demasiada prisa por cumplir con la petición de la chica.

En fin, los jóvenes son así. Hacen lo que hacen; al ochenta por ciento de ellos se les pasará, y al otro veinte…, en fin, para eso están las cárceles, los cementerios y las sobredosis. Estaba yo pensando que de todas formas Kravy habría mordido el polvo aunque hubiera chocado con la señal sin doblar, puede que no de una forma tan espectacular, eso sí.

Así que la noche, que ha sido agotadora, toca a su fin y sienta bien dormir un poco después de despedirme de mis amiguetes de Fife. Pensé que Neebour y el Duque estuvieron bastante magnánimos, más que Reg Comorton, que se escabulló calle abajo tratando de pasar desapercibido. Al viejo no pareció importarle demasiado, pero se notaba que estaba pensando en llevar a Frances a casa y someter a

una prueba de carretera su cadera de plástico nueva. Tiene todas las de ganar: si la prótesis no resiste el castigo, entonces habrá base para ponerle una demanda al Servicio Nacional de Salud. Pero me ha dejado la casa, y entramos, demasiado reventaos para follar, acabamos desmayados en la cama.

Hace una mañana turbia y sucia. Abandonamos el pueblo en la moto, enfilamos una carretera a toda velocidad y pasamos por el punto donde Kravy se salió de la moto. Me siento libre, porque la velocidad no me preocupa. Vamos a largarnos los dos de aquí y noto a Jenni agarrándome por la cintura, pero en cuanto agradezco la sensación ya no estamos unidos y ni siquiera estamos ya en la moto porque estamos inmersos en la oscuridad, cayendo en picado por el espacio a toda velocidad…

30. VIAJE

Le doy un golpecito con el codo en el costado a Jason. Se despierta sobresaltado. «Vamos en el coche», dice con voz entrecortada, feliz y con cara de alivio. Que sea capaz de dormir mientras en el aparato de música del coche suena «This is the New Shit» de Marilyn Manson a toda pastilla es algo que supera mi capacidad de comprensión.

Le acaricio la cabeza y le alboroto el pelo. «No me digas. ¿Y dónde creías que estábamos si no?»

«Tuve una pesadilla…, fue espantoso…»

«Te oí murmurando en sueños. Venga, Jay, ¿cómo esperas que me quede despierta y conduzca cuando tú no paras de quedarte roque?», protesto, volviéndome rápidamente para echarle un vistazo a Ambrose, que no para de babear. «Menos mal que te he traído a ti, ¿verdad, bonito?»

El pobre no sabe que se va a pasar cuatro meses en cuarentena. Jason le pesca olisqueando una bolsa de deportes con la leyenda «Northern Soul-Keep the Faith» en el asiento de detrás. Se estira para cogerla y ponérsela en el regazo. «Vete a tomar por culo, Ambrose, so cabrón», le reprende mientras sacude la cabeza, «¡no es para ti, mecagüenlaputa!» La abre lentamente y vuelve a echar otra mirada al cráneo amarillento de Kravy.

«Mantenla cerrada», le ruego, «andar todo el rato mirándolo es una mala costumbre.»

Obedece rápidamente, asintiendo y mirándome fijamente con esos ojazos. «Vale. Tienes razón», le sugiero mientras se estira y bosteza. «Pero te diré una cosa, me alegro de que Neebour Watson quisiera comprar la moto.»

«Pues sí, estuvo bien poder ofrecerle el dinero a tu padre y a la señora Kravitz.»

«Cierto. ¡Y estuvo mejor todavía que sólo aceptaran la mitad!»

«A lo mejor tendríamos que darnos un caprichito y reservar un camarote con camas en el ferry», digo mientras le magreo el muslo. «Creo que nos merecemos un poquito de decadencia.»

Veo cómo se le desorbitan los ojos, casi hasta el punto de que da la impresión de que se le van a caer de la cabeza, como los del robot ese que sale en *Futurama*. «Pues sí, ya lo creo, mecagüenlaputa. Vivir aventuras en alta mar es fundamental. ¡Nos turnaremos jugando a grumete y capitán! ¡Eso es, en el ferry *Pompeya-Cherburgo*!» Se vuelve hacia el perro. «Y Ambrose puede entrar en la onda del cambio de género o de especie haciendo de gato de la nave, ¿eh, muchacho?», dice mientras acaricia la jeta babosa y llena de cicatrices del animal, emocionado y jadeante.

Me muero de la risa con este chico tan loco.

31. EPÍLOGO ESPAÑOL

Anda que no tenía Kravy razón acerca de España, mecagüen. Me encanta, joder. También tenía razón en lo referente al gusto por los tríos de la tía de Setúbal; lo primero que hice fue insistirle a Jenni para que la localizáramos. Por desgracia, ella no compartía mi entusiasmo, así que no pudo ser. Pero no me quejo, la vida no está tan mal.

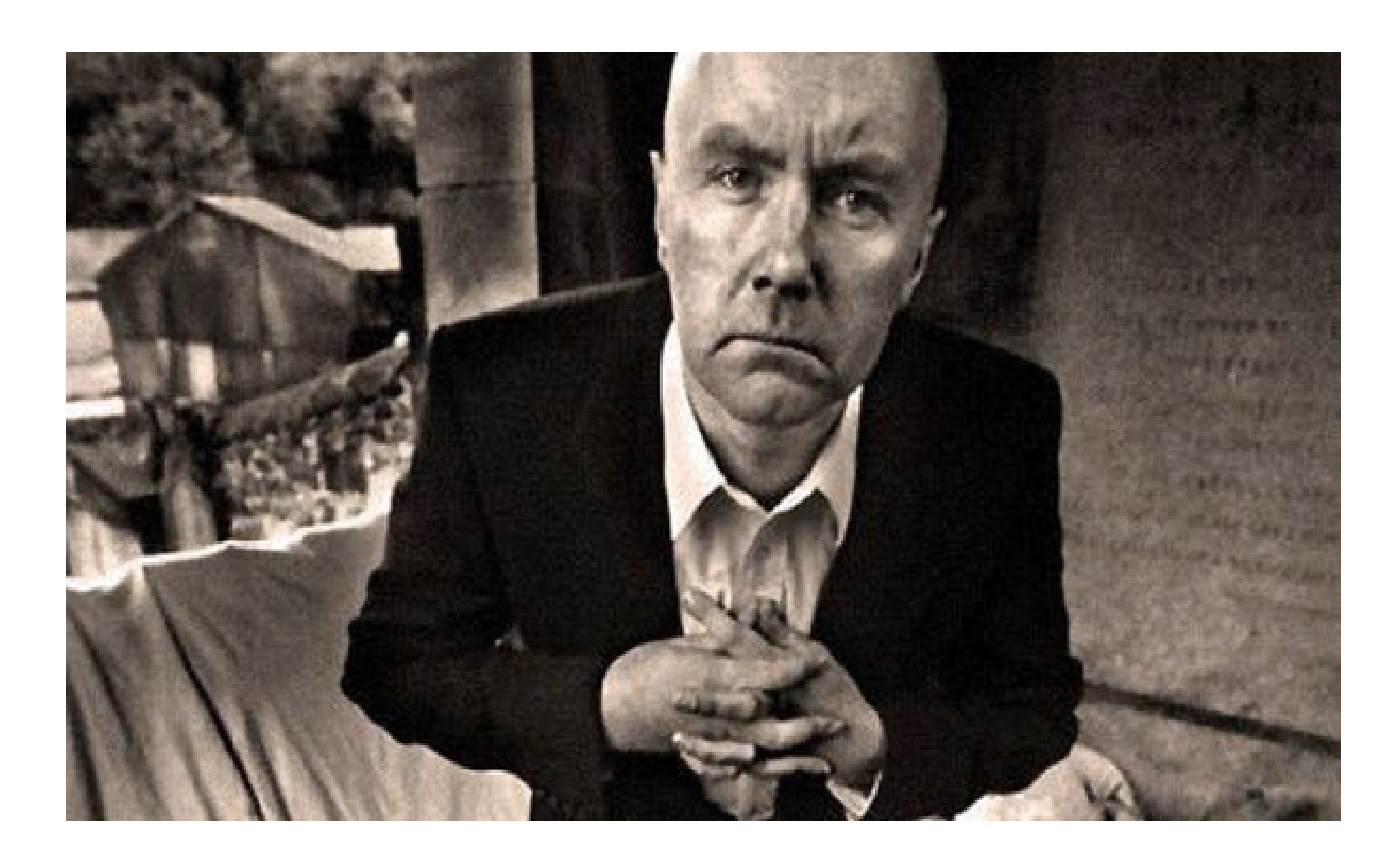
Conseguimos trabajo en las caballerizas esas. Jenni está encantada y creo que puede que hasta yo acabe acostumbrándome a los caballos. Eso sí, paso de motos, esa opción queda completamente descartada. Basta que una pierna te pique un poco para que los médicos españoles te la amputen. He conservado la calavera de Kravy. Durante un tiempo no tenía nada claro qué hacer con ella. Intenté enterrarla en el jardincito del patio, pero Ambrose no paraba de desenterrarla. Ahora la tengo en el cuarto de baño. Le veo todas las mañanas: cada vez que voy a echar una cagada, darme una ducha o cepillarme los piños. No es más que un montón de huesos viejos, pero a veces me parece que sonríe un poquitín más que antes. Pero seguramente será cosa mía.

Sigo considerándome el Rey de Fife, pero soy un rey en el exilio; en el exilio voluntario y sin ninguna prisa por volver. ¡Podéis llamarlo el Reino de Fife si queréis, pero yo prefiero llamarlo el Feudo de King,[1] mecagüenlaputa!

NOTA FINAL

Cuando uno escribe acerca de lugares como Cowdenbeath y procede de un país como Escocia, físicamente pequeño pero espiritualmente inmenso, tiene la responsabilidad de recalcar que no pretende retratar el lugar «de verdad», sino más bien el «Cowdenbeath» de su imaginación en el momento concreto en que escribe. Cualquier parecido con personas «de verdad» es fortuito y completamente involuntario. Por supuesto, lo mismo vale para Arizona, Fuerteventura, Nevada, Montana, Montrose, Marte o donde sea que se desarrollen estos relatos.

Muchas gracias a Beth por su indefectible ayuda, consejos y amor. Gracias a Robin, Katherine, Sue y Laura, de Random House, por seguir tolerándome. Mark Cousins y Don De Grazia tuvieron la amabilidad de leer algunos de estos relatos y ofrecer valiosas impresiones. Mi socio guionista Dean Cavanagh tuvo la generosidad de proporcionarme el espacio para terminar estos relatos en un momento en que disponíamos de muy poco tiempo. Tengo la suerte de poder decir que si enumerase a los amigos, familiares y amigos que me han brindado toda clase de apoyos el libro se alargaría considerablemente. Espero que sepáis quiénes sois y que os deseo cosas buenas.



IRVINE WELSH. Escritor y dramaturgo escocés nacido en 1958, es un autor contemporáneo conocido a nivel internacional por su obra *Trainspotting*, adaptada al cine con gran éxito en 1996 por el director de cine Danny Boyle.

Considerado un autor de culto, Welsh abandonó la cultura punk londinense a finales de los años 70 del siglo XX para estudiar informática y dedicarse a la compraventa inmobiliaria. Tras volver a Edimburgo publicó su primera novela, *Trainspotting* (1993), que se volvió un éxito de ventas y críticas pese a la polémica que levantó tras su éxito en todo el mundo tras el estreno de la película.

Welsh ha publicado varios libros hasta la fecha caracterizados por transcribir fonéticamente el habla escocesa y sus dialectos, experimentando también con las tipografías y ahondando en la vida diaria, sucia y realista, de la sociedad en la que creció.

Notas



[1] Todas las palabras marcadas con asterisco de este relato están en español en el original. *(N. del T.)* <<



[2] Apellido compuesto por las palabras *frost* («escarcha») y *dyke* («tortillera»). *(N. del T.)* <<

[1] La mayoría de pubs dispone de dos entradas, una que corresponde al *public bar* y otra al *lounge bar.* En el *public bar* suele congregarse la clientela habitual (después del trabajo, por ejemplo), mientras que el *lounge bar,* donde los clientes pueden ponerse más cómodos y a veces las consumiciones son un poco más caras, es más lujoso. *(N. del T.)* <<

[2] Fragmento de la letra del tema de John Lennon «Mind Games» que el protagonista reproduce imitando la dicción japonesa. *(N. del T.)* <<

[3] Denominación coloquial de los nativos de Newcastle. *(N. del T.)* <<



[4] Muñeca de masa, pareja del icono publicitario «Pillsbury Doughboy» de la empresa de productos alimentarios del mismo nombre. *(N. del T.)* <<



[5] Célebre e idolatrada pareja de gángsters que dominó el East End londinense en la década de 1960. *(N. del T.)* <<

[6] Cantante del grupo punk (y también primera banda *Oi!)* Sham 69. *(N. del T.)* <<

[7] De Manchester. *(N. del T.)* <<

[8] Término yiddish que equivale a «chitón». *(N. del T.)* <<



[9] Contracción del argot rimado *iron hoof* («pezuña de hierro») por *poof* («maricón»). *(N. del T.)* <<



[10] Argot rimado: *bottled beer* («cerveza embotellada») por *queer* («marica»). *(N. del T.)* <<

[1] Alusión a la letra del tema del grupo punk Sham 69 «Questions and answers», cuyo estribillo dice así: *So think before you do what they say / It's your life so go your own way / Questions and answers, honesty, lies / Yes, no, you can't, but you can and you know why.* («Así que piénsalo antes de hacer lo que dicen otros / Es tu vida así que sigue tu camino / Preguntas y respuestas, sinceridad, mentiras / Sí, no, no puedes, pero sí puedes y sabes por qué»). *(N. del T.)* <<

[1] Alusión a la letra del tema del grupo punk Sham 69 «Questions and answers», cuyo estribillo dice así: *So think before you do what they say / It's your life so go your own way / Questions and answers, honesty, lies / Yes, no, you can't, but you can and you know why.* («Así que piénsalo antes de hacer lo que dicen otros / Es tu vida así que sigue tu camino / Preguntas y respuestas, sinceridad, mentiras / Sí, no, no puedes, pero sí puedes y sabes por qué»). *(N. del T.)* <<

[2] Literalmente, «cazador de gorditos/as». *(N. del T.)* <<



[3] Argot rimado: *bubble and squeak* (tradicional plato inglés elaborado con las verduras fritas procedentes de un Sunday roast, y cuyos ingredientes principales son las patatas y la col) por *greek* («griego»). *(N. del T.)* <<

[4] Argot rimado: *turkey-ducked* («pato-paveado») por *fucked* («jodido»). *(N. del T.)* <<

[5] Un tipo «de ley», en argot cockney. *(N. del T.)* <<

[6] Traducción aproximada: «Salir cagando leches.» *(N. del T.)* <<

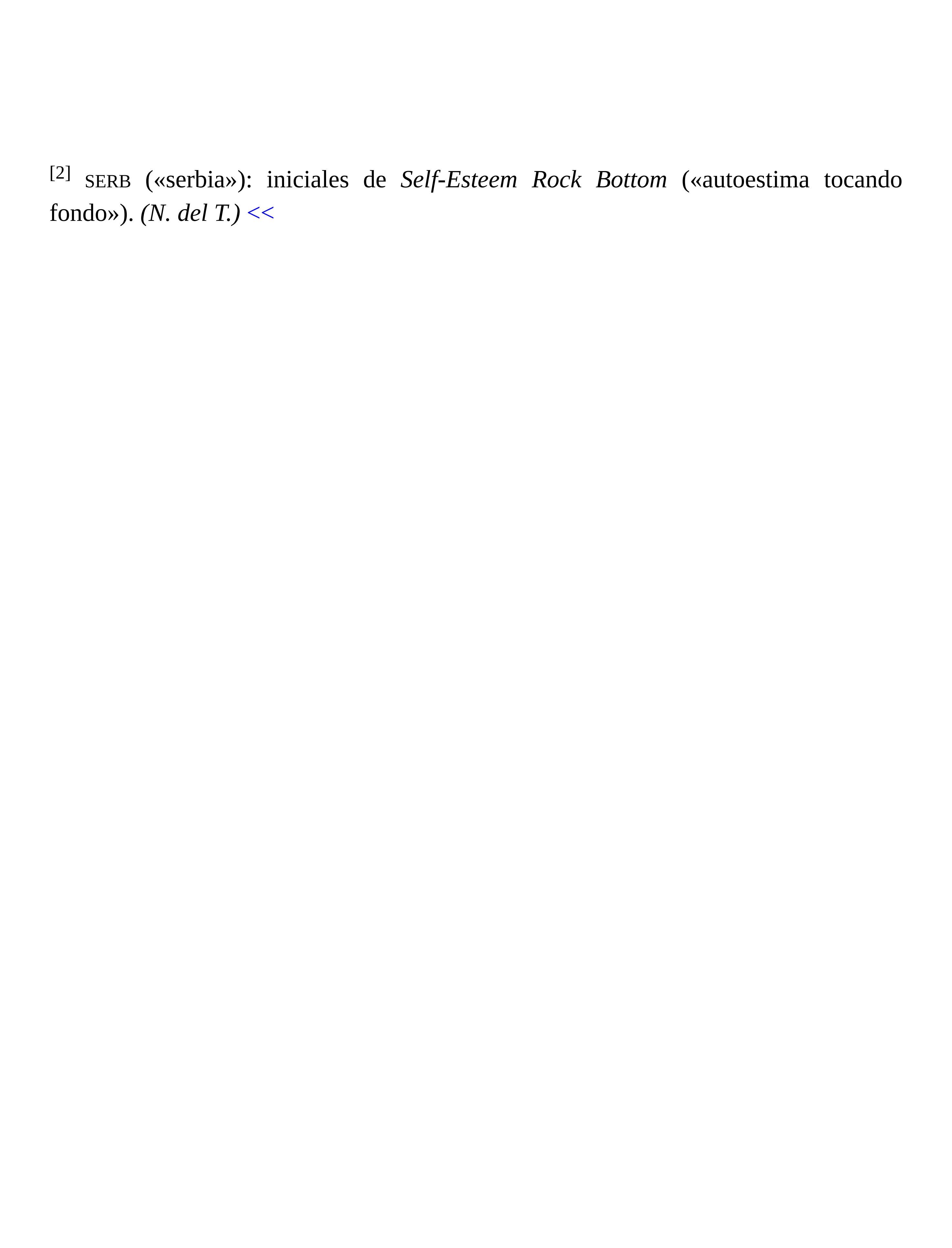


[1] *Top boy:* literalmente, «el de arriba» en cualquier actividad. En el contexto *casual* y *hooligan*, se refiere a los cabecillas. *(N. del T.)* <<

[2] Argot rimado: *brown bread* («pan integral») por *dead* («muerto»). *(N. del T.)* <<

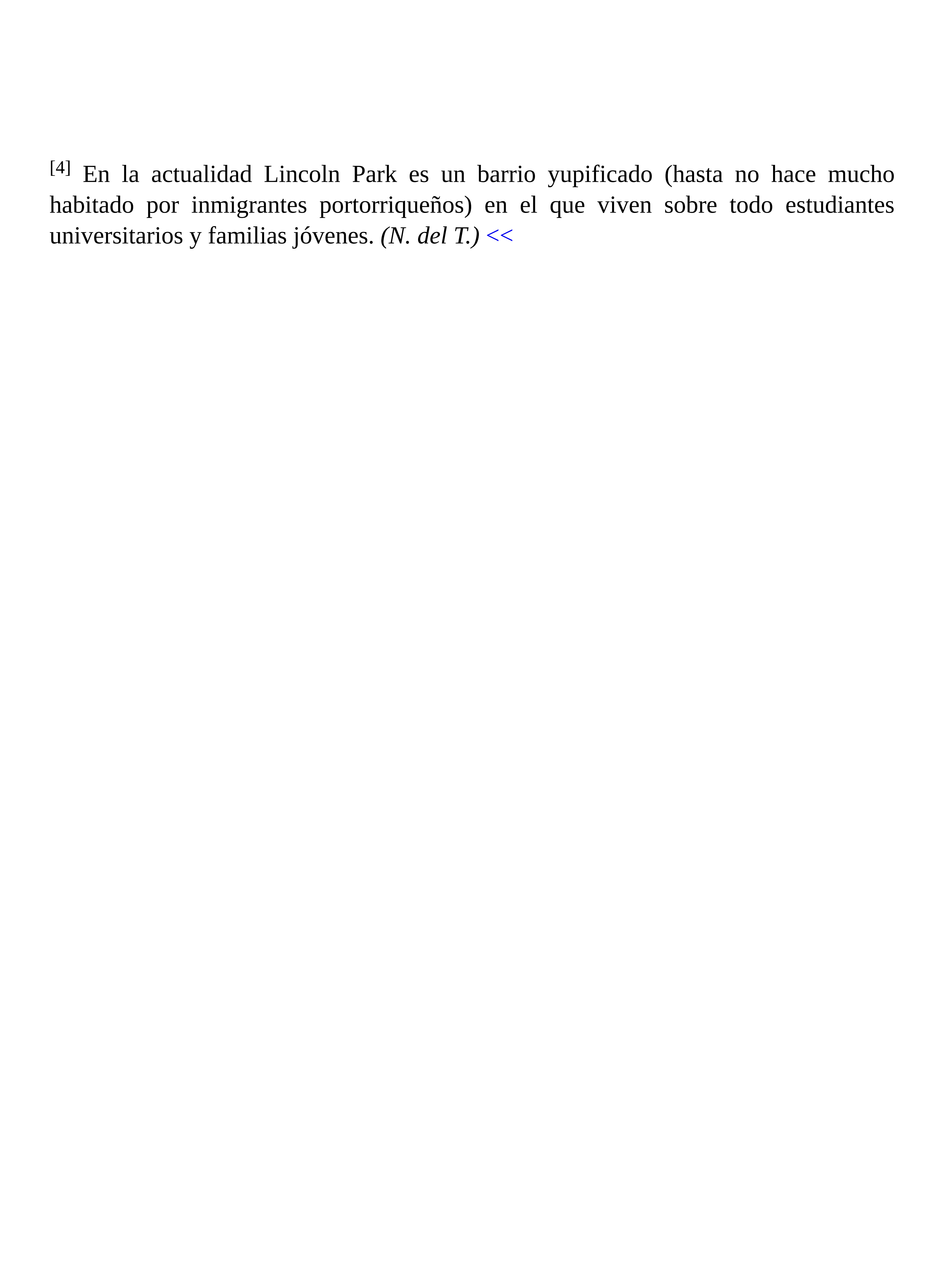


[1] Juego de palabras intraducible entre *but* («pero») y el plural *butts* («culos»). *(N. del T.)* <<

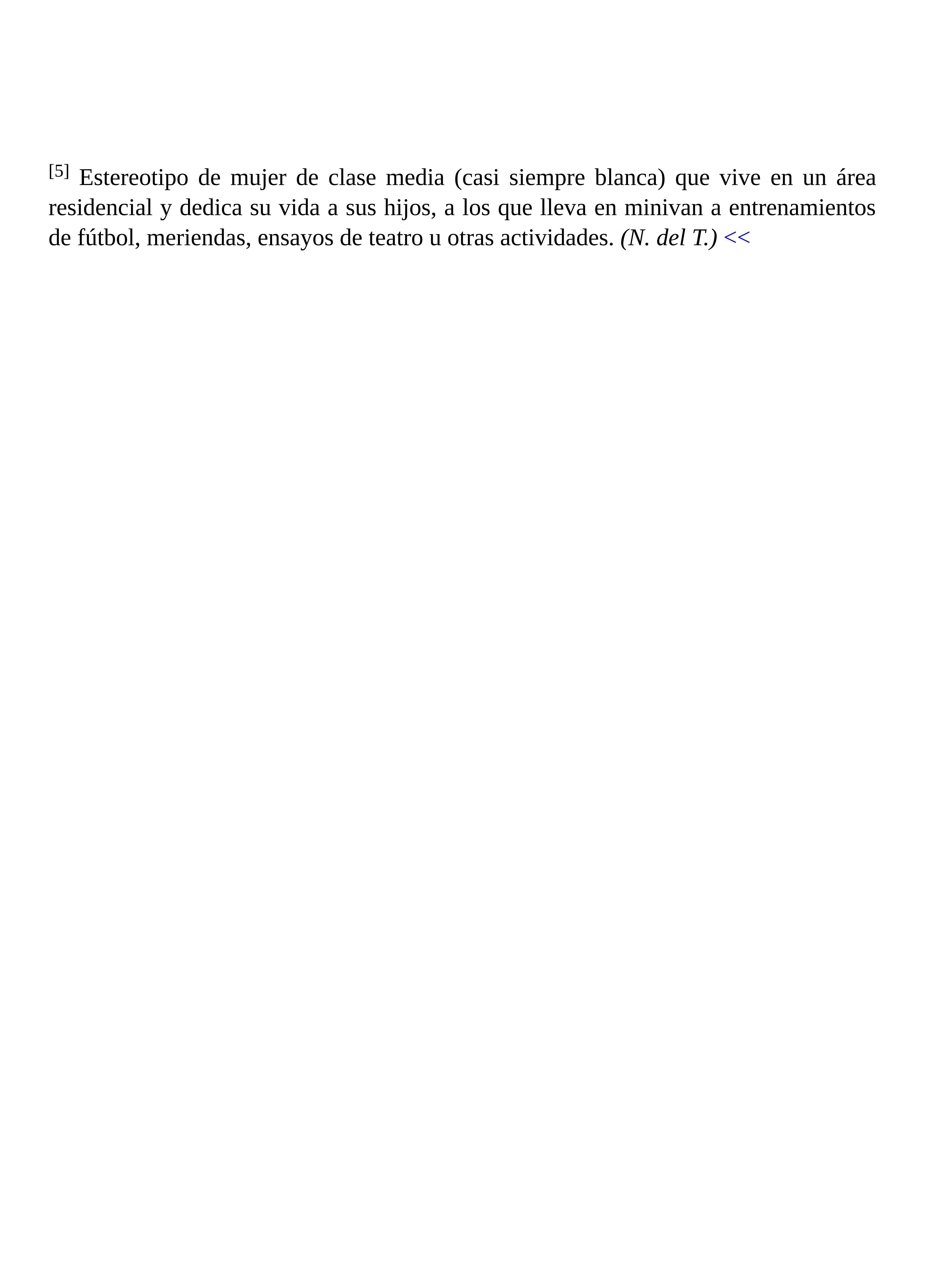


[2] SERB («serbia»): iniciales de *Self-Esteem Rock Bottom* («autoestima tocando fondo»). *(N. del T.)* <<

[3] Chicas Esnobs Desesperadas y Obsesivas. *(N. del T.)* <<



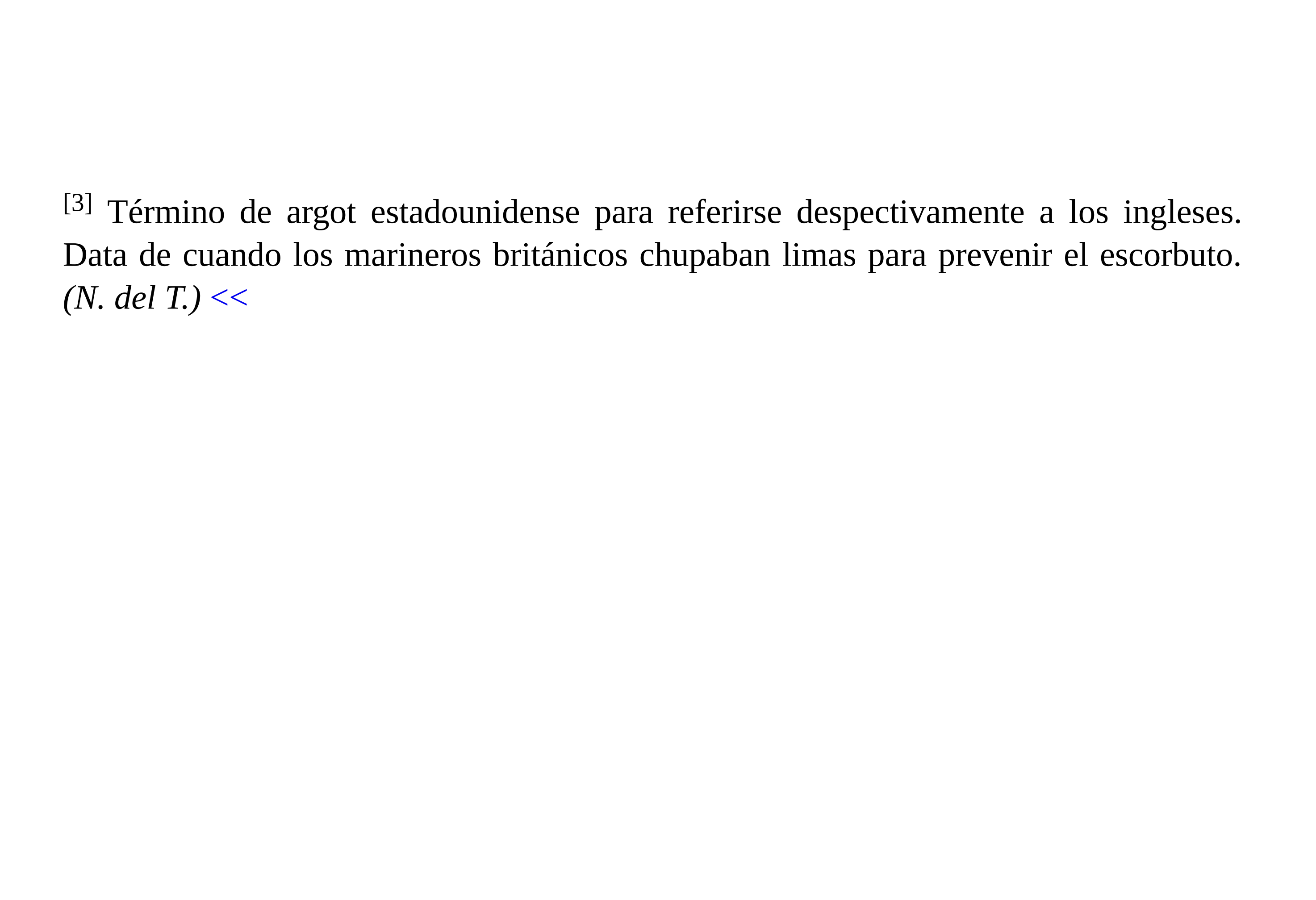
[4] En la actualidad Lincoln Park es un barrio yupificado (hasta no hace mucho habitado por inmigrantes portorriqueños) en el que viven sobre todo estudiantes universitarios y familias jóvenes. *(N. del T.)* <<



[5] Estereotipo de mujer de clase media (casi siempre blanca) que vive en un área residencial y dedica su vida a sus hijos, a los que lleva en minivan a entrenamientos de fútbol, meriendas, ensayos de teatro u otras actividades. *(N. del T.)* <<

[1] Personificación del whisky (y en menor medida de la cerveza) inspirada en una antigua canción inglesa. *(N. del T.)* <<

[2] «O pones el culo o pones gasolina o pones hierba: nadie sube gratis.» *(N. del T.)*
<<



[3] Término de argot estadounidense para referirse despectivamente a los ingleses. Data de cuando los marineros británicos chupaban limas para prevenir el escorbuto. *(N. del T.)* <<

[1] *Wee:* prefijo diminutivo muy empleado en Escocia e Irlanda. *(N. del T.)* <<

[2] Alusión a la característica muletilla típica de Fife *hoor*, que tan pronto puede significar «puta» como «tipo». *(N. del T.)* <<

[3] Mote germanófobo que alude a la exhortación del Kaiser Guillermo II a las tropas alemanas para que aplastasen la rebelión de los bóxers en China (1900) con la implacable ferocidad de los hunos. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se atribuyó al socialista escocés John McLean haber dicho a los trabajadores que asistían a sus mítines que «si querían combatir a un huno, combatiesen al rey de Inglaterra» (miembro de la casa alemana de los Hannover). En Irlanda del norte, los católicos califican despectivamente con dicho término a sus compatriotas protestantes. Por extensión, mote despectivo para designar a los seguidores del Glasgow Rangers. *(N. del T.)* <<



[4] Jim Baxter (1939-2001): célebre jugador del Glasgow Rangers nacido en Fife. *(N. del T.)* <<



[5] Alusión a los análisis de heces que acostumbra a hacer la nutricionista y presentadora televisiva escocesa Gillian McKeith. *(N. del T.)* <<



[6] *Jakey:* término de argot muy utilizado en Glasgow como sinónimo de «borrachín». *(N. del T.)* <<

[7] *El-D* («El Dorado») y *Buckfast* son vinos abocados de mala calidad, baratos y que contienen diversos estabilizadores y aromatizantes, muy populares entre los pobres e indigentes de determinadas regiones de Escocia e Irlanda del Norte. Su consumo se asocia a conductas antisociales, sobre todo entre los menores, y ha llegado a suscitar conflictivas propuestas políticas exigiendo que se prohíba su venta. *(N. del T.)* <<

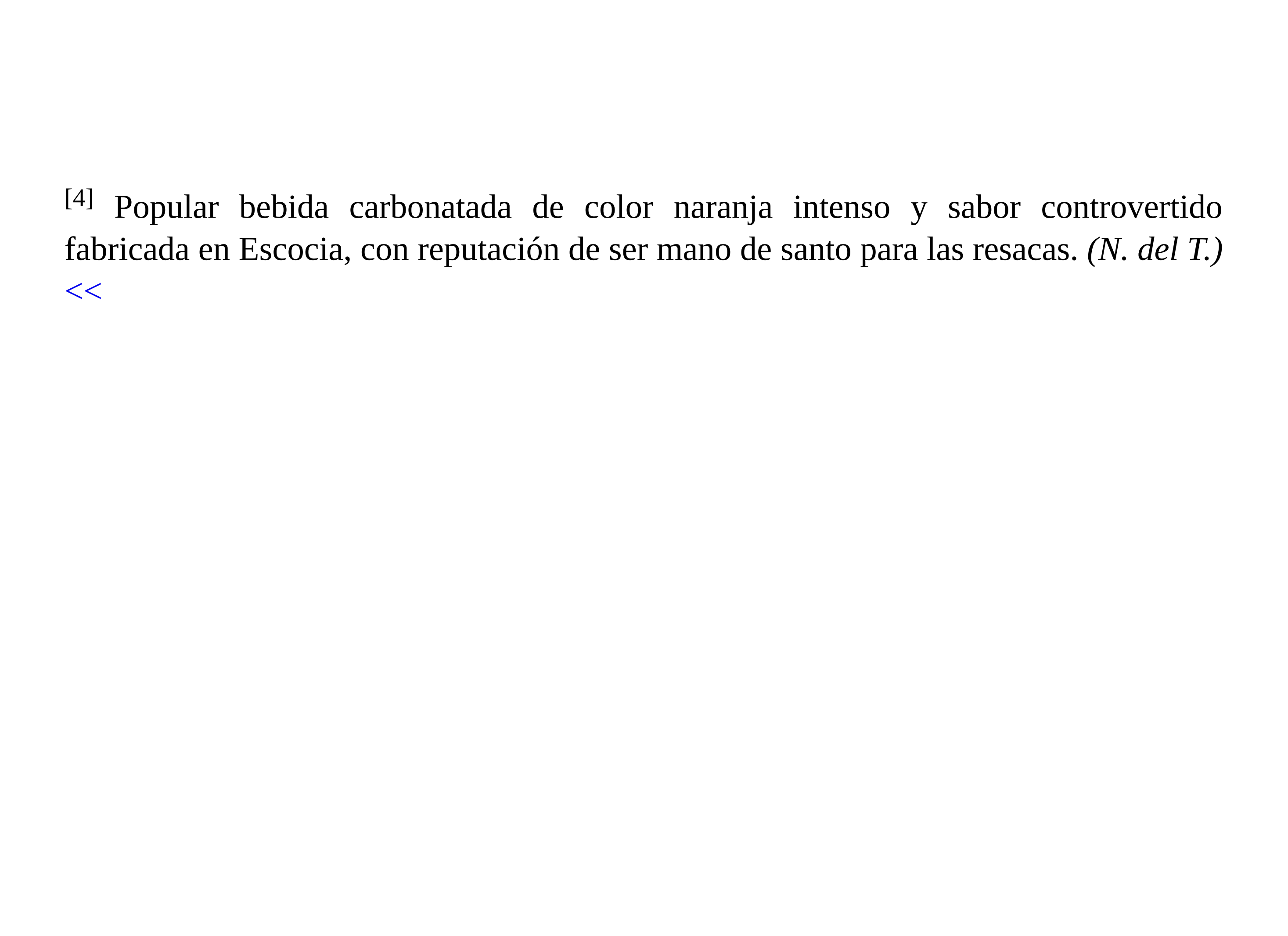


[8] Marca de refresco de diversos sabores mezclado con vodka y destinado al consumidor joven. *(N. del T.)* <<

[1] Cadena de farmacias británicas. *(N. del T.)* <<

[2] En un principio este término se refería a las bandas callejeras del East End de Glasgow del período de entreguerras, enfrentadas so pretexto de disputas territoriales y religiosas. En la actualidad es una denominación que emplean los pandilleros juveniles de toda Escocia para referirse a su círculo de íntimos más inmediato. *(N. del T.)* <<

[3] *To paint the town red:* figuradamente «irse de parranda». *(N. del T.)* <<



[4] Popular bebida carbonatada de color naranja intenso y sabor controvertido fabricada en Escocia, con reputación de ser mano de santo para las resacas. *(N. del T.)* <<

[5] Comienzo de uno de los pareados del conocido poema de Robert Burns «To a Mouse»: *«The best laid schemes o' Mice an' Men, / Gang aft agley…»* («Hasta los planes mejor fraguados por hombres y ratones / se tuercen a menudo…») *(N. del T.)* <<

[1] Gordon Strachan: futbolista escocés retirado y actual entrenador del Celtic F. C. de Glasgow. Alexander McLeish: futbolista escocés retirado, ex entrenador del Glasgow Rangers y de la selección nacional escocesa. *(N. del T.)* <<

[2] Nombre que engloba a los dos equipos de fútbol escoceses más importantes, Celtic y Rangers (ambos de Glasgow y plasmación deportiva de la división católico-protestante), y que tiene su origen en una peregrina teoría que data de comienzos del siglo XX, según la cual constituían en el fondo una sola empresa. *(N. del T.)* <<

[3] Argot rimado: *Clark Gables* por *stables* («establos»). *(N. del T.)* <<



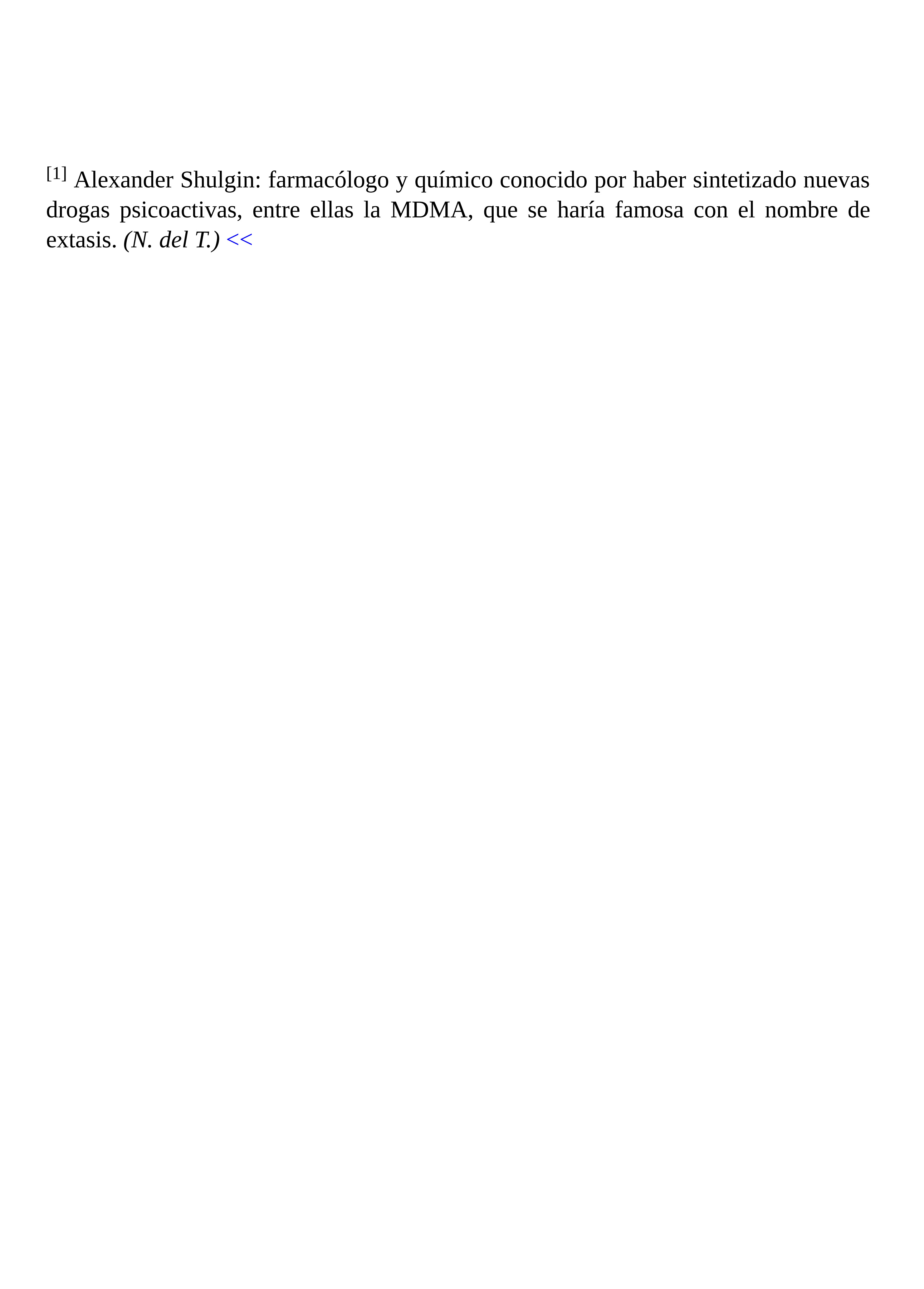
[4] «Erase una vez un poli que vivía en Fife, que se casó con un cochino putón…», versión alterada de la canción tradicional «The Wee Cooper of Fife». *(N. del T.)* <<



[5] Mote despectivo para con las personas de descendencia china, pero que también sirve para designar informalmente a los restaurantes chinos. *(N. del T.)* <<

[6] Sinónimo de comida rápida por antonomasia y tentempié más vendido en el Reino Unido desde su aparición en 1979. En un envase parecido al de un yogur se reúnen ingredientes variados (fundamentalmente fideos) que se consumen añadiendo agua caliente a la mezcla. *(N. del T.)* <<

[7] William Gallacher (1881-1965): figura destacada del movimiento de los *shop stewards* en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Fue condenado por agitación antibélica en 1916, así como por su papel en la huelga de masas de enero de 1919 en Glasgow («Bloody Friday»). Miembro fundador del Partido Comunista británico y autor del clásico *Revolt on the Clyde*, no tardó en evolucionar desde posiciones «ultraizquierdistas» (antiparlamentarias y antisindicales) hasta el estalinismo más recalcitrante. Robert («Auld Bob») Selkirk, natural de Cowdenbeath, minero anarquista en su juventud y autor de la autobiogafía *The Life of a Worker* (1967). Fue elegido concejal comunista de Cowdenbeath en 1935 y se mantuvo en el cargo durante treinta y dos años. *(N. del T.)* <<



[1] Alexander Shulgin: farmacólogo y químico conocido por haber sintetizado nuevas drogas psicoactivas, entre ellas la MDMA, que se haría famosa con el nombre de extasis. *(N. del T.)* <<

[2] Apodo del Dunfermline Athletic Football Club. *(N. del T.)* <<

[3] Argot rimado: *Margaret Thatcher* por *scratcher* («catre»). *(N. del T.)* <<

[1] Región escocesa que limita con Inglaterra. *(N. del T.)* <<



[1] Argot rimado*: porky pie* («pastel de carne de cerdo») por *lie* («mentira»). *(N. del T.)* <<



[2] Se pasaría así de Starkers (literalmente «en cueros»), a Stalkers, que podría traducirse por «buitres» o «acosadores». *(N. del T.)* <<



[3] Célebre jugador y directivo del fútbol escocés nacido en 1953 en Lochgelly, poeta laureado de Fife y miembro de la Orden del Imperio Británico. *(N. del T.)* <<



[4] John «Jocky» Wilson (nacido en Kirkaldy, Fife, el 22 de marzo de 1950), orondo campeón mundial de dardos en dos ocasiones. *(N. del T.)* <<

[1] Título alusivo al LP de los Rolling Stones *Exile on Main Street. (N. del T.)* <<

[2] Tienda de *fish n' chips. (N. del T.)* <<

[3] Mote germanófobo que alude a la exhortación del Kaiser Guillermo II a las tropas alemanas para que aplastasen la rebelión de los bóxers en China (1900) con la implacable ferocidad de los hunos. Al estallar la Primera Guerra Mundial, se atribuyó al socialista escocés John McLean haber dicho a los trabajadores que asistían a sus mítines que «si querían combatir a un huno, combatiesen al rey de Inglaterra» (miembro de la casa alemana de los Hannover). En Irlanda del norte, los católicos califican despectivamente con dicho término a sus compatriotas protestantes. Por extensión, mote despectivo para designar a los seguidores del Glasgow Rangers. *(N. del T.)* <<

[4] Alusión a un caso de pedofilia destapado en 1996. *(N. del T.)* <<



[1] Argot rimado: *ham shank* («parte inferior del jamón») por *wank* («paja»). *(N. del T.)* <<



[2] *Jakey:* término de argot muy utilizado en Glasgow como sinónimo de «borrachín». *(N. del T.)* <<

[3] José Mourinho, exentrenador del Chelsea F. C. *Dago* (posible deformación de «Diego») es un calificativo racista que en Gran Bretaña designa sólo a los ibéricos (y por extensión a los hispanoamericanos). *(N. del T.)* <<

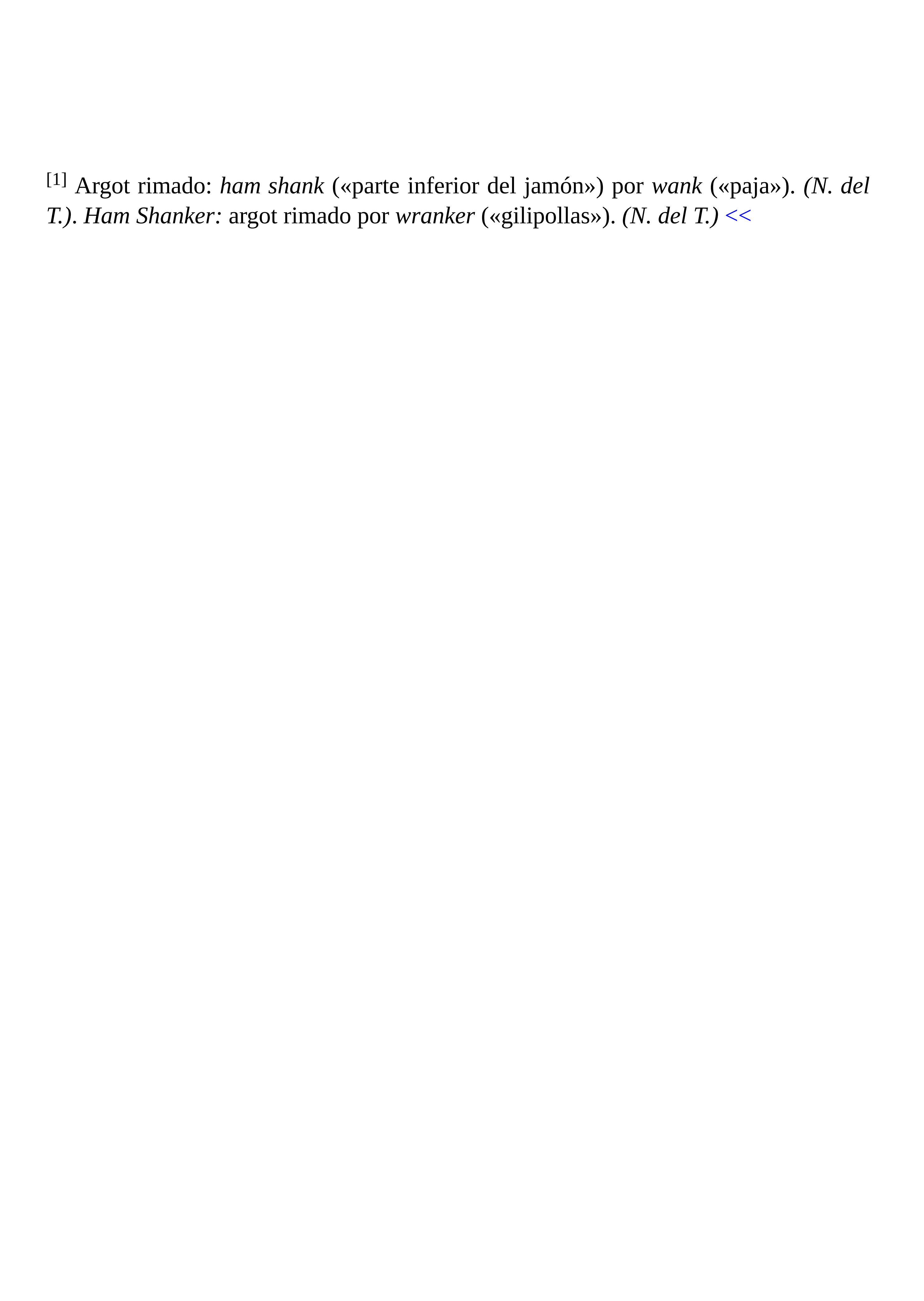


[1] Argot rimado: *ham shank* («parte inferior del jamón») por *wank* («paja»). *(N. del T.)* <<



[2] *Jakey:* término de argot muy utilizado en Glasgow como sinónimo de «borrachín». *(N. del T.)* <<

[3] José Mourinho, exentrenador del Chelsea F. C. *Dago* (posible deformación de «Diego») es un calificativo racista que en Gran Bretaña designa sólo a los ibéricos (y por extensión a los hispanoamericanos). *(N. del T.)* <<



[1] Argot rimado: *ham shank* («parte inferior del jamón») por *wank* («paja»). *(N. del T.)*. *Ham Shanker:* argot rimado por *wranker* («gilipollas»). *(N. del T.)* <<

[2] Argot rimado: *green grape* («uva verde») por *pape* («papista»). *(N. del T.)* <<

[1] Término de argot para denominar a los habitantes de Glasgow. *(N. del T.)* <<



[2] Exdistrito financiero de Edimburgo, donde se encuentra además la sede central de la Iglesia de Escocia, de confesión presbiteriana. *(N. del T.)* <<

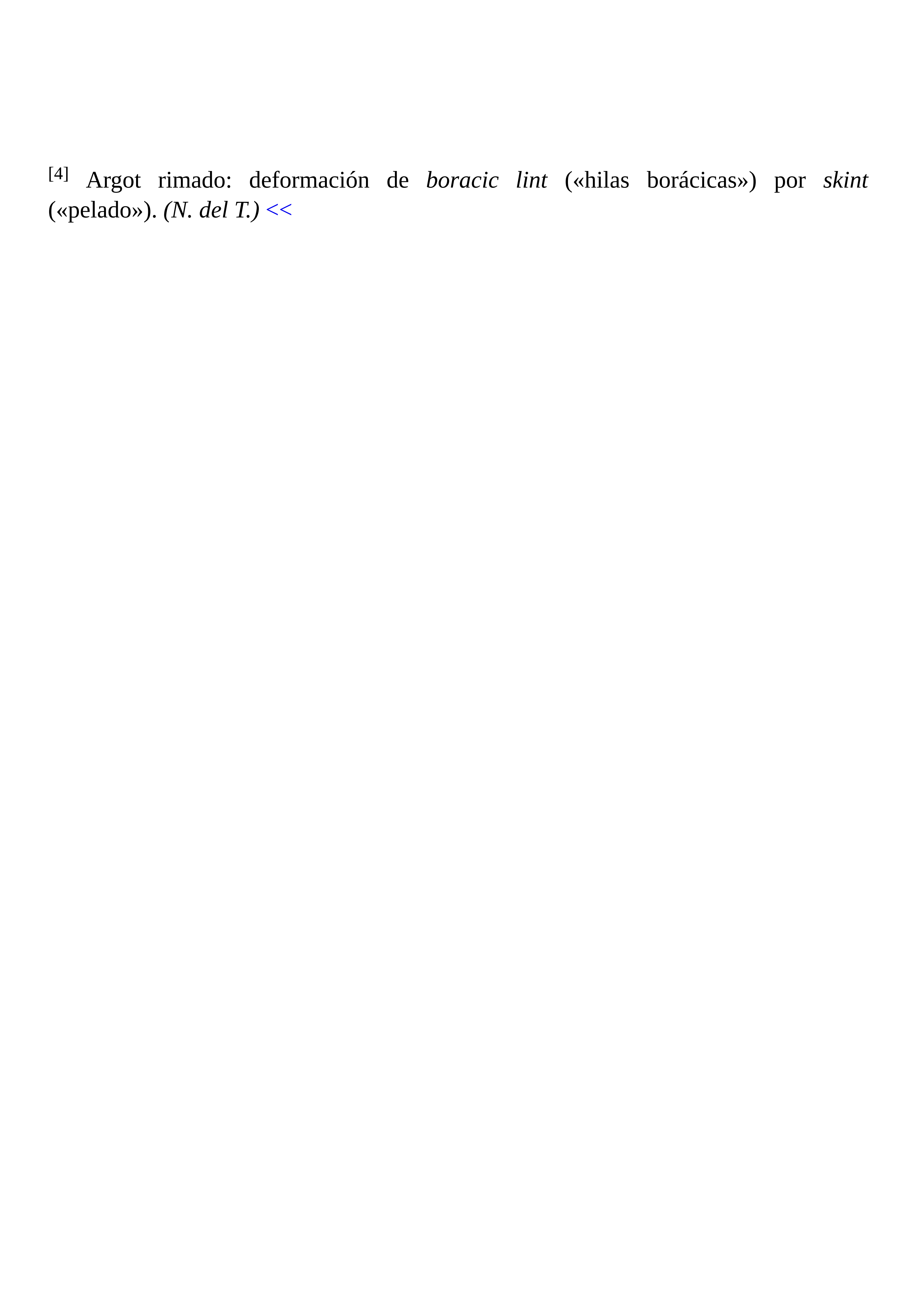
[1] *Wee:* prefijo diminutivo muy empleado en Escocia e Irlanda. *(N. del T.)* <<



[2] Apodo basado en la cadena de clubs nocturnos británicos del mismo nombre. *(N. del T.)* <<



[3] Argot rimado*: porky pie* («pastel de carne de cerdo») por *lie* («mentira»). *(N. del T.)* <<



[4] Argot rimado: deformación de *boracic lint* («hilas borácicas») por *skint* («pelado»). *(N. del T.)* <<



[5] Argot rimado: *Egyptian fae Cairo* («egipcio de El Cairo») por *gyro* («cheque por desempleo»). *(N. del T.)* <<



[1] Alusión al *«Alas, poor Yorick»* de Hamlet, traducido por Leandro Fernández de Moratín al castellano como «¡Ay! ¡Pobre Yorick!». *(N. del T.)* <<

[1] Palabra acuñada por la fusión de *soccer* («fútbol») y *glitteratti* («famosos»), esta última fusión a su vez de *glitter* («oropeles») y *literati* («literatos»). *(N. del T.)* <<

[2] Célebre y popular comentarista deportivo de la BBC. *(N. del T.)* <<

[3] Robin Cook (1946-2005): ministro escocés del gabinete laborista de Blair que dimitió en marzo de 2003 a raíz de la decisión británica de participar en la guerra de la administración Bush contra Irak sin contar con el respaldo de la ONU. *(N. del T.)* <<

[4] Uno de los versos mejor conocidos de un largo poema de Robert Burns, «The Author’s Earnest Cry and Prayer» (1785), solicitando a los representantes de Escocia en la Cámara de los Comunes que abogasen por la abolición de los impuestos que gravaban la producción del whisky. *(N. del T.)* <<

[5] «¡Salud!», en gaélico. *(N. del T.)* <<

[1] *«by the way»*, muletilla típica de Glasgow. *(N. del T.)* <<

[2] Nombre que engloba a los dos equipos de fútbol escoceses más importantes, Celtic y Rangers (ambos de Glasgow y plasmación deportiva de la división católico-protestante), y que tiene su origen en una peregrina teoría que data de comienzos del siglo XX, según la cual constituían en el fondo una sola empresa. *(N. del T.)* <<

[3] *Abby-Dabby:* Aberdeen. Mote alusivo al petróleo del mar del Norte. *(N. del T.)* <<



[4] Célebre jugador y directivo del fútbol escocés nacido en 1953 en Lochgelly, poeta laureado de Fife y miembro de la Orden del Imperio Británico. *(N. del T.)* <<

[5] Argot rimado: *Jack Jones* por *alone* («solo»). *(N. del T.)* <<

[6] Entrenador del Hibernian F. C. *(N. del T.)* <<

[1] James Connolly (1868-1916). Nacido en Edimburgo de padres inmigrantes irlandeses, Connolly desempeñó un destacado papel en el movimiento obrero británico irlandés y estadounidense. Fue fusilado en Dublín por los británicos a raíz de su participación en el levantamiento de Pascua de 1916. John McLean (1879-1923). Maestro de escuela y socialista internacionalista escocés, McLean se opuso activamente a la Primera Guerra Mundial. Detenido en 1915, fue despedido de su puesto docente y encarcelado en tres ocasiones mientras duró la guerra. En 1918, tras ser nombrado cónsul honorario de la república soviética en Glasgow, fue acusado de sedición y condenado a cinco años de prisión. Recusó al jurado y llevó su propia defensa durante el juicio, en el que dijo comparecer no como acusado, sino como fiscal del sistema capitalista. Durante su reclusión en Peterhead (Aberdeen) se declaró en huelga de hambre y se le alimentó a la fuerza. Poco después del armisticio de noviembre de 1918, una intensa y popular campaña de agitación obligó al gobierno británico a ponerle en libertad. *(N. del T.)* <<

[1] Exdistrito financiero de Edimburgo, donde se encuentra además la sede central de la Iglesia de Escocia, de confesión presbiteriana. *(N. del T.)* <<

[1] Juego de palabras intraducible: *Kingdom of Fife/Fiefdom of King. (N. del T.)* <<